



Moira  
Millán  
EL TREN  
DEL OLVIDO

# Índice de contenido

## **Portadilla**

## **Prólogo**

## **Primera parte**

1. Una efímera paz para nuestro pueblo
2. La tierra nos dice quiénes somos
3. Las fuerzas espirituales de la naturaleza
4. Los ancestros los miraron desde arriba
5. Un grito ahogado de tristeza
6. Viaje al centro de la Patagonia
7. La derrota de nuestro pueblo
8. ¿Seremos lo suficientemente fuertes?
9. Los espíritus saben de nuestros dolores
10. Rituales de sobrevivencia
11. Los tiempos de una niñez feliz

## **Segunda parte**

12. Por tierras desconocidas y mágicas
13. Sus sueños se desplazaban sobre rieles
14. Los pueblos oprimidos del mundo
15. Aprender a hablar con el corazón
16. La libertad es un derecho de todos

## **Tercera parte**

17. Entre besos apasionados y caricias
18. El amor suele ser esquivo con los conformistas
19. El principio del fin
20. A punto de torcer su destino
21. Todo irá bien

## **Cuarta parte**

22. ¿Asumir la identidad del enemigo?

23. La fertilidad de una tierra generosa
24. El hombre más idóneo
25. Nada bueno nace del miedo
26. Fulguroso portal de deseos
27. Últimas noches de amor furtivo
28. Que sea un buen vivir el nuestro
29. Un puntito oscuro a la distancia
30. A los hombres se les permite olvidar
31. Su hogar estaba allí, en Puelmapu

### **Quinta parte**

32. Nada de aquí nos llevamos
33. No lograba encontrar la paz
34. El ritual del regreso
35. A punto de confesar la verdad
36. Una pena de un sabor distinto
37. Bajo la sombra del gran coihué
38. Como la tierra, que siempre vuelve a retoñar
39. El dulce sabor de las victorias colectivas
40. Nuestro suelo sagrado
41. El idioma del amor
42. El viento justiciero

### **Epílogo**

### **Agradecimientos**

# El tren del olvido

MOIRA MILLÁN

El tren del olvido

Millán, Moira

El tren del olvido / Moira Millán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6788-0

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© 2019, Moira Ivana Millán

Edición a cargo de Graciela Gliemmo

Diseño de interior y cubierta: Guillermo Miguens y Diego F. Martin

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: agosto de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6788-0

*Taõi meli puñen engün. Kimpefiel rüf poyewün mew.  
A mis cuatro hijos, porque con ellos aprendí sobre el verdadero  
amor.  
Violeta, Juan Ernesto, Llanka y Raintuy.*

# PRÓLOGO

Mi nombre es Llankaray. Soy una mujer mapuche. ¿Qué es ser mapuche? Les diré: *mapu* es tierra, y *che*, gente; gente de la tierra. Pero no es la idea de tierra que todo el mundo tiene, es más que eso. Es el mundo tangible y el mundo perceptible, el mundo bajo nuestros pies y también el de arriba, y el que está alrededor nuestro. La mapu tiene vida. Es una fuerza, un newen. ¡Qué bella palabra! ¿No lo creen así? Newen: energía, fuerza, toda forma de existencia que crea y alimenta el mágico círculo de la vida.

He nacido y vivido desde siempre en la Patagonia. Mi idioma es el mapudungun, el habla de la tierra, así se llama nuestra lengua milenaria. Soy una guerrera de mi nación, una weychafe. Vengo de una estirpe de mujeres sufridas pero valientes. Una de ellas, quizás la más valiente de todas, es la que marcó mi camino y nos dejó un legado, su medicina, su enseñanza: nunca rendirse. Y una promesa: jamás olvidar. Se llamaba Pirenrayen, era mi abuela. De ella sé todo lo que nos sucedió a partir de la llegada del wingka invasor.

En estos últimos días, los recuerdos me llegaron arremolinados a la mente, como si hubiera cabalgado el viento transportándome al pasado. El invierno, con sus dedos trémulos de frío, me ha confinado a una perenne pausa, iluminada al calor del fuego que me arrulla con el crepitar de la leña. El tiempo extrajo, de un rinconcito cálido de mi alma, los relatos de mi abuela cual si fueran retazos de la memoria apolillada de mi pueblo. En mi niñez, tantas veces me aburrí al escuchar una y otra vez las mismas historias, y ahora, a mis setenta y cinco años, cobran vitalidad e importancia. Guardarlas en mi interior, acallar esas voces sería asesinar la verdad de mi esencia y origen.

Mucho se dice hoy de mi pueblo, mal pensamiento e intenciones tienen quienes hablan de él. Weshakeche, gente mala son. Sin embargo, no hay venganza en el corazón de mi gente. No hay palabras. Vastos silencios hay, extensos como las planicies áridas de mi Patagonia. Susurra el viento del sur los nombres, los hechos, las injusticias. Guardan las montañas, ancianas milenarias, la

memoria. Cantan los ríos las verdades del pasado, gritan los bosques los dolores del presente. Pero el wingka no sabe, no conoce, no puede, no quiere hablar el idioma de la tierra, abrir los portales de la conciencia y encontrarse con su corazón.

A pesar de todo, la simiente de una nueva humanidad va floreciendo en los prados fértiles de la esperanza. Son nuevas flores de diversos colores latiendo en un solo corazón telúrico. Mujeres y hombres de un nuevo presente caminan preguntando sobre la verdad, buscan en la memoria de los territorios las voces inaudibles de los espectros fantasmales del pasado para que les revelen sus verdaderas historias. Sin mentiras y sin gloria, sin ganadores ni perdedores, sin malos ni buenos. Invadidos e invasores buscando un lugar en la historia, en la tierra y en un presente fugaz, que permita arrebatarse a la injusticia los nombres a los que vamos a honrar con la verdad. Por eso cuento, por eso hablo.

# PRIMERA PARTE

# 1.

## Una efímera paz para nuestro pueblo

Mi abuela solía decir que los antiguos recordaban con lágrimas la Campaña del Desierto. Los que sobrevivieron el genocidio fueron empujados hacia el sur, reclusos en campos de concentración y torturas, obligados a caminar miles de kilómetros en las deportaciones de la muerte. Eran llevados para la zafra azucarera y otros trabajos forzados en territorios del norte. Los gobernadores de Tucumán y de Salta mandaban a solicitar centenares de esclavos mapuches y tehuelches. Familias enteras eran desmembradas, separadas sin poder volver a encontrarse jamás. Madres que perdían para siempre a sus hijos, hombres que jamás volverían a tener noticias de sus esposas y sus niños. Fue un tiempo de oscuridad y dolor, así lo afirmaban nuestros mayores. Si no morían de hambre, morían de pena.

En la Puelwillimapu, hoy llamada Patagonia, fueron amontonándonos en pequeñas parcelas. Reservas pastoriles-aborígenes las denominó el Estado argentino. Fueron reduciéndonos a las zonas más desérticas, improductivas y sin agua, donde escaseaba todo. El hambre fue apoderándose de nuestras vidas. Ni aquellas comunidades que fueron amigables con el Estado argentino se salvaron del despojo y del despotismo de los gobiernos. Mi abuela nació en una de estas reservas allá por el año 1900, durante la segunda presidencia del general Roca. Era hija de Kalfurayen, mi bisabuela.

Kalfurayen fue la única hija del matrimonio de Fresia Coliman y Naweltripay, mis tatarabuelos. Ya eran mayores cuando se casaron. Fresia enviudó cuando tenía cinco hijos. Su primer marido fue capturado en las cercanías de un fortín, allí lo torturaron y

asesinaron. Naweltripay era cacique, aunque lo correcto es llamarlo longko. Cacique le decían los wingkas, señalando que eran los mandamases, los que decidían y daban órdenes a su gente. Sin embargo, eso está errado, no es así nuestro mundo. Longko es aquel que desde su sabiduría busca el consenso, guarda las normativas ancestrales y ordena la vida de la comunidad respetando las enseñanzas de los antiguos. No manda; por el contrario, obedece el orden natural cósmico. El longko Naweltripay ha sido recordado siempre por su integridad y sabiduría.

¿Cómo se conocieron mis tatarabuelos? El primer esposo de Fresia era sobrino de Naweltripay, ambos tenían la misma edad. Naweltripay se había casado, casi en el mismo tiempo que su sobrino, con una jovencita mucho menor que él. Antupray se llamaba. Desde muy niña, se acercó a Fresia y la miraba como a una hermana mayor; recibía los beneficios de su medicina. El humilde corazón de Fresia conmovía a Antupray, que llegó a quererla mucho. Los dones de mi tatarabuela como sanadora la ayudaron en su parto y en la cura de sus hijos, incluso de sus animales.

Antupray se entristeció y angustió por la viudez de su amiga. Ella era muy alegre y también muy sensible. Su marido no soportaba verla sollozando por las penas ajenas. Hacía todo por satisfacerla y la colmaba de atenciones, pero aun así no conseguía hacerla feliz. Aquellos tiempos de la posguerra tiñeron el alma de mi pueblo de una grisácea tristeza.

La costumbre de matrimoniarse con más de una mujer perduró hasta bien entrada la modernidad. A pesar de que ya los longkos no tenían muchos animales ni abundante comida, continuaron haciéndose cargo de las viudas y también se matrimoniaban con otras mujeres de su agrado. Así que cuando Fresia Coliman enviudó, Antupray se propuso ayudarla en todo y le pidió a su marido que la tomara como su segunda esposa, porque de ese modo iba a estar protegida y cuidada. Cuando le confesó la idea a su amiga, a Fresia no le gustó que hubiera hablado con el longko sin antes haberla consultado a ella. Al principio se rehusó, no le parecía justo que el longko tuviera que cuidar y alimentar a sus cinco hijos.

Además, había muchas viudas y pocos hombres que pudieran hacerse cargo de todas.

Fresia se sentía fuerte a pesar del dolor. Muchas mujeres acudían a ella en busca de consejos y apoyo. Aunque sabía lo difícil que le resultaría cuidar de los niños en tiempos de escasez y hambre, de persecución y muerte, preservaba su libertad y soledad como un escudo ante el futuro incierto, en un presente lleno de vicisitudes. Su tarea no era para nada sencilla. El gobierno argentino, junto con el Vaticano, se propuso acabar con las mujeres medicinas, tanto nuestras sacerdotisas medicinales, machis, como así también las yerbateras, a las que llamamos lawentuchefe. El gobierno las consideraba enemigas de la fe cristiana y de la seguridad del Estado. Demasiado poder, demasiada visión, demasiada sabiduría habitando el cuerpo de las mujeres.

Las machis son las únicas portadoras del lenguaje espiritual, que las comunica con las fuerzas del más allá y les trae visiones, palabras y recetas para sanar el cuerpo y el espíritu de la gente. Mientras que las lawentuchefe son las portadoras y guardianas del conocimiento herbolario. Ellas hablan con las plantas, les piden su medicina y son capaces de saber en qué momento obtendrán las propiedades curativas necesarias. En la cultura wingka no se valora ni se acepta a las mujeres chamanas ni a las mujeres guerreras. Solo quieren mujeres ornamentales, con úteros fértiles y cuerpos esclavos. Así ha sido desde siempre en esa cultura patriarcal y explotadora. Ahora, al mirar a las mujeres del mundo, sonrío, porque ya no encuentro más el duelo en el espíritu femenino. Rebeldía hay, sueños hay y también coraje.

Todo eso acontecía a mediados de 1880, tiempo en que mi tatarabuela enviudó. Así es que Naweltripay no tuvo opción y aceptó con responsabilidad proteger a su única lawentuchefe. Los ruegos cariñosos de su amada esposa habían hecho lo suyo. El mafün con Fresia estaba decidido. El mafün es la ceremonia en la cual un hombre y una mujer se unen, la pareja celebra la unión ante el lof y los antepasados. Piden la intervención de la machi para ser presentados ante los pu newen, las fuerzas de la naturaleza con las

cuales cohabitarán. De ellos nacerá una nueva energía, dual y complementaria.

Una mañana, con todo ya preparado, una comitiva bastante numerosa, integrada por ancianas y ancianos sabios, una machi, Naweltripay y su esposa, hijos, nietos, hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas y toda clase de parientes, emprendió el viaje rumbo a la casa de Fresia Coliman. Llevaban varios caballos de tiro con alforjas repletas de comida; un carro tirado por bueyes con mantas de telar, ollas de barro y otros enseres; algunos corderos y joyería mapuche hecha de plata para obsequiarle a Fresia.

Naweltripay le habló durante largo tiempo sobre la valentía de su difunto esposo y sobre cómo él lo apreciaba y admiraba. Mi pueblo mapuche tiene el sonido celeste de la lengua. Nuestra habla es un arte sofisticado, el pentukun. Es el arte de pronunciar largos discursos estilizados en importantes acontecimientos. Debía esmerarse el longko Naweltripay en la palabra. Aunque todos sabían que ya estaba acordado el mafün y que la decisión de Fresia Coliman era aceptar, el pentukun de Naweltripay debió ser igual muy profundo y correcto. Cuando hubo terminado el novio su discurso, uno a uno los presentes tomaron la palabra, subrayando los atributos y defectos del novio, y las virtudes e inconveniencias de la novia. En nuestro pueblo la adulación y la falsedad son repulsivas. Se busca la verdad para asumir la vida.

Fresia escuchó silenciosa, y cuando todos acabaron de decir sus pensamientos y sentires, ella les agradeció y aceptó la propuesta, pero pidió no mudarse de casa, quería quedarse allí en su ruka. La había levantado con sus propias manos, ayudada por sus hijos. Había candidez y amor en esas humildes paredes de barro y caña. Sentía que esa casa era su ser: el barro aferrándose a las paredes con la misma solidez y seguridad con las que Fresia, pese a todo, se aferraba a la vida.

Así que hubo un mafün con la llegada del verano. Antupray estaba feliz y agradecida con su marido. Fresia era su mejor amiga. Se sentía aliviada de saber que ya no estaría sola y que ahora eran hermanas.

El longko Naweltripay amaba mucho a su primera esposa. Él solía quejarse de sus comportamientos caprichosos y aniñados, pero su bondad y dulzura compensaban sus berrinches. A su vez, se sentía cautivado por su belleza. Su segundo matrimonio le permitía ampliar la familia, esto siempre era un hecho de celebración y alegría, pero él lo vivía con mucha incomodidad. Respetaba y admiraba a Fresia, pero le costaba sentir deseo por ella. Asumía su casamiento solo como un deber. El amor suele ser misterioso e impredecible. Si bien debía enfrentar su realidad de flamante esposo y consumir su matrimonio, postergó el encuentro con su nueva esposa excusándose, argumentando sobre las importantes tareas que debía realizar. Así que ni bien terminó el mafün, el longko Naweltripay partió de arreo hacia el otro lado de la cordillera.

Los mayores recordaban el tiempo en que mis tatarabuelos se casaron como un período de efímera paz, que les permitió superar el hambre con buenas cosechas y una excelente temporada de parición. El Estado argentino siempre intervino en la vida de mi pueblo, anunciaba con engañosos títulos los programas de gobierno que legitimaban nuestra muerte. Desarrolló un programa de administración demográfica por el que decidían de manera arbitraria qué número de jóvenes y familias debían conformar las comunidades, la cantidad de animales que se permitían y el tipo de siembra que podían tener. Cuantificó nuestros bienes y mediante ley se encargó de que todas las familias mapuches no tuvieran la prosperidad económica suficiente, justificando su política en la prevención de una amenaza al poder y a la soberanía del nuevo estado.

El gobierno argumentaba que nuestra posible prosperidad económica podría poner en riesgo el futuro del joven país. Si las pariciones traían un importante número de animales, los cuadros de la frontera con fusil en mano llegaban hasta nuestras tierras para matar los nuevos corderos y terneros. Nuestros jóvenes eran

arreados como animales hacia las estancias y los poblados en los que las familias wingkas necesitaban mano de obra esclava, se valían de nosotros como si fuéramos cosas de las que podían adueñarse. Fuimos subastados y repartidos. La aristocracia no nos consideraba seres humanos, estábamos al mismo nivel que los animales.

Los Bullrich, una familia de la época, se convirtieron en los mercaderes esclavistas más adinerados. Utilizaban las subastas públicas, legalizadas en aquel entonces. Levantaban una tarima en el patio de sus oficinas, que hasta hoy llevan su nombre, para exhibirnos semidesnudos, ofertándonos para todo tipo de trabajo. Ha perdurado en la memoria de nuestro pueblo un hecho triste que, sin embargo, es narrado con eufórico entusiasmo por el coraje que encierra la historia. Dicen que un hombre mapuche, del cual no se recuerda el nombre ni la procedencia, escapó de esa tarima, ubicada en el centro del patio donde colocaban en una sola fila a los hombres, mujeres y niños cautivos por el Ejército argentino. Este hombre se encontraba esposado y tenía engrillados los pies. A pesar de ello, era tan fuerte y robusto que logró romper las cadenas de sus pies, y dando patadas y empujones incluso con sus fuertes brazos atrapados por el ceñudo metal en sus muñecas, pudo golpear a varios soldados escuálidos que lo vigilaban. Su libertad duró apenas unos metros. Fue abatido casi inmediatamente por el arma de un desconocido que se encontraba entre el público. La gente aplaudió a rabiar felicitando al asesino. Nuestro pueblo recuerda ese hecho por la valentía del mapuche. Seguramente él supo que la muerte sería inevitable si se escapaba, pero aun así prefirió morir intentando recuperar su libertad que morir como sirviente en alguna estancia. Me pregunto: ¿de qué sirve vivir sin libertad? Y la libertad, ¿cuántas más muertes reclamará para que, de una vez por todas, se asiente en nuestro pueblo, en nuestra tierra y en nuestras vidas?

Cada nueva política de integración significaba para nosotros más empobrecimiento y más hambre. Nos fueron convirtiendo en los espectros de un pasado glorioso, famélicos, perseguidos y humillados. Las familias patricias e «ilustres» fueron las principales

asesinas, genocidas sin cárceles ni justicia, engordadas de arrogancia e impunidad. Tras ser vencidos, nunca más nuestro pueblo estuvo en paz. La posibilidad latente de arrebatos, desalojos, detenciones y muertes amenazaba nuestra existencia en todo tiempo.

Naweltripay era un longko con mucha sabiduría y fuerza de carácter. No creía en la palabra del wingka. No se dejaba engañar. Buscaba los consejos de los mayores y era capaz de encontrar las respuestas a sus preguntas en el susurro del viento. Cuando los problemas y angustias lo cercaban enturbiando su espíritu y sus pensamientos, él montaba su caballo y galopaba casi sin parar hasta la ruka de Fresia. Ella lo veía llegar y lo recibía con ternura y respeto. Lo atendía con esmero y lo escuchaba. Él buscaba su consejo. Mucho se comentaba sobre el poder y la sabiduría de esa mujer. Tal vez eso era lo que inhibía su instinto de hombre para tocarla. Sus deseos chocaban contra una gélida masa de miedos y admiración.

Fresia era una mujer seria, no muy agraciada; sin embargo, creaba en su andar y en su hacer una atmósfera de mucha paz, que lograba transformar las angustias del longko y sus preocupaciones en un estado de armonía y tranquilidad. Naweltripay solía quedarse en la ruka de Fresia hasta muy tarde, pero no compartían la cama. No había intenciones en ninguno de los dos de tocarse, de explorarse, de conocerse. Con el correr del tiempo, las visitas fueron más frecuentes hasta que se convirtieron en una presencia diaria. Ella disfrutaba sus silencios y sus palabras, anhelaba su llegada, y él fue buscándola cada día. Empujado por su necesidad y costumbre, iba hasta ella sin pretensiones, sin expectativas, entregado al hechizo de la plenitud.

Una noche el longko Naweltripay llegó habitado de silencios. La luz débil del fogón de la ruka de Fresia le confió que ella aún no dormía. Parecía adivinar su corazón. Los perros delataron su presencia. Fresia lo vio llegar. Al acercarse al fuego, su luz reveló la expresión de profunda tristeza que teñía el rostro de Naweltripay. Ella sintió que cualquier palabra que pronunciara entorpecería aquel momento de expulsión de sus penas. Alimentó al longko, lo abrigó.

Se sentaron frente al fuego y, sin decir una palabra, ella acarició su mano. El aceptó con firmeza esa sufrida mano, callosa y fuerte, y la atrajo hacia su cuerpo. Abrazados lloraron todas las penas acumuladas durante siglos. Lloraron también sus rabias. Cada lágrima parecía sangrar las vidas arrancadas injustamente. Naweltripay acababa de perder a su hijo mayor y había llegado hasta ella para llorarlo mejor. Antupray chillaba y lloraba junto a su madre cuando él, sin pensarlo, tomó su caballo, y en el ocaso rojizo de un cielo pastel con tenues trazos naranjas, galopó sin parar hasta abrigarse de estrellas en una helada noche de penumbras y tristeza. Otra vez las extrañas enfermedades sembrando muerte. Contó la noticia a Fresia. Ella lloró silenciosa y lo abrazó con amor. Mientras lloraban, se acariciaban, se exploraban, se encontraban. Los besos sabían a sal, pero esta vez parecía que las lágrimas eran dulces. Se despojaron de su ropaje, y entre la pena, los suspiros, el llanto, regaron un amor que de semilla se convirtió en flor profunda, aromática y eterna.

El longko experimentó un amor diferente. Esta vez la pasión no consumía su cuerpo ni su mente. El amor se presentaba ante él profundo, calmo. El amor caminado con lentitud hasta el conocimiento de los resquicios más ocultos de aquella mágica mujer. Sus manos palparon la piel resquebrajada de los malos tiempos, la flacidez de sus años, la osamenta pesada de sus vidas. Acarició los pechos voluptuosos que comenzaban a envejecer. Ella besó su rostro, su boca, su nuca; recorrió con besos toda su geografía corporal. Se adentraron juntos en el placer y en el deseo de sanar las heridas.

Hay amores que nada tienen que ver con la piel, aunque la piel se convierta en el tacto del alma. Estos amores rozan nuestros otros pliegues, otras capas sutiles, complejas y ancestrales. Se entretienen desde lo profundo hilos invisibles de una urdimbre tejida entre dos personas y las fuerzas cósmicas. Y esa magia, a veces, se destruye con la carnalidad del contacto, y en otras, se alimenta aún más y la convierte en algo sublime. Pero es difícil discernir la frontera entre el amor y la pasión, entre lo espiritual y lo carnal, entre lo superficial y

lo profundo. Esto justamente les sucedía a Fresia Coliman y al longko Naweltripay.

Amanecieron abrazados, y antes de que el alba fuera aclarando el día, se organizaron para ir hacia el funeral. Temprano partieron. Fresia llevaba lawen, plantas sagradas medicinales, para fortalecer el piwke, el corazón de Antupray. Sintió en su pecho la congoja de su amiga, su lamngen. Su hermana Antupray sufría, y ella sentía el profundo deseo de ayudarla. No había en su corazón ni en su pensamiento rivalidad ni celos. Ambas mujeres amaban al longko y el longko amaba a las dos mujeres. En aquel tiempo, el amor era un newen y no un grillete que te apresaba convirtiéndote en una propiedad.

## 2.

### La tierra nos dice quiénes somos

En la época de mis tatarabuelos, el gobierno argentino instrumentalizó políticas semejantes a un régimen colonial contra los pueblos indígenas. Las pocas parcelas de tierra que nos quedaron fueron reduciéndose más por la falta de manejo del castellano, que les permitía a comerciantes, hacendados, tristes funcionarios y pelagatos de turno todo tipo de trampas y estafas para quedarse con nuestras tierras y animales. No había a quién quejarse, estaba socialmente aceptado y legalmente admitido todo tipo de prácticas de los criollos para hacerse de campos. Esto contribuía a que los longkos y demás autoridades mapuches aceptaran ciertos acuerdos, aunque fueran desventajosos para nuestro pueblo.

En 1885, año en que nació mi bisabuela Kalfurayen, se celebró una gran asamblea política comunitaria; a estas asambleas las denominamos futa traun. En ese espacio, las comunidades analizamos nuestra nueva realidad y tomamos decisiones. Nunca dejamos de hacerlas, así era entonces y así lo es ahora. Debo confesarles que detesto la palabra comunidad, ya que no somos unidades en común a algo, como una pieza de alguna maquinaria. Somos algo más trascendente. Somos lofche, el espacio en el que también habita la gente. Esto da la idea de que hay muchos otros cohabitando con el humano y con los cuales debemos acordar el arte de habitar. Así que, si me permiten, en lo que resta de mi relato usaré esta preciosa palabra: lofche.

Naweltripay invitó a Fresia para que lo acompañase, estaba convencido de que el fluir de su sabiduría contribuiría a decisiones acertadas. Aquel gran encuentro de autoridades mapuches estaba a dos lunas de viaje a caballo. Fresia se sintió conmovida porque

retornaba tras muchos años a la tierra en la que había nacido y crecido. Llevaba consigo a su hijita Kalfurayen, de unos pocos meses de nacida. Todo había cambiado. Los campos de buenas pasturas, con laderas boscosas, ya no les pertenecían. No había allí ninguna familia mapuche, ahora eran tierras de colonos y terratenientes criollos.

Llegaron cansados, pero ver a miles de mapuches concentrados, venidos de todos los territorios, los animó. Al día siguiente, al amanecer, hubo ceremonia de ofrenda a la mapu. Le ofrecieron muday, granos y tabaco; pidieron a los espíritus ancestrales fortaleza y sabiduría. Para dar comienzo al parlamento, se puso de pie un longko del territorio guluche, hoy llamado Chile, que estaba visitando a unos parientes de aquí. Era muy reconocido entre los mapuches de ambos lados de la cordillera. Habló así:

—Taiñ kuyfikeche yem, kimpafuyengün kiñe az küme mongen. Mülekefuy ayekan ka küme felen chi mapu mew. Chew ñi mülekelafüy wesha kutran ka mülekelafuy filla yael ka weñangkun zungu ka niekelafuy afpufal lay mapu rüme. Fewlá kom kalewey tüfaw, wuzañmangeiñ, ütruftripangeiñ, weñeñmangekefuiñ taiñ mapu, ñi pu iall, ñi pu puñeñ ka ñi pu zomo, itrokom weñeñmangekefuiñ pu wingka. Tufachi estado wingka femurki re koylatukuyefiel muten ñi kishu afpunkawkeiñpuam taiñ az mu. Fewlá müley taiñ zullinmarpual chileno ngele kam argentino ngele. Nguneltukuñmangeiñ ñi chem eypifiel, iney kam ngeiñ. ¿Chem ta ñi chilenongen? ¿Chem ta ñi argentinongen? Mapuche taiñ iñchin. ¿Pu wingka rüf kimün mayekefiel? ¿Iney kam ngeiñ ta inchiñ? ¿Fey ñi kishu kimün mawi ti wingka? ¿Cew ñi tripapel? Ti mapu kimüeiñmu taiñ mapuche ngelu, fey ta eypikeiñmu, taiñ mapuche ngen. Pu wingka petu ngelu chi mapu mew, küpa kim zuamnielchi. ¿Iney kam ngelu pu mapuche? Ramtupufiel ti mawiza, iney kam ngeiñ pu mapuche ta inchiñ, fachiantü zungunkeleiñ amupufiel taiñ pu puñeñ chillkatuwe wingka, iñche ta trümmawulan feychi zurgumew.

Traduzco sus palabras: «Nuestros antiguos conocieron un tiempo de prosperidad y alegría. No había enfermedades, no había hambre ni tristezas, no había fronteras ni propiedad. Todo ha cambiado. Hemos sido divididos, corridos. Nos han robado el territorio, nos han

robado a nuestros hijos, nos han robado a nuestras mujeres. El estado wingka ha inventado fronteras entre nosotros. Ahora tenemos que elegir ser chilenos o argentinos. Nos obligan a decir qué somos. ¿Qué es ser chileno? ¿Qué es ser argentino? Gente de la tierra es lo que somos. ¿Quieren saber ellos quiénes somos de verdad? ¿Sabe acaso el wingka quién es él? La tierra nos reconoce, ella nos dice quiénes somos. ¿Quiere saber el estado wingka quiénes somos? Que le pregunte a la montaña quiénes somos, que le pregunte al río, que le pregunte al viento, que le pregunte al bosque, y ellos le responderán. Hoy estamos hablando de enviar a nuestros hijos a la escuela wingka. Y no estoy de acuerdo. Yo, el longko Paimun, les aseguro que será un gran error enviar a nuestros hijos a la escuela wingka. Allí les arrancarán nuestra lengua, nuestra cultura, nuestro espíritu, nuestro pensamiento. Cuidemos a nuestros niños, enseñémosles nuestras costumbres, que no olviden nuestra lengua. Neguémonos a enviar a nuestros hijos a la escuela. Esta es la última oportunidad que nos queda para seguir siendo verdaderos en esta tierra».

Se encontraba allí también el longko Nancucho, quien tomó la palabra y dijo:

—Feley may así es pu peñi ka pu lamngen. Sin embargo, no podemos seguir sin conocer las armas del wingka. Vienen con su castilla y no los entendemos. Ellos sí aprenden nuestro mapudungun para mentirnos, nosotros debemos conocer el de ellos para conocer la verdad de sus pensamientos. Debemos exigirle al wingka que deje que nuestros hijos aprendan el castellano, que sepan de su conocimiento. Si nuestros hijos conocen el pensamiento wingka, sabrán cómo defender a nuestro pueblo. Nosotros no hemos podido y ellos han ganado la guerra. ¿De qué nos sirven nuestra cultura, nuestra espiritualidad si no nos dan poder frente al wingka? Hay hambre en nuestro pueblo porque ya no hay tierra. Todo les pertenece a ellos. Debemos enviar a nuestros hijos a la escuela. Para que ellos, con las mismas armas del wingka, recuperen lo que nos han robado.

Así deliberaron durante varios días hasta acordar que le pedirían al Estado argentino que al menos los hijos de los longkos fueran

educados en sus escuelas. Posteriormente también fueron admitidas las niñas mapuches. Pero lo que pensaban que iba a ser un proceso de fortalecimiento de nuestro pueblo para la gestión de derechos se convirtió en una fuerza arrolladora que barrería violentamente nuestra memoria, nuestro idioma y nuestra identidad.

Fresia y Naweltripay tuvieron su primera gran discusión. Ella apoyaba al longko Paimun. Creía que no era una buena idea entregar a los niños al wingka, que estas escuelas iban a perjudicarlos y a separarlos de sus familias, pero Naweltripay opinaba diferente, y sus discursos fueron opuestos. Algo en ella cambió ese día, no volvería a ver a su marido con los mismos ojos de admiración y confianza.

A mi vejez, entiendo el marasmo de sus corazones, porque el amor en tiempos de guerra y resistencia se vuelve débil, evaporándose rápidamente, o adquiere una fuerza descomunal. Mis tatarabuelos tuvieron el remolino de ambos. Iban fluctuando entre la desconfianza y la entrega ciega, la decepción y la admiración, la frialdad y la pasión, y aun así y a pesar de todo, equilibraron sus vidas complementándose hasta el final de sus días. Naweltripay fue uno de los primeros longkos en enviar a sus hijos a la escuela. Él y Fresia discutieron mucho esta decisión. Ella jamás estuvo de acuerdo.

Naweltripay ya era anciano cuando nació Kalfurayen. A Fresia le gustaba jugar con ella. Sabía que ya no iba a volver a ser madre y disfrutó la infancia de su niña tal vez mucho más de lo que había disfrutado la de sus hijos varones. Valoraba tanto la vida y, a pesar de las vicisitudes de la época y de los tiempos ensombrecidos por la pobreza y la violencia, se sentía agradecida con la existencia de cada uno de sus hijos. Agradecía también el amor del longko Naweltripay, su fraternal y amoroso vínculo con Antupray y, sobre todo, el don de poder sanar y de encontrar en las plantas a sus más fieles amigas. Le gustaba caminar y perderse en los cerros, médanos y bardas con su hija, descubriendo el renuevo del neneo,

esa planta patagónica espinuda con flores amarillas. La yerba buena que crece a la orilla de las aguas le servía para calmar el estómago afiebrado y también la masticaba para tener buen aliento. Extraía de los pétalos de la flor del charcao una importante medicina para los ojos debilitados. Muchos ancianos y ancianas tenían su corazón lleno de gratitud hacia aquella mujer que era capaz de devolverles, por un largo tiempo, una visión renovada del universo. Los colores opacados revivían en intensidad y las formas desdibujadas adquirían su real dimensión. Aquellas gotitas extraídas de tan delicados pétalos servían como colirio mágico en los ojos gastados de tanto vivir.

A medida que transcurrían los años, Antupray perdía el brillo de la alegría que solía asomar a sus pupilas cuando reía, pero continuaba locuaz y ocurrente. Se visitaban frecuentemente con Fresia. Nunca dejó de aconsejarle a su amiga que dejara la pequeña casa y se mudara a la que el longko le había construido, era más grande y se encontraba muy cerca de la suya. Antupray había elegido el lugar. Una tarde de sol salió a caminar y notó una suave ondulación, un poco más elevada, que ofrecía una buena vista del territorio. Era ideal para observar las plantas y también a los animales que se acercaban a beber. Sobre el lado derecho había una aguada, una vertiente que emergía camuflada entre la alfombra intensamente verde de musgos y gramilla. Finalmente, Fresia le regaló esa casa a una de las hijas mayores de Antupray, la primera en casarse.

Naweltripay fue un muy buen esposo para sus dos mujeres. El día que su espíritu decidió partir, él supo que había llegado su hora. Fue un verano colorido y aromático. Les pidió a sus hijos mayores que ensillaran su caballo, ordenó que carnearan dos terneros y en el carro ataran los bueyes. Cargaron allí mucha bebida y alimento. Y así, colmado y acompañado por Antupray, por sus hijos y nietos, llegó a la casa de Fresia Coliman tal cual lo había hecho algunos años atrás para proponerle que fuera su esposa.

Se lo veía con pocas fuerzas. Al verlo llegar, Fresia sintió en su corazón un dulce y estremecedor dolor. Sabía que debía dejarlo partir y que él había elegido compartir con ellas sus últimos

momentos. Hubo asado, mucha comida, y las mujeres cantaron a veces juntas, a veces en forma alternada. El longko también aportó un antiguo ül, un canto improvisado, alegre al principio, pero que se fue transformando en la melancolía hecha canto. En él, cantaba a la vida, a las penas, al amor, a su pueblo y a sus compañeras. La melodía era triste y su voz se resquebrajaba, se despedía. El personaje de su canción se convertía en un ave nocturna traída por el lucero, que ascendía a la wenumapu, el mundo de arriba. Desde allí alumbraría el camino del wenülfu, la más brillante estrella de la sábana nocturna, a la que llaman lucero.

Al amanecer hicieron una pequeña ceremonia de agradecimiento ofrendando a la mapu. Varios días compartieron con Naweltripay la cotidianidad de sus últimos momentos. Finalmente, sentado en un banco de madera rústico bajo el sol del mediodía, su espíritu abandonó el cuerpo. Parecía dormido, una expresión de paz en su rostro le confería un aire de serena satisfacción. Sus nietos, sin percibir lo que había sucedido, continuaron jugando alrededor de él. De pronto Fresia, que se encontraba trabajando en la huerta, sintió un aire tibio, como exhalado desde algún ser poderoso que la abrazaba y entraba en su cuerpo, en su oído. Antupray estaba desgranando el trigo en la cocina cuando advirtió que había muerto, las semillas cayeron dispersándose en el suelo. Llamó a Fresia con gritos desesperados. Al escucharla, Fresia tiró las herramientas y corrió desde la huerta hasta la casa. Corrió con prisa, jadeante, sin detenerse hasta llegar. Ahí lo vio y comprendió que él ya había partido. Largo tiempo se abrazaron las viudas, lloraron a su hombre amado y se dispusieron a organizar su funeral.

Rápidamente la noticia recorrió los territorios y llegaron de diferentes lofche familiares y amigos a despedirlo. El hijo mayor de Naweltripay fue quien ordenó el funeral, el eluwun, y se dispuso el lugar donde se realizaría. Era una gran pampa. Allí llegaron en carros tirados por bueyes y muchos a caballo. Todos los que asistieron les trajeron regalos a los familiares del longko. De este modo se expresaba el cuidado y cariño con la familia del muerto. Los regalos consistían en animales, comida y abrigo. Se armaron ramadas. En un gran círculo cada doliente encendió un fogón; allí

prepararon mucha comida y bebida, que fueron repartidas entre los asistentes. Sobre un carro de madera, se colocó al difunto, envuelto en mantas de telar, junto con sus objetos personales más usados.

Los nietos de Naweltripay eran muy numerosos. Por entonces, los hijos mayores que Fresia había tenido con su primer marido ya eran padres; ella también tenía varios nietos y nietas. Kalfurayen, que era aún muy pequeña cuando falleció su papá, no recordaría en el futuro su rostro ni su voz. Fresia se quedaba por segunda vez viuda. No había dolor en ella, solo esa melancolía que dejan los seres que amamos cuando parten, ese hueco vacío en el que solo cabe la corporalidad de su espíritu en nuestras vidas y que resulta irremplazable. La nostalgia, alimentada por recuerdos y vivencias, esa que nos sacude la memoria erizándonos la piel.

Fresia estuvo activa, ayudando en todas las tareas. Encendió su fogón junto a sus hijos y nietos, su ramada fue quizás la más grande y numerosa. Ella era una mujer querida y respetada, dispuso que se lo despidiera a Naweltripay con cantos y danzas sagradas. El hijo del longko dispuso que se hiciera awun, así que muchos de los hombres presentes montaron en sus caballos y al galope dieron vueltas alrededor de las ramadas que rodeaban el féretro. Centenares de jinetes gritando hicieron trepidar el suelo, conmovieron el lugar. Los gritos fueron estruendosos, fuertes, victoriosos. Toda la gente gritaba dando afafan; «yayayayaaa», decían. Parecía que sus gargantas se les salían de sus bocas, tal era el empeño que ponían al gritar. Hubo risas, alegría. Se jugó al paliñ, ese juego al que llaman la chueca.

Al caer la tarde, cuando ya casi el sol se despedía, un anciano historiador, un memorioso wepife, pronunció el discurso funerario. Fue un discurso conmovedor y profundo. Este tipo de discurso busca describir con veracidad la vida que llevó adelante el difunto, sus virtudes y defectos, sus aciertos y errores. Todo es narrado con hermosa poesía en el habla de los wepifes. Así se recordaron las hazañas del longko, mi tatarabuelo, y también la ingenuidad y necedad de sus últimos años, en los que pactó acuerdos con el Estado que lo confinaron a él y a su gente en pequeñas reducciones de tierra.

El día del entierro el cielo amaneció nublado. Kalfurayen, mi bisabuela, daba sus primeros pasos. Sus hermanos cuidaban de ella mientras su madre iba y venía realizando todo tipo de tareas. Iban preparando la carreta del difunto para llevarlo a su definitivo entierro, cuando el cielo empezó a desprender sus lágrimas contenidas. Fresia se acordó de su bebé y fue en busca de ella a la ramada. Al llegar vio a sus hijos solos.

—¿Dónde está su hermanita? —les preguntó.

Recién ahí ellos advirtieron que la niña no estaba. Se echaron la culpa unos a otros. Fresia, furiosa, los reprendió y ordenó que la ayudaran a encontrarla. Era mucha la gente que estaba allí. Preguntaron en todas las ramadas, pero no había ni rastros de la niña. Fresia empezó a desesperarse, no entendía cómo podía desaparecer; cuánta angustia experimentó. Pronto se corrió la voz de lo sucedido y decenas de personas salieron en su búsqueda. El entierro se retrasó debido a esto. El cielo cerró sus ojos, oscureciéndose de lágrimas. Tanta era la lluvia que rápidamente el suelo se convirtió en un lodazal difícil de transitar. Fresia se alejó guiada por un instinto que le indicó dónde debía buscar. Se cayó varias veces al tropezar con el ruedo de su larga pollera. Embarrada y mojada, llamaba a gritos a su hija. Entonces empezó a llorar y a suplicar al espíritu de Naweltripay que la ayudara a encontrar a su niña. Fresia Coliman sabía cuánto amaba Naweltripay a su pequeña hija y así, pidiéndole a él, se topó con ella: estaba sentadita en una piedra alta como si alguien la hubiera alzado y puesto allí. Lo más sorprendente fue que, junto a la niña, había un nawel similar a un puma, con pelaje más largo y con manchas overitas que se extendían en su lustroso pelaje. Movía su cola felina, larga y gruesa, hipnotizándola.

—¡Naweltripay, no se lleve a nuestra hija! ¡Déjemela por favor! — Su grito desesperado era un ruego ahogado en llanto.

El animal la miró y huyó asustado, desapareció entre los altos arbustos. Llorando de alegría, Fresia tomó a su hijita en sus brazos, la atrajo contra su pecho. Luego la revisó por completo para verificar que no estuviera herida y se fue con ella a enterrar a su marido. Esa fue la última vez que lo vio, ya convertido en tigre. Cuentan que

cada tanto aparecía entre los suyos para ayudar o castigar, según para lo que fuera convocado. Aún hoy canto su taniel, le hablo en los cerros, en las montañas y en los lagos. He percibido su presencia, como una sombra furtiva entre el follaje del bosque. Le digo para que no se asuste ni me lastime:

—Naweltripay, soy yo, su descendencia. Sangre suya llevo en mis venas. Guardo las memorias de sus hazañas y honro sus enseñanzas.

Toda vez que le digo estas palabras me siento tranquila, guiada por su bondad, resguardada por su espíritu.

### 3.

## Las fuerzas espirituales de la naturaleza

Los cinco hermanos varones de Kalfurayen la querían mucho y mimaban, la protegían como a un pimpollo nacido en la nieve. Su madre admiraba su carácter dócil, obediente, humilde, bondadoso y sensible. Había cumplido unos once años cuando se hicieron presentes las autoridades policiales junto con el director de la escuela de la zona, un sacerdote italiano que iba a reprender a doña Fresia Coliman por negarse a enviar a su hija a la escuela. El cura había llegado a la Patagonia expulsado de su tierra por ciertas prácticas indecorosas que lo llevaron a ser expuesto y juzgado ante el concilio, pero aquí se desconocía su pasado. La Iglesia había disimulado y ocultado los abusos del sacerdote, lo había enviado con grandes recomendaciones sabiendo que, en realidad, lo estaban castigando. Él se había convencido de que, si lograba realizar un buen trabajo evangelizador entre los «salvajes», no tardaría en ser perdonado y restituido a su anterior función.

La Patagonia era pensada como una región salvaje, indómita, hostil, una cárcel que permitía recluir allí todo lo abyecto y abominable. No tenían total certeza de la condición humana de nosotros, se dudaba de si poseíamos alma. «Sin duda son criaturas hechas por Dios, pero definitivamente inferiores», decía la Iglesia. Es por ello que poco o nada le importaban los abusos perpetrados por las autoridades gubernamentales, como así también por el resto de los blancos. No había a quién reclamar justicia. La inequidad era su orden; la avaricia desmedida, su civilización.

Giuliano Pirinello era el nombre de este sacerdote salesiano alto, desgarbado y de una prominente nariz, locuaz pero poco amigable. Su debilidad eran las niñas más pequeñas. Contaba con medio siglo

de existencia; no recordaba en qué momento había comenzado todo, pero una fuerza maliciosa lo poseía con un poder frenético y se volvía cada vez más incontrolable. La malicia lo tentaba hacia la posesión de los cuerpos indefensos de las más inocentes criaturas.

Fresia Coliman los recibió junto a sus hijos. No los invitó a pasar. Como no hablaba castellano, uno de sus hijos hizo de lenguaraz y tradujo lo que las autoridades wingkas hablaban. En una actitud amenazadora, el cura le advirtió que debía enviar a su hija a la escuela, de lo contrario no solo se la llevarían a la fuerza, sino que además doña Fresia sería encarcelada, como les sucedía a todos los padres y madres indígenas que se negaban a cumplir con las leyes del Estado. Ya había pasado por situaciones parecidas, a medida que sus hijos crecían e iban cumpliendo la edad para ser escolarizados. Su lucha contra aquella obligación se tornaba cada vez más difícil. La escuela entorpecía la vida de las familias mapuches, ya que se había dispuesto el inicio del ciclo lectivo en primavera, época de parición de los animales. Para doña Fresia Coliman, aquella obligación era doblemente dolorosa, no solo por el alejamiento de sus hijos y su colonización, sino porque se quedaba sin ayuda para las tareas domésticas y le resultaba imposible realizarlas sola.

No dudó de estas amenazas, sabía muy bien de lo que eran capaces los wingkas; su crueldad no dejaba de asombrarla. Así que esa misma primavera llevó a su hija a la escuela. Mientras avanzaban al tranco, sin apuro por la huella que marcaba el sendero hacia el pueblo, sentía que su pecho se ahogaba de un llanto invisible que ardía con rabia y pena dentro de ella.

Al despedirse, sintió un mal presagio, tal vez porque sus hijos le habían narrado los castigos y los malos tratos que recibían, también porque era la más pequeña y su única hija mujer. No podía desprenderse de ese sentimiento de fatalidad y dolor que la embargaba. Sin embargo, al llegar el invierno, su mal presentimiento se esfumó cuando vio retornar a Kalfurayen y a casi todos sus hijos. Los dos mayores fueron obligados a quedarse en el pueblo, ambos como obreros en un aserradero que se había instalado hacía unos meses.

Kalfurayen estaba feliz de volver con su madre, había perdido la timidez y conversaba animadamente, reía y desde muy temprano compartía con su mamá las tareas domésticas. La acompañaba a buscar medicina a orillas del río. A veces debían trepar altas bardas de piedra, gigantescas como murallas, de las que emergían pequeñas flores, raíces o plantas rastreras. Repuntar los animales y llevarlos al corral, dar de comer a las gallinas, el pasto a la vaca lechera. En la tarde, al caer el sol, ayudaba a sus hermanos a traer las ovejas hasta el corral. Aspiraba con sublime satisfacción el olor a guano de las ovejas como si fuera el mejor de los perfumes. El otoño le regalaba hojarascas de colores con las que le gustaba entretenerse, buscando en ellas colores intensos y formas fascinantes. La niñez en el campo tiene su magia; hechizada de imaginación y simpleza, puede recrearnos y despertar todos nuestros sentidos.

Ese invierno, Kalfurayen había logrado tejer su primera pelera, una pequeña manta de telar que se usa como sentadera sobre el lomo del caballo. Fresia le había ayudado en el armado del telar, y con paciencia y amor le enseñó el secreto del tejido. Kalfurayen quiso regalarle su primer tejido a su laku Antupray, ambas se querían mucho. Al nacer la niña, Fresia le había pedido a su amiga que fuera laku de su hija. Laku es un miembro del Iof que amorosamente acompaña el crecimiento de una niña o un niño con buenos consejos, enseñanzas y atenciones. Antupray siempre tenía algún presente para Kalfurayen y a la niña le gustaba quedarse varios días con ella, reían mucho de las anécdotas y chismes que su laku le compartía.

Cuando Fresia y Kalfurayen fueron a visitar a Antupray, la encontraron muy enferma; sus pulmones estaban consumidos por una voraz tuberculosis. Ni la medicina de Fresia pudo salvarla. Antupray dejó este mundo cubierta por un manto de espesa nieve. Un aleteo musical de pequeñas aves negras acompañó el canto de despedida que entonó entre lágrimas su amiga. La voz de Fresia retumbaba en el mortuorio silencio de la montaña nevada; nada se oía, solo su voz elevando el tahiel de su gran amiga. Habían

transcurrido doce años de la muerte del longko Naweltripay y ahora le tocaba una vez más enterrar a otro ser amado.

Kalfurayen sintió mucho la partida de su laku. Pero el invierno se alejó lentamente y la primavera acarició la tierra perfumando los días, renovando la vida y la esperanza. Era tiempo de retornar junto con sus hermanos a la escuela, pero la finalización de sus vacaciones la llenaban de pereza.

La escuela contaba con un edificio de mediana envergadura, una escuela albergue muy común en la Patagonia. Aún hoy quedan algunas. En aquellos años, la educación era impartida por la Iglesia. Había escuelas de monjas para las niñas y de curas para los niños. El personal nunca era suficiente: el señor director, dos monjas, dos cocineras, dos celadores y alguien de maestranza. El alumnado asumía las tareas de limpieza, hachar leña y la lavandería. Setenta niñas eran educadas con severidad en la escuela. La de varones, a poca distancia, contenía más alumnos, unos cien. Se priorizaba a los hombres en su proceso de asimilación y cristianización. La disciplina y el rigor eran el sedimento constitutivo de la autoridad escolar.

La misión encomendada a los «educadores» consistía en borrar de las conductas y de la mente de los niños cualquier vestigio que los identificara con su pasado salvaje, para que asumieran las «buenas costumbres cristianas y civilizadoras», entre ellas el manejo del castellano. Si los sorprendían hablando en mapudungun, se les hacía estirar la mano, y sobre la punta de los dedos juntos y apretados, recibían la violencia de un puntero que los golpeaba en forma despiadada. Estas medidas no eran de uso exclusivo con los niños indígenas, se aplicaban a todos los niños y niñas del país; costumbre pedagógica de la civilización triunfante. Estaba terminantemente prohibido reírse, hablar entre ellos y mirar a los ojos a los adultos. Debían bajar siempre la mirada cuando un adulto se dirigía a ellos. A todos se les rapaba el cabello, algunas niñas lloraban en silencio al ver caer al suelo sus largas trenzas negras. Para nosotras, las mujeres indígenas, los cabellos, cuanto más largos, más sensibles nos vuelven a todo lo que nos rodea; son como finas fibras susceptibles que nos comunican con las voces

misteriosas e inaudibles de nuestra ancestralidad. La vicedirectora, una monja española, se quejaba diciendo: «Estos indios piojosos envían a sus hijos con sus mechales como crines de caballo. No se consigue jamás emprolijar el pelo chuzo. Mejor raparles la cabeza, es la única manera de lograr cierta decencia».

En la escuela, Kalfurayen, al igual que casi todas las niñas, se convertía en otra persona, como esos animalitos acobardados, domesticados a fuerza de golpes. En las noches, al apagarse la luz y cuando ya se habían retirado las celadoras, se escuchaba el llanto de las niñas más pequeñas que eran consoladas por las más grandes. Susurraban su mapudungun prohibido durante el día liberándolo en las noches. Kalfurayen parecía inundada de silencios, temerosa, ágil para las tareas que se le encomendaban. No lograba aprender con facilidad, parecía siempre estar abstraída en un lejano espacio al que nadie podía llegar. A veces la maestra la traía a la realidad de una cachetada; entonces ella, avergonzada y dolorida, con sus ojos brillantes de humedad, hacía un esfuerzo enorme para contener el llanto.

Una tarde las niñas jugaban y corrían en el patio. De pronto Kalfurayen tropezó y se chocó con una compañera, cayó al suelo y se desmayó. Al poco tiempo supo que tenía una afección en el corazón. Una vez cada cuatro meses un cura médico visitaba las escuelas salesianas para verificar el estado de salud de las internas. Coincidió su visita en aquellos días en que Kalfurayen se había desmayado. Luego de examinarla, el médico concluyó que sufría de miocardiopatía hipertrófica, enfermedad que, a partir de ella, heredarían muchas de las mujeres de su estirpe. La noche de ese mismo día, ya en su cama, tuvo dolores en su cuerpo. Se sentía agotada y una molestia en el estómago no la dejaba dormir. Al día siguiente, en la mañana descubrió una extraña humedad que parecía brotar entre sus piernas. Corrió hacia el baño y se miró aterrada. «¡Estoy sangrando!», le dijo a su amiga. «¡Estoy herida adentro!», gritó en medio de un llanto desesperado.

Kalfurayen no recibió consejos ni explicaciones, apenas unas compresas de algodón que, según le ordenaron, debía usar siempre. Entonces ella se preguntaba si nunca pararía de sangrar.

Más tarde aprendió que la sangre emanaría de ella solo unos días cada mes. Las monjas le informaron al director las novedades; entre ellas, el pasaje a señorita de la alumna Kalfurayen, a quien ellas habían decidido llamar Paulina. Enseguida el cura Pirinello convenció a la vicedirectora para que Kalfurayen viviera en su casa, así la niña ayudaría en las tareas domésticas y él le enseñaría a leer. Y ellos no correrían riesgos de que escapara con algún alumno, como ya había ocurrido otras veces con otros estudiantes. De esa manera, Kalfurayen solo tuvo un año de escolarización; los tres restantes se convirtió en una empleada doméstica sin sueldo, con cama adentro, en la casa del señor cura.

Cada invierno doña Fresia Coliman llegaba hasta la escuela a reclamar por su hija y siempre obtenía la misma respuesta, la promesa que le hacía, con tono cortante y enojado, Giuliano Pirinello: «La niña está bien. Está estudiando en mi casa, le estoy enseñando buenos modales. De a poco lograré acercarla a Dios. El otro invierno ya irá».

Hasta que un día de otoño, para sorpresa de Fresia, Kalfurayen finalmente regresó. Llegó a su comunidad toda golpeada y hecha un mar de lágrimas. En esos días, la vicedirectora, una monja veterana de origen vasco, sospechaba del cura. La costumbre de encerrarse en su despacho con niñas pequeñas, poniéndole llave a la puerta, la convenció de las inmoralidades de él, aunque nunca se animó a denunciarlo. Perturbada por sus remordimientos, no lo soportó más y llegó de noche a la casa del señor cura. Encontró la puerta sin cerrojo. Como si estuviera poseída por una fuerza determinante, se encaminó derecho a la sala, donde encontró al cura golpeando y azotando a Kalfurayen, quien se encontraba totalmente desnuda, desgreñada y llorando.

—¡Deténgase por Dios! ¿Qué hace? —gritó horrorizada.

Sorprendido y sobresaltado, Giuliano Pirinello se dio vuelta con brusquedad. Sus ojos desorbitados y el temblor de su cuerpo delataban la excitación que lo poseía.

—¿Qué hace usted entrando en mi casa sin permiso? ¡No tiene derecho a irrumpir así a estas horas de la noche! —exclamó exaltado.

La monja no supo qué responder, pero atinó a cubrir a la niña con el rebozo que llevaba encima. Se la llevó de la casa del cura sin mediar palabra, abrigó bien a Kalfurayen y fueron hasta la escuela, que quedaba a un kilómetro. Una vez allí, la bañó y la vistió. Y al día siguiente partió con ella hasta la casa de Fresia.

Cuando llegaron cerca de la casita de mi tatarabuela, la monja se apeó y ayudó a descender del caballo a la niña, que venía enancada. Se excusó con ella y le explicó que no podía quedarse, que debía regresar inmediatamente porque el director estaría furioso. Con una tímida sonrisa, que tenía algo de ternura, le acarició la cabeza. La niña la miró más bien ausente. Era una mirada vacía, sin espíritu, sin vida. La monja sacó de las alforjas algo de comida y se la obsequió a Kalfurayen, que la recibió dubitativa. La mujer partió enseguida sin dar más explicaciones, cobardemente avergonzada.

Al divisar a su hija, Fresia salió raudamente a su encuentro. La niña estaba irreconocible. Lloraron abrazadas. Kalfurayen, con voz entrecortada por el llanto, le confesó a su madre:

—Voy a morir, estoy muy enferma. Él me pegaba y me hacía cosas feas.

Su madre tomó el rostro de la niña con ambas manos y mirándola a los ojos le dijo:

—De ninguna manera, hijita. Usted no morirá. Él pagará por lo que hizo. Yo la sanaré.

Inmediatamente doña Fresia, mi tatarabuela, acomodó una manta y acostó con ternura a su hija. Kalfurayen descansó tras mucho tiempo de encierro y esclavitud. Nunca quiso contar detalles sobre aquella crueldad. A los días, su madre notó los vómitos, el cansancio. La niña dormitaba todo el tiempo. Fresia sospechó lo que había acontecido. Le entregó un frasco de vidrio y le pidió que orinara en él. Al rato, llegó hasta el árbol sagrado, donde consultaba y pedía sabiduría para sanar. Allí habló con las fuerzas espirituales de la naturaleza y leyó la orina contra el reflejo del sol. Así supo que su hija estaba embarazada y que no se encontraba nada bien. No necesitó que le contara lo sucedido, pues todo lo sabía el oráculo. Aquel líquido dorado había revelado la violación, el violador y su

resultado. Fresia preparó lawen, el remedio, y rogando a los espíritus se lo dio a beber a Kalfurayen.

Los días, semanas y meses transcurrieron apacibles. A Kalfurayen el vientre le fue creciendo de a poco. La primavera comenzaba a pincelar de intensos tonos la montaña. Las aves migratorias que venían del norte trayendo su colorido y su sonoridad abrazaban el follaje de los sauzales que acariciaban el río. Aleteos con brisas aromáticas, de hierba buena, le otorgaban al entorno un aire embriagador. Doña Fresia Coliman esperó pacientemente el tiempo de la primavera para consumir su venganza.

Las gallinas empezaron a poner huevos. A Pirinello le gustaba tomar un licuado de huevos con vino mistela todas las mañanas. Los pobladores conocían sus gustos porque cuando las gallinas del internado dejaron de poner, el cura se encargó de pedirles a los padres de los alumnos una docena de huevos por semana. Esa primavera una extraña epidemia acabó con todas las gallinas de la escuela, ni el gallo se salvó, así que Pirinello volvió a pedir huevos a los padres. Fresia supo esto y preparó una canasta con enormes y hermosos huevos. Puso también un vino patero mistela que consiguió en un desigual trueque de varios kilos de lana hilada por un litro de vino. Claro, no era cualquier vino; venía de Málaga, tierra de buenos vinos. Todos los huevos, como así también el vino, tuvieron un tratamiento especial en una noche de luna nueva. ¿Qué colocó en ellos? Jamás lo sabremos, pero lo cierto es que una mañana el cura halló sobre su mesa la canasta. ¿Cómo llegó allí? Otro gran interrogante, aunque se rumorea que doña Avelina Rupallan, quien trabajaba lavando la ropa del cura, indignada por las costumbres indecentes y crueles de este, se ofreció a ayudar a Fresia una tarde en que fue a ver a la lawentuchefe en busca de medicina para sus doloridas piernas.

Al llegar a la casa de Fresia, doña Avelina Rupallan vio a Kalfurayen con su niño en el vientre; siempre le había parecido una criatura tan dócil y buena. Luego de ser atendida, se sentó a tomar mate y a conversar con doña Fresia, y vio los ojos de esa noble mujer llenarse de rabia y pena mientras le contaba en las terribles condiciones en que había llegado Kalfurayen a su casa. Así es que

no dudó en ayudarla. Sin embargo, no hay testigos ni nada que pruebe que efectivamente fue la colaboradora necesaria para tal venganza. Así fue que el violador, al tomar su licuado de huevos y vino, quedó impotente y se fue secando en vida. Primero su fállico puñal, con el que había hundido en las sombras y la tristeza a Kalfurayen, fue disminuyendo de tamaño. Consternado al verlo cada vez más pequeño, consultó a especialistas en las grandes ciudades, en busca de sanación. Pero los médicos sorprendidos, ya que nunca habían visto semejante enfermedad, no lograban diagnosticarla y lo desahucieron, asegurándole que nada podían hacer por él. Y su miembro fue achicándose hasta que quedó reducido a una ínfima protuberancia membranosa en su cuerpo. Desesperado, y convencido de que aquello no podía ser otra cosa que el castigo divino, intentó rezos y autoflagelación que le devolvieran el perdón de Dios y el propio. En busca de una respuesta, visitó a una curandera, una gitana vidente muy afamada entre los colonos. Ella leyó su mano y le tiró las cartas. Un silencio profundo gobernó la habitación iluminada a medias. La gitana levantó la cabeza, lo observó fijamente a los ojos, y le dijo:

—No podré salvarlo. Esta es una maldición muy poderosa que le han hecho por una maldad muy grande que usted cometió. No puedo hacer nada pa' ayudarlo, padre. Pero si usted quiere vengarse, eso le costaría dos vacas paridas con sus terneros — sentenció.

El desfalleciente se negó, creyendo que así aplacarían el odio de Dios. Al poco tiempo murió. Fresia Coliman no logró aplacar su ira. Pirinello había penetrado con su maldad el alma pura de la niña, y una textura acuosa y negra se había diseminado por su útero. Doña Fresia luchó por combatir a la muerte sin darle tregua. Hubiera querido resguardar la vida de su hija y de su nieta, pero apenas pudo sostener el hálito de vida de ese nuevo ser que había llegado al mundo en esa primavera que aún extendía, sobre la felpa verde de la ondulante Patagonia, una lámina gélida que parecía abrazar de muerte a los seres puros, como la madre de la pequeña.

Doña Fresia se encargó primero de la vida: cortó el cordón umbilical y limpió a la beba. Su hija amada yacía muerta, tendida en

la manta de telar de desteñidos colores. Se confundió su último quejido con el llanto de la vida, se cruzaron los sonidos besándose en el espacio sonoro. Así se saludaron por única vez madre e hija, una dándole la bienvenida y la otra llorando su partida. Fresia tuvo la certeza de que no solo la violación e injusticia de Pirinello habían matado a su hija, también su venganza. Lan, la muerte, se llevó al injusto, pero también reclamó la vida de la inocente. La flamante abuela atendió con esmero a su pequeña nieta, que reclamaba con su poderoso llanto la atención debida. La alimentó con una mezcla de agua y azúcar. La limpió, abrigó y acunó en sus brazos hasta calmarla.

Enterró a su hija cuando la beba estaba ya dormida. No quiso velarla como los cristianos lo hacían con sus muertos, ni hacer funeral como era costumbre en aquellos días. Fue un acto íntimo y en soledad, ellas solas. Su hija ascendía a la wenu mapu, allí se encontraría con el longko Naweltripay y con su gran amiga Antupray. Cantó los cantos sagrados de Kalfurayen; ofrendó cada tahiel regado por sus lágrimas; le habló recordando sus virtudes y le regañó por sus defectos; cocinó su comida preferida; la envolvió en una colorida manta de telar que tanto le gustaba a ella, la cual pensaba regalarle cuando llegara el otoño. Le habló con el corazón desgarrado: «Hija, has partido tan pronto. Dejas a tu niña a mi cuidado y no sé si podré cuidarla bien. Voy envejeciendo, mis fuerzas me van abandonando. Sola estoy, sin la ayuda de tus hermanos. Ahora partes así, tan de prisa, a la wenu mapu. Allí seguro tu padre te estará esperando para cabalgar juntos por el camino de estrellas que tanto te gustaba contemplar conmigo».

Cuando hubo terminado de cavar y enterrar a su hija, una mariposa de vivos colores se posó sobre la tumba. Fresia sonrió y le dijo: «Bienvenida, Kalfurayen. ¡Qué bonita te ves así, hecha una mariposa!».

## 4.

### Los ancestros los miraron desde arriba

Mi abuela nació en la primavera del año 1900. Mi tatarabuela la llamó Pirenrayen, porque fue la primera flor de una primavera nevada. Su nombre significa «flor de nieve».

Por esos años, la aristocracia británica en nuestro territorio se hallaba en su apogeo económico. Durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, los ingleses ejercieron sobre el gobierno argentino un tutelaje en asuntos internacionales y comerciales. Roca fue acérrimo enemigo de nuestro pueblo. Les debía a los banqueros ingleses su apoyo económico durante la campaña militar llamada Campaña del Desierto. Fue pagando con tierras, extensiones inmensas de territorios pasaron a manos de los británicos. A mi abuela le tocó crecer en una atmósfera de tensión continua con el gobierno. Las reducciones territoriales continuaban, las obligaciones arbitrarias se ejecutaban sobre nuestros bienes, hasta nuestras propias vidas, pero ningún derecho era reconocido a nuestro favor. Mi tatarabuela se juró a sí misma cuidar a Pirenrayen de todos los peligros, fundamentalmente del mayor de todos: el wingka.

Al principio, Fresia logró calmar el hambre de su nieta con agua azucarada, pero pronto la niña comenzó a llorar en forma tan estrepitosa que decidió ir a visitar a una joven viuda, a quien había ayudado en el parto dos veranos antes. Esta joven madre primeriza había tenido un varón, sus pechos eran generosos y estaban llenos de leche. A pesar de que su hijo ya iba a participar de su segundo solsticio, aún seguía amamantándolo. Fresia preparó su yegua alazana y armó su vianda, la llamamos rokiñ. Tomó charqui, que es carne seca y cocida a la sal, cortada como tasajo, y puso en una pequeña vasija hecha con cuero quinoa cocida y tostada. Llevó

regalos y emprendió viaje con su nieta en el kupalwé, un portabebés de madera que su marido le había hecho para que cargara a Kalfurayen. La ruka de Chekeken no estaba muy lejos. Pirenrayen lloró durante casi todo el viaje hasta quedarse dormida.

Chekeken las recibió con cariño. Había tenido noticias de lo sucedido a Kalfurayen, así que se abrazaron sin hablarse. A veces, es necesario que las palabras se silencien para que solo se escuchen los abrazos, que suelen decir lo que las palabras aún no aprendieron. Ambas se sentaron frente al fogón. Mientras Chekeken animaba el fuego con leña de ciprés, preguntó:

—¿Cómo está, ñaña?

Fresia suspiró, y lloró cuando quiso contestar... Volvieron a refugiarse en el silencio. Chekeken hizo unos mates, y en eso despertó llorando su pequeño hijo, y esto provocó que despertara Pirenrayen, que volvió a sentir su hambre. Fresia recordó el motivo de su visita, y le dijo sin preámbulos a Chekeken:

—Hermana, ¿podrá amamantar a mi nieta? La pobre no para de llorar de hambre. Necesito que la acepte como moyolufe, ¿podrá?

—Despreocúpese, doña Fresia, la alimentaré como si hubiera salido de mi vientre.

—Profundamente agradecida, hermanita. ¿Cómo ha llamado a su hijo? —preguntó sonriente doña Fresia.

—Linkoyan —contestó orgullosa Chekeken.

Fresia puso a su nieta en la falda de Chekeken mientras Linkoyan jugaba. Inmediatamente empezó a succionar. La joven madre sintió no solo que sus pechos se llenaban de leche, sino también de un profundo amor por aquella huerfanita.

Doña Fresia debió quedarse un largo período viviendo en aquella casa. Juntas bañaron por primera vez a Pirenrayen, prepararon su baño con plantas curativas. La abuela había guardado el ombligo desprendido de su nieta en su pequeña bolsita medicinal. Ese día, mientras secaba el diminuto cuerpo de la niña, una gallina entró a la ruka y empezó a cacarear cerca de ellas. Luego salió tan resuelta como había entrado. Como no había gallo cerca, doña Fresia admirada dijo:

—Esta ha puesto un huevo de viento, tráigalo mi'ja.

Chekeken salió en busca de ese huevo. Cuando lo trajo aún estaba tibio. Doña Fresia tomó el huevo de manera delicada y solemne, como quien muestra un elemento de poder, y enseñándole a Chekeken los secretos de su mágica medicina, dijo:

—Cada tanto las gallinas que no tienen gallo ponen un huevo de viento. Ese huevo trae pura clara, pero esa clara es poderosa y sirve para asegurar buenos partos. Usted debe esparcir la clara sobre la cadera de la criatura y así mi nieta no tendrá dolores ni padecimientos cuando dé a luz.

La joven la observaba con admiración y curiosidad, como un aprendiz frente a un importante cirujano. Mi tatarabuela estaba llena de secretos y conocimientos, y los compartía generosamente con las demás mujeres de mi pueblo. El corazón de Fresia se sintió profundamente agradecido a los espíritus por haberle suministrado la medicina para prevenir el dolor e incluso la posible muerte de su nieta en la tarea vital de multiplicar la estirpe. Tantas veces había asistido a las parturientas, había ayudado a traer tantas vidas al mundo, y en tantas oportunidades debió enfrentarse cara a cara con la muerte. Pero ninguna fue tan dolorosa como la de su hija Kalfurayen.

La muerte, siempre inoportuna, impredecible, prematura, extendiéndose con dedos finos y largos, apoderándose de los vientres, refugio de las pequeñas vidas. A veces, espera hasta que están listas para dejar el útero, entonces ahí Lan las arrebató sin piedad. Lan, la muerte, ha caminado desde siempre el mundo; a veces ella lo gobierna todo, otras la vida se impone, riéndose a carcajadas, pintando los colores de la pasión y la existencia. Lan admiraba a Fresia por su fortaleza como contrincante. Peleaba con sabiduría y habilidad para ganarle la partida y muchas veces fue capaz de vencerla. Lan sabía que desde sus manos y desde el calor de aquella mujer emanaba la vida, por eso la respetaba. Con la muerte también es necesario construir reciprocidad. Lan es parte del círculo de la vida. Si la respetamos, ella también nos respetará. Porque Lan no es el final de la existencia de los seres, sino el portal para entrar en otra forma de vida.

Pirenrayen creció amando a estas dos madres. Una, la antecesora de su linaje, fuerte, sabia e incondicional. La segunda, generosa, tierna y comprensiva. Ellas fueron las diadas amorosas, nutricias de valores y saberes, que la moldearon en su crecimiento como mujer.

En aquel tiempo en que nació mi abuela, un enviado de la Corona británica llegó a Buenos Aires para reclamar las muchas hectáreas prometidas como respuesta a la ayuda del empresariado inglés en el gobierno de Roca. Este hecho iba a tener una influencia determinante en el destino y vida de mi abuela. Los ingleses habían extendido sus latifundios a lo largo de la Patagonia, contando con el apoyo total del Estado argentino, que desplegaba columnas de soldados mal vestidos y mal comidos, para cuidar los intereses británicos.

Las sublevaciones de los peones, los asaltos de los bandidos rurales y los abigeatos eran las principales preocupaciones de los estancieros. Su ganado se extendía por miles de cabezas sobre la ondulante y verde Patagonia, atravesada por el río Chubut, donde emergía un valle de altos pastizales regado por vertientes, aguadas y bebederos naturales que bañaban de humedad los fértiles suelos. Sin embargo, los terratenientes ingleses se sentían amenazados. El gobierno argentino recibió el cuestionamiento por el retorno de las comunidades mapuches decididas a recuperar lo que se les había arrebatado. Se establecieron políticas de asimilación para borrar la identidad y memoria de nosotros. No solo la educación fue una herramienta estratégica para ello, también los modelos de salud.

La crueldad era la ley contra nosotros; los ingleses señoreaban a sus anchas en una Patagonia rica, próspera y abundante. Los grises y tristes funcionarios de turno, en su mayoría enviados aquí por castigos, solo deseaban retornar, ricos y prestigiosos, a sus lugares. La Patagonia era ofrecida como imaginario de riqueza inmediata. Aquí todo valía, no había escrúpulos ni moral para los aventureros que llegaban con el deseo de llevarse todo a cambio de nada. La vida no era fácil, la inmensa extensión de los territorios semejava un páramo espectral de soledad y viento. El riguroso clima invernal, la falta de rutas y transporte, caseríos dispersos que algún día se

convertirían en poblados importantes, constituían el mapa de la «tierra adentro», como llamaron los militares de la época a nuestra Puelwillimapu, Patagonia.

Los ingleses preferían contratar obreros irlandeses, escoceses y galeses, pero como esclavos tenían a los diferentes pueblos originarios: wichis, qom y mocovíes en el norte, y mapuches y tehuelches en el sur. Los irlandeses fueron una minoría. Llegaban huyendo de guerras y hambrunas, y muy pronto lograban amasar sus pequeñas fortunas.

En aquella época se creía que el progreso y desarrollo del país se asociaban a la blanquitud poblacional. Cuanto más nos pareciéramos a Europa, más posibilidades tendríamos en los espacios del comercio internacional. Es por ello que durante este período se tomaron todo tipo de medidas para colonizar las tierras. Claro que no todos los inmigrantes eran bienvenidos, a la clase gobernante le preocupaba mucho la presencia de inmigrantes anarquistas o disidentes ideológicos que con sus ideas revolucionarias pusieran en jaque la comodidad de la privilegiada clase gobernante. Roca aprobó la ley de residencia, mediante la cual se expulsaba a los inmigrantes sindicalistas y activistas, sin juicio previo. Se dispuso también consolidar el sentimiento patriótico, y se aprobó el uso de la bandera con sol y sin sol en los establecimientos públicos; así mismo, la monumentalización de todos los militares que habían contribuido al genocidio de los pueblos indígenas.

En el imaginario de país que el régimen liberal oligárquico criollo anhelaba, nosotros, los pueblos indígenas, no teníamos cabida. Ni a los codazos íbamos a conseguir un insignificante pedacito de ciudadanía que nos diera cierto respiro y tranquilidad para rehacer nuestro mundo cosmogónico en el territorio que nuestros ancestros nos heredaron.

En ese escenario crece Pirenrayen, como una flor regada por el deseo de justicia, abriendo sus pétalos de dignidad y esperanza. Aquella pequeña niña indígena estaba destinada a cambiar la historia.

Llegó el verano. Los hijos menores de Fresia habían desertado de la escuela y se habían quedado con su madre para ayudarla. Eran necesarios muchas manos y brazos para la preparación de la ceremonia anual en donde la comunidad vuelve a pactar la convivencia armónica con todas las fuerzas del orden cósmico. Es la ceremonia más importante para nosotros y la llamamos kamarikun.

El gobierno argentino no les había autorizado celebrarla, así que todo debía ser bajo estricto secreto. Algunos pocos lofche habían sido beneficiados con el permiso; sin embargo, y a pesar de las restricciones y en algunos casos prohibiciones, nuestro pueblo mapuche seguía conservando su espiritualidad. Las comunidades que obtenían la habilitación para el kamarikun estaban obligadas a izar el pabellón nacional durante la realización del evento. La policía de la frontera llegaba a controlar que la bandera argentina estuviera presente durante la ceremonia y cualquier actividad que no estuviera autorizada era considerada conspirativa, contra la soberanía del Estado. Pero no todos los mapuches eran obedientes y temerosos al gobierno. Los reclamos por la tierra y el libre tránsito eran constantes. La propiedad con sus hilos metálicos atrapando la tierra era algo tan ajeno a nuestra vida que no lográbamos comprenderlo. ¿Fronteras? Nunca entendimos qué son en verdad. ¿El límite del mundo o el límite de las personas? ¿Puede un guanaco o ñanku entender de alambrados, de cielos divididos? ¿Puede una semilla saber dónde debe brotar, en qué línea de la frontera? Nuestro pueblo es un árbol que sabe dónde están sus raíces, pero no dónde terminarán sus ramajes.

El gobierno argentino, presionado por los latifundistas nucleados en la Sociedad Rural, utilizaba diferentes formas de castigo contra nosotros. Desobedecerlo a veces era una forma de resguardo de nuestro íntimo ser colectivo. Es por ello que, en el lofche de doña Fresia, el kamarikun se convertía no solo en el momento más importante de diálogo con la mapu, pidiéndoles a las fuerzas de la naturaleza que fortalecieran todas las formas de vida en el territorio y comprometiéndose la comunidad a vivir de manera armónica y respetando todas las formas de vida, sino que también se fue consolidando como el mayor acontecimiento social de nuestro

pueblo. Era el momento en que todos los parientes dispersos por la conquista se encontraban. Llegaban de diversos lugares, hasta los más lejanos. Una vez al año el llamado a esta celebración los convocaba.

Nuestra espiritualidad clandestina nos salvó del olvido, de la locura, de la desesperación. Supimos aprovechar la lejanía, la prudencia, y ser cuidadosos en los preparativos; así lográbamos concretar los guillatún, inadvertidos para los funcionarios wingkas. Así contaban nuestros mayores, así recordaban sus hazañas y su resistencia. Héroes y heroínas sin placas, sin nombres que figuren en los carteles de las calles. Gracias a su inteligencia y coraje, aquí estamos aún vivos para caminar la historia.

En el kamarikun se come y se bebe mucho. No alcohol, nada de alcohol, solo muday. Las mujeres junto con doña Fresia prepararon una bebida fermentada a base de trigo, quinoa y piñones, que llamamos muday. La cosecha de trigo había sido buena y se elaboraba el fermento de esa sagrada bebida para ofrendársela a la mapu. A pesar del empobrecimiento generado por la invasión, el esfuerzo colectivo garantizaba, para aquella ocasión, que la comida fuera abundante. Fresia recibió la visita de su hermana mayor con toda su familia. Fue emotivo su reencuentro, hubo muchas lágrimas y también risas. Se amaban y habían vivido tantas cosas en los duros acontecimientos de la guerra que entrar en los pasillos de sus recuerdos oscuros les removían temores y dolores recientes.

El lugar donde se desarrollaba la ceremonia era una pampa circundada por suaves relieves, que permitía con facilidad el acceso de los carros. Se levantaban refugios hechos con ramas de laura, un árbol de abundante follaje, cuyas ramas eran un muy buen techo contra la lluvia. La ramada adquiría una forma circular. En el medio del círculo, se encendía el fuego sagrado, pillanketral, y atrás, a poca distancia del fuego, se colocaban doce cañas de colihue. Se levantaban elevadas al cielo; en sus puntas flameaban dos banderas, una amarilla y otra azul. A este altar se lo llama rewe, que significa «lugar de la pureza».

En el primer atardecer de los cuatro días de la ceremonia, cuando aún la luna llena no se completaba en su totalidad, iluminaba el

templo de pampa y hiedra con su luz blanquecina. Comenzaron los saludos formales con el parsimonioso y estricto pentukun. Durante estas largas oratorias de presentación, cada autoridad espiritual y política narraba las últimas novedades. Aún apeados en sus caballos, las autoridades intercambiaron largos discursos, saludándose y contando las novedades. Muchas veces en medio del discurso los hombres lloraban al narrar las aflicciones que sufrían desde la llegada del wingka. Muchos habían perdido a sus familias y nada sabían sobre el paradero de sus hijas, esposas, padres y madres. Se conocía que había una gran cárcel en la que se encontraban los más importantes longkos y sus familias. La isla Martín García se convirtió en el mayor campo de concentración y exterminio. Era un tiempo de mucho dolor, de mucha tristeza, de hambre y soledad. Solo el kamarikun hacía resurgir la fuerza y la unidad de la nación mapuche. Tal vez por ello el Estado argentino prohibía en muchos casos estas ceremonias.

Este kamarikun era especialmente importante para Fresia, ya que era el primero que celebraba sin su hija, y al que asistía con su nieta. El primer día se encendió el fuego sagrado. Se colocaron las cañas de colihue mirando hacia el este, la puelmapu, donde nace el sol. Dos niñas y dos niños eran los responsables durante los cuatro días de recibir y transmutar las fuerzas espirituales que bajaban hasta el rewe. Los pullu, espíritus, llegan hasta nosotros a escuchar, sanar y traer fuerza y armonía. Durante esos cuatro días debieron permanecer allí hasta cumplir con su tarea. Las kalfu malen son pequeñas doncellas sagradas elegidas para esta tarea; deben ser niñas puras, dóciles, obedientes y de una gran espiritualidad. Se las viste de azul porque el kalfu es el color sagrado. Se las adorna con refulgente joyería de plata. El rutrafe, joyero, impregna en cada pieza la filosofía y espiritualidad del pueblo mapuche. Los kalfuwentru, niños azules, eran niños con iguales características, a quienes se les colocaba en su torso una banda de telar llena de cascabeles, una vincha de telar dibujado y una pluma de ñandú en su cabeza. Las niñas se abrigan con una manta de telar oscura con franjas azules llamada ulkillá, rebozo. Los niños usaban makun,

un poncho hecho con lana de guanaco, que posteriormente fue reemplazado por lana de oveja.

Presentaron dos caballos que fueron colocados frente al rewe. Allí se los pintó. Uno era blanco y el otro negro. Se los dibujó en los cuartos y sobre la frente. También se ofrendaron animales, los cuales fueron carneados al iniciar la ceremonia; caballos, ovejas y vacunos. Luego del pentukun, y ya entrada bien la tarde, todos los asistentes se congregaron en un gran semicírculo frente al fuego sagrado. En las cañas se colocaron dos telas, una amarilla y otra azul, que flameaban al viento como banderas. En medio de la calma y el silencio, como un trueno irrumpió el kultrun. He sentido siempre el poder del kultrun, no es un mero instrumento musical. A simple vista, es solo un timbal de madera hecho de un gran cuenco, que se extrae de un tronco de algún árbol sanador, pero para nosotros los mapuches, el kultrun es el latido del corazón de la tierra. Cada golpe marca el tiempo de vida, en el espacio celeste que habitamos y que nos habita.

Un diálogo musical se establecía con la trutruka, esa sencilla y potente trompeta que usamos para realzar la música que emerge del kultrun. Su caña es ahuecada, y el cuerno al final le da un sonido estridente y grave. Las voces de las mujeres se le unían, elevándose, abriendo puertas cósmicas a través de los cantos sagrados, con los cuales se comunicaban con los espíritus ancestrales. Luego se organizó la danza sagrada, el purrum. Se baila alrededor del fuego durante los cuatro días. Así bailábamos al viento, a la lluvia, a la tierra, y aún hoy lo seguimos haciendo.

Al amanecer del siguiente día, centenares de hombres montaron en sus caballos y galoparon alrededor del rewe. Un aro de polvo se formaba, cubriendo el círculo sagrado, el awun. Es un ritual que aún se practica en estas ceremonias, y trae la fuerza y la libertad de nuestros antiguos. Sus gritos eran estruendosos y sus voces parecían golpear las bardas de alrededor y expandir la voz de un pueblo que se negaba a desaparecer.

Al tercer día los hombres, embadurnados de pluma de choike, ñandú, traían su belleza y habilidades en la sagrada danza del choikepurrun. Los hombres semidesnudos, con un taparrabo, con

sus caras pintadas y su torso dibujado, con una vincha en la cabeza llamada trailongko, a la que le añadían penachos de plumas de choike y sus makun, ponchos de lana tejido a telar, emulando las alas del ave, bailaban graciosamente frente a las mujeres haciendo sonar sus cascabeles al ritmo del kultrun. Entonces ellas, agradecidas por la galantería de los hombres, les respondían con su tahiel, canto sagrado. Así muchas mujeres y hombres se enamoraban, volvían a ser habitados por la alegría y por la esperanza. Y no solo las voces humanas se manifestaban con ese sentimiento tan profundo. El fuego hablaba, y también se expresaba y traía revelaciones. El viento susurraba la proximidad de la lluvia y al finalizar la ceremonia, mawun, la ansiada lluvia se hacía presente. Mawun es nuestra fuerza bautismal que nos limpia y nos baña en prosperidad. Ella llegaba con su capa grisácea y húmeda envolviéndolo todo. Al principio acariciando la tierra con pequeñas gotitas apenas perceptibles. En ese momento, los niños nacidos durante ese tiempo eran presentados ante ella. Se apresuraban las madres y padres a cargar en sus brazos a los bebés para danzar alrededor del fuego.

Fresia purruqueó con alegría, cargando a su nieta. Pirenrayen abría sus grandes ojos negros y disfrutaba de aquel particular meneo. Linkoyan purruqueaba torpemente de la mano de su mamá, cayéndose todo el tiempo; llorisqueaba y seguía bailando. Otra joven con su bebé ceñido a su pecho bailaba también; el niño dormía ajeno completamente a la danza, a la lluvia, a la gente. Así la mapu los recibió. Así los ancestros los miraron desde arriba.

Durante el retorno a sus hogares, llovió todo el camino. Aquel verano fue bueno, sin sequía. Y el hambre que había asolado a nuestro pueblo, gracias al esmero del trabajo y la generosidad de la tierra, parecía convertirse en una pesadilla del pasado.

## 5.

### Un grito ahogado de tristeza

Ese verano, tras el kamarikun, los últimos hijos de Fresia decidieron partir rumbo a los poblados cercanos en busca de trabajo. Al igual que muchos otros jovencitos de la comunidad, el hambre los empujó a abandonar sus hogares. No muy lejos de allí se encontraron con una cuadrilla de arrieros, que al verlos tan desorientados les ofrecieron comida y los invitaron a trabajar con ellos. Los hijos de Fresia se mostraron entusiastas ante la propuesta. Un longko joven era el guía. Pertenecía a un lofche lejano y les contó los detalles de la faena. Se arreaban vacas de Puelmapu a Gulumapu, de la Patagonia argentina a la Patagonia chilena tal como hoy se llaman. Mucha cantidad de cabezas de ganado eran arreadas, y muchos eran los peligros que debían enfrentar.

Fresia quedó sola con su nieta, quien era muy pequeña para ayudar; así que Chekeken, al saber su situación, se ofreció a quedarse un tiempo con ella. Ambas mujeres se dispusieron a levantar una habitación contigua a la cocina. Barro, madera y piedra fueron mezclándose armoniosamente hasta convertirse en sólidas paredes, coronadas por un techo de caña, madera y paja. Se divirtieron mucho construyendo los aposentos en los que Chekeken y Linkoyan pasarían el invierno. Chekeken era inmensa y fuerte, desempeñaba bien cualquier tarea.

Una noche despertaron con el llanto de Linkoyan. Tenía fiebre y lloraba desesperado. Fresia inmediatamente intuyó lo que podía estar sucediendo. Preparó fuego, sacó su medicina y con las hojas secas del maqui, llenó su pipa de barro. Se acercó al niño y ahumó sus oídos. Y mientras ahumaba pedía a los newen que trajeran sanación a ese pequeño cuerpo. De pronto un halcón peregrino, al

que nosotros llamamos peuco, golpeó contra la ventana de la ruka y cayó desplomado. Fue entonces que Linkoyan se desmayó. La madre del niño se asustó y comenzó a llorar. Fresia trajo al peuco moribundo, lo colocó sobre una manta de telar, extendió sus alas cuidadosamente y, con las yemas de sus dedos, fue frotando con suavidad sus cartílagos. Luego volvió a encender su kitra, esa pipa siempre la acompañaba en sus potentes ahumaciones, y exhaló el humo de las hierbas sobre el moribundo pajarito. Fresia cerró los ojos y comenzó a cantar. Su entonación era triste, pero a medida que repetía una y otra vez la misma melodía, parecía emanar desde sus pulmones y garganta una fuerza que se elevaba hasta envolver todo el espacio circundante.

El peuco aleteó en forma tenue y el niño comenzó a despertar. Al principio parecía que sus esfuerzos eran inútiles, pero ante la magia de las manos de aquella mujer, el ave cobró vida. Ella, sin embargo, siguió cantando hasta estar segura de que era el momento de arrancarle una pluma del pecho. Lo hizo con tanta meticulosidad que el peuco no ofreció ninguna resistencia. Esa noche no lo dejó salir de la casa, pero al siguiente día tomó al pájaro entre sus manos, lo sujetó presionándolo contra su cuerpo, fue hasta su árbol sagrado y allí, cantando, lo liberó. El pájaro aleteó atontado como si fuese un pichón empezando a aprender el oficio de volar, luego se elevó muy alto y se perdió en la brumosa amanecida del invierno. Linkoyan sanó esa misma noche y nunca más volvió a enfermar. Fresia le hizo un colgante con aquella pluma, que él usó hasta que se desvaneció con el tiempo. Desde ese día, una pequeña parte de su espíritu habitó en el peuco, y su newen lo fortaleció y lo guio el resto de su vida.

Linkoyan y Pirenrayen jugaban todo el tiempo, se buscaban y en cuanto dejaban de verse, si el uno lloraba, la otra también lo hacía. Parecían haber sido concebidos por la misma madre. Se fundían en una sola carcajada, se entregaban confiados al placer de las travesuras. Ya más grandecitos, se contaban secretos, y el árbol más alto y frondoso era su guarida.

Chekeken, la madre de Linkoyan, venía de la meseta patagónica. Era una joven del pueblo aonikenk que se había casado con un joven mapuche, el cual era un gran joyero. Él había llegado hasta el territorio tehuelche comercializando mantas y joyería a cambio de sal y pieles. La mapuche y la aonikenk eran naciones muy diferentes en su idioma, pero cohabitaban en forma armoniosa un mismo territorio. En el pasado, a orillas del río Colorado, se llevaban adelante los grandes trueques, a los que mi pueblo llama trafkintu. Estos trueques eran famosos en toda la región, allí no solo los mapuches y tehuelches participaban de estos intercambios, sino pueblos aún más distantes, que venían con sus artesanías, granos, alimentos de todo tipo y otras especies, para intercambiar sobre todo por sal y carne.

Chekeken estaba junto con su familia en aquel lugar cuando Pichiliempe la vio. Había escuchado muchas historias sobre ella, su gran estatura despertaba todo tipo de leyendas. El hombre más alto de su pueblo le llegaba en altura a su hombro. Ella era tímida. Su bella sonrisa fue lo que más enamoró a Pichiliempe. Su cabello era largo y abundante; lo usaba suelto, ceñido en su frente por una vincha de telar. Su piel era cobriza y brillante, parecía bruñida como una noble vasija de cerámica. Su espalda ancha y sus brazos fuertes. Sus pechos eran voluptuosos, erigidos como dos grandes montañas. Sin duda era una bella adolescente, una niña aún en muchos aspectos, que sin embargo ningún hombre se atrevía a amar porque su gran altura los inhibía. Había aprendido hábilmente el arte de la curtiembre. Tenía una colección de raspadores filosos que ella y su hermano menor elaboraban, a veces con piedras y otras con huesos. Los quillangos, esas mantas de piel de guanaco o puma, en sus manos quedaban con una suavidad como los pétalos del notro.

Pichiliempe, por su parte, era un joven muy alegre, fuerte y valiente. En sus viajes había aprendido algunas palabras del aonikash, así se llama el idioma de los aonikenk y, aunque no lo manejaba bien, se hacía entender. Muchos carros, mucha gente se había reunido allí para intercambiar. Venían de todos lados con sus cargas, dispuestos a regresar con la preciada sal que tanto se

necesitaba o ciertas pieles que eran más difíciles de conseguir. Sin saberlo, Pichiliempe y Chekeken fueron testigos del último gran trafkintu, pues estos eventos se acabarían para siempre tras la Conquista del Desierto. También otros acontecimientos sociales que tanto disfrutaban estos pueblos durante el período de libertad fueron barridos de la memoria.

Él había llegado allí con la firme decisión de conocer a la gigante tehuelche y hacerla su esposa. Se acercó con determinación a ella. Levantando mucho su cabeza, estirando su cuello como un guanaco, le dijo:

—Pequeña gran mujer, ¿cuál es tu nombre?

—Chekeken —contestó tímidamente ella.

—¿Cuál de estas joyas te gustan? —le preguntó él mientras le mostraba su joyería de plata hecha con monedas.

Ella recogió un aro que él desaprensivamente había apartado a un costado, y mirándolo con una dulce y aniñada sonrisa contestó:

—Este. —Y tomó en sus grandes manos el chaway, arete, y se alejó apretándolo contra su pecho.

Al estallar la guerra contra el wingka, algunos longkos mapuches y caciques tehuelches se pusieron de acuerdo para unir sus fuerzas guerreras contra el invasor. Sin embargo, hubo muchos caciques, tal vez los más importantes del pueblo aoniken, que creyeron en la palabra del Estado argentino y unieron sus lanzas con el estado blanco. Creían que era la única manera de asegurarse la supervivencia. Pero pronto se dieron cuenta del error, ya que sufrieron la traición de los militares argentinos.

Pichiliempe se casó con Chekeken casi al terminar la guerra, a finales de 1880. Él prefirió quedarse en las tolderías con ella, y por un largo tiempo no regresó a su lof ni supo sobre su familia. Al principio se quedó a vivir con su suegro. Este le había obsequiado una weralka, que es un manto de piel que, entre otros usos, tenía el de cubrir la estructura del toldo; una piel similar a una carpa de cuero, muy abrigada. Transcurrieron sus primeras lunas llenas disfrutando aún de la libertad de la cacería, de la vida en comunidad. Pronto llegó el invierno y no pudieron almacenar tanta

comida como solían hacerlo, porque la zona ahora estaba bajo el control del enemigo, que cada día avanzaba corriendo la frontera.

Una mañana muy temprano, en un amanecer frío y húmedo, en los primeros atisbos del invierno, el suelo empezó a vibrar con tanta fuerza e intensidad que se despertaron todos sobresaltados. Venía un ejército de centenares de soldados. Casi no tuvieron tiempo de recoger sus pertenencias ni de resguardar a los niños, cuando entre balas y sables empezó la carnicería. Pichiliempe tomó de la mano a Chekeken, y sin consultar nada, escapó con ella. Corrió hacia unas bardas en las que había inmensas cuevas que eran la morada de los pumas colorados. Allí la escondió, y regresó a salvar a sus suegros. Ella lloraba angustiada por el destino de su familia y, temiendo que su marido muriera, no tardó en salir de su escondite para buscarlo. Fue así que unos soldados la vieron. Los desconcertó tanto su enormidad que se quedaron petrificados ante ella. De pronto, entre los arbustos, apareció el capitán, que había descendido de su caballo para orinar. Les ordenó a los gritos que la capturaran, y ahí mismo, como si se tratase de un animal, la bolearon y la maniataron.

Se la llevaron muy lejos de allí, junto a otros prisioneros. El destino fue la ciudad de Buenos Aires. Tardaron meses en llegar, Chekeken casi muere en el peregrinaje. Los soldados le temían, y es por ello justamente que se ensañaban más con ella. La maltrataban con absoluta indolencia, para hacerle saber de ese modo quién mandaba. Pretendían amansarla como quien adiestra un feroz animal. Ya en la ciudad, fueron llevados a los cuarteles del ejército, los cuales servían como alojamiento transitorio hasta que se decidiera el destino final de los cautivos. El ejército contaba con cuarteles en Chacarita, Retiro y Palermo. Eran enormes predios con caballerizas, corrales, inmensos galpones, potreros, oficinas y un hipódromo. Allí los prisioneros pasaron varios días mal comidos, con frío y la angustia de no saber nada sobre los suyos. Todo se presentaba incierto.

Chekeken fue apartada del resto de los detenidos. La metieron en una habitación de barro y piedra que tenía una puerta de madera maciza, la cual aseguraban con un candado. Esta habitación

colindaba con el patio interno de las oficinas. El piso era de piedras lajas, muy frío. Cada tanto llegaban hasta allí distinguidos señores que acordaban con los oficiales a cargo de la comandancia general de armas los lugares y funciones a los que serían destinados los presos y las presas indígenas. Muchos se interesaron en particular por esta mujer gigante de la Patagonia, pero el oficial a cargo de la expedición, quien la había hallado, la vendió a un magnate criollo que tenía buenos contactos en París; consiguió que la compraran a muy buen precio para ser exhibida en un zoológico humano.

La encadenaron a una columna de durmiente que se hallaba sosteniendo el techo de la habitación. Chekeken tenía heridas en sus muñecas y tobillos por el permanente roce de las esposas y el peso de las cadenas. Cada vez que un soldado entraba en la habitación, ella podía adivinar lo que sobrevenía. Primero el hombrecito la contemplaba para agarrar coraje y después la arrastraba con la cadena hasta hacerla hincarse de rodillas. Una vez en el piso, se montaba sobre su espalda como si fuera una mula y azotándola con una fusta la obligaba a levantarse y a moverse por la estrecha habitación. Concluido el martirio, el sujeto se retiraba feliz, tal cual lo habían hecho sus colegas que lo habían antecedido, y les contaba a sus camarillas cómo él también había montado a la gigante. «¡Huele peor que un cerdo!», se quejaban los soldados.

Una mañana muy temprano entraron varios de ellos con trastos llenos de agua, jabón y un cepillo que tenía un largo mango de madera con el que solían lustrar el pelaje de los yeguarizos. La despojaron de su ropa y empezaron a bañarla. Ella gritaba desesperada, lloraba a los gritos. Ellos bromeaban y se divertían con la situación. Al terminar la dejaron desnuda sobre el piso, con sus manos chorreando sangre. Se había lastimado las yemas de los dedos intentando quitarse de encima las cadenas. Desnuda, tiritando de frío, deseaba morir.

Al caer la tarde, entró un hombre ya mayor con unas mantas y la abrigó. Sintió pena al verla allí tirada e indefensa.

—Pobre criatura —le dijo en un tono amable—. ¿Tienes frío?

Ella nada respondió.

—¿Me temes?

Mientras la interrogaba, ella siguió sumida en un silencio mustio, mirando el suelo sin pronunciar palabra, no solo porque no entendía el extraño idioma de aquel sujeto, sino porque su tristeza y su miedo se habían devorado hasta sus lamentos y quejidos. Sin embargo, hubo algo en ese hombre que le transmitió cierta tranquilidad.

Al día siguiente el hombre se presentó junto con sus sirvientes, que vistieron a Chekeken con unas prendas especialmente confeccionadas para ella, y se la llevó del destacamento. La había comprado y tenía todo dispuesto para embarcarla rumbo a París.

Cuando el silencio lo cubrió todo y el territorio se convirtió en un grito ahogado de tristeza, cuando ya no había ni gemidos ni voces, el cielo y la tierra eran el epicentro de jotes y toda ave carroñera, celebrando ajenos su propio festín, Pichiliempe volvió por su esposa lleno de heridas, sangrando y penando. Ella no estaba, entonces presintió lo peor. Su desconcierto era tal que salió sin más en su búsqueda. Confió en su capacidad como rastreador.

Pichiliempe supo lo sucedido por un hombre a quien él tomó como su prisionero, un cabito cobardón que, al ser descubierto detrás de unas rocas, chilló y gritó temblando de miedo. Ni bien lo vio, Pichiliempe lo interrogó en un mal castellano. Lo escuchó contar la historia de lo acontecido comprendiendo a medias lo que decía. Aunque era muy hábil para los idiomas, porque para trocar y vender debía saber hablar la lengua de sus clientes, sin embargo, con el castellano tenía cierta negación para aprenderlo. El cabo, por su parte, sabía un poco de mapudungun y con gesticulaciones y señas le explicó cómo Chekeken había sido llevada por los soldados.

Nunca sabremos el nombre de este cabo, pero hasta el día de hoy se cuentan sus hazañas. La verdad es que este joven no quería ser parte del ejército, pero había ido a parar a sus filas por la necedad de su padre, quien lo entregó personalmente al sargento creyendo que su hijo era un pendenciero y ladrón. Parece ser que este infortunado tenía un muy buen amigo, al que le gustaba apostar en las riñas de gallo. El apostador se jugó la plata que el patrón le había encomendado para una inversión, y lo perdió todo. Cuando el patrón se enteró, fue a buscar a su empleado para matarlo, pero este joven que terminaría siendo cabo defendió a su amigo, y se

culpó por él. Le pidió clemencia y le ofreció cancelar las deudas de su amigo con duro trabajo. Conmovido por este gesto, el patrón aceptó las disculpas, castigó al peón con azotes y embargó por un año su paga. Habló con el padre del joven para que lo enlistara en el ejército y lo alejara de las malas amistades que lo podrían llevar a la ruina. Así fue como terminó de cabo.

Cuando descendieron de las altas bardas pedregosas, fueron río abajo orillándolo. Allí se encontraron con una imagen que resultó imborrable de la memoria de ambos hombres. En lo que había sido el asentamiento de una comunidad tehuelche, los cuerpos se extendían; algunos devorados en partes, otros calcinados, pero todos de igual manera destrozados. No podían identificar un cadáver entero para enterrarlos en un chenke. Los aonikenk enterraban a sus muertos envueltos en una weralka. Arriba de su cuerpo inerte colocaban tierra y luego piedras hasta levantar un montículo visible, a ese enterratorio lo llamaban chenke.

Permanecieron allí, contemplando durante mucho tiempo esa terrible imagen. Un río colorado de sangre, un río rojo de dolor. El viento vino a barrer el hedor que volvía el aire nauseabundo. No había palabras ni lágrimas, ni gesto humano que pudiera expresar el desconcierto, la impotencia y la pena que los embargaba. Pichiliempe y el cabo se miraron con las pupilas humedecidas; uno por la rabia y la desesperación, el cabo por la vergüenza y la tribulación. Pichiliempe miró al prisionero, y las lágrimas derramándose por sus mejillas lo desconcertaron. El joven, por su parte, no habló por largo rato y se alejó unos pasos para dejarse caer sobre el suelo. Con las rodillas sosteniéndole el rostro, ocultándose entre sus piernas, lloró en silencio. Pichiliempe gritó estruendosamente, gritó su dolor como un trueno chocando contra las rocas. Tras esa explosión sonora emergida de su corazón, respiró profundo, cerró los ojos y le habló en su pensamiento a Chekeken: «Amor, guíame a tu encuentro. Mi niña hermosa, no dejes de pensarme para que yo pueda encontrarte». Pichiliempe había amado desde la primera mirada a esa gigante adolescente. Chekeken tendría no más de quince años cuando se casaron. Su carácter era tímido, vulnerable y arisco. Era una niña pequeña

atrapada en un cuerpo gigante. Solo él podía ver en ella la tierna jovencita que en verdad era.

Decidió confiar en las indicaciones del cabo, y fueron subiendo por la estepa. Era menester conseguir urgente otro caballo para el prisionero, ya que llevar un hombre en ancas lo retrasaba. Quería alcanzar a la tropa que había secuestrado a su amada lo más pronto posible. Propuso al joven robar un yeguarizo en el primer rancho que encontraran en su caminar, prometiéndole que una vez que divisaran el campamento militar él sería liberado. El joven cabo aceptó, y fue muy leal, ya que en ningún momento tras haber obtenido el caballo atinó a escapar.

Los dos jinetes galoparon durante varios días y durmieron muy poco. Aprovechaban incluso la luz de la luna para avanzar. Pichiliempe alimentó y atendió al prisionero con gratitud. De a poco, la relación de ambos se tornó amigable y hasta en un punto se hicieron cómplices. Finalmente, tras varias semanas, lograron dar con el escuadrón. El joven ya no quiso abandonarlo en su misión, sentía respeto y admiración por Pichiliempe. Le pidió quedarse a su lado para ayudarlo, y Pichiliempe aceptó y le obsequió un hermoso cuchillo, cuyo mango él mismo había forrado en plata. Se entremezclaron entre los soldados. Había entre ellos indígenas uniformados que actuaban como lenguaraces y rastreadores, así que Pichiliempe robó una chaqueta militar que se colocó enseguida y, vestido al igual que los indios colaboracionistas que usaban tamangos, chiripá y chaquetas militares, se introdujo con el cabo dentro del campamento sin llamar la atención. Ninguno se percató de la presencia de los dos intrusos.

Había centenares de presos. A Chekeken la tenían muy custodiada, no había posibilidades de acercarse a ella y mucho menos de lograr liberarla. Debieron esperar hasta llegar a Buenos Aires. Tardaron un mes más peregrinando por la pampa. En aquellos días, conspiraron en detalle el plan de liberación y fuga. Para tal fin, fueron reclutando otros soldados que querían desertar anhelando huir lejos para comenzar una nueva vida. El arreglo era tierras y ganado a cambio de ayuda. En aquel tiempo, las tierras y el ganado que se obtenían de las reducciones territoriales a nuestro

pueblo eran de entrega absoluta a la oligarquía criolla y oficiales de alto rango de las fuerzas armadas. Un soldado raso jamás iba a ser premiado por sus esfuerzos como ocurría con los privilegiados de la casta gobernante. Pichiliempe les prometió una nueva y mejor vida en las tolderías de caciques ranqueles amigos.

Llegaron hambrientos, sedientos y con la ropa hecha girones. Cautivos y cautivadores se veían por igual como figuras espectrales, emergidos del desierto salvaje y temerario, donde el mundo encontraba su fin. Durante todo el tiempo que estuvieron en la ciudad Pichiliempe no pudo ver jamás a su amada, pero se sentía esperanzado de que pronto estaría junto a ella.

## 6.

### Viaje al centro de la Patagonia

Una vez que el excéntrico millonario tuvo en su casa a Chekeken, decidió presentarla en público, celebrar una velada festiva la noche anterior a su partida a París. Quería mostrarles a sus congéneres lo equivocados que estaban al querer exterminar a los aonikenk. Él aseguraba que eran criaturas indefensas y que al domesticarlas podían llegar a ser una servidumbre incluso más efectiva que los africanos, ya que su fuerza física era inconmensurable. Decidió vestir a Chekeken como una dama de la época. Había en ella un encanto que le resultaba perturbador. Sentía hacia ella fascinación, temor, deseo y, a la vez, repulsión.

Durante su cautiverio en la estancia, Chekeken había estado muchas horas del día encerrada. Si bien a los pocos días de llevarla, al descubrir su manso carácter, su comprador decidió librarla de cadenas y grillos, siempre que la visitaba, llevaba con él un látigo, como el domador que desconfía de la fiera. Le hablaba, le leía, llevó incluso una vitrola para hacerle escuchar música. Ella estaba tan triste que permanecía sentada en cuclillas en un ángulo de la habitación, con su mirada perdida. Gradualmente él fue tomando confianza, hasta que un día se acercó tanto a ella que pudo rozar la piel de su mejilla. La adrenalina del miedo y el placer aceleraron el corazón del hombre. Chekeken permaneció impávida, hasta que él intentó bajar su mano hasta su cuello, entonces ella se levantó de golpe y el hombre retrocedió asustado y se cayó en el suelo. Vio una expresión furiosa en el rostro de la joven y salió inmediatamente de la habitación. Pero al cerrar la puerta, al respirar el aire frutal de afuera, rio feliz: se sentía conmovido por esta aventura. Había descubierto en los ojos de aquella mujer la mirada

de cualquier otra que no se dejara tocar. Era menos animal de lo que él había supuesto. Aquel día ordenó a los sirvientes asear la habitación, colocar una gran cama, una mesa y una silla. Se había propuesto civilizar a la salvaje.

Durante ese tiempo que Chekeken, mi bisabuela, nunca supo precisar qué duración tuvo, fue alimentada, aseada y obligada a dormir en una cama. Una mujer aonikenk que trabajaba en una estancia de un pariente del dueño de Chekeken fue su cuidadora e intérprete. Su nombre era Aiken. Ella era cautiva desde el principio de la guerra, había aprendido el castellano a latigazos. Era mansa y sabia, cuidaba con mucha ternura de Chekeken. Fue su amiga durante el tiempo que permaneció allí.

Aiken estaba obligada a dar aviso al patrón cuando todo estaba dispuesto para el baño diario de Chekeken, entonces él acudía a contemplarla como si fuera un espectáculo. Se sentaba frente a la tina en la que, desnuda, Chekeken entraba con actitud extraña y temerosa. La tarea no comenzaba hasta que el patrón no estuviera allí cómodamente sentado frente a ella. Dos mujeres hacían la labor, Aiken y alguna otra que se hallase libre de sus responsabilidades en la mansión. Él disfrutaba viendo cómo el agua se esparcía sobre la piel de ese cuerpo voluminoso. La espalda ancha, su amplio rostro, sus pechos enormes y las piernas firmes y fornidas le generaban una excitación que no disimulaba ante la servidumbre. Se tocaba sus partes íntimas mientras bañaban a Chekeken. Era un ritual acompañado por la música de Tchaikovsky. La *Danza del hada de azúcar* era la melodía para esos encuentros. Así cada día. Luego la vestían y sacaban a caminar un poco para que sus huesos no se atrofiaran. A pesar de sus morbosidades, el patrón jamás volvió a tocar a Chekeken. Él mismo supervisaba que le dieran de comer, que estuviera cómoda y abrigada. Cada mañana al levantarse iba a verla. Por las noches despertaba sobresaltado a causa de terribles pesadillas en las que la veía escapando de sus brazos. Despertaba pensando en ella y se dormía pensándola.

Finalmente llegó el día de la velada. El casco de la estancia donde se celebraba la fiesta estaba colmado de gente, carruajes de lujo se alineaban de manera ordenada y pintoresca frente a la

mansión. Una horda de sirvientes elegantemente vestidos, con unos guantes que entorpecían sus movimientos, se deslizaban silenciosos y hábiles por todos los resquicios de la mansión, donde los invitados se desplazaban felices y relajados con sus copas llenas de champaña, mientras un cuarteto de cuerdas ejecutaba unas dulces y alegres sinfonías. Todo parecía confirmar el éxito; sin embargo, el anfitrión ignoraba la fragilidad de su lujoso mundo. Acostumbrado a organizar tertulias y espectáculos, desconocía que no siempre la función ocurre tal cual lo planificado.

En la oscuridad de la noche, cinco hombres conspiraban escondidos en los jardines. Pichiliempe y su ya para entonces joven amigo, el cabo, se repartieron las labores de su plan. Uno actuaría dentro de la mansión y Pichiliempe permanecería oculto, con los caballos listos para la fuga. Había conseguido uno alto y robusto para Chekeken. Junto a él se quedaron dos de los hombres reclutados, que debían llamar la atención de los asistentes y, por supuesto, fundamentalmente del dueño del lugar. El cabo y un mulato que se había sumado al plan en los últimos días se infiltraron vestidos como sirvientes. El mulato había conseguido ropa de sirviente para él y su compañero a través de una joven que trabajaba como ayudante de cocina en aquella casa, a la cual conocía por haberla visto con la cocinera en el mercado del pueblo comprando especias. Desde que se vieron por primera vez se gustaron y empezaron a frecuentarse a escondidas. Le prometió llevársela con él esa noche. Su tarea consistía en ingresar en el interior de la mansión y ubicar la habitación donde tenían a Chekeken. Cuando la ubicaran, la sacarían por la puerta de la biblioteca, que daba hacia uno de los patios interiores; habían elegido esa puerta porque casi no la usaban. Aprovecharían también para robarle a la patrona unas valiosas joyas que la joven sirvienta conocía muy bien. Ella les señaló el lugar exacto donde su patrona las guardaba y les entregó las llaves del pequeño joyero que contenía aquel tesoro.

Para que todo esto pudiera realizarse sin sorpresas ni contratiempos, los hombres, desde afuera, debían generar una importante distracción. Ni bien tuvieran las joyas en mano y

hubieran ubicado a Chekeken, uno de ellos tenía que dar la señal para que el plan de fuga se ejecutara. Las joyas fueron fáciles de hallar: las indicaciones de la joven habían sido tan precisas que no hubo dificultad alguna. Sin embargo, la búsqueda de Chekeken, aunque intensa y meticulosa, resultó inútil. No sabían qué hacer, así que resolvieron ir hasta el lugar más concurrido, pensando que quizás ella se encontraría como parte del decorado y los atractivos que el excéntrico hombre ponía en sus fiestas. Se hallaban nuevamente en la sala principal cuando la música se detuvo y el dueño de casa tomó la palabra y expresó:

—Queridos amigos, llegó el momento más importante de esta velada. Quienes me conocen saben de mi afición a los fenómenos, a esas criaturas extrañas que, por lo mismo, se vuelven únicas en su especie, que nos llaman la atención. En mi juventud, comencé a interesarme por felinos, luego por serpientes. Llegué a tener una colección de mariposas de más de cinco mil especies de todo el mundo. —El público aplaudió, y él continuó diciendo—: Pero ahora son los humanos los que me interesan, esas razas perdidas en medio de regiones inhóspitas. Razas temerarias, por qué no caníbales. He visto hombres y mujeres tan pequeñitos que mi mano podía abarcarlos en su totalidad.

El hombre hablaba con entusiasmo. Por momentos subía tanto el tono de voz que estremecía a la concurrencia; en otros, hablaba tan bajo que resultaba apenas audible. Exageraba sus movimientos, era todo un actor. Su verborragia mantenía expectante al público.

—He visto hombres con jorobas como camellos —continuó diciendo—, mujeres de orejas tan grandes que parecían elefantes, pero nada me ha asombrado más ni ha despertado mi curiosidad científica como la tribu de los gigantes salvajes de la Patagonia.

Cuando acabó de decir eso, una pesada cortina de terciopelo fue lentamente abierta y sobre una tarima de madera, sentada en una silla de roble hecha para la ocasión, estaba ella, la mujer gigante, asustada y triste, vestida con una larga pollera de color azul, con muchos pliegues, y una blusa blanca con pequeñas flores celestes. Le habían recogido el cabello en dos trenzas. Miraba el suelo. Iluminada por una araña hecha por decenas de candelabros

dorados que pendían justo encima de su cabeza, la sombra parecía estirar aún más el contorno de su cuerpo.

Ante semejante sorpresa, el público expresó su asombro con una unánime exclamación. Luego el anfitrión y animador le ordenó a Chekeken que se pusiera de pie. Ella obedeció y la gente, deslumbrada por su altura, aplaudió por el singular espectáculo. El hombre avanzó hacia la tarima y se aproximó a Chekeken. Le tocó las trenzas, las manos, y dijo mirando al público:

—Observen lo inofensiva que es esta criatura. Por supuesto no siempre fue así. Cuando la encontraron en las tierras del sur, era una fiera salvaje y agresiva. Se alimentaba de carne y sangre de cualquier animal, y también humana. Toda su tribu se alimenta así. Se necesitaron centenares de hombres para dominar su furia. Destrozaba las cadenas que colocaban en sus pies y manos. Así la trajeron hasta esta ciudad, pero cuando supe de su existencia, la compré y me propuse domesticarla, y se ha vuelto mansa y servicial. Estoy convencido de que estos gigantes serían los mejores sirvientes y peones que podríamos tener —dijo mientras giraba para observar a Chekeken. Después volvió a mirar al público y continuó —: Obsérvenla, ¿acaso ven en ella a una salvaje? Los gigantes de la Patagonia pueden ser de nuestra propiedad e incluso podremos exportarlos, muchos pagarían fortunas por ser servidos por gigantes. No permitamos su exterminio, sería una pena que esta raza de gigantes desapareciera de la faz de la Tierra.

El público aplaudió emocionado, y él se inclinó hacia adelante, agradecido por la ovación. Tras los aplausos, propuso un brindis y anunció que partiría al día siguiente a Francia. La gigante viajaría con él para participar en la Exposición Universal de París, donde habría un área de zoológico humano. Estaba seguro de que su gigante patagónica generaría una cerrada aclamación.

Mientras todos se hallaban con la copa en la mano, afuera hubo estallidos y gritos. Los hombres salieron a ver qué sucedía. Para sorpresa de todos, la caballeriza y un enorme galpón cercano a la casa ardían en medio de luminosas y altas llamas. De pronto se oyeron disparos. Alarmadas, las mujeres desalojaron el salón. El dueño de casa y su esposa intentaron calmar los ánimos de los

invitados, pero aquello se había convertido en una estampida. Estaban convencidos de que no se trataba de forajidos comunes, sino de fuerzas represoras de la oposición radical que alentaban al pueblo a derrocar al presidente Juárez Celman y que ahora venían tras ellos, sus aliados y amigos.

Quiso el destino que esa noche también se diera el preludio de la Revolución del Parque, donde las fuerzas radicales y demás disidentes se organizaron para protestar por las elecciones fraudulentas y el régimen oligárquico, que solo prestaba atención a sus propios privilegios, mientras el pueblo sufría hambre. De pronto irrumpieron en cercanías a la mansión decenas de hombres montados a caballo y fuertemente armados. Entre silbidos de balas y gritos libertarios, disparaban contra los vidrios de la fastuosa casa. Allí dentro, los hombres, vestidos de elegante frac, se ocultaban tras las columnas y todo aquello que les sirviera de protección. Los pocos que contaban con armas se parapetaron en la galería que rodeaba la casa, en diferentes lugares que les permitieran tener una buena visión para disparar contra los rebeldes.

El anfitrión fue en busca de su arma y algunos hombres se hicieron de coraje para acompañarlo en la defensa. El millonario repartió todas las escopetas con las que contaba y algunos revólveres de colección. El tiroteo fue incesante. Pichiliempe, junto con sus dos compañeros, quedó atrapado entre las dos líneas de fuego. Improvisaron barricadas. Debían encontrar la manera de salir de allí y acercarse hasta la mansión para rescatar a los otros. Rápidamente el cabo y su compañero aprovecharon la confusión para buscar a Chekeken, pero ella, en un descuido de los sirvientes, ya había escapado. El cabo la buscaba desesperado, a tientas, sin éxito alguno. A pasos de él, el mulato también la buscaba, hasta que sintió una mano tibia que tomaba la suya. Era la joven sirvienta, que lo había reconocido a la luz de algunas débiles velas de los dispersos candelabros del corredor. Aiken tomó uno y los guio por el largo corredor, hasta la cocina. Había sido ella la que había rescatado de la balacera a Chekeken.

La joven le explicó a Aiken quiénes eran esos hombres y qué propósito perseguían. Ella entendió todo y además le tradujo a

Chekeken, para que no tuviera dudas, lo que decían. El cabo sacó de una bolsita que llevaba un raspador muy bonito hecho de hueso, que Chekeken le había regalado a Pichiliempe y que él jamás se quitaba de su cuello. Así tuvo la certeza de que su amado esposo estaba afuera, preparado para rescatarla. Aiken se abrazó para despedirla, sabía que ya no se volverían a ver. Chekeken la invitó a irse con ellos, pero ella no quiso.

Salieron prontamente de la cocina, rumbo a la biblioteca. Ahora debían sortear las balas. Adentro de la casa todo estaba muy oscuro. Las sucesivas balaceras habían impactado en algunas de las costosas arañas que iluminaban los ambientes. Se arrimaron a una gran ventana y uno de ellos la abrió. Se hallaba a unos tres metros de altura del suelo, desde donde debían salir al parque en el que se encontrarían con Pichiliempe. La primera en bajar fue Chekeken. Una vez en tierra firme, esperó que cada uno de ellos apoyara sus pies en los hombros de ella para descender. Luego, suavemente, Chekeken los ayudó a bajar. Los gritos, llantos y corridas tornaban más escalofriante la situación.

Ya afuera de la casa, confiaban en que no muy lejos de allí se encontrarán Pichiliempe y los otros dos hombres esperándolos con caballos. Por supuesto, no contaban con que sus cómplices nunca habían podido escapar del lugar donde habían tenido que ocultarse tras incendiar el galpón y la caballeriza, ya que simultáneamente había ocurrido la invasión de los rebeldes.

Por su cuenta, Pichiliempe había decidido cruzar la línea de fuego. Solo iba armado con arco, flecha, cuchillo y una honda a la que llamamos wutruwe. Los otros dos hombres contaban cada uno con una escopeta, ellos lo cubrirían. Empezaron a correr llevando a varios caballos de tiro, todos al galope, pero la balacera era tal que uno de los jinetes que lo cubría fue herido; su caballo se desbocó y salió sin rumbo, quedó tirado en el suelo. El hombre intentó arrastrarse, pero alguien lo remató y esa misma arma había disparado contra Pichiliempe, que sin embargo no se detuvo. Él y su compañero lograron llegar hasta donde ya se hallaban sus amigos. Faltaban tan solo unos trescientos metros cuando Chekeken los divisó. Fue la primera en verlos llegar. Había reconocido a

Pichiliempe por el modo de cabalgar. Dejando de lado el peligro, corrió a su encuentro. Él, feliz, la vio acercarse. Descendió rápidamente de su caballo y avanzó hacia ella. Se abrazaron y besaron con ternura. Ella lo alzó en brazos como si él fuera su niño, se veía tan empequeñecido a su lado. En ese preciso momento se escuchó un estruendoso disparo, que provenía del lugar donde habían quedado los otros amigos esperándolos.

—Vayamos a ver qué está pasando ahí, pero con mucho cuidado. Si nos ven, quién sabe si podremos escapar —le dijo Pichiliempe a su compañero. Luego miró a Chekeken y le habló con amor—: Mi pequeña flor, usted se queda aquí con los caballos, no sea que vuelvan a quitármela. Yo volveré por usted, nunca más estaremos separados.

Ella, angustiada, lo abrazó, y por unos segundos que parecieron eternos no quiso dejarlo ir. Él besó con ardor sus manos. Chekeken colocó nuevamente en el cuello de su amado aquel raspador que le había obsequiado como respuesta a su propuesta de casamiento. Pichiliempe sonrió y ella volvió a estremecerse al mirar aquella hermosa sonrisa, sus dientes blancos, sus labios gruesos y la mueca sutil en la comisura de sus labios. Era el hombre más bello y fuerte al que cualquier mujer amaría, pero ella era la suertuda, pensó, y se quedó ahí quietita esperándolo tal cual él se lo había pedido.

Despacio, casi imperceptiblemente, ocultos entre arboledas y matorrales, fueron acercándose al lugar. Más tarde, el mulato le narraría a Chekeken los detalles de todo lo que aconteció allí. Unos hombres armados y con antorchas salieron por entre los árboles, eran un buen número y estaban envalentonados. Les ordenaron bajar sus armas. El mulato y el cabo obedecieron, las arrojaron al suelo y los hombres las recogieron. Cuando ya se preparaban para llevarlos, el cabo logró agarrar a uno de ellos y neutralizarlo quitándole el arma. Usó el cuerpo del sujeto como escudo y logró librarse de las balas. Pichiliempe comenzó a disparar flechazos certeros, entonces el cabo y el mulato aprovecharon la situación para golpear y desarmar a algunos de esos pistoleros. Mientras se entrecruzaban las balas, el cabo se trenzó a los golpes y cuchillazos

contra varios hombres a la vez. Cuentan que peleó como una fiera, pero cuando parecía que ganaban la batalla y lograban reducir a todos los pistoleros, uno de los hombres que yacía en el piso con expresión de muerto manoteó un revólver y, con las pocas fuerzas que le quedaban, disparó de manera infalible contra el cabo, que se derrumbó para siempre. Pichiliempe quiso llevárselo con él, pero sus compañeros no estaban de acuerdo con cargar con un muerto, pues entorpecería la huida. Había dolor en su corazón, una pena amarga que le hacía arder la garganta, un llanto represado que se le quería escapar como catarata. Su amigo había muerto valientemente. Solo le quedarían de él la memoria y las anécdotas que contaría una y otra vez a su familia, sobre todo a Chekeken, las cuales se transmitirían de generación en generación, y que yo guardo como reliquias de mi pasado. Pichiliempe y Chekeken fueron mis bisabuelos paternos. La sangre tehuelche de aquella dulce mujer corre en mis venas.

Al atravesar la tranquera de la estancia se sintieron libres. El aire parecía más liviano, lo respiraban a bocanadas, llenando sus pulmones de vida. Cabalgaron toda la noche y cuando ya el sol anunciaba el comienzo de un nuevo día, se despidieron. El mulato y su novia partieron al noreste, querían llegar a Brasil en busca de sus familias. Mientras que el otro soldado, que había sobrevivido a tantos acaecimientos esperanzado en las promesas de tierras y refugio en las tolderías ranqueles, pidió a Pichiliempe que cumpliera con su palabra y este así lo hizo: lo llevó hasta la toldería del longko Epumer. Allí se quedó aquel hombre, mientras que mis bisabuelos permanecieron un corto tiempo entre el pueblo ranquel.

Ya el otoño había coloreado de amarillos y ocre los pastizales del paisaje pampeano cuando mis bisabuelos empezaron a bajar hacia el sur, querían llegar antes de que el invierno se hiciera presente. Tardaron algunas lunas en su largo viaje al centro de la Patagonia. Durante la travesía sufrieron hambre y momentos de tensión por el asalto de bandoleros. Como si fuera poco, el corazón de Chekeken se inundó de pena al enterarse de que sus padres y hermanos habían sido asesinados. Nada sabía de los demás miembros de su comunidad. Muchos de ellos habían sido repartidos

en diferentes estancias, incluso algunos fueron a parar a museos. En su andar, debieron eludir los campamentos militares que se iban levantando en lo que alguna vez fue la ruta de la sal.

Por fin lograron cruzar el río Colorado. Se sorprendieron al ver caseríos alrededor de pequeñas plazas en las que se habían plantado álamos, que se sostenían débilmente sacudidos por el viento. Pese al hambre no entraron en esos poblados, temían ser perseguidos y encarcelados. Fueron acercándose cada vez más hacia el río Negro. Cuando llegaron hasta sus riberas, acamparon unos largos días allí y más tarde tomaron el camino hacia las altas montañas.

Se adentraron en la espesura del bosque cordillerano. Se toparon con un gran lago que parecía un espejo. El intenso frío había cristalizado sus aguas. Ese día Pichiliempe consiguió cazar un pudu, un ciervo autóctono de la zona. Lo comieron saboreando con fascinación cada presa. Chekeken pareció recuperar su fuerza y el espíritu de la vida volvió a enraizarse en su alma. Esa noche Pichiliempe la amó con dulzura y desesperación. Quería llenar todo su ser de vida, entrar en ella con ansia de fundirse en un futuro de esperanza. Ella lo recibió al principio con ternura, pero luego un fuego fue ardiendo en cada centímetro de su piel y de sus poros, se dejó llevar por el deseo y la pasión. Cuando la sombra de la muerte merodea, rozando nuestros cuerpos y espíritus, los humanos la exorcizamos con abrazos y caricias, con la penetración profunda de nuestros sentidos vitales, que nos hace percibir la corporalidad de nuestra existencia. Así, abrazados, recibieron el amanecer. Y así transcurriría todo el invierno.

## 7.

### La derrota de nuestro pueblo

Un amanecer blanco y silencioso Chekeken despertó abrazando un sueño que acunó durante la larga noche, abrigada al cuerpo febril de su amado esposo.

—¡Pichiliempe, Pichiliempe, despierte! Tengo que contarle mi sueño —le dijo con esa voz dulce, casi aniñada, que esta vez tenía además un tono de esperanza y alegría.

Su marido abrió los ojos lagañosos y la miró desconcertado. Ella, su pequeña gran florcita, cómo él le decía, había llorado tanto. Hubo días en que se negaba a comer, en que solo quería morir, y ahora despertaba con ese brillo en sus ojos llenos de vida y ganas. Él le sonrió y acarició su rostro.

—Claro, mi pequeña gran flor. Cuénteme su sueño.

Aún tendida entre las mantas, Chekeken rodeó con su brazo a su marido y le narró su sueño con la misma ternura con que una madre le contaría un cuento a su hijo, porque así dicen que era ella, puro instinto maternal.

—Fue un sueño muy lindo. Usted y yo subíamos las bardas de mi tierra. Cuando llegamos a la cima, se veía el río y un bosque bien verde. Las aguas de aquel río eran cristalinas, y un vientito fresco me helaba la cara y me sacudía el pelo. No sé por qué se me dio por abrir mis brazos, y mis brazos echaron plumas, se volvían alas. Y usted también se convertía en pájaro, y éramos una bandada de muchos pájaros atravesando el cielo. No había soledad ni dolor, no me pesaba andar. Livianita era, libre me sentía y feliz estaba. ¿Qué sueño será este? ¿Qué me dijeron los espíritus con este sueño, Pichiliempe?

Él la miro y volvió acariciar su rostro, pasó suavemente la yema de sus dedos por sus labios y le respondió sonriente:

—Sus antiguos la vinieron a consolar, a decirle que pronto terminará nuestro dolor, y que llegaremos bien a donde vamos.

Ella lo interrumpió preguntando:

—¿Y a dónde vamos, Pichiliempe?

Él, tras un suspiro, contestó:

—Vamos en busca de los nuestros, con mi pueblo, Chekeken, que será también el suyo.

Unos días después continuaron su peregrinaje hacia el oeste. Ya muy fatigados, en un mediodía frío se encontraron con numerosas tolderías mapuches que estaban de tránsito rumbo al sur. Grande fue la sorpresa de Pichiliempe cuando encontró entre esa gente a su familia. Vio primero a su hermano menor, luego a su padre, a su madre y a muchos otros. Hubo algarabía, gritos de regocijo y se hizo una gran celebración por su llegada. Habían tenido noticias de lo acontecido a la comunidad de Chekeken y pensaron que ellos también estaban muertos. Hubo festín, comieron carne asada y bebieron muday. El muday es símbolo de fiesta para nosotros, es una bebida no muy difícil de hacer. Se deja fermentar un tiempo; se puede preparar con cualquier grano, por ejemplo trigo, quinoa, también se hace con piñones. Alegre el espíritu y nutre el cuerpo. Así mismo, hubo abundantes papas, unas violetas alargadas de sabor dulce que se conocen con el nombre de meñarqui y semillas molidas de piñones.

Chekeken y Pichiliempe, mis bisabuelos, se quedaron allí hasta finales de la primavera. Un mensajero del territorio del norte les trajo malas noticias. El ejército avanzaba hacia esa zona. El acuerdo firmado entre los longkos del sur y el gobierno argentino una vez más era traicionado por el Estado. Se corría el rumor de que tenían que irse en busca de otras tierras donde asentarse. Hubo un trawun, parlamento, y antes de que llegaran los soldados resolvieron no partir. Designaron a varios voceros, werken, para que viajaran hasta Buenos Aires y pidieran ante los funcionarios el respeto total a los acuerdos.

La derrota de nuestro pueblo, la conformación de la república sobre nuestros territorios nos convirtió en parias, con permanentes desplazamientos, cada vez más arrinconados. Los desalojos se sucedían uno tras otro, sin poder evitarlos. Así mis bisabuelos y toda su comunidad fueron desterrados. Llegó el ejército antes de que nuestros werken llegaran a Buenos Aires. Debieron abandonar su lugar en un amanecer sombrío.

Durante la travesía hacia el sur, bordeando el filo de la cordillera, Chekeken empezó a sentirse mal. No toleraba ningún alimento. Los vómitos la debilitaban y sentía tremendos deseos de dormir y no despertar. Su suegra se dio cuenta del embarazo, sintió pena por Chekeken. Qué inoportuno era el renuevo de la vida en medio del despojo y la persecución. Su cuerpo le reclamaba descanso en el momento más angustiante, en el que todos estaban obligados a continuar sin pausa. El sol ya calentaba de manera abrazadora los cuerpos, se detenían solo para comer y beber. Las noches eran muy cortas y, a pesar del aflictivo peregrinaje, los hombres y mujeres se daban pequeños momentos de reposo, y alrededor del fuego crepitaban las historias de antaño, entremezcladas con las anécdotas del viaje que arrancaban risas. Hemos podido sobrevivir como pueblo porque siempre, de algún modo, hemos logrado sonreír. Esa noche de cielo estival estrellado Chekeken le anunció a su marido el embarazo. Él la abrazó feliz.

Cuando se aproximaba la fecha del parto, muchos acontecimientos habían afectado irreversiblemente la vida de ella y de toda la comunidad. El errante caminar de los sobrevivientes en busca de sitios lejanos, inalcanzables para el Ejército argentino, estaba lleno de dificultades. Sin embargo, nunca se resignaron y lograron encontrar un pedacito de tierra y paz en la actual provincia de Chubut, un asentamiento que el gobierno argentino autorizaba. Allí se quedaron levantando sus casas, empezaron a criar ganado y a sembrar trigo. Pero una extraña enfermedad llegó hasta la reserva, la llamaban viruela. Había ingresado a estas tierras, como tantos otros males, de la mano del invasor.

Pichiliempe sintió dolores en todo el cuerpo y un frío intenso se empozó en sus huesos. Por más que se abrigaba no lograba calmar

el temblor del cuerpo. Sus piernas carecían de fuerza. Se tumbó en el suelo, mientras Chekeken llamó asustada a su suegra. Juntas lo acomodaron cerca del fuego y prepararon con esmero todo tipo de brebajes. Pero esa enfermedad desconocida para nuestro pueblo era tan fuerte que no hubo manera de ganarle. Se llevó triunfante la vida de miles de nosotros, entre ellos la de Pichiliempe.

Durante sus días de agonía Chekeken no durmió ni comió atendiendo al enfermo. Acariciaba sus cabellos, le hablaba, lloraba silenciosamente. En los amaneceres helados, junto a su suegra, hacía ngllipun, ceremonias espirituales, para rogar a sus ancestros ayuda, sanación para su amado. Apenas un puñado de personas sobrevivió a aquella maldita enfermedad. Se enterró a todos y se fueron de allí.

Decidieron bajar hasta el sudeste, y así fue que se encontraron con nuestro lof. Mi tatarabuelo, el padre de Pichiliempe, los recibió y los acogió solidariamente. Se tornaba difícil reorganizar la vida del lof con la permanente llegada de refugiados. No solo significaba adaptarse a la convivencia con desconocidos, sino además adaptarse a un nuevo territorio, conocerlo de a poco, y construir despacito un vínculo.

Los mapuches nos relacionamos con la naturaleza y construimos nuestra identidad a partir de ella, fortaleciendo nuestra espiritualidad. Al estado wingka aún hoy le molesta que hablemos de lof. Se nos ha impuesto la categoría de comunidad. Ya he dicho al principio de mi relato que esa idea reduce la percepción de la vida, nos arranca los hilos invisibles y sólidos que nos unen fraternalmente a la vida de los ríos, montañas y lagos, bosques y toda forma de existencia. Creer que solo los humanos se necesitan entre sí, que solo los humanos pueden amar y escucharse es errado. Somos lof, humanos interactuando de manera recíproca con la naturaleza.

Fue pasando el tiempo y la vida comunitaria se fortaleció; encontró su ritmo, sus sonidos cotidianos, sus voces amigas, su rutina doméstica. Esos detalles que nos van arraigando a un espacio, eso que llamamos hogar, y nos definen como parte de un mundo.

Chekeken fue amada y tratada como una hermana más del lof. Todos allí se trataban como parientes. Se ayudaban entre sí, no quedaba nadie sin involucrarse en las faenas colectivas. Se hicieron varios rukatun, los rukatun son un modo comunitario de levantar las viviendas. Así las casas de barro y piedra se erigieron, firmes, ofreciendo un definitivo hogar a los nuevos allegados. Fue así como se conocieron mi tatarabuela, doña Fresia Coliman, y mi bisabuela Chekeken.

La joven tehuelche, embarazada y sin su marido, sin su familia, se sentía desconsolada. Fresia la acompañó, la adoptó como una hija, atendió su parto. La noche del alumbramiento hundió su ser en el mundo de los sueños. Se vio a sí misma otra vez siendo una niña, caminando con su tribu hacia el mar. Podía sentir ese sabroso aire fresco y salado entrando por su nariz, se veía junto a sus hermanos y padres, eran centenares de tehuelches caminando con ella. Ella quería correr a encontrarse con el mar, que bramaba furioso. Sin embargo, la mano desconocida de un anciano la retenía. Al llegar allí había centenares de fogatas en hileras a lo largo de toda la playa, tal cual había visto en su niñez cuando acompañaba a sus padres a la ceremonia anual de su pueblo. Allí bailó con sus ancestros, los oyó cantar, los vio dar pequeños pasitos en una danza suave que iba al ritmo del canto. Sus pies se movían de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, como meciéndose en el mar.

Así eran las ceremonias de su pueblo, orillando el mar, bailando, cantando, y así lo soñó esa noche. Los mapuches llamamos pewma al sueño revelador. Aquel que se nos aparece como un lenguaje místico entre el mundo de los espíritus y el nuestro. El sueño nos habla, nos advierte, nos revela secretos. En ese pewna, ella se veía junto a centenares de personas. De pronto el mar comenzó a crecer y, de sus profundidades, emergió una ballena gigante que abrió la boca, y miles de personas muy diferentes entre sí salieron de ella y se treparon a su lomo. Se pusieron en círculo alrededor de algo que Chekeken no lograba ver. Inesperadamente, la misma mano arrugadita, la apretó otra vez. Ella miró y reconoció a su abuela, que la tomó con firmeza y la llevó levitando por el mar. Sus piecitos

tocaron el agua y la sintió tibia. Sonrió por esa sorpresiva caricia marítima. Las dos se empozaron en el lomo de la ballena y vieron cómo brotaba un árbol. El animal gritó con dolor, y Chekeken sintió dolor en su vientre. Nadie hizo nada por arrancar el árbol. Ella, decidida, quiso hacerlo, pero su abuela la detuvo.

—Ese árbol es suyo —le dijo—. Usted lo plantó allí, hijita. Estas personas salieron de ese árbol. La ballena vivirá como raíz de ese árbol. Si arrancas el árbol, la ballena morirá.

Entonces ella, llorando, le preguntó a la anciana:

—¿Por qué hice esto, abuelita, por qué lo hice?

Y se abrazaba a ella desconsolada. La abuela le respondió con voz trémula:

—Hijita, usted no lo hizo. Ellos lo hicieron.

La abuela de Chekeken señaló la playa donde se veía a toda su gente siendo masacrada por hombres blancos uniformados. La niña, desesperada, llamaba a su mamá. La abuela la miró a los ojos y le dijo:

—No podemos hacer nada, pero usted nos está salvando a todos. Ellos nunca podrán encontrar la raíz de este árbol, porque vive en esta ballena, ni podrán cortarlo jamás.

Y así, llorando, despertó empapada. Su fuente se había roto y el líquido mojaba sus piernas y pies. El niño no tardó en venir. Doña Fresia lo tomó en sus brazos, lo limpió y se lo puso en el pecho. Navegó aquel niño el mar de los sueños, lo atravesó con sus ramas de árbol milenario para llegar hasta aquí. Se ramificó y, tal como el sueño le anunció a Chekeken, nunca más estuvo sola, y de ese hijo toda una gran estirpe surgió y se multiplicó en la tierra. De ahí vengo, tengo sangre tehuelche en mis venas. Aonikenk también es mi pueblo.

Les contaré todo para que la verdad se sepa. Yo, Llankaray, no he olvidado. La memoria me habita, trayéndome en los sueños las voces del pasado. Mi padre y mi madre no me dejaron olvidar a Chekeken, ni la historia de quienes me antecedieron. Yo se las entrego para que ustedes la atesoren en su memoria, y esta ya no sea tierra de olvido y dolor.

## 8.

### ¿Seremos lo suficientemente fuertes?

El invierno fue propicio para que Fresia le enseñara a Chekeken el arte del telar. La joven era silenciosa. Había guardado dentro de su corazón el amoroso sonido de su lengua materna, iba incorporando de a poco el mapudungun. Hablaba lo justo y necesario, eso provocaba aceptación y respeto entre su nueva familia. En mapudungun la palabra lamngen se usa para expresar la hermandad entre mujeres. Es una muy bella y profunda palabra, ya que nos trasciende. Quiere decir «unidas desde nuestra esencia». Ese reconocerse en el espíritu y fuerza cósmica nos acerca.

Chekeken admiraba y respetaba con cariño a Fresia. Había notado cómo sus manos parecían volar como un pilmaken, una golondrina, en la urdimbre del telar. Los hilos parecían entregados sin resistencia a la mágica ductilidad de sus dedos, con cuyos trazos precisos dibujaba un mundo simbólico en sus tejidos. Fresia y Chekeken fueron construyendo una profunda amistad perenne. No fue necesario que la joven pidiera ser su discípula, Fresia notó la atención que ponía en la tarea que realizaba ella.

El primer paso fue preparar las piezas para armar el telar, las maderas fueron elegidas por Chekeken bajo su supervisión. Uno de sus cuñados las cortó y pulió con firmeza. Huentemilla era el menor de los hermanos de Pichiliempe, el más amado por su finado esposo. Ella se sentía apegada a él por este motivo. Cualquier necesidad que ella tenía se lo hacía saber y él siempre estaba predispuesto a ayudarla. A su vez, Huentemilla contaba con ella para todo. Chekeken lo apañaba como si fuera su propio hermano menor. Habían sido errantes por un extenso territorio, para asentarse por fin allí. Ese caminar fue duro, difícil, y los unió a todos,

mapuches y tehuelches, juntos en busca de una oportunidad que les permitiera continuar con vida.

Tras el almuerzo, Fresia y Chekeken se dispusieron a la tarea de armar el telar.

—Siempre debe estar atenta, ñaña, al tejido. Si se distrae, los hilos pueden quedar flojos o enredados —le aconsejaba Fresia con actitud maternal. Mientras acomodaba los palos, continuó con sus recomendaciones—: Lo primero que vamos a dejar parados bien derechos y firmes son los palos laterales del telar, wichalwichalwe se llaman. Siempre tienen que estar parejitos, uno al costado del otro. Se dice que los wichalwichalwe van desde la tierra hasta el cielo. Hay que elegir unos trapos bien firmes para anudar, no se puede elegir cualquier trapo. Deben ser fuertes, ñaña. Si le pone cualquiera, se apolillan, se rompen y se le desarma el tejido. Estos hilos anudarán toda la estructura del telar. Tenemos por costumbre en la vida pensar que hay piezas importantes y otras que no sirven para nada, pero no es así, hasta el más pequeño de los elementos sirve para lograr un buen trabajo. Así nos equivocamos, ñaña, atando nuestras vidas con cualquier trapo viejo nomás. Por eso cuando yo enviudé por segunda vez decidí quedarme sola, para qué voy a amarrarme a un trapo viejo —dijo Fresia y ambas rieron a carcajadas. Tomando los palos más gruesos prosiguió—: Estos, ñaña, se llaman klow y se ponen uno abajo y otro arriba. Tienen que estar bien derechos los dos, juntitos, pero a la vez separados, como si estuvieran los dos ceñidos al mismo animal que los llevará a un mismo destino. No pueden torcerse, sería como llevar torcida la carreta. ¿A dónde irían los pobres bueyes? Así, estos palos van juntitos. Primero pone el de la tierra, abajo; luego el de arriba, el wenu. Van a medir el largo de la pieza que va a tejer. El klow es muy importante porque sobre esa madera usted va a pasar los hilos. Usted y yo somos los klow. Nuestros hijos son los hilos, ellos irán tejiendo en este telar. ¿Con qué madera estaremos hechas nosotras, lamngen? ¿Seremos lo suficientemente fuertes, hermana?

Y así, hablando, doña Fresia Coliman, mi tatarabuela, amarró con fuerza los palos transversales. Luego tomó uno muy delgado y explicó:

—Este se llama rañilelwe. En mi lugar solíamos usar cañas de colihue, pero aquí no hay, y este que le ha conseguido Huentemilla está bonito, parejito. Con este usted va a ir dividiendo la urdimbre por la mitad, lo tiene que poner atravesado —dijo colocándolo en su sitio.

—Debería haber un rañilelwe para nuestro corazón —dijo apenada Chekeken—, así una podría seguir viviendo con el dolor de un lado y la alegría del otro, sin que se mezclaran tanto todo el tiempo dentro de una. A veces ni ganas de vivir tengo.

Doña Fresia la retó:

—¿Cómo va a decir eso, ñaña? Tiene que vivir porque así lo quieren sus ancestros, su hijito, la Pirenrayen y yo que la quiero tanto —dijo y la abrazó con ternura, y a Chekeken se les escaparon unas lágrimas.

—Doña Fresia, sigamos, ñaña, que se nos hará la noche. Alcánceme esa lana blanquita que está sobre el banco, esa vamos a usar como tonon. Esta lana sirve para cruzar las tramas del tejido, tiene que ser llamativa y diferente, entonces usted no se confunde al ir cruzando las tramas del telar.

Doña Fresia la miró con ternura y con una sonrisa cómplice le dijo:

—A veces no es malo ser tonon, ser diferente nos ayuda a tejer mejor la vida. A mí me tocó ser tonon lamngen y estoy conforme con mi destino.

Chekeken preguntó:

—¿Y ese palo donde puso la lana tiene nombre?

—Sí —respondió Fresia—, se llama tononwe.

Terminaron de armar el telar y se sentaron junto al fuego a tomar mate y a conversar. Fresia le dijo:

—Tejemos cuando tenemos sueños, cuando el pewma viene a decirnos que debemos dibujar. Los ancestros manejan nuestras manos y nuestros dedos. En el momento en que elegimos la lana que vamos a hilar, tenemos la certeza del destino que tendrá el vellón. Tejer es también guardar nuestra memoria, hermana, nuestro pasado. Las mujeres tejemos para abrigarnos y abrigar, para guardar. Tejemos alforjas que llevarán alimentos o remedios,

tejemos el mundo donde andamos y en el que queremos andar. Lo dibujamos y de esa manera lo vamos haciendo de a poco, atentas, mirando bien y transmitiendo nuestro conocimiento a los demás.

Chekeken la contemplaba con ojos empapados de luz, alegres y ansiosos. Allá afuera la tarde caía sonrojada y sonora. El balido de las ovejas retornando al corral, el canto de las aves, el viento patagónico, ofrendaban su música a los seres y a la vida, vida que también era hilada todos los días tiñendo de colores en tiempos de blanquitud impuesta a bala y sangre.

En aquellos días, Pirenrayen enfermó con vómitos y fiebre. Varios días duró su fiebre. Fresia, desesperada, pidió guía a los espíritus. Ayunó y con su kultrun cantó y cantó durante todo el día frente a un aliwen, un árbol ancho muy, muy añejo, donde ella acostumbraba a poner la orina de los enfermos y ofrendar a la mapu para obtener visión y sabiduría. Los espíritus bajaban hasta su frondosa copa y, desde las ramas abiertas como brazos, susurraban a través del sonido de las hojas de su abundante ramaje los secretos medicinales más preciados. Aquel árbol no era un simple aliwen sino un oráculo, un depositario de los kume alwe, los buenos espíritus que bajaban a reforzar la vida, a equilibrar, proteger y sanar. Pero no eran sus visiones para cualquiera, solo las lawentuchefes o las machis podían escudriñar en su tronco y ramajes el lenguaje chamánico de su habla. Así una vez más supo con certeza la medicina que debía suministrar a su nieta. No perdió tiempo, entró en la casa y le pidió a Chekeken que la ayudara a preparar su caballo. Le anunció que partía en busca del remedio que Pirenrayen necesitaba. Le encomendó a su nieta y le dio consejos para bajar la fiebre mientras ella buscaba las sagradas plantas medicinales.

Se encaminó en dirección al río, orillándolo. Mientras lo hacía, le hablaba al leufu pidiéndole permiso para recolectar la medicina. Ese día un feroz viento granítico sacudía las plantas despiadadamente, remecía las aguas del río y lo hacía emitir un bramido quejumbroso. Caminar empujada con violencia por el viento le resultaba muy dificultoso. Intentaba sacarse la tierra de los ojos y ver la planta portadora del remedio que tanto necesitaba su nieta. La arena le

entraba en sus pupilas, en la nariz, en sus orejas. Todo se convertía en arena. «Kuruf, el viento, es celoso», pensó doña Fresia. «Limpiaré quitando de aquí todo lo que está estorbando», se dijo a sí misma.

Debió alejarse del río, se dio cuenta de que en aquel lugar la búsqueda era inútil. Se abrió camino hacia las bardas. Notó que arriba crecían arbustos de considerable estatura, se convenció de que allí estaría la planta poderosa que buscaba y empezó a trepar. De pronto la piedra en la que tenía sus pies apoyados se aflojó y cayó rodando hacia abajo. Fresia quedó suspendida. Aferrada con sus manos a una roca, miraba hacia los costados para ver si lograba apoyar sus pies, pero no encontraba dónde. Permaneció largo rato así, dudosa de qué hacer. Sus manos no soportarían por mucho tiempo el peso de su cuerpo. Sin embargo, más abajo había unas piedras largas y grandes que parecían escalones. Debía soltarse con confianza y de manera certera saltar hasta allí. Dudaba de si su cuerpo podría hacerlo y esto contribuía a perturbar su pensamiento. Solo una opción le quedaba y era descender dando ese salto, y bajar hasta la mitad de la barda rodeándola por el otro costado. Esta idea le fastidiaba, ya que estaba llegando a la cima, donde ella creía que crecía el ñankulawen, una planta medicinal de grandes poderes curativos. Sin pensar más, cuando iba a apoyar sus pies, de pronto notó un arbusto que crecía por entre las grietas de una roca. Se afirmó en la tierra, observó la planta y lloró agradecida. Era el ñankulawen que buscaba. Ahora solo le faltaba el pañil y el akachanlawe, pero estos eran más fáciles de hallar. Los encontró a su regreso cerca del río. Montó su caballo y salió al galope.

Durante su ausencia Pirenrayen no dejaba de llorar y Chekeken cantaba y caminaba de un lado a otro con ella en brazos hasta que, vencida por la fiebre y el cansancio, se acalló su llanto y entró en un sueño profundo. Chekeken confiaba en Fresia, estaba segura de que de un momento a otro llegaría con la medicina, y una vez más sus manos milagrosas lograrían vivificar a la enferma devolviéndole sus fuerzas. Chekeken había visto tantas veces a Fresia lograrlo, ¿cómo no iba a hacerlo con su nieta? Pensando en esto acostó a Pirenrayen.

Cuando Fresia llegó, entró en la casa apurada. Vio a Pirenrayen dormida. Se acercó, tocó su frente, sus manitos, y ordenó a Chekeken que pusiera la olla con agua al fuego. Tomó en sus manos las plantas, fue hasta el árbol sagrado y habló así:

—Aquí estoy, hablándoles para que me escuchen. Fuerzas sagradas de este árbol de sanación, fuerza anciana mujer árbol, fuerza anciano hombre árbol, fuerza joven mujer árbol, fuerza joven hombre árbol, les ruego que me escuchen. Afligido tengo mi corazón, mi nieta está enferma. Ella es pura, llena de inocencia. Su madre ha muerto y debo cuidar de ella, es mi fuerza y mi alegría. Si ustedes la sanan, yo le enseñaré todo lo que sé para que este conocimiento no se pierda. Ella hablará también con ustedes, les ofrendará su vida, cuidará por siempre este árbol sagrado, y honrará la memoria de nuestros ancestros.

Fresia lloró regando con sus lágrimas los pies de aquel altivo aliwen, que la observaba ensombreciendo la figura del cuerpo cansado de aquella mujer-medicina, que arrodillada seguía hablando, mientras el sol se despedía, indiferente a su pena, a sus lágrimas, a sus anhelos.

Aliviada, entró nuevamente en su casa. Molió con su mortero las plantas y preparó un emplasto para el vientre de la niña, otro para su pecho y uno para la espalda. Con el ñankulawen preparó un brebaje que le dio a beber a su nieta. Pronto la fiebre y los vómitos se esfumaron. Pasados unos días, la niña reía y jugaba aún con cierta debilidad, pero al poco tiempo sanó definitivamente.

Las plantas no solo le revelaron a Fresia sus secretos sanadores, sino que también le enseñaron el poder del amor y que cuanto más nos sacrificamos en el camino hacia la sanación más eficaz resulta la medicina. Ella había notado cómo su estado de ánimo interfería en el brebaje medicinal. «El amor es la más importante medicina», pensó, y sonrió satisfecha por entender por fin cómo se organizaba el mundo de la sanación y la videncia.

Ella era una lawentuchefe, tenía un don especial para hablar con las plantas y obtener su medicina. También tenía visiones, no siempre, solo en algunas ocasiones. En general esas visiones venían a ella mirando la orina de sus pacientes. Nunca se preguntó

por qué ella y no otra. Asumió su newen, ese don extraño y maravilloso, queriendo aprender cada día un poco más.

Dicen que las plantas ya no hablan como antes, ahora crecen sin espíritu. Hay también muchos humanos que crecen así, sin jamás encontrarse con su alma. Las pastillitas mágicas que se venden por ahí no podrán nunca ahuyentar nuestras dolencias profundas, por más costosas que resulten.

Fresia sentía como un bálsamo atenuante la alegría que se desprendía de Pirenrayen y Linkoyan cuando jugaban juntos y reían. Los dos primeros años de vida de la niña estuvieron acompañados por la presencia constante de Chekeken y su hijo. Pero luego la suegra de Chekeken enfermó y debieron regresar por un tiempo a su lugar. Fresia Coliman se quedó sola junto a su nieta.

## 9.

### Los espíritus saben de nuestros dolores

En aquellos años, el Estado argentino terminó por consolidarse. Los vencedores instrumentaron políticas crueles contra mi pueblo. Todo tipo de tropelías se cometían a diario, sin exceptuar si las víctimas eran ancianos o niños. Es por ello que la forma de educar y criar a nuestros hijos cambió: la severidad reemplazó a la comprensión, y la violencia, a la ternura. Los curas los instruían así en castellano. A golpes se los civilizaba, a golpes y castigos físicos tremendos, tales como darles látigo a los hombres que trabajaban en el campo, engrillarlos y exhibirlos públicamente para aleccionar al resto de los miembros de la comunidad.

El uso de los cepos era una represalia común de los hacendados criollos a sus sirvientes indígenas. Las violaciones sexuales contra las mujeres indígenas eran consideradas naturales, y hasta necesarias, para que los patrones se hicieran servir en todas sus necesidades viriles. Así es que se decidió que había que endurecer el temperamento y templar el espíritu de todo el pueblo para sobrevivir a estas atrocidades. Claro que estos padecimientos no eran de nuestra exclusividad, eran formas culturales de la época traídas desde Europa. Allí llevaban siglos de maltratos y opresiones, de invasiones y esclavitud, que más tarde impondrían contra nosotros. Sí, no había dudas, la civilización había llegado, y un nuevo mundo se impondría sobre el nuestro, siendo testigos de cómo lo que alguna vez había existido sobre esta mapu era barrido como hojarasca de un otoño de vientos de olvido.

Pero Fresia no se dejó llevar por esas ideas nuevas, sino que envolvió a la nieta en un halo de ternura y amor profundos. Así había sido criada y enseñada ella, y así debía continuar. Fresia solía

decirle a Pirenrayen que no nacemos con miedo, el miedo es una enfermedad del wingka, y hay que curarla. Alimentaba a su nieta con la carne cazada del más valiente animal, le hacía beber su sangre, y en algunos casos comer su corazón. La noche era una aliada y no una enemiga. El mundo de la noche se habitaba de sonidos que enmudecían con la llegada del día; en la noche la vida cobraba otras formas y surgían otros newen, que caminaban la oscuridad tejiendo sombras y luces opalinas, despidiéndose en el amanecer. Justo allí, en esa línea delgada y difusa de tiempo, cuando la noche besa suavemente al día, es el momento de mayor concentración de las fuerzas sanadoras, de las energías cósmicas, por eso nuestro pueblo realiza al alba las ceremonias. Liwen antu, las llamamos. Es por ello que Pirenrayen creció valiente, sin miedos, sin dudas. Todo cuanto decía su abuela era aceptado por ella con convicción.

En el verano solían irse a pastar los animales en la cordillera, allí en el bosque establecían sus veranadas, la niña disfrutaba mucho ese paisaje.

—Abuela, ¿por qué no vivimos aquí todo el tiempo? —preguntó anhelante Pirenrayen.

Fresia le respondió:

—Porque los inviernos aquí son muy duros. La nieve cubre la montaña, los animales no tienen comida, las hojas de los árboles se secan, no hay hongos, los animales bajan en busca de alimento. No podríamos cazar ni sembrar aquí. Es mejor quedarnos donde estamos —dijo Fresia y continuó cepillando el cabello de la niña.

—Abuelita, ¿por qué no trae aquí el aliwen sagrado? Si lo trajera, podría atender a los enfermos aquí —le propuso con alegría Pirenrayen.

La abuela, sin dejar de peinarla, le dijo:

—Porque los árboles a veces se cansan y ya no quieren caminar, solo les gusta hacerse nacer raíces; así se quedan tranquilos, creciendo siempre bajo un mismo cielo, una misma luna. Y ese árbol es muy especial, porque él nació hace mucho, mucho tiempo, y me siguió, caminó mucho buscándome para ofrecerme la visión y los pewma de los espíritus de nuestros antiguos, que saben sanar y

guiarnos. Y así continúan haciéndolo, bajan hasta ese árbol para encontrarse conmigo y decirme lo que va a venir, o lo que está pasando y yo no logro ver. Los espíritus nos conocen y saben de nuestros dolores, de nuestras penas y de nuestros deseos.

Pirenrayen preguntó:

—Abuela, ¿cómo supiste que ese árbol era el de la medicina?

Ella se sentó, suspiró y le dijo a su nieta:

—Siéntese para que yo le cuente.

La nieta obedeció y se sentó en sus rodillas. Fresia comenzó así su relato.

—Fue hace mucho tiempo... En ese entonces yo era una niña, quién sabe qué edad tendría. Me gustaba andar meta curiosear, trepaba árboles, subía hasta la punta de los cerros, todo me llamaba la atención. En aquella época los wingkas no se animaban a venir. Todos tranquilos andábamos, sin alambres, sin peligros. Aprovechaba siempre cualquier oportunidad para salir a caminar solita. En medio del bosque, encontré un pastizal bien alto, y una pampa grande. Solo había un árbol, estaba triste y moribundo. Sentí pena por él y me acerqué. Sequitas tenía las ramas, se quebraban ni bien las tocaba. Se me dio por subirlo; quería llegar hasta la última rama de su copa, pero se levantó un viento fuerte y sacudió el árbol. Me caí, me anduve raspando la rodillita. Lloré un poquito y sentí ganas de abrazar su tronco, como si también él se hubiera lastimado. —La abuelita rio divertida recordando aquel episodio—. Me quedé allí un rato largo hablándole, no podía parar de hablar. Me venían nuevas palabras a la cabeza, a mi pensamiento, y salían de mi boca sin que yo pudiera detenerlas. Era verano, se me dio por juntar frutillas. Como era pampa todo eso, crecían mucho. De pronto sentí ganas de orinar y se me ocurrió que sería bueno hacerlo bajo el árbol. Cuando me levanté, vi que las hojas empezaban a brotar bien verdecitas. Sin querer, había regado sus raíces. «Qué raro», pensé. Y seguí juntando frutillas. Ya el sol estaba alto, y me dio sueño. Me tiré debajo del árbol a dormir un poquito y desperté en el mundo de los pewma. Me sorprendió la oscuridad. Pensé que había dormido todo el día y que ya se había hecho la noche. «¿Cuánto he dormido?», me dije. «Se van a enojar conmigo, tal vez ya han

regresado solos los animales.» De pronto se abrió una puerta y me di cuenta de que estaba en una ruka sin ventanas, parecía que la noche se la había tragado. Al abrirse la puerta, entró una luz blanca, fuerte como el sol. Me sentí ciega por un ratito, me refregaba los ojos para ver y era peor. Y cuando pestañeé, ¿sabe, hijita, qué me pasó?

La niña negó con la cabeza, y Fresia prosiguió su relato:

—Había una viejita bien arrugadita y bajita, como yo ahora, a mi lado —dijo y volvió a reír—. Ella tomó mi manito y me sonrió. Me llevó a volar. Pajaritos parecíamos. Íbamos viendo todo desde arriba. Las puntitas de las montañas se veían bonitas, altas eran, chocaban con las nubes. Mi corazoncito se llenaba de cosquillitas, y las dos sonreíamos felices. Me acuerdo de que hasta podía sentir el viento en mi carita. Quería quedarme a vivir allí en el cielo hecha un pajarito, pero la anciana apretaba fuerte mi mano arrastrándome por el aire, y me obligó a bajar y apoyarme sobre una piedra gigante y plana como una mesa. Había muchas otras iguales o más grandes. Algunas parecían personas; otras, animales, como si muchos seres se hubieran convertido en piedras gigantes. ¡Todas eran rojizas, hermosas! Allí la anciana tendió una manta de colores y nacieron árboles y plantas. El bosque se desparramó y tapó todo. Me asusté porque las plantas crecían enormes, y me hablaban. ¡Algunas hasta me retaban! Eran las plantas que yo arrancaba porque me gustaban sus aromas. También se enojaron los arboles. Me decían que tuviera cuidado al treparme en sus copas, que los lastimaba; afligidas dicen que quedaban sus ramas. Ellos sufrían, pero había flores y arbustos que me agradecían por haberlos cuidado y no andar pisándolos como muchos niños hacían. Supe cómo se llamaban, dónde vivían y qué enfermedades curaban. Había otras plantas que me llamaban la atención porque tenían luces de muchos colores, pero ellas no me hablaron. La abuelita me dijo que todavía yo era muy niña para tener el poder de nombrarlas, de llamarlas y hablar con ellas... Y al decirme esto, desperté.

»Conté mi sueño a la gente, así que fuimos a la madrugada siguiente a hacer glllelipun, ceremonia. Ofrendamos muday de quinoa y humo de maqui. A partir de ahí, siempre que alguien se

enfermaba, yo iba hasta el aliwen a pedir ayuda. Cuando los wingkas llegaron, yo no me quería ir. Sabía que nos iban a matar si nos quedábamos allí, pero no me animaba a abandonar mi árbol. Lloré mucho, hasta llegué a enfermarme cuando nos fuimos, pero mi ñuke me dijo que el árbol me iba a encontrar. Yo no sabía que los árboles caminan...

Pirenrayen interrumpió el relato llena de curiosidad:

—¿Cómo, abuela? ¿Cómo lo hacen? ¡No tienen pies como nosotros!

Fresia le ordenó:

—Venga, hijita, acérquese. —Juntas miraron por una pequeña ventana sin vidrio—. ¿Ve esos pajaritos?

—Sí, abuela —respondió la niña.

Fresia Coliman continuó su explicación:

—Ellos son los piecitos de los árboles. También otros animales, más grandes y andadores, son las piernas y pies para que caminen los árboles. El viento son las alas, llevan sus semillas por todos lados. Un día lo encontré allí, donde todavía está. ¡Qué alegría sentí al reencontrarme con mi viejo amigo!

Fresia terminó de tejer las trenzas de la niña. Pirenrayen se incorporó y súbitamente abrazó a su abuela.

—Gracias, abuelita, por tu historia. Yo te prometo que siempre, siempre cuidaré tu árbol.

La abuela le acarició la pequeña cabecita, y suspirando contestó:

—Claro, mi hijita. Yo sé que usted cuidará de mí, del árbol y de nuestra medicina.

Se quedaron abrazadas un largo rato queriendo eternizarlo. Tanto amor no cabía ni en millones de abrazos.

Fresia se dedicó a educar a su nieta en el conocimiento de la hierba medicinal. Ella sentía que Pirenrayen tenía una sensibilidad especial. Su pequeña manito era ligera y hábil en la recolección de las plantas, había aprendido con facilidad sus nombres y usos. Pirenrayen aprendió a cazar, a tejer en el telar, a hilar. Observaba con atención a su abuela, que no solo era buena recolectora, cazadora y pescadora, sino que además sabía con mucha

seguridad manejar su cuchillo despostando rápidamente el animal, pulir su cuero, hacer con ello todo tipo de elementos domésticos.

Nada necesitaban del gobierno wingka. Sus vajillas eran de barro; sus ollas también, hechas con sus propias manos. La ropa que usaban era confeccionada por ella. Conservaba las semillas vitales para cultivar la tierra, almacenaba importante cantidad de charqui. Todavía había papas silvestres y mucho alimento en esta tierra. Pero los alambrados se imponían a lo largo del territorio, y con ellos los rifles para resguardarlo. La «cacería de indios», como la llamaba el Estado, nunca cesó; el criminal acto se hacía bajo el amparo de violación a la propiedad privada. Debido a esto el alimento ya no estaba al alcance ni dependía de la generosidad de la naturaleza. Se intensificó por aquel entonces el trueque con los colonos galeses y otros pobladores recién llegados al territorio. No todos eran honestos. Algunos, abusando de la confianza en el valor de la palabra que culturalmente teníamos, nos estafaban y se quedaban con nuestras tierras. Algunos de ellos llegaban con pasaporte otomano, venían de diversos lugares de Medio Oriente; sin embargo, a todos se los llamó turcos.

Fresia Coliman era una mujer muy hábil para los negocios, no se dejaba engañar fácilmente. Además, por la falta de médico y gracias a su atributo fundamental, la vida de muchos estaba en sus manos. Conocedora también del espíritu y carácter de la gente, sabía perfectamente con quién hacer negocios y hasta dónde confiar. Nuevos productos, nunca consumidos hasta entonces por nuestro pueblo, se volvieron de necesidad elemental. Fresia rezongaba sobre esos cambios en la alimentación de su gente. Llegaban a verla con todo tipo de dolencias, pero con el tiempo ella también fue incorporándolos.

Fresia no consumía alcohol ni azúcar. Sin embargo, había heredado dos vicios de su vida con Naweltripay: el tabaco y la yerba mate. Cada vez que el longko regresaba a sus brazos, traía yerba y tabaco. Se fue volviendo un ritual amoroso fumar juntos, al calor del fogón, en una pipa de barro que ella misma elaboraba y pulía, para luego quemarla. La curaba con hojas de maqui y molle. El tabaco adquiría un rico sabor. Fumaban por la tarde mirando el cielo por

momentos límpido y azul; en otros, nublado y frío. Por las noches, antes de dormir, con el destello de las llamas del fogón, se repetía el ritual de pipas y palabras. El mate, en cambio, era antojadizo: en la mañana, en la tarde, cuando llegaba una visita, o cuando solo había ganas de parar el trabajo y matear un rato para mirarse y hablar.

Por ello Fresia necesitaba un mercachifle de confianza, y lo encontró en un hombre venido de lejanas tierras, que no solo fue su almacenero y proveedor de cuanta novedad había en el mercado culinario, sino que además fue su amigo y confidente.

## 10.

### Rituales de sobrevivencia

Se llamaba Roig Evans. Al principio, Fresia le temía, sentía desconfianza hacia él. Sabía que sus paisanos galeses se aprovechaban del trato especial que les daba el Estado argentino para avanzar sobre el territorio mapuche, replegándonos hacia las altas montañas, donde los duros inviernos diezmaban los animales y la comida. Pero con el tiempo, Roig Evans ocupó un espacio muy importante en su vida.

El galés solía visitarla para hacer trafkintu, trueque. La inmigración galesa llegó a nuestro territorio a finales de 1800. Se asentaron primero sobre el Atlántico, en lo que hoy es la costa chubutense. Luego una facción se adentró en la cordillera. En su mayoría eran amistosos, pero oportunistas. No se quejaban del trato inhumano que el Estado argentino daba a los pueblos mapuches y aonikenk en función de sus políticas de colonización; por el contrario, aceptaban agradecidos sus privilegios. También había otros colonos galeses que eran criminales a sueldo; estaban autorizados a matar «indios», a hacer «limpieza de los territorios». De este modo, se preparaban los extensos campos para el asentamiento de los colonos y sus familias. Muchos fueron cobardes y no denunciaron el horror del genocidio. Aún hoy se sigue decretando feriado provincial en Chubut para honrar la memoria de los llamados «rifleros». Pero sus armas y balas, bendecidas por el opresor y empuñadas en nombre del progreso, no pudieron eliminar de nuestra mapu la vida de un pueblo que camina con los pies de los gigantes patagónicos y sabe escuchar los secretos susurrados en el viento. Un pueblo que puede aliarse con la tierra para perdurar en el tiempo. Ese saber nos salvó de la desaparición.

Roig Evans nunca se sintió cómodo entre sus paisanos. Se acercó al pueblo mapuche primero por curiosidad y luego por simpatía. Tenía convicciones socialistas, había sido expulsado de su país por sus conductas antimonárquicas. De joven, se había involucrado en conspiraciones y pequeñas escaramuzas contra los ingleses; nada grave, pero suficiente como para alertar al poder británico. Sentía que su corazón no tenía patria, sino una enorme humanidad que conmovía a su espíritu justiciero. Era un hábil soguero y conocía perfectamente el arte de la herrería. Su principal elemento de trueque con mi gente eran las herraduras para los caballos, costumbre adquirida de los criollos al comienzo de 1900. Su carácter bonachón y alegre despertó en el corazón de mi gente simpatía.

Roig Evans y Fresia Coliman se conocieron debido a un fortuito y absurdo accidente. Nawelpangui, el hijo menor de Fresia, se hallaba trabajando para él como aprendiz de soguero. Evans solía salir con los hombres del lofche a cazar, solían ausentarse por un tiempo en busca de los yeguarizos cimarrones que ululaban por todo el territorio. Los indomables potros, dispersos en la Patagonia, eran codiciados tanto por los mapuches como por los colonos. Era una gran y alegre aventura salir a campearlos y traerlos para ser domados. Cada día Roig aprendía de mi pueblo los secretos de la doma y el lenguaje sagrado del respeto al orden cósmico. Estando aún en Gales, había escuchado decir que los «salvajes» de la Patagonia eran los más sanguinarios, que incluso eran caníbales, que debían cuidarse mucho de no toparse con ellos porque seguro serían asesinados y devorados. Pero luego, al llegar aquí, la realidad le mostró otra imagen muy diferente. Advirtió que, por el contrario, los mapuches éramos amables, hospitalarios y vulnerables frente al invasor. Sabía también que cuando la opresora voz habla mal del oprimido es porque le teme, ya que no ha logrado destruir su dignidad y rebeldía.

Una vez aquí, Roig Evans fue aprendiendo algunas palabras en mapudungun. Cuando se creyó listo, cargó sus alforjas de herramientas, utensilios y comida, y se marchó sin despedirse, decidido a no volver. No tardó en hallar las primeras poblaciones

mapuches. Era joven y vigoroso, aventurero y curioso. Ofreció sus servicios y fue aceptado. Se quedó a vivir al pie de la cordillera, donde se estableció hasta su muerte. Con el tiempo, se casó con una joven mapuche muy trabajadora y tuvieron once hijos. Esa es la razón por la cual muchos mapuches tienen apellido galés, vienen de esa estirpe. Nunca fueron ricos, pero tampoco pobres: Roig se prometió a sí mismo que su familia nunca pasaría hambre.

Este peculiar galés adoptó todas nuestras costumbres, se empeñaba en perfeccionar cada nuevo conocimiento que iba adquiriendo. Pero hubo algo que le costó entender, y que solo al final de sus días comprendió: el saber no es un asunto humano sino cósmico; hay que cerrar la puerta de la razón para abrir la puerta de la percepción, de lo mágico; dejarse llevar sin resistirse. Evans aprendió esto gracias a que, casi como una leyenda, descubrió la existencia de un matungo bravo, de pelaje brillante, resplandeciente como la luna llena y negro como la oscura noche. Su obstinación no dio lugar a ningún tipo de consejo. Se empeñó en buscarlo, atraparlo y hacerlo de su tropilla.

Mi pueblo se preparaba para invernar. Los primeros trazos del otoño nos avisaban cómo vendría el invierno. El alimento principal era a base de charqui de potro. La cacería era pensada como un ritual de sobrevivencia, en el que las especies se disputaban de manera respetuosa el derecho a la vida. Los más bravíos animales quedaban liberados. Mediante una ceremonia, se le pedía permiso al ngen, el espíritu protector, la esencia a la que pertenece cada especie, y entonces se emprendía el viaje. Al amanecer, en los últimos pliegues de la tela noctámbula, salieron rumbo al este. Doña Fresia los vio pasar por el filo del cerro. Había visto al Galensho (así llamaban a Roig Evans) en pocas oportunidades; sin embargo, habían conversado bastante, como para darse cuenta de la clase de ser que lo definía como persona. A Fresia le causaba gracia cómo montaba a caballo: siempre con la totalidad de su apero, bien abultado, que lo obligaba a abrir mucho sus piernas. Nuestra gente andaba en pelo y agarrada a las puras crines. Fresia también vio a su hijo Nawelpangui entre los hombres que cabalgaban rumbo al este.

Los primeros días de búsqueda fueron jornadas largas y sin resultados. Todos los testimonios sobre los centenares de yeguarizos libres y salvajes que pastaban tranquilos, a la espera de ser capturados, se volvían relatos míticos, emanados probablemente de la imaginación de algunos hombres. Lo cierto es que allí estaban, sin ni siquiera observar rastros de esas tropillas. No tenían idea hacia dónde seguir, así que resolvieron acampar cerca de un cañadón por donde pasaba un arroyo. La zona era escarpada y árida, el cañadón era un posible lugar de bebedero por las frescas aguas de ese arroyo, y la angostura del relieve terminaba en mangas de piedra que servían como excelentes corrales.

A la mañana siguiente, un viento huracanado los despertó. La arenilla castigaba la piel y se pegaba en los ojos; casi no se podía ver, y el avance era dificultoso. Por momentos los caballos se negaban a avanzar, así es que detenían la marcha y seguían el instinto del animal. De pronto, sintieron latir la mapu con bríos telúricos. ¡Eran centenares! Esa aparición vino con la huida del viento, como si la fuerza del caballo lo empujara lejos en un reto. Todos quedaron perplejos frente a esta maravillosa visión. Los animales, gordos y de brillante pelaje, crines largas y lustrosas, relinchaban estruendosamente. Los hombres se organizaron rápidamente: primero debían cansar a los animales y arrearlos hacia el final del cañadón, donde los acorralarían; luego elegirían al azar sus presas, pialándolas para su definitivo arreo. Al veloz galope se lanzaron decididos a hacerse de una espléndida tropilla. Algunos de los hombres estaban muy acostumbrados a andar «de caballada». A pesar de su corta edad, Nawelpangui era experto. Desde que era muy pequeño, el longko Naweltripay lo llevaba a las caballadas. Enlazar era una tarea coordinada entre dos o tres hombres. Este joven era el más fuerte y hábil para esos asuntos. Porque además de fuerza, era necesaria la habilidad, ya que los yeguarizos eran muy fuertes y oponían mucha resistencia. Una vez logrado el objetivo, quedaba algo muy difícil: atrapar al padrillo líder de la manada, y encerrarlo en el corral.

El animal, de azabache pelaje, era enorme y fuerte. Sobresalía entre los demás. Evans intentó hacerse solo del equino, pero su capacidad no era suficiente. Pidió a gritos ayuda, y tres mocetones se acercaron al galope. Trataron de encerrarlo, pero el yeguarizo se paró sobre sus dos patas, defendiéndose con desesperación, valiéndose de sus dos patas delanteras para golpear. Uno de los hombres, que observaba desde cierta distancia el espectáculo, se acercó y le dijo a Evans que ya no torturara al potro, que era un padrillo muy especial, que seguramente era el elegido por la naturaleza como el principal semental para que esa estirpe de kawel no se extinguiera. Pero Roig Evans no quiso escucharlo y codiciando al animal, sin medir riesgos, se aproximó decidido a pialarlo. Revoleó con determinación su lazo y lo sostuvo con firmeza. De a poco, el animal fue cediendo. Cuando parecía estar listo para ser arreado, como el más brillante estratega que elabora un plan de fuga de sus raptos, el padrillo les hizo creer a todos que lo habían doblegado y cuando estaban a punto de meterlo en el corral, empezó a dar patadas y tiró del caballo a Roig Evans, quien se enredó con el lazo. El costo fue la fractura de un brazo y un tobillo dislocado. A ese lugar todavía hoy se lo llama Fofu Kawel, caballo loco. Así supo el Galensho que no todo se puede tener, y que los humanos nacemos personas y no propietarios.

Aquel hombre extraño fue el primer amigo adulto que tuvo Pirenrayen. La niña lo esperaba con ansias, ya que además de los encargos habituales siempre la sorprendía con algún dulce. Pirenrayen lo comía a escondidas, ya que Fresia no aprobaba la comida wingka. La abuela estaba convencida de que las nuevas enfermedades aparecidas en el cuerpo de su gente eran provocadas por esas raras comidas. El Galensho le contaba historias muy divertidas, de un mundo lejano y tan diferente que la niña no podía imaginárselo. Pirenrayen le pedía que cantara. Había algo en su voz y en su canto que la cautivaba, y a él le gustaba enseñarle canciones de su tierra. Ella creció aconsejada y acompañada también por ese amigo.

La amistad no tiene fronteras, ni idioma, ni edades. Se produce de modo espontáneo, despojada de especulaciones y egoísmos. Se

nutre con la alegría de los pequeños y simples momentos compartidos. Se empozan en el alma sus recuerdos, se vuelven nítidos y presentes. Aunque esos amigos y amigas ya no estén, cada recuerdo evocado los trae de nuevo al corazón, reviviéndolos una y otra vez, porque el corazón no conoce de olvidos, ni el espíritu sabe de ausencias. La amistad es ese regalo que no pedimos y que la vida nos lo trae inopinadamente, y por el que solo debemos estar agradecidos.

Pirenrayen sentía que un mundo de amor y alegría la rodeaba. No había penas en sus días, no las conocía. No sabía de angustias ni de rabia. Solo conocía las carcajadas de los juegos, las correrías con su amigo Linkoyan, los bailes improvisados al compás del acordeón de su amigo el Galensho, y sus regalitos. La ternura de Chekeken, las aventuras con su tío Nawelpangui y la cálida compañía de su abuela. Nunca se lamentó de no tener madre o padre. Ese pequeño mundo de afectos, y la providencia de la mapu, la hacían la niña más feliz del mundo. A veces, solita, se iba hasta el arroyo, a mirar los pequeños pececitos. Les preguntaba: «¿A dónde van, pececitos?», «¿Hay algún río más allá?». Todas las preguntas más ocurrentes que le venían a su mente le eran formuladas a cada elemento de la mapu, a cada fuerza, newen, que a la niña se le antojaba convocar. Luego solía poner sus piecitos regordetes en el agua helada del arroyo, y allí, sentadita, se le daba por cantarle al sol, al cielo, a las nubes, y a toda la naturaleza que la rodeaba. Se secaba tirada boca arriba dejándose envolver por el sol.

Su perro era otro gran amigo, había llegado a su vida como un regalo de su tío Nawelpangui. Era parte de la cría de la estancia de los ingleses donde él trabajaba como herrero. Ni bien Pirenrayen lo vio, tan pequeño, muy cachorrito aún, lo amó. Negro, con una manchita blanca que le nacía en la frente y llegaba hasta su hocico. La niña abrazó feliz y agradecida a su tío, y él le preguntó:

—¿Cómo lo va a llamar?

—¡Kalkin! —contestó entusiasmada—. Parece una oveja negra. ¡Es tan hermoso y lanudo! —dijo y besó al animal con la ternura de una madre.

Fueron creciendo juntos, inseparables. En los cálidos días de verano, el Galensho la encontraba siempre en el arroyo, chapoteando y jugando con Kalkin; otras veces, acompañada por Linkoyan.

El Galensho sí que sabía de niños. Todos los años su esposa traía al mundo uno, y él los criaba junto con ella. Era algo poco frecuente en aquella época ver a un hombre cargar en brazos a sus hijos, alimentarlos o jugar con ellos. Así era aquel hombre: un adulto con corazón de niño. Años más tarde, Pirenrayen estaría a su lado cuando naciera su cuarto hijo, al que llamarían Nahuel.

El Galensho estaba siempre atento a las necesidades de Fresia y Pirenrayen. A menudo, venía con toda su familia de visita y sus hijos mayores jugaban con Pirenrayen. Tocaba el acordeón y bailaban al son de su alegre e improvisada música. En algunas ocasiones, se les unía a la juntada Chekeken y Linkoyan. Fue para ambas más que un amigo; casi un padre confidente y comprensivo. Con su mano siempre extendida para quienes necesitaban de su ayuda.

## 11.

### Los tiempos de una niñez feliz

El gallo corrió con su canto el manto nocturno, abriendo las ventanas del alba para recibir el sol. Aunque no lo sabía, ese día Pirenrayen cumplía cinco años. Apenas despertó, se dispuso a sorprender a su abuela preparando el fuego. Se sentía extraña y feliz. Parecía que su ser estaba colmado, en cada rincón de sus partículas, por una colorida alegría que le iluminaba el rostro. Su abuela lo atribuyó a la primavera. Miró con ternura a su nieta, que cada día le recordaba más a su hija.

Habitualmente a la niña le gustaba quedarse un poco más en su catre y empezar la jornada mucho después que su abuela. La ancianita solía levantarse cuando la silueta de la naturaleza empezaba a dibujarse entre la bruma del amanecer, y las yemas de los dedos fríos de la noche levantaban el tul negro anunciando el nuevo día. Hacía fuego, ponía la pava a calentar, y entre las brasas cocinaba sus rescoldos. Hacía muy poco que el trigo había llegado hasta estas tierras, disfrutaba ese nuevo sabor del pan. Cuando el aroma envolvía la pequeña casita, la niña regordeta y lagañosa se levantaba con tanta lentitud que parecía la danza matutina de una tortuga. Se vestía y salía corriendo hacia el arroyo que atravesaba el patio de la casa. Allí se lavaba su carita agrietada, paspada por el frío y el viento helado.

En esos días, Pirenrayen estaba atenta a divisar la figura del Galensho, quien le había prometido rollos de caramelos de orozuz en su nueva visita. Se encontraba ayudando a su abuela cuando llegaron Linkoyan y su mamá, que habían ido a visitarlas y traían un corderito guacho bien pequeño para obsequiarle a la niña. ¡Qué feliz se sentía ella! Jugaron todo el día. Les gustaba tirarse en la hierba y

mirar las nubes. Descubrían en ellas la figura de distintos animales y toda clase de figuras; inventaban aventuras, hacían bromas y se reían a carcajadas. Escucharon que los perros ladraban y presintieron que anunciaban la llegada del Galensho. La idea de los dulces los hizo correr ansiosos a su encuentro.

Por primera vez, Pirenrayen y Linkoyan, Fresia y Chekeken probaron chocolate. Evans solía traerles habitualmente, además del orozuz, alfeñique. Pero chocolate nunca. Y para sorpresa de la pequeña, su abuela compró además algunas tabletas para guardar, que luego le daría, como un ritual de amor y ternura, en momentos especiales. De ahí en más, para Pirenrayen el chocolate se convertiría en la más dulce caricia a su corazón. Descubrió en las alforjas del Galensho aromas nuevos, sabores muy lejanos de tierras misteriosas que llegaban como embrujos a perturbar sus sentidos, a empozarse no solo en el cuerpo como una necesidad creciente, sino en su espíritu. Aunque lo había probado con gusto, su abuela, por el contrario, se negaba a consumir esos nuevos ingredientes. El azúcar, por ejemplo, era en su casa un ingrediente de uso medicinal. Fresia la quemaba y luego volcaba sobre ella agua hirviendo. El azúcar dorada y burbujeante se fundía con la menta, la hierba buena y el paico.

Cada tanto, la abuela y su nieta iban al pueblo a llevar tejidos; los vendían y compraban alimentos y algunos utensilios. En una de esas salidas, descubrieron juntas, por primera vez, el aroma del café. Pirenrayen tardaría muchos años en probarlo y en degustar su intensidad, cuando el amor de un hombre de lejanas tierras lo trajera hasta ella. Hasta su último aliento, el aroma del café activaría la memoria de su piel. Los cuerpos amándose y la voz varonil susurrándole al oído palabras tiernas en un mapudungun con acento extranjero. Los labios buscándose, y el café preparado con amor por ese hombre que la invitaría a beber pequeños sorbos de su taza, navegando los misterios y secretos de su boca.

Doña Fresia no era partidaria de cambiar sus costumbres gastronómicas, no quería alejarse de la enseñanza de sus ancestros. Sabía que en la comida ofrendada por la naturaleza residen las virtudes y fortalezas con las que nuestros espíritus

también son alimentados; por eso, seguía cazando, pescando, recolectando frutos y hongos, indiferente a los hilos metálicos que cernían la mapu bajo la amenazante «propiedad privada». Si somos lo que comemos, Pirenrayen estaba hecha de hierba buena y miel, de carnes salvajes y corajudas, cazadas con valentía. Su aliento olía a maqui y calafate. Su piel sabía a frutillas silvestres recolectadas entre risas y juegos con Linkoyan. Pirenrayen era cuerpo y geometría patagónica; virgen exuberante, fértil y fresca. Así creció alimentada por la esencia generosa de una tierra en la que solo brotaba la vida.

Cuando iba a visitarla, Linkoyan jugaba a desafiarla en nuevas aventuras, y ella aceptaba y superaba todas las pruebas que él le ponía. Usaba el arco con destreza, trepaba bardas altísimas con rapidez, cabalgaba como el mejor de los jinetes. Linkoyan reía satisfecho, sintiendo que él era el hacedor de aquella personita que se perfilaba como una gran mujer. A veces corrían juntos de la mano por un campo de flores amarillas que se abría amplio cruzando el arroyo. Perseguían a las mariposas, trepaban los árboles más altos para tocar las nubes. Y en los veranos ardientes, salían a observar a las lagartijas; a las fillkun, como nosotros las llamamos. Ella le gritaba a su amigo: «Fillkun, vamos a ver a tus parientes». Y se echaba a reír. Él se hacía el molesto. Dejaba su tarea a medias, le tironeaba dulcemente una trenza y corría hacia el pedregal donde pasaban largo rato jugando y viéndolas.

Linkoyan se alimentaba no solo de granos y carne, él sentía que podía alimentarse también de las risas de Pirenrayen. Se tragaba a bocanadas su voz, sorbía sus lágrimas, y al dormir la degustaba en sus sueños.

Luego de que regresara a vivir con su madre nuevamente cerca de Pirenrayen y su abuela, salía todas las tardes a cazar y regresaba siempre con algo para que doña Fresia cocinara. A veces Pirenrayen lo acompañaba. Habían notado cómo las maras iban desapareciendo y se preguntaban dónde estarían. ¿A dónde se irían y por qué?

Un día caminaban juntos orillando el río. Kalkin se adelantó veloz y corrió. Se sintió un agudo grito, un chillido que jamás habían

escuchado. Kalkin ladraba con desespero. Los niños se asustaron y se apuraron para llegar al encuentro del perro. Kalkin mordisqueaba un animalito de aspecto curioso. Sus orejas eran largas. Parecía una mara, aunque era más pequeña. Pirenrayen se inclinó para agarrarla, pero Linkoyan la detuvo. «¡No la toques!», le ordenó. Ella se asustó. Él tomó una varilla de sauce larga y delgada, y empezó a tocar a aquel extraño animal que yacía allí muerto. Era una liebre, tal vez una de las primeras en ser introducidas en su territorio. No tuvieron coraje para llevársela. Creyeron que era un espíritu del agua que se había escapado de la laguna.

Con el tiempo, se multiplicaron tanto las liebres que se expandieron por toda la Patagonia. Una vez alguien cazó una y probó su carne. La halló rica y anunció a todo su lof el descubrimiento. Pronto salieron en grupo a cazarlas, y más tarde descubrieron las virtudes de su piel. Pirenrayen y Linkoyan se entusiasmaban al ver una corriendo entre el pastizal, gritando y riendo la perseguían. Kalkin se volvió un experto cazador de liebres, y Fresia, una gran cocinera de estofados. Mi abuela, al ver las liebres, recordaba siempre su niñez con Linkoyan. Suspiraba con nostalgia por aquellos tiempos de una feliz niñez.

## SEGUNDA PARTE

## 12.

### Por tierras desconocidas y mágicas

Liam nació en un otoño rojizo del año 1900. Dublín se vistió de gala para recibirlo con suelos alfombrados de crujientes hojas amarillas, naranjas y rojas. Su madre, Sarah Tinnan, lo esperaba ansiosa. A pesar de que el parto fue difícil, por lo enorme que era el bebé y la estrecha cadera de la madre, ella soportó estoicamente los fuertes golpes con los que Liam quiso salir a la vida. Así llegó a este mundo, abriéndose paso entre el dolor y el deseo, el hijo único de un matrimonio mayor. Maestra de profesión, su madre amaba a los niños. Sin embargo, durante muchos años, la vida se había negado a darle un hijo. Cuando se enteró de que estaba encinta, la feliz pareja organizó una fiesta para anunciarlo. Sarah guardó cama, se alimentó con las mejores verduras y frutas, y se dejó mimar por su marido y familiares, hasta que el tan esperado día por fin llegó.

Niall O'Sullivan, el padre, un humilde panadero y músico autodidacta, tragaba con ansiedad el humo de decenas de cigarrillos mientras observaba el ir y venir de las enfermeras. Era tartamudo, y solo fluía sin interrupciones cuando hablaba a través de su música. Había ganado fama en su ciudad por ejecutar maravillosamente su *tin whistle*, su flautín irlandés. En tanto, esperaba que la enfermera le trajera noticias de su esposa e hijo. Se sentía feliz y aterrado. Amaba tanto a Sarah que la sola idea de imaginar el dolor y el sufrimiento de parir lo hacía sentir culpable, el hacedor de algo maravilloso, pero también doloroso. Vivía pendiente de ella, como si fuera una delicada flor con pétalos de cristal que al menor roce sucumbiría. Cuando el rozagante y bello varón nació, Niall no cabía en su cuerpo de felicidad. Vivían en un barrio de Dublín, Irlanda. Él

era un gran admirador de los ferrocarriles e inculcó ese amor por los trenes a su hijo.

Niall contaba con dieciocho años cuando conoció a Sarah. La vio entrar en la panadería de su padre como si se tratara de una figura etérea, salida de algún cuento de princesas. Era esbelta. Tenía el cabello rojizo, un rostro bondadoso y unos ojos intensamente verdes. Se cruzaron fugazmente unos segundos, tiempo suficiente como para que él sintiera que la amaría por el resto de su vida. Ella, por su parte, lo había observado mucho antes, al mudarse a unas cuadras de la panadería, donde vivía su hermana mayor con el marido y su pequeño hijo. Sarah llegó a Dublín a estudiar, quería ser maestra. A temprana edad debió abrirse al mundo; un mundo feroz, incierto, pero también para ella fascinante y novedoso. No le fue fácil dejar su hogar, con muy pocos recursos. Sostenida en sus deseos y sueños, se propuso alcanzar lo que buscaba. La historia de ella se parece a la de tantas otras mujeres en todo el mundo.

Niall era un joven tímido y muy talentoso. Su música embriagaba de romance a las mujeres y envolvía de alegría las fiestas familiares. Ejecutaba su *tin whistle* en la iglesia como una elevada ofrenda litúrgica en las misas especiales. La palabra no era su don, y a pesar de que muy fácilmente hubiera conquistado el corazón de cualquier chica, hasta esa edad había llegado solo y virgen. Sus padres intentaron curar su tartamudez, con diferentes métodos, pero de todos ellos la música fue su mejor opción, no porque curara realmente su tartamudez sino porque le otorgó, en su lugar, los sonidos de la flauta.

Sarah decidió enamorar a su amado sin saber que él ya le había entregado su corazón. Pasaba diariamente a comprar, y en tiempos muy duros para los irlandeses, en que las ventas bajaban y los ingleses aumentaban la recaudación de sus impuestos para el despilfarro de la Corona, ambos se las ingeniaron siempre, sin palabras, la una para comprar y el otro para vender.

En el otoño de 1887 las fuerzas inglesas invadieron furiosas la ciudad de Dublín, arremetiendo contra el pueblo. Hubo disparos, golpizas. Ante la aterradora mirada de los niños que jugaban en las calles, sin tiempo para escapar, los sables atravesaron los inocentes

cuerpos de muchos de quienes estaban allí. Las mujeres y los hombres que a esa hora se encontraban caminando por las calles eran apresados y llevados sin explicación a las cárceles. En medio del tumulto y movida por el pánico, Sarah entró desesperada en la panadería. Sin mediar palabras, se abrazó a Niall, que se protegía, junto a otras personas, de los disparos.

No fueron necesarias las declaraciones de amor grandilocuentes ni los versos improvisados para que ambos tuvieran la certeza de que vivirían juntos el resto de sus vidas. A los tres meses de aquel episodio ya estaban casados.

Liam fue el único hijo de aquella feliz pareja. Sarah se resignó con el tiempo a su imposibilidad de volver a ser madre. Antes de nacer Liam, había perdido dos embarazos, así que consideraba su llegada como un milagro. El bebé consolidó el amor de esa familia humilde y trabajadora. La pareja se sentía afortunada: comparada con la pobreza y hambruna que sufría todo el pueblo irlandés, ellos tenían un buen pasar. Niall había contratado a dos empleados muy fieles y cumplidores. Sarah dejó su trabajo y se abocó de lleno al niño. Cada vez que lo amamantaba o cambiaba, lloraba de emoción. Rezaba varias veces al día para agradecer a Dios por su hijo, y le pedía que lo cuidara de toda enfermedad y dolencia. Era un bebé largo y flaco. Ella lo colmaba de ternura, besos y caricias.

Apenas empezó a caminar, su padre comenzó a llevarlo a la panadería. Allí adquirió una sensibilidad especial: con su agudo olfato, podía distinguir el aroma de las diferentes leñas e imaginarse de qué bosque provenían. Le encantaba ir con su padre a la panadería. El calor de los hornos, el olor del pan, la visión del fuego lo arrullaban. Solía quedarse dormido debajo del mesón donde los hombres amasaban, entre charlas y risas.

Fue creciendo entre la rudeza de su padre y la dulzura de su madre. Heredó de ella la cabellera rojiza y los grandes ojos verdes, pero sus labios, su mentón y su boca eran los típicos rasgos de los O'Sullivan. Los familiares y amistades halagaban la hermosura del niño. Su rostro fue adquiriendo ciertos rasgos femeninos que producían perplejidad y daban lugar a comentarios inapropiados. Sarah le inculcó ser piadoso y justo, sembró amor y ternura en él.

También un gran temor hacia Dios, y una buena cuota de culpa y cobardía que penetraron en lo más profundo de su corazón. Su padre lo percibió y lo obligó desde muy pequeño a hacer trabajos rudos y a practicar los deportes más exigentes.

Sus abuelos lo consentían en todo. A pesar de ello y de que se divertía con los niños de su barrio, Liam era tímido y demasiado obediente. Los domingos viajaban en tren a visitar a sus abuelos maternos en el poblado contiguo. Amaba esos paseos y amaba el tren. Gracias a la dedicación de su madre, Liam aprendió a leer y escribir antes de entrar en la escuela. Y su padre le enseñó a tocar el *tin whistle*. Empezó el colegio junto con sus amigos del barrio, se divertían mucho juntos. Desde pequeño, compartía con generosidad lo que tenía con otros niños. Era un muy buen alumno y ayudaba en las tareas a sus compañeros.

Sarah intentó en vano tener otro hijo, pero no pudo sostener los embarazos. Se conformó con su destino y decidió, junto con su marido, que le haría bien volver a trabajar. Regresó a las aulas a dar clases.

Liam y Sarah regresaban juntos de sus labores. Ella, de una humilde escuela al otro lado de la ciudad, y él, de su colegio, a unas pocas cuadras de distancia de su casa. Al salir de la escuela, Liam acostumbraba a patear latas y piedras durante el camino, jugando con sus amigos al fútbol. Las calles torpemente adoquinadas parecían desprender gemidos con cada agitado recorrido de las latas o piedras convertidas en la más preciada pelota de fútbol. Esperaba ansioso a su madre en la panadería de su papá. Ella llegaba siempre apurada, dulce y cariñosa. Amaba a su madre con fascinación. Su padre, debido a la tartamudez y a su temperamento, era más bien silencioso y parco. También fuerte y enérgico. Liam le tenía mucho respeto y temor. Pero, aunque lo amaba, la comunicación entre ambos era dificultosa.

Liam terminaba con rapidez su tarea para dedicarse a jugar con el tren que le había comprado su padre. Era un mundo ferroviario en miniatura, con estaciones, locomotora, vagones de carga, vagones de pasajeros, puentes, rieles, túneles, montañas. Todo eso constituía el mundo de aventuras e imaginación de aquel pequeño

Liam con sueños de ferroviario. Completaban su vuelo aventurero los libros; el té con su madre, que a veces lo sorprendía con una taza de chocolate caliente; las deliciosas galletitas que horneaba su padre en la panadería. Sus afectos, los enredos callejeros con sus amigos por los barrios de Dublín lo hacían sentir el niño más feliz del mundo.

Las calles de aquella ciudad estaban repletas de niños pobres que deambulaban de un lado a otro, muchos de ellos eran huérfanos. En los inviernos los días eran cortos y muy fríos. Disponer de un buen abrigo era un lujo que pocas personas se podían dar. Sin embargo, Liam no se preocupaba por ello: sus padres se encargaban de que nada le faltara. Un día vio a un niño con el que había jugado algunas veces tiritando de frío en la acera de un restaurante. Era de su edad, apenas tendría unos seis años. Le impactó mucho que fuera mudo. Se quitó el abrigo y se lo puso al niño. Llegó a su casa tratando de no llamar la atención, pero su madre enseguida advirtió que no tenía su sobretodo.

—¿Dónde está tu abrigo? —le preguntó Sarah.

Su padre, que se encontraba concentrado en la lectura del diario, alzó la vista y le dijo:

—Tttuuu madre te hizo unna pregunta, hijo, respóóóndele.

El niño bajó la cabeza y temeroso respondió con un tono apenas audible:

—Lo regalé.

—No tttee escucho —dijo el padre—. ¡Más fffuerte por fffavor!

—¡Lo regalé! —dijo Liam casi gritando.

Enfurecido, el padre lo zamarreó y lo obligó a confesar a quién se lo había dado.

Salieron a la calle en busca del niño mudo, y lo hallaron en el mismo lugar en que lo había dejado Liam. El niño yacía muerto, sin el abrigo. Se notaba que había sido golpeado con brutalidad. Padre e hijo quedaron perplejos. Liam corrió desesperado, sin rumbo, por las calles. Al llegar a las vías del tren, se puso a gritar con rabia, y se echó a llorar vencido por la tristeza y la desilusión.

Un *peeler*, policía de la Corona, que hacía la guardia en la estación, se acercó a Liam con aires de duro, con ganas de

divertirse con él.

—Eh, niño, ¿qué haces tan tarde por aquí? No deberías estar lejos de tu casa. Seguro escapaste. ¿De dónde eres? —le preguntó con curiosidad.

Liam bajó la cabeza y no respondió. El *peeler* se acercó furioso y lo tomó del cabello.

—Te hice una pregunta —insistió—. ¿Dónde vives? ¿Eres mudo?

El niño guardaba silencio. Esto enfureció al *peeler*, que le gritó:

—¿Qué les sucede a ustedes los irlandeses? ¿Son unos cobardes?

Con burlas e ironía, el *peeler* confesó su crimen.

—Eres el segundo niño mudo buscando problemas que encuentro en nuestras calles. ¿Sabes cómo le fue al otro ladroncito que no me respondió? ¿Quieres saber qué le hice? —dijo, y empezó a golpearlo mientras lo insultaba—: Todos ustedes son ladrones, vagos, problemáticos. Hay que enseñarles desde pequeños a respetarnos. El otro niño no me quiso decir a quién le había robado el abrigo.

Liam le empezó a gritar «asesino, asesino», y eso llamó la atención de las pocas personas que se encontraban en la estación a esas horas, que se aproximaron para ver de dónde provenían los gritos. Al enterarse de lo que sucedía, quisieron ayudarlo. Y de pronto surgió entre la gente el padre que, con el puño cerrado, de un izquierdazo desmayó al policía. Alzó a su hijo en brazos y se lo llevó a su casa, sintiendo su corazón a punto de salirle del cuerpo, atragantado de llanto y de rabia, de amargura e indignación.

Tal vez ese fue el exacto momento en que Liam O'Sullivan se volvió adulto. En el que la dulce bondad e inocencia de niño fue aplastada por el peso de setecientos años de invasión colonial a su pueblo. No podía comprender la maldad, la inequidad y el poder tiránico de quienes se creían superiores en su valor humano. Los ingleses les ofrecían hambre, torturas y muerte a cambio de las riquezas de la tierra irlandesa. «¿Por qué le regalé mi abrigo? Debí ignorarlo, quizás ahora él estaría vivo», se reprochaba una y otra vez con pensamientos autoflagelantes.

Esa noche Liam tuvo fiebre y soñó. Sus padres trataban de bajarle la temperatura. En un momento, él sintió cómo su espíritu se desprendía de su cuerpo. Se vio en una tierra extraña donde todo era nieve y emanaba de allí una luz blanca que parecía cegarlos. De pronto, un ave enorme con un collar blanco en su cuello volaba con tanta elegancia que él se detuvo, a pesar del frío, para contemplarla mejor. El ave se posó frente a él. Liam la miró fijamente y el ave pareció enojarse. Se elevó y empezó a revolotear amenazante en derredor de él. Entonces Liam, desesperado, buscó algo con qué defenderse. Se dio cuenta de que estaba en pijama y tenía mucho frío. Vio una piedra y la levantó decidido a arrojársela. Pero cuando lo iba a hacer, una niña se interpuso. Le habló en un idioma desconocido, pero que inexplicablemente él entendió. Le dijo que no la lastimara, que no la matara. Él se asustó. Ella lo miró dulcemente, y le habló así:

—No me mates si quieres vivir. Todos los seres tienen bondad y maldad. Para que exista el día, debe existir la noche. Para que haya luz, tiene que haber oscuridad. Para que haya alegría, tenemos que conocer la tristeza. Tu vida es mi vuelo, estás atado a mí. ¿Rechazas lo que eres y lo que llevas por dentro? De ti vengo y a ti he venido para cuidarte.

La niña terminó de decir esto y se convirtió en cóndor, ave que él nunca había visto, y se elevó hasta perderse en el horizonte. Él quiso correr tras ella, pero sus pies se enterraban cada vez más en la nieve. Sintió una enorme soledad y se puso a llorar. Así despertó.

Su madre estaba junto a él hablándole, colocándole paños de agua fría en la cabeza y dándole agua. El padre se encontraba en la sala con un doctor que había llegado para examinar al enfermo. A los días, mejoró, pero nunca pudo olvidarse de ese sueño que le pareció tan real. El rostro de la niña, su expresión. Su habla era tan lejana y extraña; sin embargo, tan familiar y sentida. A partir de entonces, cada vez que se encontraba en una situación de peligro, aquella niña y el ave exótica volvían a sus sueños, a dialogar con él, haciéndolo volar por tierras desconocidas y mágicas.

## 13.

### Sus sueños se desplazaban sobre rieles

Su niñez era feliz a pesar de la realidad que lo acechaba. Liam y sus amigos pasaban las horas intentando divertirse. Liam O'Sullivan, John Walton, Sean Campbell y Ernest Beckett jugaban todo el tiempo. Su lugar de encuentro era las vías del tren. Todos tenían la misma edad, con excepción del pequeño Ernest. Se creían inseparables. Ya estaban por cumplir diez años cuando un inesperado episodio cambió sus vidas.

Liam quería mucho a sus compañeros, aunque de todos sus amigos, al que consideraba como un hermano, su amigo más amado era John Walton. Era hijo de un estibador del puerto, viudo. John era el más pequeño de cinco hermanos. Tenía un hermano bastante mayor, que se encontraba trabajando junto a su padre, y luego tres hermanas que cuidaban rigurosamente de él. Era travieso, valiente, astuto y todo un aventurero. Cualidades que Liam admiraba. John era apenas dos meses mayor que Liam; sin embargo, lo tenía bajo su tutela. Era un líder innato y comandaba con seriedad la pandilla más traviesa del barrio portuario. Siempre pensaba y elaboraba diferentes actividades, todas divertidas, para quebrar la monotonía y rigurosidad con que los adultos pretendían que ellos vivieran sus días.

John había conocido a Liam a través de Ernest Beckett, quien vivía en la misma cuadra. La mamá de Ernest era viuda y trabajaba de mucama en el hospital. Ernest pasaba largas horas solo, jugando con sus amigos. John Walton odiaba a los ingleses, siempre se metía en problemas y soñaba con crecer para convertirse en un miliciano del Irish Republican Brotherhood (IRB, la antesala del IRA). Su tío, cuando era aún un adolescente, había seguido de

cerca las ideas del líder autonomista Charles Stewart Parnell. Cuando creció, se sumó al movimiento IRB. Y si bien su juventud se iba marchitando, aún conservaba su espíritu entusiasta, y le contaba sus sueños e ideas de justicia y libertad a su sobrino. Incluso lo llevaba a algunas reuniones. De ahí nacería la pasión de John por su lucha independentista, que también influyó sobre Liam.

Sarah Tinnan era antipática y fría con el pequeño John. Consideraba que la amistad entre ese niño y su hijo era inapropiada. John Walton no tenía modales y deambulaba por las calles de Dublín durante todo el día. Era un pésimo alumno. Lo que le generaba más angustia era que su espíritu aventurero y soñador podría llevar por mal camino a su pequeño Liam. Más allá de lo que pensaban sus padres, los chicos disfrutaban las tardes de fútbol con amigos, también fabricaban trenes con latas de conservas y con otros objetos desechables que encontraban tirados en la calle.

Cuando Liam cumplió los nueve años, su padre le regaló su primera bicicleta; con ella se sintió un verdadero explorador. En los veranos hacían carreras de nado, buscaban acantilados peligrosos para trepar y a veces también ensayaban clavados en el mar. Pero sin duda lo que más les atraía a todos ellos era jugar en los trenes. Todos querían ser maquinistas. Sus sueños se desplazaban sobre rieles, con estruendosos silbatos que anunciaban arribos y partidas. Los olores ferroviarios les parecían aromas sublimes. El olor de la combustión del carbón y del petróleo se entremezclaba con el hedor de los animales, los caballos que tiraban de los carros, como así también de los animales que se transportaban, los vendedores de pescado, los verduleros, las mujeres que ofrecían comida. Todo un gran oleaje de tufarada. Salían a disputarse entre sí su impregnable recuerdo.

Algunos transeúntes y trabajadores ferroviarios se sentían embriagados de placer, mientras que otros sentían un gran rechazo por esa atmósfera repulsiva; no apartaban de su nariz sus blancos pañuelos bordados y suavemente perfumados. Liam se suspendía escuchando la música ferroviaria. El áspero sonido de la locomotora golpeando los rieles le parecía una sinfonía metálica que lo invitaba a bailar, a correr y a desdoblarse el alma. Cada corchea, cada nota era

acentuada por el vaivén con que se contoneaba coqueta la máquina. El silbato anunciaba la cadencia final de un recorrido sonoro, lo alejaba de su imaginación regresándolo a la realidad bulliciosa y confusa.

Uno de sus pasatiempos preferidos era ir sobre el mediodía a la estación, justo a la hora en la que parecía estallar de gente. Vendedores, parientes que iban a despedir a sus seres queridos, forasteros que llegaban, amantes que prolongaban sus abrazos ante la inminente separación. Aromas de comida. Canillitas vendiendo el diario, vociferando las últimas noticias. Mujeres cargadas con canastos de flores ofreciendo ramos de rosas y narcisos. Soldados y obreros, todos ocupando apresurados su lugar en el andén. Parecía un enjambre de la vida ferroviaria.

Ellos corrían entre carcajadas y adrenalina, desde la escuela hasta la estación. Lo hacían desafiando el tiempo y la velocidad, buscando saber quién era capaz de llegar primero. El último en arribar se encargaba de entretener al guarda y rápidamente los otros subían al primer vagón que tuvieran a mano. Luego debía encontrar el momento propicio para desaparecer ante los ojos del guarda y escabullirse hacia el interior del tren. Cada día acordaban encontrarse en un coche diferente, desde la categoría económica más baja hasta la inalcanzable primera clase, donde estaban los camarotes. Conocían perfectamente el tiempo que el tren permanecía detenido en aquella estación. Cuando el silbato anunciaba la partida, ellos esperaban hasta que arrancara el tren para arrojarse. A veces se lastimaban, pero en otras ocasiones se escapaban con coreografías artísticamente deportivas que resultaban un interesante espectáculo para los demás pasajeros. Y lograban hacerlo de modo tan perfecto que salían ilesos de aquellas hazañas. Una y otra vez repetían las mismas rutinas sin que los guardas lograran encontrarlos a tiempo para darse el gusto de castigarlos echándolos del tren. John era el ideólogo y el dirigente de esta conspiración. Él daba las órdenes de abordar el tren y de escaparse. Liam confiaba ciegamente en él. Lo consideraba el más inteligente y valiente de todos.

Una tarde de sol, con un cielo intensamente azul, a comienzos del verano de 1912, fueron hacia un puente ferroviario. Hacían apuestas para ver quién era capaz de cruzarlo sin temor a la altura y arriesgándose con audacia, ya que faltaban en algunos tramos los durmientes transversales. La adrenalina del peligro los excitaba. Se daban ánimos unos a otros, se abrazaban y aplaudían en la medida que lo lograban. El primero en cruzarlo fue John. Lo siguieron Sean y Liam, que iban llegando de a uno al otro lado del puente. Ernest Beckett, el más pequeñito de todos, dudó, tuvo miedo, y se quedó petrificado mirando el vacío. No quería cruzar, sus amigos lo entendieron. Él les dijo que los esperaba sentado en una gran roca que estaba cerca del puente. Ellos podían ver cómo, desde allí, el pequeño los miraba con admiración y alegría. En eso llegó otra pandilla de niños liderada por un adolescente que ellos conocían de sobra, un bravucón hijo de una mujer inglesa y un irlandés unionista. Al ver al niño indefenso, se les dio por burlarse de él. «Cobarde», le decían, y lo molestaban. John les gritaba que lo dejaran en paz, pero ellos más se ensañaban con el niño. Comenzaron a empujarlo y a golpearlo. Ernest logró zafar de las manos del bravucón, pero se dirigió temerosamente al puente y empezó a cruzarlo. Cuando había llegado a la mitad, se topó con una brecha amplia entre un durmiente y el otro. Faltaban varios durmientes y él no se atrevía a saltar. Intentó cruzarlo. Estaba allí parado, dubitativo. Sus amigos lo alentaban, gritándole: «¡Vamos, Ernest, puedes hacerlo, cruza!». Hasta que un silbato les advirtió la llegada del tren. Ernest se estremeció, y paralizado por el miedo, no atinó a retroceder ni a avanzar. Sus amigos le gritaban que se apurara. Cuando el tren ya estaba encima, solo pudo atinar a colgarse, sosteniéndose con fuerza de una sola mano de un riel. Cerró los ojos. El tren pasó por encima y le cortó la mano. Ernest cayó al río aullando de dolor. Justo cuando el niño caía al agua, unos pastores que andaban por ahí se tiraron de inmediato al río. Lograron salvarlo, pero él estaba ahogado en su dolor y en su terror. Los niños que lo habían molestado se fueron satisfechos por lo sucedido. Alguno de ellos experimentó miedo y tristeza, pero los más grandes se sintieron poderosos y seguían burlándose del niño.

En el colegio, el pupitre vacío sumía en la pena a los amigos. Ernest perdió la mano derecha y pocas semanas después también su antebrazo, ya que padeció una infección y el médico se vio obligado a amputárselo. Tardaría mucho en recuperarse del todo, y de grande odiaría ver su muñón. Todos ellos permanecieron tristes durante un tiempo, se sentían culpables.

Unas semanas después de aquel suceso, durante un recreo, John Walton les hizo conocer su plan. Quería vengar lo sucedido a Ernest. El responsable del accidente era hijo de un obispo anglicano. Irían por la noche hasta el extremo prohibido de la ciudad a romper todos los vidrios de la iglesia anglicana donde vivía el adolescente. John tenía todo previsto.

Liam se fue a dormir sin levantar sospecha alguna, y cuando se convenció de que sus padres estaban profundamente dormidos, bajó en silencio la escalera de la habitación a la sala y con determinación se dirigió a la puerta. Sin hacer ruido, corrió el cerrojo con suavidad, giró el picaporte y salió a la calle.

Al principio caminó con desconfianza y temor, pero luego aceleró el paso y con firmeza fue hasta el punto donde habían quedado en encontrarse. John Walton ya estaba allí, se alegró al verlo. Tuvieron que esperar a Sean Campbell, que siempre llegaba tarde; en general, por la severa vigilancia de su mamá. Le resultaba muy difícil escabullirse sin ser visto por ella, que parecía estar atenta a todos los movimientos de la casa. Pero en esa ocasión, como tantas otras veces, pudo escapar.

Debieron caminar bastante hasta la otra punta de la ciudad. Su andar era delatado por los perros que anunciaban con ladridos feroces sus pasos. Al llegar al lugar, John miró a sus amigos y les preguntó:

—¿Las trajeron?

Sus amigos sacaron de sus bolsitos muchísimas canicas y piedras. Con sus gomeras empezaron a disparar contra los grandes ventanales de la iglesia. Sus tiros eran tan certeros que los vitrales se desplomaban y terminaban haciéndose añicos. El ruido de vidrios rotos y los ladridos despertaron al barrio, y el cuidador de la iglesia salió para ver lo que sucedía. Al escuchar el escandaloso ruido,

unos policías que andaban por ahí corrieron hasta el lugar y pudieron agarrarlos infraganti. Se los llevaron hasta el destacamento policial.

Niall O'Sullivan, el padre de John y los padres de Sean fueron notificados de que sus hijos estaban detenidos. Tuvieron que soportar arrogantes discursos del comisario antes de liberarlos. El sermón incluyó también a los padres, bajo la advertencia de que si los pescaban de nuevo en algo serían enviados al reformatorio. A la salida de la comisaría, en la acera, la madre de Sean se puso a llorar. Su marido se enojó con ella, y le reprochó diciendo:

—¡Esto es lo último que me faltaba! ¡No llores aquí, mujer!

Tomó bruscamente de la oreja a su hijo y lo reprendió:

—¡No solamente tengo que trabajar todo el día para que nada te falte, sino que pretendes que te vigilemos las veinticuatro horas para que te puedas comportar con decencia!

El padre de John Walton intervino para apaciguar los ánimos, pero el hombre estaba tan enojado que no le permitió hablar.

—Todo esto es por culpa de su hijo —aseguró—. Si su hijo no hubiera llevado al mío por el mal camino, esto no estaría sucediendo. Sean me contó que la idea de ir al puente ferroviario fue de él.

Estas palabras fueron para John como una bofetada. Miró a su amigo con decepción y bronca. Sean se puso rojo y, avergonzado, bajó la cabeza. El padre de John estalló en cólera y le respondió:

—La cobardía habla en su boca. Usted sabe que fueron esos otros chicos los responsables de la desgracia, pero es más fácil ir contra John que contra los unionistas anglicanos.

Agarró con furia la mano de su hijo y se fue sin despedirse. Liam y John se miraron. Los días felices parecían haberse acabado, era evidente que ya no volverían a tener la libertad de estar juntos. Liam fue castigado: por un tiempo no se le permitiría salir de su casa. Sean Campbell continuó en la escuela, pero tenía prohibido dirigirles la palabra a sus amigos. Con el tiempo, añorarían esos años felices de la infancia.

John se volvió muy apegado a su tío y también a su hermana. Cada tanto Liam escribía a sus amigos. Se sentía envuelto en una

apatía triste y aburrida. Cuando quería convencer a sus padres de volver a salir y encontrarse con ellos, no se lo permitían. Aquel año se resignó a estudiar en su casa con su madre. Al único a quien veía con regularidad era al pequeño Ernest. Su mamá lo acompañaba cuando iba a visitarlo al hospital. Al principio esas visitas lo dejaban cargado de zozobra, incomodidad y nervios. Revivía una y otra vez aquella tarde trágica, la maldad de esos niños, la inoportuna idea de cruzar el puente. Nada aliviaba sus sentimientos perturbados por la culpa. Más tarde, ya adulto, descubriría que nadie es feliz en un mundo regido por la maldad, que niños y adultos se parecen en el dolor y en el temor. Que la injusticia tajea la tela de la bondad y la inocencia, arrebatándonos la paz. Esa tela se debe volver a unir dentro de nosotros, pero cada punto del zurcido de la aguja hace sangrar de nuevo la memoria. Nuestro espíritu gime cuando la aguja nos atraviesa al coser nuestro pasado en una sola tela con el presente, porque no se puede andar con la vida rasgada, partida en dos. Es necesario enhebrar la aguja y coser el alma.

## 14.

### Los pueblos oprimidos del mundo

El verano se escabulló con celeridad entre la ventisca cálida que entraba por la ventana del cuarto. Liam vio cómo los árboles se pincelaban de amarillo, naranja y ocre. Luego los vio desnudarse, despojándose sin prisa de su majestuoso ropaje. Hasta que llegó el invierno, que cubrió con su manto blanco las calles. Su padre lo llevaba a trabajar a la panadería. John y Sean le compraban el pan y le contaban novedades del barrio, de las calles. Ese año John dejó el colegio, se dedicó a trabajar. Este cambio de actividad lo introdujo de sopetón en el mundo adulto. La exigencia de su juvenil cuerpo en los galpones ferroviarios y en los vagones del tren cargando sacos pesados de granos y papas lo fue llevando a ver el mundo con otros ojos; sin embargo, la dulzura lúdica que habitaba su espíritu nunca lo abandonó.

Se acercaba la Navidad de 1913. Los padres de Liam acordaron que ya era suficiente el castigo, ya podía volver a disfrutar de la compañía de sus amigos. Liam convenció a sus padres y a los padres de Sean para que los dejaran trabajar en la creación de un trineo. John era el más diestro en la carpintería, podía ser muy útil. Liam argumentó que los tres le debían eso a Ernest, que lo harían sobre todo por él. Fue convincente y los padres permitieron el encuentro diario. Durante dos semanas trabajaron duro hasta acabar con la construcción de un trineo bellísimo, adaptado a la nueva condición de su amigo. El regalo navideño conmovió no solo a Ernest, sino también a su familia.

Salieron a estrenarlo y rieron a carcajadas, mientras bajaban estrepitosamente por las calles y se divertían por los suaves relieves. Los cuatro amigos volvieron a estar juntos, recobraron así

la alegría y vitalidad en sus andanzas. Pero los albores de la vida de estos niños serían arrancados como hojas de un calendario con la llegada de la guerra.

El 28 de julio de 1914, cuando se declara la Primera Guerra Mundial, John se encontraba ensimismado en su trabajo. Tenía tan solo catorce años, pero parecía haber madurado de golpe desde que debía aportar dinero en su casa para sobrevivir. Ya no buscaba a sus amigos para jugar. Estaba siempre ocupado, se había convertido en un jovencito realista y pragmático. Mientras que Liam continuaba siendo bohemio e imaginativo, sensible y temeroso, John, en cambio, a veces resultaba temerario y frío.

Aún no se sentía el despojo de lo sublimemente humano. Nosotros los mapuches conocemos bien las atrocidades de la guerra. Aquellas pequeñas cosas que constituyen la cotidianidad de nuestras vidas, y nos hacen sentir parte de un pequeño y maravilloso mundo. Ese pertenecer a partir de la simpleza del pan aún caliente sobre la mesa, el aroma del café envolviendo la atmósfera, el cartero conversando en la puerta mientras deja la misiva, la vecina barriendo la vereda, todos ajenos a la guerra. La guerra, esa entelequia que no logramos dimensionar hasta que nos vuela con un bombardeo la vida. ¿Cómo no entender al pueblo irlandés y a los pueblos oprimidos del mundo? Resulta tan fácil sentirse hermanados con aquellas naciones invadidas, despojadas de su libertad. Las fronteras impuestas desaparecen cuando las manos extendidas de los pueblos forman un círculo de solidaridad por la paz.

Cada tanto los amigos se reunían en la estación ferroviaria. Bajo los aleros de los grandes galpones, fumando a escondidas, compartían el placer que les provocaban las lecturas de Liam y sus libros de aventura. En otras ocasiones, a orillas del mar, contemplaban atardeceres en los que el rojo e inmenso disco solar se despedía tiñéndolo todo de un rojo sanguinolento, llameando sobre las casas y los seres. Cuando el sol era abrazador, el parque los acogía bajo sus frondosos árboles añejos, recibéndolos con un aire dulce y tibio. Si garuaba, un vagón abandonado al marasmo del inexorable paso del tiempo era el mejor de los refugios. Cualquiera

lugar donde el sol entibiara sus cuerpos resultaba el escenario ideal para la lectura. Liam sacaba el libro que llevaba escondido entre su ropa y se entregaba de lleno a leerles sus novedades literarias. Como en su niñez sus padres no le permitían prestar los libros ni sacarlos de su casa, este ritual dio lugar a un disfrute clandestino que se convirtió enseguida en una costumbre. En aquellos tiempos los libros eran artículos costosos y muy difíciles de conseguir. Liam compartía con sus amigos cautivantes relatos de alguna lejana aventura, sobre náufragos perdidos en islas paradisíacas o jinetes sin cabezas merodeando las oscuras noches de Londres. Pero lo que más le gustaba compartir era su entusiasmo por todo lo que venía del nuevo mundo: ¡América!

El continente americano se presentaba frente a él como un mundo misterioso y fantástico. Había leído sobre las crónicas de los colonos en los Estados Unidos, sobre la resistencia feroz de los nativos contra los blancos, y sobre la valentía y amor de los colonos que querían extender hacia los indígenas la fe cristiana y la civilización. Su madre rezaba siempre por los sacerdotes y las monjas que abandonaban las comodidades y el calor del hogar para internarse entre los bárbaros indios con la esperanza de convertirlos a Cristo y arrebatarse al diablo esas almas destinadas al infierno. Un día escuchó a su padre hablar con otros hombres sobre la Patagonia, una tierra enorme, al sur del mundo, habitada por gigantes. Gigantes caníbales que se comían el corazón de sus enemigos. Mujeres lujuriosas que solo usaban pieles para cubrir su desnudez. Sus amigos estaban especialmente interesados en los detalles de esas mujeres desnudas y lujuriosas. Eran detalles que Liam inventaba con ribetes hasta cómicos, ya que nunca había visto una mujer desnuda. John lo dejaba expuesto burlándose de él.

Sean era el más callado de los cuatro, parecía estar siempre taciturno. No mostraba mayor entusiasmo por nada, pero acompañaba en todo. Tenía una bella hermana, Christine, que para Liam y John representó los primeros indicios del amor. Toda vez que Liam iba a visitar a su amigo, la veía. Le gustaba observarla cuando tocaba el piano. Era dulce, silenciosa, tímida. Le fascinaba su cabello castaño, ensortijado. Su bello rostro, esos grandes ojos

azules y las pecas en sus mejillas le daban un aire angelical. A veces Christine se sumaba a las caminatas al colegio, conversaba y reía mostrando unos dientes perfectos. John también se sentía fuertemente atraído hacia ella. Los dos amigos se ponían celosos, rivalizaban buscando la mirada y aprobación de la joven. Algunas veces los juegos terminaban siendo un grotesco espectáculo de boxeo o lucha libre. Sin proponérselo, ella los alteraba tanto que ambos crecerían disputándose su amor.

Por las tardes los amigos escapaban hacia el puerto, donde las gaviotas eufóricas y canturronas los recibían. Les gustaba ver las diferentes banderas de los barcos y adivinar de dónde procedían. Se imaginaban aventurados por el mundo. En las tardes lluviosas, se juntaban a fumar debajo de los aleros de los galpones ferroviarios. Liam recordaba que en su niñez, en la tardes de lluvia, tenía prohibido salir a jugar. Desde la ventana de su cuarto veía cómo los otros niños corrían y saltaban los charcos jugando con la lluvia. Cuando se cansaba de observarlos, se tiraba en su cama y leía. Gracias a su imaginación y al poder de los libros, su habitación se convertía en una jungla espesa, húmeda, tropical y llena de peligros. En otras ocasiones, su cuarto era un tren huyendo veloz de los indios facinerosos que gritaban pidiendo su muerte. Y siempre, sin excepción, Liam rescataba a su amada, que por supuesto era la bella Christine. Mientras Liam soñaba y se permitía en su inocente imaginación tomar su mano, caminar con ella y hasta incluso darle un beso, el que sí avanzaba lentamente para hacer sus deseos realidad era John. Ambos sabían que en el amor eran contrincantes; sin embargo, esto no los afectó demasiado. Solo se hacía evidente la tensión cuando estaban frente a la presencia de su amada.

La niñez fue quedando atrás, y la juventud fue floreciendo en sus cuerpos llenos de vitalidad y deseos. Llevaban casi cuatro años disputándose el amor de Christine cuando John logró seducir el inocente corazón de la jovencita. Ella se sentía irresistiblemente atraída por ese niño adolescente, que se manejaba con tanta seguridad. Además, era atento y galante. Siempre le traía flores o algún inesperado presente. Christine se sonrojaba entre tímida y coqueta. Por su parte, Liam le escribía cartas y poesías, pero ella

apenas las leía. Su inocente y juvenil corazón tenía un dueño y era John. Aunque Liam se daba cuenta de que su amigo era el destinatario de las miradas de la muchacha y de su cautivante sonrisa, de regreso de sus vacaciones, hizo todo lo posible por llamar su atención.

Christine esperaba cada tarde a John, a la salida de sus clases de piano. Caminaban juntos por las adoquinadas calles de Dublín, hasta el Phoenix Park. Ella se sentía segura a su lado. Lo contemplaba de manera disimulada; abstraída en su cuello, su espalda, su nuca, su rostro. Se sentía presa de su encantadora sonrisa y de la mueca de sus labios, de esa manera de levantar una de sus cejas cuando formulaba una pregunta. Le atraían su cabellera intensamente negra, su piel tan blanca y sus mejillas rosadas. Pero lo que le gustaba, al punto de perturbarla, era la manera en que sus grandes ojos azules la miraban. Era una mirada muy particular, que reflejaba admiración y deseo. Su osadía de hombre libre y soñador la había enamorado perdidamente. Soñaba con casarse con él, aunque era consciente de que gozaba de mala fama, de ser un mujeriego. Sean decía que todas las jovencitas que lo conocían se disputaban el corazón de John, pero ella sentía que ya se lo había ganado.

Al cumplir quince años, John Walton comenzó a colaborar con su tío en pequeñas tareas de apoyo con el Ejército Ciudadano Irlandés. Una de las hermanas mayores de John se había involucrado con el Cumann na mBan, la Liga de Mujeres irlandesa, el ala femenina del IRA. Su labor principal aquel año fue coser uniformes junto con otras mujeres. La hermana de John se llamaba Ciara. Era morena, de ojos muy verdes y grandes. Tenía muy mal carácter, y aunque John ya había dejado hacía tiempo su infancia, ella lo trataba como a un niño. Esto enfurecía mucho a John.

Una tarde de verano de 1915 Ciara llevó a su amiga Deidre a su casa. Ni bien John la vio, sintió que nunca dejaría de amarla. La encontró hermosa. Era una joven madura, tal vez diez años mayor que él, llena de determinación. Sus ojos destellaban un brillo valiente y entusiasta. Mi abuela me enseñó que el brillo de los ojos es la pupila del alma. ¿Cómo será el brillo de los ojos de una mujer

dispuesta a arrancarle sus sueños al destino? Imagino que las irlandesas son como las mapuches cuando los ojos se iluminan de tantos deseos de vivir.

En aquel tiempo, John y Christine eran novios en secreto. Christine temía que sus padres se enteraran. Era muy consciente de que su madre no quería a John, y este, a su vez, no se sentía seguro de sus sentimientos hacia ella. La presencia de Deidre le provocaba una efervescencia en todo su ser, que borraba de un plumazo la imagen de Christine. La relación amorosa entre ambos había comenzado el verano anterior, durante la ausencia de Liam. Todos los veranos Sarah y Niall iban de vacaciones al campo a ver a la familia de Sara, y obligaban a Liam a permanecer con ellos parte de las vacaciones. Liam lo había disfrutado de niño, pero a medida que fue creciendo extrañaba la ciudad, a sus amigos y a Christine.

Liam, completamente ajeno al romance de su amigo, esperaba paciente el momento propicio para declararle su amor a Christine. El que también esperaba paciente un momento propicio era John, que deseaba romper con ella sin hacerle daño. Christine le había bordado un pañuelo con las iniciales de ambos y se lo había entregado como una prenda de amor, pero John, con mucha ternura, lo había rechazado diciéndole que había decidido estar solo para concentrarse mejor en tareas muy importantes, relacionadas con la lucha de su pueblo. Le dijo que no quería lastimarla, pero que su cabeza y su corazón ahora estaban concentrados en otros asuntos. Ella pidió explicaciones que no obtuvo. Rogó, lloró y finalmente huyó regando de lágrimas las calles de Dublín.

Christine se encerró en su cuarto durante una semana. Sus padres creían que estaba enferma. No comía, no hablaba, y si alguien intentaba acercarse, rompía en llanto. Consultaron a un médico. Ella se dejó conducir, deseosa de morir allí mismo o de que el doctor le diagnosticara una grave enfermedad que le provocara culpa y arrepentimiento a John y de este modo regresara con ella. Pero nada de eso ocurrió. Tras examinarla, el médico pidió quedarse a solas con la paciente y la interrogó. Descubrió que todos sus males se originaban en una muy común epidemia llamada «mal de amores». Nadie supo qué pasó allí adentro, pero Christine salió

del consultorio fuerte y decidida, como si aquel episodio hubiese sido un traspie menor. Al llegar a su casa, comió, tomó té, conversó y reinició sus bordados.

A partir de ese momento, Christine trató a John con frialdad e indiferencia. Simulaba no advertir su presencia cuando estaba junto a su hermano en la sala. También decidió cambiar sus hábitos y ahora era Liam quien la acompañaba en bicicleta a la salida de sus clases de piano. John permanecía ciego ante todos esos cambios: sus intereses estaban en otra parte y no eran afectivos, sino políticos.

Los irlandeses también tenían sus grandes longkos. Muchos de ellos debieron dejar su territorio por la persecución que sufrían por parte de los ingleses. Uno de ellos era Jeremiah O'Donovan Rossa, que murió el 29 de junio de 1915 en Nueva York. Había sido miembro y líder del Irish Republican Brotherhood, la organización Hermandad Republicana Irlandesa que luchaba por la independencia y creación de la república. Su viuda les pidió a los compañeros de su difunto esposo que le hicieran un funeral público en Irlanda. Este acontecimiento fue el preludio de lo que posteriormente se daría en la Pascua de 1916. A veces, quienes dieron su vida por la unidad y la libertad de su pueblo logran al morir lo que no pudieron ver cuando caminaban este mundo. Un funeral puede ser el comienzo de un nacimiento.

Al igual que sus amigos, Liam se involucró en pequeñas tareas logísticas para ayudar en la organización del funeral. Miles y miles de irlandeses provenientes de diferentes partes del país se movilizaron para despedir a su líder. Brotó en aquellos días de julio un sentimiento de orgullo y deber. La solemne despedida del líder los impregnaba de amor y solidaridad, los convocaba, los unía, los esperanzaba. Finalmente, el funeral tuvo lugar el 1 de agosto de ese año. Las calles se pintaron de tres colores, los adoquines sonaron al paso de la marcha militar que acompañó el féretro, y miles de irlandeses cantaron y vitorearon a su líder. Fue la primera vez que

sus rostros parecían iluminados de esperanza. Aunque pueda resultar extraño, al morir, los luchadores de la libertad no parten del todo: se multiplican. Hasta la muerte es burlada por ellos. Se convierten en un arcoíris de unidad y rebeldía, en un puente entre el pueblo y sus sueños. En ese tiempo, la guerra empañaba la vida de Europa, grisácea y pobre. Sin embargo, acostumbrada al dolor y al sufrimiento, Irlanda desentonaba y volvía a sentir la fuerza de su historia, sus raíces y el viento de la libertad soplando muy cerca de su corazón. Tras el funeral, se reafirmó en John y sus amigos el deseo de sumarse a la lucha. Iban a entregarse de lleno a lo que aconteciera.

## 15.

### Aprender a hablar con el corazón

Hacia mediados de 1916, Liam decidió confesarle sus sentimientos a Christine. Sentía que iba a estallar por dentro si no lo hacía. Imaginó muchas veces el modo en que lo haría, ensayando incluso las palabras que pronunciaría. Finalmente, nada resultó como lo imaginaba.

Un caluroso día de julio, Sean, Ernest y Liam salieron a dar un paseo en bicicleta. Orillaron la playa del río Liffey. Corrieron una carrera hacia el agua, disfrutaron de la frescura del fluido telúrico, jugaron y rieron como hacía mucho tiempo que no lo hacían. Recordaron su niñez. Felices, se desplomaron en la margen del río, encima de la hierba. Liam suspiró de placer.

—Ahora entiendo por qué la llaman cama de fresas... —dijo a sus amigos, y cerró los ojos entregándose al sol, que adormecía con su calor sus sentidos.

Los amigos miraron las nubes, abstraídos en la contemplación de su lento desplazamiento. De pronto, Liam les confesó a sus amigos:

—Amo a Christine, quiero casarme con ella. ¿Qué opinan? ¿Me aceptará?

Giró su cabeza para ver la expresión de Sean, que estaba recostado a su lado. Con los ojos cerrados, Sean respondió:

—No lo creo, a ella le gusta John.

Liam se enderezó para interrogar mejor a su amigo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ella te lo dijo?

—No —respondió tranquilamente Sean, ajeno a la desesperación de Liam.

—Entonces ¿por qué me dices eso? —inquirió molesto Liam.

Sean lo miró sorprendido y respondió categórico:

—Lo sé por lo tonta que se pone cuando está frente a él. Anda distraída, mi madre dice que parece enamorada.

—No es justo —dijo Liam enojado, y agregó—: John tiene muchas novias.

Se levantó decidido a marcharse.

—Ya no quiero estar aquí —dijo.

—¿Por qué te enojas conmigo? —preguntó Sean—. ¿Qué te he hecho?

—Déjalo, ya se le pasará —intentó calmarlo Ernest.

Liam montó en su bicicleta con furia y pedaleó sin parar hasta su casa. Los celos lo enceguecían. Quería golpear a John hasta desfigurar su lindo rostro. Luego pensaba que los responsables de su tragedia eran sus padres por enviarlo lejos de Christine. Se sentía miserable. Sus emociones se deslizaban como lava volcánica sobre sus pensamientos. Estaba en la edad en que los sentimientos y las emociones no obedecen al discernimiento, todo cobraba en él una intensidad desmedida. Se preguntaba cómo lograr el amor de ella.

Mientras tanto, en el otro lado de la ciudad, John estaba frente a Deidre, la chica por la que perdía la cabeza y quien sería la responsable de reclutarlo para la lucha independentista. A John le fascinaba escucharla hablar, el modo en que ella expresaba sus ideas, la entonación con que enunciaba las palabras. Se sentía atraído por una fuerza seductora, irresistible y desconocida: la pasión de las ideas. Para ella John era un niño que jugaba a ser hombre. Carismático, sin duda, pero un niño que comenzaba a abrirse a la vida y que ella debía formar humana y políticamente.

John fue a verla por pedido de su hermana, debía entregarle un recado urgente. Cuando llegó al lugar indicado, Deidre hablaba con vehemencia y entusiasmo a centenares de mujeres trabajadoras, las invitaba a sumarse a la lucha por una Irlanda libre e igualitaria para ellas. Les hablaba desde el corazón. Ella era también una trabajadora; comprendía la explotación de sus cuerpos, el cansancio y la pena. Despreciaba a las mujeres sufragistas, las acusaba de burguesas opresoras.

—¡Debemos luchar por nuestros derechos! ¡Nadie nos los regalará! —las exhortó.

Las mujeres aplaudieron a rabiar. Se vivía una atmósfera de alegría y esperanza. Así iban las compañeras de Cumann na mBan reclutando mujeres y logrando sumar centenares de delegaciones por toda Irlanda. Deidre admiraba a Helena Molony, conocida como «la dama del sindicalismo irlandés». Ella la había introducido al feminismo y la había sumado como una de sus principales colaboradoras. La escuchaba con atención tratando de absorber todas sus ideas, tal cual hacía Pirenrayen con su abuela en el otro extremo del mundo. Las mujeres soñadoras escuchamos con todos los sentidos, para aprender a hablar con el corazón. Siempre habrá otra mujer deseosa de compartir su saber y su fuerza, guiándonos hacia nuestros propósitos.

Cuando las mujeres se empezaron a dispersar, John sintió que era oportuno acercarse a ella.

—Hola, Deidre. Fue muy lindo escucharla —dijo medio ruborizado.

Deidre respondió con coquetería:

—Gracias, John. ¿Qué lo trae por aquí?

—Mi hermana le envía esto. —Alargó su mano y le entregó un sobre.

Ella lo leyó, le agradeció, y lo guardó en el bolsillo de su falda.

—Tengo que darle algo muy importante, necesito que se lo haga llegar a un compañero —dijo Deidre con cierto tono de misterio—. ¿Me puede acompañar ahora hasta mi casa?

John contestó entusiasmado:

—Por supuesto, usted sabe que puede contar conmigo siempre que lo necesite.

Deidre esbozó una sonrisa que a John le pareció el paraíso. Se acercó tanto que él pudo sentir el aliento de su boca.

—Es usted muy dulce, John —le susurró mirándolo a los ojos—. Debe ser menos galante. Es mejor ser más perspicaz y discreto.

Él se ruborizó desconcertado. Y tomaron las calles adoquinadas de Dublín bajo un cielo azul profuso y un aire cargado de perfumes florales.

Al llegar a un modesto edificio, entraron. Deidre vivía en el último piso. Su hogar era una pequeña habitación atiborrada de banderas y libros, muy desordenada. Un gato de manchones grises y negros los vio llegar. Ella se apresuró a abrir la ventana para dejar entrar el sol. Parecía una habitación abandonada, fría y olvidada. Deidre le ofreció un té, John aceptó. Mientras ella lo preparaba, los ojos de él descubrieron un arma en medio del desorden. Era un revólver pequeño. John no entendía de armas, pero le entusiasmaba la idea de aprender a manejarlas.

—Me sumaré al Ejército Ciudadano Irlandés —le confesó a Deidre, rompiendo el silencio.

Ella lo miró risueña mientras le servía el té.

—¿Por qué quiere sumarse? —preguntó curiosa y divertida.

A John no le gustó nada esa expresión en el rostro de ella.

—Por las mismas razones por las que usted lucha, señorita Deidre —respondió molesto.

Ella se sentó a su lado en la cama con gesto maternal, era el único asiento del que disponían en la diminuta habitación. Le acarició el rostro y le dijo:

—Eres un niño. No debes correr hacia el infierno cuando todavía puedes disfrutar de un trozo del cielo.

John la miró a los ojos con mucha seriedad y le respondió:

—Hace rato que he dejado de ser niño. Conozco más del dolor y la soledad que muchos hombres. Créame, señorita Deidre. Sé más del infierno que del cielo.

—Cuénteme —le dijo ella, y él desnudó sus penas.

Su voz atravesaba el proceso de una metamorfosis. Por momentos parecía la de un hombre lúgubre, melancólico y distante, pero de pronto volvía a ser el jovencito inquebrantable y atrevido que habitualmente era. Deidre se conmovió. De manera intempestiva, agarró su mano y empezó a besar sus dedos. Lo hacía con tal sensualidad y soltura que John quedó perplejo, paralizado. Ella notó su miedo y empezó a reír. Le resultaba muy graciosa la situación: el jovencito que se le insinuaba y la miraba desafiante en lo público, en la intimidad, temblaba de miedo y pudor.

—No acepto niños en mi corazón —le dijo divertida. Y continuó—: Solo a los mejores hombres les abriré la puerta. Estamos en una guerra desigual. Nuestras armas somos nosotras mismas, y sé cómo cuidarme.

John se quedó silencioso. Deseaba decirle muchas cosas que guardaba en la profundidad de su corazón, pero aquella mujer lo hipnotizaba vaciándolo de palabras, concupiscente, desnudándole el alma. No tenía fuerzas para responder a su cautivante y sensual determinación. Hasta que ella rompió el silencio de cristal con una orden.

—Acuéstese —le dijo.

John, entre nervioso y excitado, obedeció.

Deidre se acostó a su lado y comenzó a besar sus mejillas. Luego reposó suavemente en sus labios que se hallaban trémulos y febriles. Se puso arriba de él y le quitó lentamente la camisa. El torso fuerte y juvenil le permitió vislumbrar al apuesto hombre en el que se convertiría. Jadeante y excitada, besó su cuerpo tembloroso. Se desnudó lentamente deseando ser acariciada. Desabotonó su blusa y liberó sus senos. Tomó la mano del joven y lo guio para que le acariciara los pechos. En un éxtasis de placer, sin poder dominar sus palabras, John le dijo entre gemidos y susurros:

—Deidre, ¡justed es hermosa! Creo que la amo.

Y esa confesión rompió el hechizo.

Deidre despertó su conciencia, quizás adormecida por el deseo. Arrepentida, avergonzada y temerosa, se incorporó, salió de la cama abrochándose la blusa y le ordenó:

—Vístase y salga de mi cama.

John no entendía qué sucedía. ¿Por qué ella lo rechazaba? Quiso abrazarla, pero ella se resistió.

—Ha sido un error, olvidémoslo —dijo Deidre, y como si nada hubiera ocurrido, continuó—: Lleve este paquete a esta dirección. — Le entregó un papel con las indicaciones del lugar.

John no comentó nada. Enmudecido y desconcertado, se fue del departamento. Cumplió su encargo y se encaminó a su casa aún abrumado por lo sucedido. Había deseado tanto ese momento; sin

embargo, ese sabor amargo, esa sensación de abandono, de vergüenza, lo atormentaba.

Ya en su barrio, ensimismado en sus pensamientos, divisó a Liam, que venía hacia él a toda velocidad. Cuando se encontraban cerca, Liam saltó de su bicicleta y la dejó tirada. Sin mediar palabra, se le fue encima y golpeó a John con los puños apretados. Lo tomó desprevenido, y John cayó al piso, sin entender lo que ocurría.

—¡Defiéndase, cobarde! —gritó Liam.

—¿Por qué me ataca? —preguntó John.

—¡Por embustero, ladrón y sinvergüenza! —respondió a los gritos Liam.

John seguía sin entender qué ocurría.

—¿A qué se refiere, amigo? —respondió aún incrédulo de lo que estaba aconteciendo.

—Ya no soy su amigo —dijo rabioso Liam.

John, completamente desconcertado, preguntó:

—¿Por qué?

—Si fuera mi amigo, no me robaría a mi chica —sentenció Liam.

John quedó aún más perplejo.

—¿Qué chica? —respondió con rabia, aún dolido por el asalto a golpes de su amigo.

—¡Christine! —gritó Liam, y agregó con rencor—: Se aprovechó de mis ausencias para seducirla.

Volvió a tirársele encima. John le respondió esta vez con un rechazo que le hizo sangrar la nariz. Esto enfureció aún más a Liam, que arremetió con patadas y golpes contra su rival amoroso. Mientras se golpeaban, John le confesó:

—¡Yo no amo a Christine! ¡Ella no es mi novia! Estoy interesado en otra mujer. Su nombre es Deidre.

Liam se detuvo.

—¿No me miente? —preguntó con tono de súplica.

—Nunca —contestó John.

—Perdóneme, amigo —dijo Liam, avergonzado—. No sé cómo pude reaccionar así, debí preguntarle primero antes de golpearlo.

Se abrazaron. Ambos estaban lastimados. Liam tenía hinchada la nariz, que no paraba de sangrar. Por su parte, John tenía un ojo

morado. Se rieron de lo ridículos que se sentían. Tras ese episodio, no volverían a hablar del asunto hasta muchos años después, cuando la vida, como un círculo ineluctable, los volviera a colocar bajo las mismas acusaciones y envueltos en los mismos interrogantes.

Días después, Liam fue a ver a Christine; quería confesarle sus sentimientos. Le llevó una hermosa hebilla de hueso para el cabello que él mismo había tallado. Ella lo recibió inmutable y lo escuchó con una mirada inexpresiva. Liam estaba muy nervioso. Le entregó con torpeza su presente y luego, casi tartamudeando y con un lenguaje inusualmente formal, le dijo:

—Miss Christine, ¿me haría el honor de ser mi novia? No puedo dejar de pensar en usted, de soñarla. Quiero casarme con usted y hacerla feliz.

La jovencita no pudo responder. Sintió de pronto cómo sus mejillas ardían avergonzadas y el llanto abría las compuertas de su corazón. Huyó intempestivamente de su pretendiente y se encerró en su cuarto, donde pudo llorar sin necesidad de contenerse.

Liam, parado junto al piano sin saber qué hacer, no atinó a decir palabra. Enseguida intervinieron la madre y el padre de Christine, que estaban en el comedor y habían escuchado el diálogo de los jovencitos. Querían mucho a Liam, lo contuvieron aconsejándole que le diera tiempo a Christine. Ya se le pasarían sus caprichos y meditaría seriamente sobre la propuesta. La madre finalizó el encuentro diciendo:

—Ambos son tan niños aún...

A partir de ese fracaso, Liam decidió avanzar de a poco, ganarse cada día el cariño de Christine con pequeñas atenciones. Las semanas posteriores a aquel episodio prefirió no verla. Se dio tiempo para recobrar valor. Cuando estuvo listo, se presentó en la puerta del colegio al que asistía Christine para acompañarla hasta la casa. Ella lo aceptó. A partir de ese día iban juntos a todos lados. Les gustaba ir en bicicleta hasta el lugar donde ella tomaba clases de piano. También orillaban el mar o atravesaban la ciudad corriendo carreras. Liam fue incorporándose lentamente en la cotidianidad y rutina de Christine, mientras que John, cada vez más

alejado de ella, despejó por completo el sendero hacia el matrimonio de ambos.

## 16.

### La libertad es un derecho de todos

Habían conocido a James Connolly no hacía mucho tiempo, un día en que la pandilla se metió en los galpones de los astilleros del puerto y se topó con una asamblea de trabajadores. Los jovencitos se quedaron fascinados con la personalidad y oratoria de Connolly.

El período conocido en Irlanda como An Gorta Mór, la gran hambruna, se asemeja al que sufrimos los mapuches inmediatamente después de la llamada Campaña al Desierto, al ser sometidos por el Estado argentino. En el caso particular de los irlandeses, el hambre provocó que el descontento del pueblo se masificara. En esa época, Charles Stewart seguía siendo portador de esperanzas, a pesar de que su época de esplendor había pasado. La violencia desatada contra el pueblo irlandés había gestado expresiones más radicales e independentistas que concitaban un mayor entusiasmo y muchos seguidores. En ese momento, los obreros irlandeses marcaban el pulso de los acontecimientos independentistas.

Al salir del acto y dejar su improvisado escenario, Connolly se encontró con el grupo de amigos, que lo miraba con gesto de alegría y emoción.

—¡Eh, vengan aquí! —los llamó cariñosamente—. ¿De dónde son?

—De la zona oeste —respondió John.

—Somos amigos —agregó Liam.

—Me lo imaginé —dijo James Connolly—. ¿Cómo se llaman? Uno tras otro, los cuatro amigos se presentaron.

—¿Sus padres saben que están aquí? —preguntó Connolly—. ¿Quieren ayudarnos?

—¡Sí! —dijeron a coro los muchachos.

—Este miércoles habrá una importante reunión en la casa de los Donovan. Necesitamos jovencitos fuertes e inteligentes, creo que ustedes tienen esas condiciones.

John respondió serio:

—Por supuesto, Mr Connolly, no lo dude. Además, al igual que usted, mi familia quiere la libertad de nuestro pueblo.

James Connolly sonrió complacido y respondió:

—Entonces, jovencitos, espero verlos allí.

Durante la cena, Niall escuchó a su hijo con poco entusiasmo. Cuando terminó su relato, Liam preguntó a su padre:

—¿Irás?

—Es taaarde, me iréé a la cammma. —Fue la lacónica respuesta de su padre.

Esa noche muchas preguntas invadieron los pensamientos de Liam, al punto de desvelarlo. No entendía por qué había tantas divisiones en su pueblo y tantos odios. Si, como solía decir su padre, el único mal que aquejaba a los irlandeses eran los ingleses, ¿por qué entonces católicos y protestantes se arrancaban la vida entre sí? Connolly había dicho que la libertad es un derecho de todos, también había hablado de la unidad.

Liam no deseaba pelear, no quería andar a los puños todo el tiempo. Quería ir al sur de la ciudad y no podía. Allí eran feroces. La última vez que la pandilla había intentado traspasar las fronteras todos recibieron una paliza.

A John Walton le gustaba jugar al fútbol, era muy hábil con la pelota. Se había ganado no solo el respeto y la admiración de las escuelas católicas, sino también la de las protestantes. En los campeonatos interescolares, había figurado siempre entre los mejores deportistas. Pero después de abandonar la escuela, y con las exigencias del trabajo, casi no tenía tiempo para encontrarse con sus amigos para jugar. Cuando John Walton reaparecía, se

renovaba la alegría. Siempre les proponía alguna aventura arriesgada y divertida, o una tarde de fútbol acalorada.

Al cumplir los dieciséis años, John empezó a descuidar a la pandilla. De a poco, se fue convirtiendo en el apoyo necesario de su tío, quien colaboraba en el Irish Citizen Army, liderado por James Connolly. El ICA era un grupo armado que había surgido para defender a los trabajadores. Su tío le asignaba diferentes tareas y misiones. Y además, John estaba embarcado en un romance febril con Deidre, la amiga de su hermana Ciara, quien lo había introducido a la vez en los placeres del sexo y la política.

Durante la Pascua de 1916, John Walton invitó a sus amigos a ir a la estación. Él y Liam O'Sullivan compartían su amor por los ferrocarriles. Prestaban atención a cada detalle mecánico que hacía posible el milagro de su funcionamiento. Sabían distinguir por el silbido de la locomotora qué tipo de máquina era y el año de fabricación. Sus sentidos parecían agudizarse aún más cada día, hasta hacían apuestas. La invitación de John a sumarse al levantamiento que conduciría a la instalación de la república les pareció una magnífica idea. Su tarea no era muy arriesgada: debían ir a la estación ferroviaria y esperar el tren que transportaba a los milicianos que se sumarían a la fuerza insurgente. Allí los rebeldes les entregarían los carteles que tenían impresa la declaración de la república y que los amigos debían pegar en las paredes céntricas de la ciudad. Puntuales, esperaron la llegada del tren. Al detenerse, de los vagones repletos de gente descendieron centenares de hombres y mujeres de la masa trabajadora. Todos iban armados. John les indicó a sus amigos que debían seguirlos. Durante el camino, recibieron los afiches que debían pegar apresuradamente.

Las nubes empezaban a tejer un tul grisáceo en el cielo, que iba envolviendo de a poco la ciudad. El aire era helado y húmedo, pero ellos no sentían frío. Corrían, fumaban y conversaban mientras pegaban apurados los carteles. Las calles adquirían una peculiar postal de Dublín embadurnada de afiches. La ciudad se desperezaba por el bullicio y el asombro de las columnas rebeldes que avanzaban decididas hasta el edificio del correo central. John se encontró en las calles con su amada. Deidre esbozó una leve

sonrisa al verlo. Eran amantes en secreto. Ella le había hecho prometer que jamás le contaría a nadie sobre su romance. Pero John le había confesado a su amigo Liam su amor por Deidre cuando él lo golpeó y acusó de querer robarle a Christine. Así que al verla junto a todas las mujeres de Cumann na mBan, excitada y feliz, reprimió su deseo de hablarle, de decirle lo bella que se veía y cómo su entusiasmo por sus ideales lo enamoraban cada vez más.

Ernest y Sean caminaban apurados a su lado. John le pidió un cigarrillo a Sean, que extrajo algunos sueltos y los repartió entre sus amigos. Los transeúntes notaban algo inusual en las calles, pero no terminaban de entender lo que estaba sucediendo. Todo fue muy rápido. Tomaron el correo y desde allí controlaron la comunicación y le anunciaron al país la declaración de la república.

Un grupo de milicianos comenzó a avanzar hacia el castillo donde se hallaba ubicado el gobierno invasor. Los ingleses estaban absolutamente desprevenidos. Todo se movía lentamente a su alrededor, casi de manera imperceptible. Ernest decidió ir con Liam. Ambos se encolumnaron tras los hombres y mujeres con sus fusiles, rumbo al castillo. Liam presintió el peligro, pero confiaba en la victoria. Ese día él y sus amigos se sentían importantes, capaces de todo. Habían ido con una misión y la habían cumplido.

Mientras John y Sean se hallaban rodeando el correo junto a las mujeres enlistadas en el movimiento de Helena Molony y los hombres armados que custodiaban la toma estratégica del edificio, Liam y Ernest se acercaban cada vez más al castillo. Cuando llegaron, escucharon disparos y el humo de la pólvora empezó a nublar el aire. Todo era muy confuso. Hubo gritos, corridas. Muy pronto vieron cómo los policías y soldados ingleses tomaban las calles. La represión fue cruenta. Hubo heridos y muertos. Los dos amigos se habían ocultado detrás de una columna.

—Ernest, es mejor que huyamos ahora —propuso Liam mientras observaba el movimiento cercano a ellos.

Pero Ernest no le respondió. Liam miró hacia atrás y vio a su amigo tendido en la calle, sobre un charco de sangre. Una bala había impactado en su nuca. Liam comenzó a llorar y a llamarlo a gritos. Lo abrazó durante unos minutos, abstraído en su

desesperación. Tomó en brazos a su amigo y corrió enloquecido, sin rumbo. Un anciano lo vio, y creyendo que llevaba a un herido, lo llamó y lo hizo entrar en su casa.

Se escondieron en un sótano por varias horas. Casi al final del día, Liam fue en busca de sus otros amigos. Entre todos cargaron el cuerpo de Ernest y lo llevaron hasta su casa. La madre se desmayó al verlo. No podía asumir su muerte. Sus amigos, tampoco.

La noche del funeral Liam tuvo fiebre. En uno de sus sueños, su cuerpo entumecido volvió a caminar por una lejana tierra, de altas montañas. Un desconocido paisaje emergió ante él. Se hallaba perdido en un lúgubre bosque, con arbustos espinudos y cortantes que le lastimaban su piel. Era un niño otra vez, y llamaba a sus amigos:

—¡Ernest! ¡John! ¡Sean! ¿Dónde están?

Estaba indeciso, no sabía si debía avanzar o permanecer allí. Finalmente decidió esperar a sus amigos. Se volvió a sentir muy solo. Hasta que de pronto vio que algo extraño saltaba entre las copas de los árboles y bajaba hasta los arbustos. No lograba distinguir qué era. Se puso tieso, como petrificado. Se sentó sobre una piedra bajo un gran árbol. Abrazó sus rodillas y escondió la cara entre sus piernas. Necesitaba llorar. Entonces un hálito tibio sopló su nuca. Sorprendido, levantó su cabeza y abrió grandes sus ojos. Una hermosa niña estaba frente a él. Le pareció reconocerla. Era como si ya se hubieran cruzado en algún lugar. La niña vestía de manera extraña. Le habló en una lengua desconocida; sin embargo, Liam le entendió.

—No sufras. Ya sanarás. Falta poco para que juntos cabalgemos las montañas —dijo la niña, y al instante se convirtió en pájaro y voló.

Liam despertó recordando su sueño. La niña era la misma con la cual había soñado en su niñez. «¿Quién es ella?», se preguntó. «¿Qué idioma habla? ¿Por qué la entiendo?»

Aquella Pascua de 1916 quedó impregnada en la memoria de los irlandeses como uno de los más sangrientos acontecimientos de la resistencia. La guerra civil se desataría poco después de finalizada la Primera Guerra Mundial. Durante dos años no hubo tregua. La

pobreza y hambruna se empozaron en los hogares de todos los irlandeses. Liam debió abandonar la escuela para trabajar. Su casa había sido bombardeada y sus padres debieron cerrar la panadería. Sin duda, esos acontecimientos lo volvieron sensible y al mismo tiempo más prudente.

El paradero incierto de John y el destino que parecía alejarlos con cada nuevo acontecimiento hicieron que Christine aceptara ser la novia de Liam. El tiempo ayudó a mitigar el dolor de la ausencia y el sinsabor de las añoranzas de lo que había vivido solo en su cabeza fantasiosa de niña romántica. Por su parte, Liam se convirtió en un joven apuesto, fuerte y cariñoso. Ella fue resignándose de a poco a su destino. Liam entró a trabajar en el ferrocarril. La vida se iba acomodando a tientas. Pero solo se trataba de un fugaz remanso, ya que las olas embravecidas volverían a humedecer de lágrimas sus ojos.

Mi abuela me habló de los recuerdos llenos de detalles que Liam O'Sullivan extrajo de su memoria y le reveló solo a ella. Conservo el diario de Liam y un cuaderno con sus notas como un preciado tesoro del pasado. He pensado que tal vez algún día sus descendientes me busquen y me los pidan. Hasta ahora no ha sucedido. Contarles a ustedes quién fue este hombre y cómo llegó a nuestras vidas me ayuda a recuperar retazos que, por silenciarlos durante tantos años, se han ido deshilachando en mi memoria. Las páginas amarillas y las palabras borrosas de ese diario y ese cuaderno son lo único que Liam le dejó como herencia a mi abuela.

Pero disculpen, otra vez me distraje. ¿Quieren que retome mi relato? Cuando me voy por las bifurcaciones de mis recuerdos, solo díganme: «Abuela Llinkaray, ¿qué pasó entonces?». Así sabré que me he ido y debo volver. Por ahora, nada más les adelanto que en el mismo instante en el que Liam iniciaba su noviazgo con Christine, en el otro lado del mundo, Pirenrayen y Linkoyan se sentían inundados por un nuevo sentimiento.

# TERCERA PARTE

## 17.

### Entre besos apasionados y caricias

El otoño era el tiempo de acopiar la medicina para el invierno. Las tareas se multiplicaban: preparar la leña; charquear la carne; recolectar frutos, plantas y hongos. Eran tareas que comenzaban durante el verano y se extendían hasta entrado el otoño. Linkoyan se había convertido en un joven musculoso y fuerte. Pasaba mucho tiempo en lo de Fresia, ayudándolas en todas sus tareas. Su madre, Chekeken, se había casado con Huentemilla, su cuñado, el menor de los hermanos de su difunto marido. Él vivió cautivado por ella desde el momento en que la conoció, cuando se reencontró con su hermano. Al fallecer este, decidió cuidarla, protegerla. Se hicieron muy amigos. Para Chekeken él era casi un niño, un hermano menor con quien reír, a quien mandar. Solo con él era capaz de romper sus silencios de cristal y contarle sus sueños, sus angustias, sus penas y alegrías. Él la amaba, sabía de la fragilidad de su cuerpo, que crecía y crecía sin que ella pudiera detenerlo. A su manera, fueron muy felices. Al igual que su hermano Pichiliempe, Huentemilla era un hombre fuerte y trabajador. Decidió hacerse de muchos animales para pedirle a Chekeken que fuera su esposa. Y así lo hizo. De ese matrimonio nacieron cuatro hijos. Así que Linkoyan prefería estar más cerca de Pirenrayen y su abuela que convivir con sus hermanitos.

Pirenrayen no supo en qué momento comenzó a sentir una sensación en su cuerpo que crispaba sus nervios. Las ausencias de Linkoyan le parecían una eternidad, la desesperaban. Cada vez que partía, la joven le pedía al árbol sagrado que le trajera noticias tuyas. A veces, cuando salía al galope a cazar y se topaba con el peuco, le cantaba y le preguntaba por su amado. Un permanente

estado de bienestar la inundaba cuando Linkoyan estaba a su lado. Y él no podía dejar de pensar en Pirenrayen. Por momentos, le resultaba insoportable el deseo de tomarla y fundirse con ella. Le traía regalitos y a la nieta de Fresia Coliman se le iluminaba el rostro.

Un día en que él la vio sola, intentando cazar un guanaco con un máuser viejo, notó que ella iba derecho a un alambrado recién puesto. Pirenrayen cabalgaba a todo galope sin saber que esos hilos casi invisibles se levantan como una trampa mortal entre los seres libres. Desesperado, Linkoyan quiso advertirle, pero no hizo a tiempo. El animal se enredó en el alambre y se desplomó. Al caer del caballo, Pirenrayen se abrió la frente con el filo de una piedra y se dislocó el tobillo. En medio del accidente, el arma se disparó e hirió a su amado caballo, que agonizó desangrándose. Linkoyan llegó sobresaltado, temiendo lo peor. Ella, que por el dolor y el miedo tenía cerrado los ojos, escuchó su voz palpitante.

—¿Cómo está? ¿Qué le duele? —preguntó Linkoyan tomándole con desesperación la mano.

—Me duele el pie. Ay, mi pie —susurró Pirenrayen llorando.

Con mucho cuidado, Linkoyan la alzó en sus brazos y la subió al caballo, enancada delante. Antes de partir, tuvo que sacrificar al caballo herido. Ella lloró por el destino de su amigo, aquel yeguarizo, el petiso zaino que la había acompañado durante toda la infancia.

Fresia y Linkoyan no descuidaron ningún detalle para la pronta recuperación de la accidentada. En una ocasión en que Linkoyan llegó hasta la ruka de Pirenrayen, la halló sola. Aprovechando la ausencia de Fresia, la besó por primera vez. No fue en la boca aquel beso. Rozaron apenas, muy lenta y suavemente, sus pómulos. Es un modo de besarse entre los mapuches que aún el mundo wingka no ha descubierto, en las zonas más sensibles del rostro donde corren nuestras lágrimas. Para Pirenrayen y Linkoyan fue como descubrir la existencia del otro por primera vez. Se miraron de un modo distinto, se buscaron en la intimidad, se palparon y reconocieron. Se entregaron a la turbación de sus sexos, ansiosos y preocupados por no ser descubiertos.

Linkoyan decidió hablar con Fresia y plantearle su amor por Pirenrayen: quería casarse con ella. Antes le confesó a Chekeken sus intenciones, y ella lo ayudó a preparar todo. Llegaron un mediodía a la casa de Fresia, llevaban muchos regalos. Era toda una comitiva. Fresia y Pirenrayen estaban de acuerdo, ambas se mostraron muy contentas. Era una unión anhelada y consentida por los integrantes de ambas familias, que eran amigas desde hacía mucho tiempo.

Además de los animales con los que ya contaba Linkoyan, Huentemilla ofreció regalarle para el mafün una punta de ovejas y vacas. El futuro esposo anduvo por esas semanas organizando todo con una inmensa alegría. Se celebró el casamiento cuidando todos los detalles, pero en su primera noche, como el novio se había atosigado de comida y bebido tanto, se desplomó sobre la improvisada cama. Despertó al atardecer del día siguiente. Cuando abrió los ojos, se halló solo en la pequeña casa. Fue al arroyo a darse un baño. El verano aletargaba los días. Esperó a que regresaran su esposa y Fresia. Por primera vez recorrió con su mirada los objetos que constituían el atesorado hogar, respiró gozoso y salió al patio a hachar la leña para el pequeño fogón.

Esa noche, refugiados bajo las pesadas mantas de telar, se abrazaron. Ella, tan pequeñita, se perdió en el abrazo de su gran hombre, que la atraía lleno de pasión hacia su pecho. Con sus pequeñas manos regordetas, Pirenrayen recorrió su cuerpo, deteniéndose en sus brazos musculosos y fuertes. Jugó con sus dedos en cada tramo de esa fibrosa exuberancia de cazador. Tocó su sexo, lo acarició con el roce de su mano. Entonces él agarró con fuerza aquella mano y la detuvo allí.

—Ordéñame —le pidió al oído.

Ella rio y le dijo:

—¿Cómo voy a ordeñar un toro?

Pero obedeció. Sentía cómo aquel juego les volvía la respiración jadeante, y los gemidos y palabras amorosas brotaban como flores de primavera en sus labios. Entre besos apasionados y caricias, el joven Linkoyan se introdujo con su amada en los placeres de sus cuerpos cimarrones, salvajes y de espíritu indómito.

Con el tiempo, erigió una casita para vivir con su esposa. Allí retozaron y jugaron. Se amaron tanto que las noches no alcanzaban y era necesario interrumpir las tareas cotidianas para obedecer a la urgencia de los cuerpos y el alma en sus deseos de fundición.

Linkoyan había heredado de su linaje tehuelche su gran estatura, y de su padre mapuche, una espalda ancha y una musculatura sólida. A veces ataba su largo cabello, pero en general lo usaba suelto. Pirenrayen le había tejido un trarilongko de telar, una vincha laboreada con la que él ceñía su cabeza. Al verlo, dos aspectos se intuían en él: su libertad y su fortaleza física. Dos cualidades que determinaron su destino.

En el año 1916 el gobierno de Hipólito Yrigoyen creó la Comisión Honoraria de Reducciones de Indios. Mediante esta política, el presidente se proponía terminar con los rasgos «salvajes» de los territorios recientemente anexados. Impuso medidas de asimilación para que los rebeldes indígenas se transformaran en meros peones rurales. Los grandes estancieros patagónicos aplaudieron estas medidas, ya que les resolvían un problema importante: la falta de mano de obra para el trabajo rural. Mano de obra gratuita, por supuesto, suministrada mediante la esclavitud de los hombres mapuches. La población criolla era incipiente, apenas manchoncitos de casas y familias diseminadas por la Patagonia. Nuestros hombres, fuertes y vigorosos, se negaban a trabajarles gratis sus tierras. Las jornadas laborales eran extenuantes, desde las primeras horas del amanecer hasta la oscuridad de la noche. No había descanso, solo la explotación de esos cuerpos marcados de historia y humillación.

Pero por un tiempo Linkoyan pudo escapar de esas obligaciones impuestas. Usaba sus días para trabajar con diligencia en las tareas del campo, sembrando, criando animales, esquilando. Acompañaba a su esposa y a Fresia hasta las altas cumbres de la cordillera en busca de medicina. Los jóvenes esposos se sentían felices y aún jugaban como cuando eran niños. En una de esas salidas, se

cruzaron con unos hombres que arreaban vacas. El que iba a cargo era un gringo que se esforzaba por hacerse entender en un castellano rudimentario. Un hombre mestizo traducía lo que quería decirles. Le ofreció trabajo a Linkoyan, en la estancia que él administraba. No le interesó la propuesta, y amablemente se despidió de todos para continuar su camino. El mestizo que había hecho de intérprete dijo despreciativo:

—Indio arrogante. Ya vendrá a mendigar trabajo para comer.

Linkoyan soñaba con aumentar su poco ganado, se esmeraba trabajando junto con Pirenrayen. Araban y sembraban la tierra, salían juntos a cazar, cuidaban los animales. Ella tejía junto con su abuela y vendían sus trabajos al Galensho.

Pirenrayen quedó embarazada casi al año de casarse. Linkoyan se sentía inmensamente feliz por su paternidad. Todas las noches al dormir abrazados hablaban del bebé, hacían planes, recordaban su niñez y se imaginaban cómo sería la del niño. Él la abrazaba y besaba con pasión y ternura. Toda la vida juntos. No podía imaginarse su mundo sin ella, y ahora un hijo de la mujer a la que tanto, tanto amaba. No podía ser más maravilloso el amor. La herencia recibida de sus ancestros le permitía tener salud, fuerza y corazón para vivir esos momentos de plenitud.

Había avanzado mucho el embarazo cuando Pirenrayen soñó a su hijo. Se despertó cuando su marido entraba la leña recién cortada para encender el fuego.

—He soñado con nuestro hijo —dijo.

Sin descuidar su trabajo, Linkoyan le respondió con una pregunta:

—¿Cómo fue ese sueño?

Entonces ella se sentó, y envuelta aún con las mantas de dormir, porque el frío matutino estaba todavía sitiando la ruka, comenzó a contar su sueño mientras veía cómo las primeras llamas surgían del fogón. Linkoyan tomó una pava teñida de negro por el tizne, y la llenó con el agua que había acopiado la tarde anterior en recipientes de cerámica. La colocó al fuego y se sentó en un pequeño banco de madera que tenía sobre la sentadera una colorida manta de telar tejida por Pirenrayen. La había hecho especialmente para aquel

mueble, uno de los pocos que había dentro de la humilde casa, fabricado por su marido. Linkoyan la miró con una sonrisa seductora y le pidió:

—Cuénteme.

—El pewma era así —dijo con entusiasmo Pirenrayen, y continuó su relato—: Caminaba por una llanura de neneo y coirón. Plano era el suelo que pisaba. Sentía la proximidad del agua, olía su humedad salada. Era como un río o un lago gigante que no tenía fin. Sus olas eran altas y bramaban, se agitaban tanto que parecía que en el fondo de las aguas las serpientes Kay Kay y Treng Treng peleaban. El viento soplaba tenaz. Yo caminaba pesada, con dificultad. Sentía que estaba apurada, que debía llegar pronto, pero no sabía a dónde. Empecé a trepar un médano. La arena se volvía extremadamente pesada y resbaladiza, pero logré llegar hasta la cima. Desde allí vi el futalafken, sonoro, rabioso, con olas cada vez más gigantes. Las olas llegaban cada vez más cerca, y crecían enormes, cubriéndolo todo. Sentí que moriría allí, arrastrada por las aguas. Angustiada, clamé ayuda a mi madre: «Kalfurayen, no te conozco, pero eres mi madre. Dime, ¿por qué he venido hasta aquí? ¡Es peligroso estar aquí! ¡Ayúdame a regresar!». Así estaba pidiendo cuando el cielo se llenó de luz. Las grandes aguas se calmaron como si fueran una gran laguna. Colores brillantes teñían las aguas y emergían del mar muchos caballos, de todas las razas y tamaños. Bellos y fuertes, galopaban desde las profundidades del futalafken hasta la superficie. Galopaban hasta la orilla en la que había pura arena. Levanté un puñado de esa arena, la palpé y guardé en mi mano un kawel de color bayo. Parecía bien viejo. Se acercó a mí y me dijo: «Su simiente prolífera será, como la arena que tiene en su mano». Y desperté.

Al terminar el relato, hubo un dulce silencio. Su marido se acercó a ella y la besó. Ambos se sentían felices, sentían que la noche había traído un buen presagio a través de ese sueño.

En esos días, Pirenrayen también le contó a su abuela el sueño. Aprovechó una caminata con ella hacia el arroyo para lavar la lana. Fresia la escuchó y le dijo:

—Hombre es la vida que lleva dentro de su vientre. Su espíritu ha venido a hablarle en sueños. Póngale de nombre Kawel. Libre y fuerte será ese niño. Y de él una gran descendencia tendrá. Como los caballos salvajes será, numerosa y firme.

Cuatro lunas pasaron de aquel sueño y Pirenrayen empezó a sentir las contracciones de la vida que anunciaba su deseo de salir del cálido y cómodo cuerpo de su madre para entrar en ese otro mundo tan esperado. Era una noche de verano tibia y clara. Una luna diáfana y serena pendía cortante sobre la cordillera. Luces plateadas e irregulares de suave fulgor pincelaban la tela nocturna, retratando una noche especial, la noche elegida por Kawel para venir a la vida.

Pirenrayen despertó con dolores apenas perceptibles en su vientre y en su cintura, y notó enseguida que estaba empapada. Le habló a Linkoyan:

—Despierta, hombre. Ya viene el bebé.

Linkoyan se había acostado muy cansado por la ardua jornada del día anterior. Estaba tan dormido que no lograba despertar. Tardó en activar todos sus sentidos, y cuando Pirenrayen lo sacudió y lo reprendió por su pereza, pudo darse cuenta de lo que estaba aconteciendo. Ya venía su hijo, no había tiempo que perder. Se vistió rápidamente y salió en busca de Fresia. Atravesó el patio corriendo, golpeó con desespero la pequeña y débil puerta de la casita de Fresia y ella desde adentro gritó:

—¿Quién? ¿Qué quiere?

—Soy yo, Linkoyan, doña Fresia. ¡La Pirenrayen ya está por parir!

La anciana se incorporó rápidamente, se vistió y salió directo al arroyo. Allí lavó sus manos y su cara. Y se fue derecho a la casa de su nieta.

Linkoyan ya estaba allí, haciendo fuego. Había puesto la pava. Al ver el fuego encendido, doña Fresia le ordenó:

—Ponga la olla negra, hijo. Voy a necesitar mucha agua caliente. Él, nervioso y torpe, se movió para obedecerle.

—Hijita, ¿cómo se siente? —le preguntó con dulzura Fresia a Pirenrayen.

—Duele un poco, abuela.

—Siempre así nomás es —dijo la ancianita—. Sea fuerte, que ya va a salir el bebé. Lindo va a ser, fuerte como su papá. Malcriado como su mamá —dijo riéndose con ternura, para hacerla reír a su nieta un poquito.

Linkoyan interrumpió diciendo:

—Abuela, ¿necesita algo más de mí? Si no, me voy a hachar leña para calentar el agua.

La viejita lo miró molesta.

—Hombre, ¿cómo no dejó bastante leña hachada ayer? ¡Vaya! —le dijo secamente.

Tendida en una manta, Pirenrayen sentía las manos tibias de su abuelita recorriendo su vientre, masajeándolo suavemente.

—¿Duele? —preguntó Fresia.

—No mucho —contestó Pirenrayen.

La abuelita le contó que al poco tiempo de nacer le había sobado su cadera con huevos de vientos, eso explicaba que el dolor fuera suave.

—Ya está por salir —dijo la abuela—. A ver, venga y siéntese encima de la batea.

La jovencita se puso en cuclillas y empezó a pujar. Sin querer, vació sus intestinos y sintió pudor. La ancianita la consoló.

—No se preocupe, hijita. Siempre es así. El cuerpo saca todo primero, se limpia por dentro y después saca el hijo.

Las piernas de Pirenrayen temblaban. Su abuela la animaba. La limpió, la higienizó bien, y tras cuatro pujos, salió Kawel, chillando con fuerza.

—Bravo va a ser este —dijo Fresia y rio con tanta felicidad.

Linkoyan escuchó el llanto de su hijo desde afuera. Tiró el hacha y corrió hacia la casa. Llegó justo cuando la abuela cortaba el cordón umbilical.

—Este es su hijo. Machito nació —dijo Fresia.

Ella lo limpió y se lo entregó al padre mientras esperaba que Pirenrayen despidiera la placenta. Enterita salió. Fresia puso la placenta en la batea, y anunció:

—La enterraré en la mañana.

Limpió a su nieta, la acostó en su catre, y le dio de beber un brebaje calentito con miel.

—Esto le hará muy bien, hijita. Tómelo todo, no deje nada —le pidió.

Mientras la madre bebía la infusión sanadora, el padre sostenía orgulloso al niño en sus brazos. El recién nacido no paraba de llorar. Pirenrayen lo puso sobre su pecho. Sintió el dolor de la primera succión, y luego la fluidez de su leche saliendo abundante. Por momentos era tanta que el bebé parecía ahogarse. Resultó un niño muy glotón, tomaba mucha leche.

Sobre el amanecer, madre e hijo dormían. Fresia le pidió a Linkoyan que la acompañara hacia el aliwen y que llevara la trutruka, una especie de larga trompeta que produce un sonido bien estridente. Juntos cargaron la batea de madera en la que había puesto Fresia la placenta.

Llegaron al árbol sagrado. Linkoyan tocó su trutruka. Rogando y cantando, Fresia enterró la placenta. Luego el flamante padre carneó un borrego y lo asó. Fresia hizo pan y preparó papas al rescoldo, muday y chicha para celebrar el nacimiento de su bisnieto. Ese día coincidió con la llegada de Nawelpangui. Era el único tío de Pirenrayen que aún vivía en el lof; trabajaba por temporada en la estancia de los ingleses, y a veces, en las esquilas de las tierras de más al sur. Hacía tiempo que no visitaba a su sobrina y a su madre. Se sorprendió y alegró con la noticia, que gracias a él se fue divulgando entre parientes y conocidos. Así el primer mes de vida de Kawel fue todo un acontecimiento social, que atrajo incluso a parientes lejanos que vinieron a saludar y a conocer al nuevo miembro del lof.

Nawelpangui y Linkoyan compartieron días de algarabía por el nacimiento de Kawel. El tío le regaló al niño un potro que parecía prometedor, un buen matungo. Tobiano y petiso. Él mismo lo amansaría para que quedara bien buenito, le dijo Nawelpangui a Pirenrayen, y ella sonrió complacida. En esos días, también llegó de visita Chekeken, con ropa tejida por ella para su nieto. Se quedó toda la primavera y parte del verano acompañándolos. Cuando llegó el momento de irse y Fresia la despidió, sintió un dolor en el pecho.

Abrazó con fuerza a Chekeken y hasta unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Chekeken sonrió con ternura.

—Pero ¿que le pasa, ñaña? ¡Cómo se me va a poner a llorar así! ¿Tanta emoción le trae mi nieto? —dijo, y la abrazó otra vez.

Chekeken subió al sulqui y se fue perdiendo en el filo del cerro cercano.

## 18.

### El amor suele ser esquivo con los conformistas

El día que Kawel nació, en el otro lado del mundo, Liam O'Sullivan se comprometía con Christine. Hacía ya un año que Liam trabajaba en el ferrocarril. Muchos hombres trabajaban en los ferrocarriles, mal pagos, explotados, con jornadas extenuantes. Corría el año 1918 y la guerra obligaba a los británicos a trasladar tropas y armas sobre rieles. La guerra barría con la esperanza y se cobraba cada día la vida de centenares de víctimas. Cada jornada era un milagro. El padre de Liam, que había cerrado su panadería, se sentó a esperar el fin de la contienda. En la medida que transcurría el tiempo, se diluía su vida. Sarah continuó dando clases.

Niall O'Sullivan tenía un hermano viviendo en América. Era el menor de todos. Había partido unos años antes de que estallara la guerra. Cada tanto recibía una carta de él. En ellas, le contaba sus travesías. La última misiva daba cuenta de su último paradero, el lugar que había elegido para radicarse de manera definitiva: la ciudad de Buenos Aires, en Argentina. En aquella época, miles y miles de irlandeses abandonaron sus hogares para buscar un futuro en América. Por muchas décadas se alimentó la fantasía de volverse millonario en el nuevo continente y regresar rico y poderoso al lugar natal. A pesar de que su hermano Patrick le insistía en dejar todo e irse a radicar a Buenos Aires, Niall nunca consideró esa idea. Esperó paciente el final de la guerra. Soñaba con reabrir su panadería que había sido bombardeada.

Liam no se percató de que su padre se había ido sumergiendo día tras día en una apatía triste y gris, en un desgano que de a poquito y disimuladamente fue invadiendo su corazón. Estaba entusiasmado y concentrado en su nuevo trabajo, se esmeraba

cada día en absorber la mayor cantidad de información y de conocimientos técnicos sobre el funcionamiento de las máquinas ferroviarias con el propósito de llegar a conducir las. Su tarea consistía en colocar la leña en el horno de la máquina. La caja de fuego estaba construida con ladrillos refractarios y arena también refractaria, con lo cual se garantizaba que alcanzara altas temperaturas. Adentro de la caja se hallaba la placa tubular que constituía la primera parte de la caldera. La misma estaba compuesta por unos tubos de aproximadamente dos metros y medio de diámetro. Por ahí pasaba el calor, envolviendo las placas laminadas de agua. Allí se producía el vapor para que toda la maquinaria echase a andar. Liam observaba con responsabilidad los manómetros y vacuómetros. La caldera tenía una válvula de seguridad timbrada a doce kilos; si se excedía ese peso, se disparaba el vapor como seguridad. Los accidentes ferroviarios solían ser frecuentes, sobre todo por las equivocaciones humanas; así que Liam prestaba mucha atención y se mostraba muy responsable. Los ingleses lo miraban con buenos ojos, aunque se desempeñaba como un simple foguista que echaba leña a la máquina. Observaba con detenimiento los cambios, las funciones de las diferentes palancas y las agujas que indicaban la temperatura de la máquina. Disfrutaba de hacer sonar el silbato al arrimarse a las estaciones donde debía parar. A veces trasladaban pasajeros, y en algunos viajes, transportaban cargas, en su mayoría soldados, comida y artillería.

Tras dos años de noviazgo, Liam decidió proponerle casamiento a Christine. La inesperada partida de John y los rumores de su amorío con una joven del Cumann na mBan, con la que habría escapado hacia un destino incierto, la habían desahuciado. A eso se sumaba la presión de sus padres, que querían mucho a Liam. Por eso Christine decidió aceptar su realidad y el pedido de matrimonio. Liam era un joven apuesto e inteligente; sin embargo, para ella era tan solo un buen muchacho al que veía más como amigo que como novio. El amor suele ser esquivo con los conformistas, aquellas personas débiles de espíritu que se dejan arrastrar por los acontecimientos y no luchan convencidas de sus sueños y afectos.

La vida se vuelve mediocre para ellos. El tiempo se desplaza sobre un angosto pasillo de miedos. La seguridad es un suelo pedregoso que lastima las plantas de los pies. Solo alcanzan la libertad y los sueños quienes dejan de caminar y se animan a volar. Lejos estaba Christine de animarse a tanto. Sin embargo, una llamita luminosa le alimentaba el alma cuando se sentaba a tocar el piano. La música sublime, inefable, le hablaba con voz de terciopelo a su corazón.

Al final de cada jornada laboral, antes de la cena, bañado, afeitado y con su mejor ropa, Liam iba de visita a lo de su novia. Allí sus suegros lo recibían con más entusiasmo que su prometida. Christine no hablaba durante la cena. Los hombres comentaban sobre política, la guerra, el trabajo. Cada tanto Liam la miraba fascinado por su belleza, ella educadamente bajaba su mirada. Christine estaba siempre abstraída, como ausente. Sus pensamientos eran esquivos. Caminaba en su mente por un prado verde, cargado de flores, donde John y ella se tomaban de la mano, y en un resplandeciente atardecer rosado se besaban. Luego los hombres se retiraban a la sala a fumar y a tomar *brandy*. A veces, Sean invitaba a Liam a tomar unas cervezas. Entonces él se despedía de sus futuros suegros y su prometida, y partía con su amigo y futuro cuñado a disfrutar las frías noches de Dublín.

Liam era consciente de que su prometida no lo amaba, pero confiaba en que, con el tiempo y las atenciones, lograría conquistar su corazón. Tras fijar una fecha para la boda, se abocaron a organizarla. En los días previos al casamiento, Christine comenzó a mostrarse más afectuosa y amable con Liam, y hasta parecía muy entusiasmada con su destino. Liam se sentía por primera vez muy seguro de su decisión. Ella era todo lo que él deseaba.

Por fin llegó el verano del año 1919 y con él, la boda. La ceremonia fue sencilla y cálida. Niall y Sarah les obsequiaron su música en la ceremonia nupcial; ella en el piano y Niall, con el flautín. Al igual que los invitados, los novios disfrutaron de los acordes armoniosos y bien ensamblados de sus padres. La pareja estaba elegantemente vestida, aunque con modestia. Christine llevaba el vestido que había usado su madre, con algunas pequeñas reformas, y los accesorios de cuando su suegra se casó. Liam había

alquilado un lindo traje para la ocasión. La fiesta fue alegre, y aunque eran tiempos de escasez por la posguerra, en aquella boda no faltó comida ni bebida; hubo en abundancia. El tío de Liam, Patrick O'Sullivan, había enviado una importante suma de dinero desde Argentina como regalo de boda para su sobrino; eso ayudó a cubrir los gastos. Él no pudo asistir. Aunque todos sabían las verdaderas razones por las que el tío no podía regresar, preferían por decoro no mencionarlas.

Mientras los invitados bailaban y disfrutaban de la fiesta, Liam ansiaba estar a solas con su esposa. Su cuerpo juvenil y virgen urgía con desespero por probar los placeres maritales. La noche de bodas la transitaron sobre rieles, ya que pasarían su luna de miel en Belfast. Aunque iban en un camarote, en un coche con comodidades, Christine la pasó muy mal, vomitando todo el camino.

Al llegar al hotel, le pidió a su marido que la dejara sola en la habitación para descansar, así que Liam salió a caminar deseoso de conocer la ciudad. Si bien lo incomodaba que su esposa se quedara sola, respetó su pedido y la dejó durmiendo. El aire de Belfast tenía un frescor marítimo que le atravesaba los pulmones y llenaba su corazón de oxígeno revitalizador. Las gaviotas chillaban alborotadas en un mediodía soleado y azul. Su sangre bullía de deseos, anhelos y vida. Notó que algunas mujeres lo observaban con sonrisas complacientes. Eso le agradó, pero no le interesaba ir más allá, indagar en los ojos de quien lo miraba. Caminó por el puerto. Miró los enormes barcos, los astilleros activos con ruidosas multitudes. Cada quien atendía su función como si fuera una ópera metálica de hierro, madera y viento. Caminaba entre distraído y curioso cuando sintió que alguien gritaba su nombre. Miró hacia el costado de donde venía la voz, y resultó ser John. Se abrazaron emocionados de reencontrarse.

—¡Amigo, hace más de dos años que no sé nada de ti! —dijo Liam.

—Bueno, aquí me ves. He andado por estas regiones moviéndome mucho todo el tiempo. Y tú, amigo, ¿qué haces por aquí? —preguntó John.

—Estoy de luna de miel con mi esposa.

—¡Te has casado! —exclamó John—. ¡Felicitaciones! ¿Quién es la afortunada?

—Christine Campbell.

John lo miró sorprendido. Tras sobreponerse a la noticia, comentó:

—¡Que afortunado eres, Liam! —Sonrió y lo abrazó.

—¿Y tú que has hecho durante este tiempo?

—Vayamos a brindar y te cuento —propuso John.

Al caer la tarde Liam y John llegaron muy borrachos hasta el hotel donde se alojaba el flamante matrimonio. En el *hall* se encontraba Christine, que ansiosa había bajado a esperarlo. Al ver a John, se sorprendió y se sintió avergonzada. Su corazón quería salirse de su cuerpo, no sabía cómo comportarse. Verlos a ambos tan borrachos le produjo hastío y confusión. John, que estaba mucho más sobrio que su amigo, ayudó a Christine a cargar con Liam hasta la habitación. Ella le quitó las botas y entre los dos lo dejaron tendido sobre la cama.

John se quedó silencioso frente a ella. Se acercó, acarició su cabello y mirándola a los ojos le dijo:

—Perdóneme.

—No importa —respondió Christine—. Sé que a ustedes los hombres les gusta emborracharse cuando se juntan...

Él la interrumpió:

—No es por eso que le pido que me perdone, sino por no haber podido quedarme junto a usted.

Christine endureció su mirada.

—Eso jamás podré perdonárselo —dijo—. Ahora le pido por favor que se vaya, debo atender a mi marido.

Esa fue la última vez que se vieron en Irlanda. Al día siguiente, John, junto con su novia Deidre y otros milicianos, partirían en una misión especial hacia Escocia. Al cerrar la puerta de la habitación del hotel, Christine se echó a llorar. Lloró tanto que se quedó dormida en el sofá, vencida por la tristeza.

Durante la luna de miel, Liam intentó intimar con su esposa, pero ella se rehusaba; utilizaba diferentes excusas. Él la amaba, así que

decidió ser paciente. Pero al regresar a Dublín, ella continuó con la actitud de no dejarse tocar. Liam le pidió consejo a su padre.

—Tóóómala —le dijo Niall—. Es tu mmujer, debe complaaacerte, te peeertenece.

Esa noche él no pudo más. Empezó a besarla por la fuerza, y ella se defendió. Pero Liam la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Christine forcejeó. Liam intentó besarla. Ella le dio una cachetada y se puso a llorar. Furioso, Liam tomó su abrigo y se fue. Esa noche pagó por sexo en un prostíbulo. Las chicas meretrices se peleaban por tenerlo como cliente, y algunas hasta le ofrecieron gratis sus servicios. Se emborrachó, y fue desvirgado por una mujer de mediana edad.

Christine iba tres veces al día a rezar y a participar de las misas, se confesaba diariamente. Le pidió consejo al señor cura.

—Padre, tengo un problema. Mi marido me busca todas las noches para pecar. Yo me he rehusado, pero no podré detenerlo por mucho tiempo más. ¿Qué puedo hacer?

—Hija, no es pecado entregarse a los deseos de tu marido. Dime, ¿te has casado virgen?

—¡Claro, padre! ¿Cómo me pregunta eso?

—Hija, ¿a qué le temes? ¿No deseas tener hijos?

—Sí, padre, me gustaría tener un hijo.

—Entonces debes entregarte. Hija, pídele al Señor todopoderoso que te conceda la gracia de la vida, que te dé fuerzas para encarar tu responsabilidades y obligaciones de esposa.

Por la noche de aquella jornada, Christine por primera vez se dejó amar por su marido. Llevaba puesto un blanco camisón, muy largo, que tenía una hendidura a la altura de su vagina para que el marido entrara allí sin desnudar todo su cuerpo. Rezó delante de él antes de entregarse, y luego se tendió en forma de cruz sobre la cama. Liam la miró sorprendido y asustado. No sabía qué hacer. Si avanzaba, tal vez ella lloraría como todas las noches. Muy tiernamente se acercó a ella, la acarició y besó. Christine no atinaba a nada, solo dejaba que él hiciera con ella lo que su voluntad le dictara. Así fueron todas las noches durante el primer año de casados.

Liam se sentía frustrado por la falta de pasión y deseo que advertía en su esposa y cada vez insistía menos. Como Christine no quedaba embarazada y sentía indiferencia hacia su marido, buscó apoyo en su madre y en sus amigas; deseaba superar los obstáculos maritales y ser la esposa que Liam merecía. Escuchó consejos, puso en práctica algunos y, sobre todo, fue entregándose de a poco y con confianza a los sentidos de su cuerpo. El tiempo y la convivencia fueron labrando la confianza en ambos.

Se mudaron al centro de la ciudad, donde hallaron un departamento espacioso y luminoso. El Henrietta Street era un barrio bullicioso; con un mercado, proveedurías y algunos bares. Había una iglesia católica a tan solo dos calles de la nueva casa. Christine llenó de flores y plantas el balcón. Se sumergió en el arte culinario, poniendo en práctica las recetas que le habían pasado su madre y sus mejores amigas. Muchas de ellas se congregaban en la misma iglesia, y después de misa se juntaban a tomar el té.

Su segundo año de casados los encontró más unidos, en un remanso conyugal que solo se veía alterado cuando la ansiedad de Christine por ser madre la asaltaba, en especial durante las mañanas, cuando Liam partía hacia la estación ferroviaria a trabajar. Era el momento en el que sentía la soledad de la casa, el vacío que se tragaba sus sueños. Decidió remediarlo dándoles clases de piano a los niños en la iglesia del padre Patrick Wilde.

Este hombre maduro, de gran contextura física y sonrisa amable, recibió con entusiasmo el ofrecimiento de Christine. Anunció en la misa del domingo las clases gratuitas de piano e invitó a Christine a que también lo ayudara con el coro. Al principio, ella destinó dos días de la semana para tal fin, pero el padre Patrick siempre se encargaba de anexarle pequeñas tareas que ella aceptaba feliz y desempeñaba con alegría. Pero como las ausencias del hogar se hicieron más frecuentes, Liam empezó a incomodarse.

Una tarde, al llegar de su trabajo, se halló solo. Cenó mirando la puerta tan fijamente que parecía querer atravesarla. Ante el menor ruido en el edificio, se preparaba para ver entrar a su esposa. Cuando finalmente ella llegó a la casa, la cólera se había diseminado desde el corazón hacia su mente, todo en él era rabia.

—Mujer, ¿dónde estaba? —preguntó furioso.

—En la iglesia, por supuesto. ¿Dónde más podría estar? —respondió indignada.

—¿Qué se trae ese cura para retenerla tanto? —dijo levantándole la voz y puesto de pie.

Ella se sintió tan humillada por la insinuación de su marido que, cegada de rabia, lo abofeteó diciendo:

—¿Cómo se atreve a dudar de mí y del padre Patrick? ¿Qué clase de vil pecador es usted? —Y se echó a llorar.

Avergonzado, Liam la abrazó, se arrodilló ante ella y le imploró perdón:

—Christine, perdóneme. Son los celos que me ciegan. No quiero compartirla con nadie.

Y así, de rodillas, se abrazó a sus piernas. Christine se inundó de ternura y le acarició el cabello.

—Levántese —le dijo con dulzura.

Liam obedeció, y al erguirse, se encontró con el rostro de ella aún mojado por las lágrimas. Empezó a besarla, la tomó en brazos y la llevó a la habitación, donde hicieron el amor sin prisa y sin miedos.

Para celebrar su segundo aniversario, Liam le regaló un piano. Le dijo que ya no era necesario que diera clases en la iglesia, ahora los niños podrían ir hasta su casa. Christine aceptó complacida, creía que el gesto de su marido reflejaba todo el amor que sentía por ella. Extrañó, sin embargo, las caminatas por las veredas arboladas que la conducían a la iglesia; también sintió la falta de su amigo, el padre Patrick, a quien ahora solo veía los domingos en misa. El sacerdote la echó de menos, mucho más de lo que ella imaginaba. Por un tiempo, en la vida de la joven pareja hubo paz y armonía.

## 19.

### El principio del fin

En el otoño de 1920 la injusticia golpeó la puerta del hogar de Pirenrayen. Era la hora de la siesta. Aquel día Linkoyan no quiso descansar, estaba apurado en terminar los trabajos de la primavera. Sorpresivamente llegaron hasta su casa unos matones armados, reclutaban fuerza de trabajo para las estancias de los ingleses. La pareja se encontraba sembrando cuando los vio venir. Por el modo en que galopaban los hombres, intuyeron que algo malo sucedería. Lo confirmaron cuando empezaron a disparar tiros hacia el cielo. Pirenrayen se asustó, cargó rápidamente a su bebé en los brazos y se lo llevó hacia la casa. Le pidió a su abuela que lo cuidara y regresó para estar al lado de su hombre.

—¿Qué quieren? —preguntó Linkoyan cuando los tuvo cerca.

El gringo con el que se había cruzado en la cordillera, y quien en esa oportunidad le había ofrecido trabajo, estaba entre los jinetes facinerosos. Se apeó del caballo, y fingiendo amabilidad, le dijo:

—Hombre, venimos en paz. Solo queremos sumar obreros a nuestro establecimiento. Necesitamos trabajadores, y viendo que usted es muy fuerte y hábil, nos ayudaría mucho tenerlo como peón.

—Ya le dije que no me interesa —respondió secamente Linkoyan.

—Pero hombre, ¡qué poca voluntad para trabajar! —dijo irónico el gringo. Se montó en su caballo y se alejó.

Pero sus matones regresaron por la noche y prendieron fuego el galpón donde Linkoyan alojaba la lana, los granos y los cueros; también almacenaba allí la comida para sobrellevar los inviernos. Trabajaron arduamente los tres para apagar el fuego. Fresia cargaba agua con Kawel en brazos, mientras con Pirenrayen lloraban de rabia y de pena. El galpón fue consumido por las llamas,

pero el arroyo que lo separaba de las casas ofició de faja para impedir el avance del fuego.

Al día siguiente, cayó la policía con la excusa de que habían encontrado cueros pertenecientes a la estancia, vacunos que desde hacía un tiempo se hallaban extraviados y los habían denunciado como perdidos. Pirenrayen y Fresia, que no hablaban ni una palabra de castellano, rogaban e imploraban en mapudungun. Linkoyan explicó que era imposible que aparecieran en su tierra dichos cueros ya que él jamás los había visto, pero lo llevaron preso bajo el cargo de abigeato. Las autoridades las empujaron y las golpearon cuando Fresia y Pirenrayen quisieron retener al detenido. Kawel lloraba hambriento, mientras Pirenrayen no dejaba de hablar y pedir por su esposo.

Todo era parte de una treta arreglada por la estancia inglesa y la policía; así lograban doblegar la voluntad de las comunidades, de los hombres, y reducirlos a sirvientes esclavizados a tiempo completo. Dos meses estuvo Linkoyan encerrado por un delito que no había cometido. Tras liberarlo, le dieron unos días para buscar su ropa, las pertenencias necesarias, y de manera inmediata incorporarse como peón en la estancia. El comisario le advirtió:

—De su casa, derecho al casco de la estancia. No queremos indios rateros ni vagos en la zona.

Linkoyan bajó la cabeza. No tenía escapatoria. ¿Qué iba a hacer? Pero no podía dejar a sus mujeres abandonadas, en plena siembra, y pronto vendría la parición de los animales. Demasiado trabajo para una ancianita y una joven madre.

Regresó a su casa. Pirenrayen lo divisó de lejos. Caminando venía el pobre, harapiento, sucio, hambriento, con el alma descarnada, humillado y desahuciado. Ella estaba arando cuando lo vio. Arrojó las herramientas y corrió a su encuentro, lo abrazó fuerte y lo besó con ternura y desespero. Él la alejó despacio. Todo su cuerpo estaba lleno de moretones. La paliza había sido terrible, le habían roto una costilla. Pirenrayen lloró en silencio, y lo ayudó a llegar hasta la casa.

Fresia estaba hilando. El huso bailaba en un mismo eje, cada vez más pesado por las finas hebras de lana que se iban enrollando en

cada vuelta. Igual que la misma vida, cada vez más pesada por los dolores. Fresia interrumpió su labor y lo examinó. Acomodó su costilla con dificultad, vendó su cintura y curó sus heridas.

Pirenrayen preparó una sopa especial: le hizo un caldo de gallina, con picante y cilantro; le ayudó a beberla como si fuera un niño. Se acostó a su lado hasta que él se durmió. Sin que pudiera contenerlas, las lágrimas de Pirenrayen caían por sus mejillas. Algo de esas penas, de aquel tiempo, le fue transmitido a Kawel, que creció siendo taciturno, melancólico y dulcemente triste.

Amamantaba a su hijo llorando, hacía sus tareas llorando. Empezó a adelgazar mucho, ya que no tenía apetito. Fresia se angustió por su nieta, le habló desde lo profundo de su corazón:

—Hija, no debes dejarte vencer por la pena. Injusticias como esta y más terribles han vivido nuestros ancestros. Debemos ser fuertes, tu hijo Kawel te necesita. ¿Cuánto más estaré yo aquí para ayudarla, hijita? Coma por favor, aliméntese.

Fresia abrazó a su nieta, y dejó que le empapara de lágrimas el hombro. Luego le sirvió una deliciosa sopa y un pan calentito que recién había horneado. Hay aromas y sabores que nutren nuestro espíritu y nos devuelven el alma.

Tras un mes intenso de cuidados, Linkoyan se repuso por completo. Sabía que debía presentarse a la estancia porque, de lo contrario, la policía llegaría a buscarlo. Las papas ya estaban sembradas, la quinoa empezaba a brotar pequeña, la vida conspiraba llena de newen. «Rain kushe, rain futchá, rain Ülcha, rain weche», nombraba doña Fresia, al pie del rewe, a todas las fuerzas renovadoras de la primavera.

Un mediodía caluroso, de cielo color cian, cuando a lo lejos la cordillera se divisa por su corona plateada, con picos de arrogante blancura que se van desvaneciendo lentamente, llegó el Galensho. Siempre era recibido con alegría. Había en su espíritu calidez y simpatía, tenía un modo muy cómico de contar las noticias. Él sabía que agradaba. Solía decir que los mapuches le habían devuelto la

alegría. Entre sus paisanos galeses, en las escasas ocasiones en las que se veían, Roig Evans adoptaba una actitud fría, casi hostil. Cobraba como baqueano e intérprete de funcionarios o comerciantes. Era medido en su hablar. Desconfiado de todos los blancos que venían a comerciar con los mapuches, había visto de sobra el permanente abuso de hospitalidad que cometían los wingkas. Sus hijos eran multilingües, hablaban perfecto el mapudungun de su ñuke, madre, al igual que el gaélico de su padre. Y se llevaban bastante bien con los idiomas colonizadores: el castellano y el inglés. Su esposa no quería que sus hijos hablaran en mapudungun por temor a los castigos a los que éramos sometidos como pueblo por hablar nuestro idioma, pero él se imponía y obligaba a sus hijos a no olvidar el mapudungun.

—Ese es el habla de la tierra, el idioma del amor, el sonido de su ñuke. Jamás lo pierdan —les decía.

Llegó cargado de mercadería tal como acostumbraba siempre. Trajo de regalo un buen vino, con el que Fresia preparó chupilka, una bebida que aún hacemos con vino y ñaco, harina de trigo. Roig le compró a Pirenrayen todos sus tejidos, y ella aprovechó para regalarle a Linkoyan chocolate. Asaron carne, comieron y bebieron. Reían a carcajadas con los relatos del Galensho. Mi abuela nos decía que él nunca se rio de ellos, siempre al contar se reía de sí mismo. Nunca mi gente pensó que él era torpe o tonto, sabían que exageraba sus errores en sus narraciones para hacer reír. Aquella tarde, tras el almuerzo hubo música. Roig Evans extrajo del carro su acordeón, bailaron y celebraron hasta bien entrada la noche su feliz encuentro. El verano se arrimaba atrevido, arrebatándole días a la primavera.

Roig Evans partió en la madrugada del día siguiente. Antes de echarse a andar por los caminos polvorientos y difíciles de la cordillera, le pidió a su amigo Linkoyan que cumpliera con su promesa y se presentara a trabajar en la estancia:

—Hijo, por favor no faltes a tu palabra. Conozco a esa gente, su crueldad y maldad no tienen límites. Anda a trabajar con ellos, luego yo iré para pedirles que te den un sueldo. No podrán tenerte por mucho tiempo castigado, ellos saben que no has cometido ningún

error. Seguro terminarán por reconocer tus habilidades y pagarán por tu trabajo.

A los pocos días, Linkoyan partió hacia la estancia. Ese fue el principio del fin para Pirenrayen. Extrañó mucho a su marido. Kawel iba a cumplir el año, y empezó a gatear. Ella se divertía tanto con los avances de su hijo que la alegría de tenerlo le quitaba por momentos la pena de la lejanía de Linkoyan.

Mientras tanto, Linkoyan solo pensaba en cumplir su tiempo de condena y regresar con su familia. Desde antes del alba daba comienzo la vida en la estancia. Hombres y mujeres que trabajaban como sirvientes y peones debían colocarse cada mañana frente al mástil del patio del casco de la estancia de los ingleses, cantar el himno e izar el pabellón británico. Linkoyan fue puesto allí para cumplir una condena por abigeato y holgazanería, por lo que el juez y el comisario le explicaron que durante un año debía prestar servicio sin cobrar un centavo.

—Demasiado benevolente fue Mr Brown —dijo el juez de paz—. Tenía derecho a pedir que te metiéramos en la cárcel, indio ladino y ladrón, así que bueno sería que te esforzaras en ser un buen peón en la estancia.

Su primer trabajo allí fue el de alambrador. Aprendió rápido el oficio, aunque le parecía absurda esa manía de acorralar la mapu que tenían esos wingkas. Supo cómo seleccionar la madera para los postes; cómo cortar y preparar las varillas, la cantidad de hilos de alambre más adecuada. Conocimientos que nunca hubiera creído necesarios en su mundo.

Había un capataz bebedor y pendenciero, se llamaba Gutiérrez. Hacía varios años que trabajaba para los ingleses. Complaciente al extremo con la patronal, se había ganado la confianza de Mr Brown. Debía vigilar y dar aviso de cualquier irregularidad. La peonada era extremadamente pobre; se les descontaba la comida, la carne y el agua ardiente. Cada cuatro meses, los peones más antiguos tenían permiso para ir a ver a su familia. Los nuevos, en cambio, debían trabajar el doble para suplir la ausencia de ellos. Gutiérrez era severo y burlón. Trabajaba a la par de todo el mundo, y los domingos se daba a sí mismo franco para tomar a gusto y buscar

mujeres. La servidumbre femenina de la estancia padecía los domingos como si fuera el día más calamitoso. Eludir a los patrones y a Gutiérrez se convertía en toda una estrategia de supervivencia. Los patrones ingleses se emborrachaban con *brandy* o *whisky*; la peonada, con agua ardiente del más barato. Debían estar alertas, no bajar la guardia. Cualquier descuido se convertía en una oportunidad para los violadores. Algunas de ellas habían sido violadas al ir al gallinero en busca de los huevos; otras, mientras trabajaban en la huerta, incluso en la misma casa limpiando. El único lugar al que ningún hombre se atrevía era la cocina. Allí imponía sus normas la cocinera, mujer de mucho carácter, una vasca que había enviudado en la Patagonia. Se había casado en Europa con un pescador escocés, que había sido capataz de los ingleses por muchos años, hasta que murió un invierno en un accidente en el campo. Mr Brown le ofreció a la viuda continuar con sus servicios de cocinera con una mejor paga. Ella aceptó, y su gastronomía era muy valorada por los dueños cuando venían de visita a su estancia.

La vasca se llamaba Amaya Irigoyen. Era una mujer robusta, muy fuerte y trabajadora. La cocina era su reino, donde ella era la única monarca indiscutible. Era una mujer ya grande que despreciaba a Gutiérrez. Cada vez que tenía la oportunidad, comparaba delante de los patrones su labor con la de su difunto marido. Lo acusaba de flojo y pependenciero. Un día pidió al patrón que le asignara un joven fuerte para que la asistiera en la cocina. El despostado de animales y el acopio de leña eran tareas, según dijo, de hombre. Brown estuvo de acuerdo y trajo a Linkoyan a la cocina.

—¿Qué le parece este joven? —preguntó el patrón a Amaya, quien miró asombrada la estatura y la musculatura del joven—. Es fuerte y trabajador, y no toma como el resto —agregó.

Ella, sin decir palabra, asintió con la cabeza, y enseguida le ordenó su primera tarea. Pronto se entendieron bien. Linkoyan llegó a la cocina de Amaya cuando ya llevaba dos años de estar trabajando allí, sin ver a su familia, sin cobrar un centavo y sin obtener permiso para salir. Iba acumulando rencor contra Gutiérrez, quien lo ninguneaba y lo trataba de manera burlona. Las veces que

intentó irse de la estancia, este lo amenazaba con ir a su casa junto con la policía y llevarse también a su esposa. Le decía:

—Cuando el juez me diga que ya cumpliste, te dejaré ir.

Y así pasaron dos años. Amaya se compadeció del joven mapuche y habló con Mr Brown para que le permitiera a Linkoyan visitar a su familia. Tras varios días de pedirle insistentemente, accedió. La cocinera le preparó una bolsa repleta de comida, panes dulces y salados, carnes preparadas en conserva, embutidos deliciosos, sabores jamás probados por Linkoyan. Con su pilchero cargado, partió hacia su casa.

Grande fue la sorpresa y alegría de Pirenrayen al verlo llegar. Se colgó de su cuello como cuando era niña y no quería soltarse de él. Aferrada a su cuerpo estuvo un rato sintiéndolo, oliéndolo. Él también prolongó el abrazo del reencuentro. En ese segundo, la vida se convirtió en una cápsula protegida contra el olvido, reviviendo en la piel y los olores de sus cuerpos los días de felicidad del pasado.

El regreso a su hogar lo nutrió a Linkoyan de una fuerza natural, que solo la dignidad y el amor provocan. Decidió no regresar a la estancia. Se quedó a trabajar duro su tierra para sacar adelante a su familia. Durante su ausencia, Pirenrayen se había empeñado en reemplazar a Linkoyan en todas las tareas que él tenía a su cargo. Sin embargo, la maternidad, el cuidado de su abuela y sus penas le habían restado fuerza y concentración. Juntos arreglaron la casa, ampliaron la huerta, expandieron el maizal, consiguieron una punta de ovejas y una yunta de bueyes nueva.

Tras el regreso de Linkoyan, Pirenrayen quedó embarazada. La fertilidad y la prosperidad volvían a abrazarlos. Sin embargo, aunque todo parecía indicar tiempos mejores, el hostigamiento y las amenazas no cesaban. Linkoyan había adquirido la costumbre de tomar la bebida del wingka. Toda vez que iba al pueblo a comprar los «vicios», alimentos que ellos no producían, se encontraba con sus amigos y se emborrachaban recordando viejas épocas. Esa era una costumbre que Pirenrayen no lograba quitarle, y un día abrió su corazón ante su abuela.

—Abuela, mi esposo ha cambiado, ya no es el que era. Bebe mucho y me desconoce, me grita. Me asusta. ¿Qué puedo hacer, abuela?

Doña Fresia respondió con una expresión triste:

—Pirenrayen, mi nieta querida, es muy difícil debilitar los poderes que están ocultos en la botella. El líquido transparente que trajo el wingka es más fuerte que nuestra chicha y que nuestro muday. Bajo su efecto, pierden los hombres el sendero del buen pensamiento. No puedo hablarle al espíritu de esa botella, no hay ngen en ella, no hay vida, no hay pewma, no hay habla. Tu esposo Linkoyan ha sido dañado en la estancia, allí envenenan el alma de los hombres con esa bebida. Me contaba don Cornejo Flores, el chileno, que nunca le pagaban su trabajo. Puro tomando se la pasaban en los días de descanso, a pura ginebra. Eso le daban los gringos como paga, plata nunca. Por eso se fue. Enseguida vinieron a buscar a Linkoyan para reemplazarlo —dijo y suspiró con tristeza—. No sé qué será del pobre si sigue tomando así.

En esos días doña Amaya, la cocinera de la estancia, mandó a buscarlo con el consentimiento del patrón. Linkoyan no quería ir, pero recordaba bien que le había prometido a la cocinera que volvería, y así lo hizo. Llevó a una prima muy joven con él, que acosada por el marido de su madre le pidió ayuda para entrar a trabajar en la estancia. En su casa ella era maltratada y golpeada permanentemente, al igual que su madre, por un criollo jornalero de mala bebida, quien con la ayuda del juez de paz y la policía se había quedado con su tierra. Cada vez que se emborrachaba, trataba de violarla, pero ella había logrado escapar de sus garras. Cuando le contó a Linkoyan sus penas, él no dudó en ayudarla.

Su retorno a la estancia fue incómodo. Se había encontrado en reiteradas ocasiones con Gutiérrez, y siempre había tensión entre ellos. En compensación, había unos peones con los que había entablado una linda amistad. Dos eran de lejos: Ramón Sosa era de Santa Fe, y Gregorio Méndez, de Córdoba. Fausto Kalfual era de Río Negro y Venancio Antiman, de por ahí cerca, vecino de la estancia. Todos eran buenos hombres, trabajadores y humildes, que por diferentes motivos habían llegado hasta allí, pero como la paga

era insuficiente, e incluso a veces inexistente, no podían regresar a sus lugares. Compartían sus conocimientos camperos con generosidad y eran solidarios. Ramón Sosa y Gregorio Méndez eran alambradores, muy hábiles en lo suyo. Linkoyan había aprendido con ellos el oficio, que debió abandonar cuando lo asignaron a la cocina. Doña Amaya se llevaba bien con ellos, les guardaba las mejores raciones de comida. Fausto Kalfual era responsable de los caballos, debía alimentarlos y atender sus necesidades. Sobre todo, los matungos reproductores necesitaban mayor atención; era importados, animales costosos. Venancio Antiman era un peón sin oficios, lo habían enviado a cumplir todo tipo de trabajos. Era un hombre muy joven que, sin embargo, se veía prematuramente envejecido, maltratado por el tiempo y la vida. Era pequeño y ágil. Huérfano, sin mujer ni hijos; sordo, pero no mudo. A pesar de su dificultad, se hacía entender a través de señas. Era muy inteligente, aunque la mayoría se burlaban de él. Linkoyan, al igual que doña Amaya, lo cuidaba y él prefería estar siempre donde Linkoyan estuviera.

Un mediodía en que se sentó a almorzar con toda la peonada, los amigos se alejaron hacia el extremo del galpón que oficiaba de comedor, se acercaron a un fogón improvisado, y mientras rumiaban la carne de un puchero bien picante, se pusieron a soñar sobre sus planes futuros. Ramón Sosa fue el primero en compartirlos:

—Me iré pronto de esta mierda. Ya hablé con el encargado de una estancia que está en La Pampa, vino a comprar animales aquí con su patrón. Vio mi trabajo como alambrador y le gustó mucho, así que me ofreció ir en el verano.

Gregorio Méndez saltó enseguida:

—¡Mierda que había sido agrandao mi cumpaño!

Todos rieron. Mirándolo fijamente a Sosa, Méndez le preguntó sarcástico:

—¿Usted nomás es el que alambra acaso?

Sosa respondió:

—No, mi amigo. Usted sabe muy bien que trabajamos juntos, pero cuando ese hombre de La Pampa vino, usted estaba alambriendo con su cuadrilla los potreros de más arriba. Si le parece,

yo puedo hablar para que también se vaya conmigo. ¿Qué le parece?

Méndez se quedó un segundo pensando, y finalmente contestó:

—Podría ser amigo, podría ser...

Kalfual también intervino:

—Yo también estoy queriendo irme. Andaba pensando en ir más al sur, tengo parientes por esos lados. —Y mirando a Linkoyan le dijo—: Usted, amigo, ¿podría acompañarme? ¿Qué le parece mi idea?

Linkoyan se sonrió y respondió:

—Yo solo quiero cumplir aquí mi condena. Mi idea es trabajar mi tierra, y cuidar mis animales. Mi hijo es pichoncito, quiero estar con mi familia.

Interrumpió la conversación Gutiérrez, que de manera prepotente les ordenó:

—A ver, che, si dejan de haraganear y se van a trabajar un poco. Se les paga para trabajar, no para andar meta charla nomás.

Ramón Sosa, que ya no soportaba el continuo maltrato de Gutiérrez, saltó embravecido:

—¿Sabe qué pasa, gaucho? Que aquí nadie paga. Trabajamos de sol a sol y nunca vemos plata. Así que el que anda equivocao por acá es usted mismo, que todavía anda pensando que ustedes son los taimados y nosotros los tontos. Y es más, ¡ya le digo que si no cobramos para fin de mes, me largo de esta mierda!

Gutiérrez quedó perplejo al principio, pero no tardó en reaccionar, y ahí nomás desenvainó su facón y se le acercó a Sosa para marcarlo mientras lo insultaba.

—¿Desde cuándo la chusma pelada va a venir a decirme qué tengo que hacer? ¿Qué mierda se te dio por bellaquear ahora?

Cuando extendió la mano para clavar su cuchillo en la carne de Sosa, una mano le dobló el brazo. Era Linkoyan, que intervino en ayuda de su amigo. Era el hombre más alto y fuerte de todos quienes estaban allí. Nadie se metía con él. Tal vez por eso Gutiérrez lo detestaba. Ese día se dejó vencer, pero se la juró. Ni bien tuviera oportunidad, se vengaría de Linkoyan y de Sosa.

Un funesto domingo de alcohol y apetecible violencia sanguinaria, Gutiérrez salió de su madriguera, decidido a violar a la prima de Linkoyan, no tanto porque la deseara, sino porque tenía la costumbre de tomar cualquier mujer para sí y, sobre todo, porque le atraía la idea de que aquella jovencita fuera pariente del hombre al que más odiaba. Empuñando su odio afilado desde tiempo, salió del bar rumbo a la estancia, medio ebrio, medio lúcido, ansioso de adrenalina y de sangre.

Era un mediodía otoñal. Los pies desnudos de la joven mujer, que entraba la leña apuradita para la cocinera, hacían crujir las hojas secas. El diálogo corto y seco del hacha se oía no muy lejos de la casa. Monosílabos en el idioma del monte. Hacha, filo y leña, brazos fuertes que se agitan con firmeza, el estallido del metal contra la madera, y el quiebre en muchos trozos de lo que alguna vez fue un solo árbol, erguido y sabio. Linkoyan, aún abombado por los efectos del alcohol, escuchó el hacha. Había estado tomando con sus amigos hasta bien entrada la madrugada. Pensó en levantarse y ponerse a hachar, pero recordó que era domingo y no tenía que trabajar. Y mientras la joven distraída hachaba, se acercó Gutiérrez al leñero. Los perros no ladraron, algo extraño. Quizás él los había llamado por su nombre. Nunca lo sabremos. Lo cierto es que tomó por sorpresa a la joven por detrás. Ella quiso gritar, pero Gutiérrez le tapó la boca. Ella forcejeó con furia, pero el hombre era muy fuerte. Ella se fue entregando, aflojando su cuerpo, mientras él iba liberando su miembro. Hasta que, con bríos de potranca indomable, ella le dio un fuerte codazo en sus costillas, y el hombre la soltó por el dolor. Ella gritó con desesperación pidiendo ayuda. Corrió hacia la casa y entró directamente en la cocina. Doña Amaya la vio llegar agitada y pálida, con el espanto marcado en su mirada. Y al minuto Gutiérrez irrumpió en la cocina. Amaya lo insultó e intentó echarlo, pero él, furioso, le dio una cachetada. La cocinera se tambaleó y golpeó su voluminoso cuerpo contra el suelo. Intentó pararse, pero el dolor en su tobillo izquierdo no se lo permitió. Gutiérrez la insultó y la tomó del cabello, justo en el momento en que Linkoyan entraba en la cocina.

Ambos sacaron sus cuchillos y empezaron a pelear. Linkoyan golpeó a Gutiérrez, que cayó al piso, pero enseguida logró levantarse. Tomó un hierro de atizar el fuego y golpeó duramente la cabeza de Linkoyan, que se desplomó de inmediato. Una vez en el suelo, Gutiérrez aprovechó para clavarle su puñal. No tuvo tiempo de celebrar su triunfo: un dolor seco, húmedo y frío se clavó punzante en su espalda. Venancio Antiman le había dado muerte. Doña Amaya lo había visto entrar en la cocina, pero no dijo nada.

Amaya fue llevada hasta el pueblo más cercano para curar su fractura, pero ya no regresó a la estancia. Se fue sin decir adiós a sus compañeros, sin que nadie supiera su destino. Gutiérrez fue enterrado en la estancia. El cuerpo de Linkoyan fue trasladado al lof por sus amigos.

Su prima encabezó la comitiva. Junto a ella iban Ramón Sosa, Gregorio Méndez, Fausto Kalfual y Venancio Antiman, que llevaron el cuerpo de Linkoyan hasta la casa de Pirenrayen. Los sueños habían hablado en las lunas anteriores, los espíritus le habían anunciado lo que acontecería. Chekeken había soñado a su hijo. Un agudo dolor en el pecho se había clavado desde aquel amanecer en el que despertó sudada y con fiebre. Le pidió a Huentemilla que la llevase hasta la casa de su hijo. En el momento que habían resuelto el viaje y se preparaban para partir, llegó un pariente con la noticia. Chekeken escuchó incrédula, no quería asumir la verdad. «No debe ser él, quizás se han confundido», pensó. Pero salieron de prisa hacia la casa de su hijo. Al llegar allí, ya se había congregado mucha gente a la espera del arribo del cuerpo. Chekeken se desmayó.

El día que iba a morir Linkoyan, Pirenrayen lo supo. Era el alba otoñal, fría y ventosa. Pirenrayen abrió la puerta de su ruka y un peuco se le apareció de golpe y le chilló casi tocándole el rostro, se elevó torpemente y voló herido. Ella alcanzó a ver al peuco sangrar, y lo llamó. Le cantó angustiada y terminó por correr en dirección hacia donde había ido el ave, llorando, gritando, sintiendo una opresión en su pecho y en su garganta. «Mi hombre, mi amor, mi hermano, el padre de mis hijos», decía mientras corría hacia la

nada. Se detuvo exhausta, tenía cinco meses de embarazo. No debió esperar mucho para saber qué le anunciaba el peuco.

Llegaron la prima y los compañeros de Linkoyan con su cuerpo envuelto, ya fétido, por los días que llevaba muerto. Lo traían en un carro tirado por caballos. Se hizo el funeral según nuestras costumbres. Mi abuela me contaba cuánto le costó despedirlo y dejarlo partir. Recordaba que las mujeres la retaban duramente:

—¡Ya déjelo ir al difunto! ¡No sea necia!

Otras le reprochaban:

—¿No sabe acaso que debe bien morir? En armonía y con fuerza se debe ir. Linkoyan siente su corazón, conoce su pensamiento. Él hará lo que usted desee, pero los que aquí quedamos no tenemos conocimiento de lo que necesitan los que parten. Su espíritu debe cabalgar por el sendero de las estrellas hasta la wenu mapu. Su voz ahora es de cristal, sus palabras serán sus pewmas. Sus caricias serán las brisas primaverales, y verá cómo el dolor de su alma pasará como pasa el viento acariciando el agua del río.

A las dos semanas del funeral, Pirenrayen perdió el embarazo. Todo esto le ocurrió a mi abuela. Así me lo contó, y así lo guardé en mi corazón.

## 20.

### A punto de torcer su destino

El invierno de 1926, Liam conducía un tren desde Dublín a Belfast. En las estaciones intermedias, casi no paraban. Con antelación se les avisaba si había pasajeros. Tres estaciones antes de llegar a Belfast, el tren lentificó su marcha. La disminución se debía a que en una de las estaciones subiría un importante funcionario británico, aparentemente familiar de la realeza y miembro de la Corte de Justicia.

Cuando estaba ya por detenerse definitivamente la máquina, a unos ciento cincuenta metros de la estación, unos hombres con sus rostros cubiertos y armados tomaron la cabina de conducir. Liam, que acababa de asumir su función de maquinista, reconoció inmediatamente la voz de quien impartía las órdenes: era John, no tenía dudas. Una vez que el funcionario subió al tren y partieron, los encapuchados le ordenaron desviar la máquina. El tren torció su destino y tomó otra vía que se abría paso a la derecha. Era una vía sin terminar; sin duda, pretendían descarrilar el tren. Liam se agarró a trompadas con uno de ellos. Estaban a los golpes cuando sobrevino el descarrilamiento.

Uno de los asaltantes murió al golpearse contra el caño de alimentación de la caldera. El foguista quedó atrapado por un hierro que cayó encima de su pierna. Liam salió despedido, pero resultó ileso. El otro rebelde tenía dislocado el hombro. Se escuchaban gritos y gemidos de dolor a lo largo de los vagones. Un grupo comando del Ejército Revolucionario Irlandés ya había logrado secuestrar al juez. El objetivo era canjearlo por uno de sus importantes líderes presos. La policía llegó prontamente. Hubo disparos, fuegos cruzados llenos de odio.

Liam se abalanzó sobre el hombre herido, que intentó defenderse a pesar del dolor. Era John. Al descubrir su rostro, Liam confirmó lo que había intuido. Antes de preguntar nada, sintió el silbido de una bala rozándole la oreja: un policía de la reina disparaba a quemarropa contra John. Su uniforme de miliciano lo había delatado. Liam tomó el arma de John y disparó certeramente contra la pierna del policía.

—Mátalo —le ordenó John, pero Liam no pudo.

Liam se agachó para ayudar a su amigo a enderezarse y escapar de allí. Fue entonces cuando otro policía comenzó a tirar. Obedeciendo un reflejo frente al peligro, Liam le atravesó de un balazo el cráneo y el sujeto se desplomó. El otro policía herido, al que Liam no había querido matar, presenció todo. Pálido y con ojos suplicantes, miró a los hombres armados, decidido a rogar por su vida. No fue necesario: Liam había decidido partir de inmediato con su amigo. ¿Fue un error perdonarle la vida y dejarlo como testigo? Tal vez. También pudo ser un acto del destino.

El gobierno no tardó en publicar los nombres de los secuestradores del funcionario y ofreció una buena recompensa por la cabeza de cada uno de los conspiradores y artífices del descarrilamiento del tren a Belfast. La misma noche del secuestro, Liam envió un emisario hasta su casa. Christine fue advertida de lo ocurrido y se refugió en la casa de unos parientes. La policía allanó su vivienda. Destrozó los muebles y dio vuelta toda la casa. No encontraron nada que confirmara la vinculación de Liam con el secuestro; sin embargo, no incluyeron su nombre entre los fugitivos.

Liam permaneció una semana escondido, sin saber qué decisión tomar. John lo persuadía para que se sumase a las filas del IRA, pero tras un encuentro con Christine, Liam supo que lo mejor sería escapar y volver con ella. Su madre le recordó que su tío, el hermano menor de su padre, estaba viviendo en Argentina desde hacía varios años. Las noticias y los regalos que mandaba hacían suponer que aquella tierra era privilegiada por la abundancia y la paz.

Los padres de Liam discutieron duramente. Niall O'Sullivan no quería que su hijo huyera.

—Quééé clllaaase dddde cobbarde tennngo coomo hijjo? —le dijo a su esposa, tartamudeando más que nunca.

—Tiene el hijo más digno y valiente que un padre puede tener, uno que fue capaz de salvar a su amigo de las garras de una muerte segura y se vio obligado a matar para lograrlo. ¿Quiere saber a quién se le ocurrió que se vaya para Argentina? Pues a mí se me ha ocurrido. Yo no voy a ofrendar al único hijo que Dios me dio, no lo voy a librar a una muerte certera en manos de los británicos. No me importa cuánto eso ayude a la república. Que otras madres ofrezcan a sus hijos, yo prefiero morir antes de ver a mi hijo muerto. Esta vez no permitiré que decida por él.

Niall la miró asustado, jamás había visto tanta amargura y desespero en su esposa. Se acercó a ella y la abrazó. Sin palabras, y sin lágrimas, acordaron la fuga de su hijo.

La noche última que Liam vio a su esposa, la halló más hermosa que nunca. Christine lloraba en silencio. Él le prometió enviar por ella a la brevedad. Christine había idealizado a John. En su cabeza infantil y romántica, John era un héroe y Liam, un zopenco. John era el atractivo y seductor; Liam, insulso y frío. Sin embargo, todo eso había cambiado en su corazón y en su mente. John era responsable de su desgracia, él otra vez se burlaba de su desesperante soledad. Sentía rabia y despecho por ese hombre que había despreciado su amor y ahora apartaba de su lado al único hombre que había sido capaz de amarla y ofrecerle la seguridad que anhelaba.

Para muchos, América era el salvajismo puro, la incertidumbre absoluta. Christine estaba llena de inseguridad y miedo; sin embargo, guardó la calma, se mostró fuerte ante su marido, y brindó confianza a sus suegros. Cenaron juntos por última vez en un sótano en penumbras, alumbrados por una débil vela de luz amarilla. Durante la cena de despedida, los padres de Liam casi no hablaron. Niall seguía pensando que su hijo actuaba como un cobarde, que debía quedarse y luchar por la libertad de los irlandeses. Tenía que tomar un fusil y no huir al fin de la tierra, pero nada dijo. Lo abrazó en silencio al despedirse. Tuvo la certeza de que ya no volverían a verse, y así fue. Niall murió pocos años más tarde.

Liam tardó unos meses en llegar a Buenos Aires. Durante su travesía, se dedicó a escribir su viaje, su vida. Tomó nota de las cartas que pensaba enviar a Christine ni bien llegara a destino. Todos los libros de aventuras que había leído de niño eran pobres comparados con lo que sus ojos veían.

El barco en el que viajaba ancló dos veces antes de llegar a su destino final. Panamá y Venezuela, el mar Caribe de un azul turquesa con sus arrecifes, le parecieron un paraíso. Estuvo a punto de torcer su destino, tentado por ese mundo de aromas y colores intensos, pero su deseo de conocer el fin del mundo, la Patagonia, lo guio hasta nuestra mapu. Aquí comienza la historia que marcó el destino de mi abuela y el de mi familia.

## 21.

### Todo irá bien

Este añejo y amarillento diario que tengo en mis manos perteneció a Liam O'Sullivan. Mi abuela solía pedirme que se lo leyera, me gustaba mucho hacerlo. Comenzaba diciendo:

*Hoy, 12 de febrero de 1926, me encuentro a bordo del carguero Irish Mist, de 125 metros de eslora. Según los cálculos del capitán, debemos estar a unos 30 días o más de nuestra primera parada. Tras muchos días de indisposición y mareos, hoy desperté recuperado. No podía mantenerme en la cubierta, las náuseas me atacaban de manera inmediata. Me han destinado un pequeño cuarto en el estribor del barco. El único alojamiento espacioso del navío es el del capitán. Es un navío de tres puentes. El primero está situado a popa, en la cubierta del alcázar, y el segundo en la del entrepuente. Incluye una cámara y un camarote. Los tripulantes de servicio se alojan en camarotes múltiples, a popa de la primera cubierta. Inmediatamente a proa de estos compartimentos, sin apenas más separación que unas lonas, arranchan los contramaestres de cubierta y los de bodega, quienes duermen en literas. La tripulación y guarnición del navío, compuesta por 70 hombres en tres puentes, dormimos en coyos o hamacas colgados de las mamparas. Los oficiales poseen cámara propia, las mesas están tarugadas. Mi trabajo es mantener limpia la proa, asistir a los requerimientos del primer oficial contramaestre de cubierta. Afortunadamente este hombre es muy tratable y comprensivo, no así el capitán, que parece estar siempre deprimido y enojado. Pienso en Christine todo el tiempo, pero trato de no*

*hacerlo porque cada pensamiento provoca un estremecimiento en mi espíritu que me deja sin fuerzas, abatido. Me imagino lo dura que debe ser para ella mi partida, me angustia pensar que no me tendrá a su lado para llevar la casa, y el dolor que le he provocado a mi santa madre es imperdonable. Sin embargo, cuando logro salir de estas divagaciones deprimentes, disfruto en plenitud del mar. Me entretengo observando las pinceladas blancas que pintan las estelas en el mar azul. El graznido de las gaviotas indica la cercanía de algún puerto. El océano es una tierra marítima fértil, a la que nosotros, los intrépidos navegantes, surcamos para sembrar en ella nuestros sueños. El aire del mar invade de vida mis pulmones. A pesar de que el frío es intenso, a veces insoportable, no dejo de contemplar el mar. Sus oleajes, por momentos suaves, me recuerdan los prados acariciados por el viento. En otras ocasiones, sacude el barco con tanto frenesí que hace pensar que llegó nuestro fin. Noto, sin embargo, que solo yo me sobresalto. La numerosa tripulación continúa concentrada en su rutina, tranquila, sin dar mayor importancia a las provocadoras olas. Dicen que hay solo dos grandes maestros de la navegación: el mar y el barco. Ambos me son desconocidos, solo sé de rieles y trenes. Me he encontrado aquí con dos compañeros de mis años de escolaridad con los que poco solía hablar. Ahora nos une nuestro exilio y esta aventura que nos llevará a tierras lejanas y misteriosas.*

*15 de febrero de 1926, en algún punto del océano Atlántico, a bordo del Irish Mist.*

*Por fin tengo un tiempo para poder escribir, hemos estado atareados, reparando el barco. El mar embravecido durante dos jornadas desacomodó la carga y provocó algunos destrozos sobre estribor. Ayer tuve un extraño sueño, en él me encontraba en la estación ferroviaria de Dublín, estaba con Christine. Ella tomaba mi mano y yo podía sentir su tibieza. El tren llegaba, solo yo lo abordaba. Ella se quedaba parada en el andén,*

*saludándome con su bella sonrisa. No me apenaba irme. En el interior del tren, el sol iluminaba con intensidad. Yo me acomodaba en el último asiento, mirando el paisaje por la ventanilla, por la que veía los campos sembrados de trigo, que bailaban por la brisa. Luego se volvían acuosos, y el tren transitaba por rieles marinos. Peces de todos colores y tamaños nadaban a nuestro alrededor. Yo los contemplaba sorprendido y fascinado. De pronto el tren era sacudido y descarrilaba. Una inmensa ballena aparecía desde las profundidades y lo remontaba sobre su lomo. El tren emergía hacia la superficie. Las aguas eran de color jade, el cielo lucía encendido de rojos y naranjas. La ballena nos depositaba mansamente sobre las aguas serenas y se iba. Yo subía al techo del tren para verla bien, y ella saltaba, parecía querer tocar el cielo, y luego se desplomaba hasta el fondo del mar. En uno de esos saltos, las olas se sacudieron y me salpicaron. Sentí el frío en la cara. Cuando abrí los ojos, estaba mojado. El capitán, malhumorado, me había arrojado agua para despertarme. Según él, debía estar despierto y en movimiento hacía más de una hora. No discutí con él, me limité a levantarme y vestirme con la velocidad del viento, y trabajé muy duro aquel día.*

Liam O'Sullivan tardó cinco meses en llegar a Buenos Aires. El buque pesquero en el que se había embarcado se averió seriamente y debió permanecer dos meses en un dique naviero, en Panamá, mientras lo reparaban. Allí, con sus amigos Pat O'Donnel y el escocés Ryan Mackwell, quienes habían sido sus compañeros de escuela en su infancia, vivieron momentos inolvidables. Y a pesar de que al principio de emprender su viaje lamentaba que el escaso dinero y la repentina partida impidieran mejores condiciones para su viaje, luego se sintió agradecido con su destino. En esos meses, Liam supo lo dura que era la vida de la tripulación, el peligro al que se exponían cada día por una insignificante paga. Vio morir a dos hombres en diferentes circunstancias, pero siempre el motivo era el mismo: la bravura del mar desafiante contra los hombres que

pretendían domarlo. A pesar de ello, también conoció la humanidad y solidaridad que emergen desde las profundidades del alma en esos hombres solitarios y rudos, valientes y resignados al mismo tiempo, sabiendo que el viento y el mar pulsan sus destinos. En su diario escribe sobre sus nuevos amigos lo siguiente:

*24 de abril de 1926, acercándonos a las orillas de Panamá. La brisa es cálida.*

*Pat y Ryan me han contado todo lo que han leído sobre este lugar. Hoy hemos divisado la Isla de los Corales y nos acercamos hacia Bahía San Blas. Pat es un poco menor que yo. Es bajo y robusto, su cara tiene una expresión alegre y juvenil. Ríe estruendosamente y nos contagia, siempre está de buen humor, haciendo bromas. Es muy ingenioso para contar chistes, y a todo le encuentra un detalle divertido para hacernos reír. Ryan es tímido. En la escuela lo llamábamos «el Escocés», como ahora. Es muy alto y flaco. Su voz no se condice con su apariencia. Es aflautada y por momentos se escapa su sonido, entonces carraspea y vuelve a pronunciar las palabras. Parece como si sus cuerdas vocales fueran desgastándose lentamente. Aún no sabemos cuánto tiempo permaneceremos aquí. Siento mucha curiosidad por conocer este país y también la ansiedad de llegar pronto a mi destino.*

*29 de abril de 1926, ciudad de Panamá.*

*Llevamos ya varios días en Panamá, pero recién ayer pudimos salir a conocer la ciudad. El perfume de los árboles y flores es embriagador. Las calles están atiborradas de gente, muchos son forasteros venidos durante la construcción del canal de Panamá y terminaron quedándose, en busca de fortuna y prosperidad. Las mujeres aquí son de una belleza y gracia que me dejan absorto. Al caminar por las estrechas calles de la ciudad menean su cuerpo como si le danzaran al sol. La mayoría de la población es mestiza. Los esclavos africanos traídos durante la Colonia se fueron mezclando con las poblaciones nativas. Sus*

rostros reflejan un pasado de dolor y nostalgia, pero en ellos también aparecen las facciones indígenas que marcan fuerza y determinación. Es un pueblo de tanta belleza y colorido que creo que me resultará difícil abandonarlo. Nos sumergimos por las calles céntricas de la ciudad, teníamos hambre, y sobre la avenida Balboa hallamos una fonda en la que se cocinaban unos raros platos de la zona que olían muy bien. Entramos y enseguida un criollo, de mediana altura y rostro hosco, nos preguntó en un inglés rudimentario de dónde veníamos. Pat es quien mejor maneja el español, así que fue él quien nos hizo de traductor. Bebimos y comimos hasta el hartazgo. Pat no para de relatar con mucha gracia nuestras desventuras en el mar, he reído tanto que llegué a tener dolor de estómago. Los parroquianos uno a uno se fueron yendo, por fin el dueño del local se nos acercó para decirnos que pagáramos, que debía cerrar. Mi amigo le preguntó si era posible conocer a la persona que preparaba estos platos tan deliciosos. El hombre aceptó con amabilidad y llamó con voz de trueno a la cocinera. Muy tímidamente se acercó a la puerta una joven indígena, de una belleza exótica, cautivante, y a su vez sencilla. Tenía el cabello recogido en una larga trenza. Era una joven india buglé, no tendría más de 15 o 16 años. El dueño del local la obligó a acercarse a nuestra mesa. La joven se resistía, pero él la tomó del brazo y le habló en su lengua. Ella permaneció todo el tiempo cabizbaja, nunca nos miró, hasta que Pat se levantó y se acercó a la muchacha como hechizado, y le dijo en castellano: «Gracias, señorita. Comida buena». Advirtiendo la seducción que nos provocaba aquella joven, el hombre nos dijo: «Es mi esposa, estamos casados». Quedamos perplejos. El sujeto tenía veinte años más que ella. De regreso al barco, la bella joven fue nuestro principal tema de conversación.

30 de abril de 1926, ciudad de Panamá.

Volvimos a la fonda. Supimos que la joven buglé atiende sola durante la hora de almuerzo, así que desde hoy comenzaremos

*a ir solo a almorzar. Una de las mujeres que la ayuda nos informó que durante la mañana, y hasta después del mediodía, el dueño trabaja para los norteamericanos en el canal, luego se hace cargo de la fonda. La joven no está sola en la cocina, dos mujeres le ayudan. Una es una negra robusta de mediana edad, de fácil carcajada, y la otra, una mujer ya grande, de encanecida cabellera y espalda encorvada.*

*5 de mayo de 1926, ciudad de Panamá.*

*Ayer sucedió algo. Estábamos en la fonda, conversando animadamente. Veíamos a la joven cocinera ir y venir desde la calle, no se detenía un minuto. En una de esas travesías, entró cargada de hortalizas y plátanos. Haciendo equilibrio, se dirigía hacia la cocina. Como habitualmente lo hacemos, sentados a las mesas que están dispuestas en la vereda, bajo un alero de juncos que frenan los calcinantes rayos del sol, nosotros la vimos andar con la hermosura de una equilibrista. Pero no duró mucho aquel espectáculo, pues se desmoronó la pirámide que portaba en sus brazos. Rápidamente Pat se acercó y la ayudó a levantar los plátanos y las hortalizas. Se ofreció a cargar todo hasta la cocina. Cuando regresó a la mesa, su expresión era otra. Nos miró y dijo: «Ella tiene la sonrisa más bella que he visto en mi vida». Y para nuestra sorpresa, nuestro alegre y parlanchín amigo guardó silencio por el resto del almuerzo.*

El diario de Liam está lleno de pequeñas anécdotas y descripciones de lugares, animales y plantas, pero la historia de su amigo Pat era lo que más le gustaba oír a mi abuela. Es la que continuaré relatando, mientras leo algunas partes del diario.

*15 de junio de 1926, ciudad de Panamá.*

*Esta mañana el capitán nos ha dicho que en diez días zarparemos. Como el sofocante calor y los mosquitos me han tenido muy desanimado y rabioso, la noticia me ha puesto de muy buen humor. A pesar de que ni bien llegué a esta tierra creí*

*que me resultaría muy difícil dejar este bello país, la novedad nos ha alegrado, sobre todo a Ryan y a mí. Pat no ha mostrado ningún interés en partir. Desde el día en que ayudó a la joven buglé con sus verduras, algo sucedió en él y fuimos notando su transformación. Solo come lo que ella prepara, así que cada día que vamos a almorzar pide una vianda para cenar. Esto ha ofendido a nuestro cocinero a bordo. Por las noches, le oímos deslizarse de la hamaca y partir. Vuelve casi al amanecer. Duerme plácidamente, pero se lo ve extenuado todas las mañanas. No nos animamos a preguntar qué le pasa.*

*20 de junio de 1926, ciudad de Panamá.*

*Hoy navegamos en un barquito por Bahía San Blas. Recorrimos las islas que se han poblado con el pueblo kuna. Hemos traído al barco muchos cocos, hicimos trueque con los indígenas kunas. Pat nos confesó que no partirá con nosotros, ha decidido quedarse. Ryan se ha enfurecido con él, discutieron y debí intervenir para que no se golpearan. Ellos han sido amigos desde la niñez. Ryan se siente traicionado, acordaron llegar juntos a Buenos Aires. Además, fue Pat quien lo convenció de hacer el viaje, y ahora él quiere quedarse aquí. No entendemos sus razones.*

*22 de junio de 1926, ciudad de Panamá.*

*No sabemos nada sobre Pat. Ayer lo sentimos deslizarse desde la hamaca como todas las noches, pero esta vez no ha regresado. Decidimos bajar a la ciudad, y pasar a almorzar a la fonda, ilusionados de hallarlo allí. Entonces fuimos sacudidos por una noticia. Tal si fuera un huracán, nos hemos quedado estupefactos. La fonda ha sido incendiada por su dueño, quien armado y junto a otros hombres se ha largado en busca de su esposa y nuestro amigo Pat, que según parece ha huido con ella. Ambos se venían frecuentando a escondidas. Ahora entendemos las escapadas furtivas por la noche. Cuando llegamos, la mujer negra y robusta se hallaba de pie, petrificada*

*frente a los escombros carbonizados de lo que fuera la fonda. Nos vio llegar y se echó a llorar. Casi no le entendíamos lo que nos contaba, comprendíamos solo alguna que otra palabra. Hasta que un misionero norteamericano que habla perfecto el español, al que solemos ver por las calles, pasó por ahí y ofició de traductor. Pudimos interrogar a la mujer, que por supuesto no sabe mucho, pero nos dijo lo suficiente para comprender que nuestro amigo se enamoró locamente de ella a riesgo de perder su vida. Nos preocupa que el marido los alcance, pero la mujer nos consoló diciendo que la jovencita conoce su tierra más que nadie, y que de seguro ya estarán muy cerca de su tribu. Difícilmente quienes los persiguen logren alcanzarlos. Seguimos sin saber el nombre de la joven cocinera, a la que todos llaman Taina. Extrañaré a Pat, el viaje sin él ya no será tan divertido.*

*30 de junio de 1926, en el océano Atlántico.*

*Hemos partido de Panamá, estamos adentrándonos en las profundidades del océano. El sol sigue siendo abrazador, y aunque las faenas absorben gran parte de nuestro tiempo, encuentro momentos de soledad en los que mirando el horizonte puedo imaginar mi nueva vida. Hemos vuelto a tener la compañía de las ballenas, hasta me pareció ver aquella con la que he soñado.*

*2 de julio de 1926, navegando en las cercanías de Colombia. El capitán ha decidido no detenernos en Colombia, aunque nos hallamos navegando ya en sus mares. Prefiere continuar hasta Venezuela, donde debemos dejar una carga.*

*15 de julio de 1926, ciudad de Maracaibo, Venezuela.*

*Hace dos días que hemos anclado en las costas venezolanas. Esta tarde iremos con Ryan a caminar por la ciudad. También aquí el calor y los mosquitos se hacen sentir, pero el aire es menos sofocante.*

*16 de julio de 1926, ciudad de Maracaibo, Venezuela.*

*Ayer hemos caminado mucho. No solo exploramos el casco céntrico de la ciudad, también hemos subido por las angostas callecitas de tierra. Fuimos hasta las colinas salpicadas de casas humildes levantadas con las manos de sus moradores, hechas con barro, juncos y caña. Aquí la gente es muy amable, mi castellano ha mejorado mucho. Me sorprende de mí mismo al poder plantear una conversación fluida con algún poblador. La cocina del lugar es deliciosa y fresca. He probado un tipo de pan de maíz al que le llaman arepa, me ha gustado mucho. Ryan no está tan animado como al principio del viaje, extraña a Pat. Ambos trabajaban juntos en una imprenta, iban a montar una en Buenos Aires. Ahora ya no está tan seguro de lo que desea hacer.*

*Hemos decidido visitar la estación de trenes de aquí, y ver las locomotoras ferroviarias. Mañana un obrero ferroviario que conocimos en nuestra excursión nos llevará hasta los galpones. Extraño mucho los trenes, el olor del petróleo, el vapor exhalado con rabia y fuerza desde la máquina, el silbato de la locomotora. Hasta los rieles me parecen líneas simétricas de una belleza de acero, que nos invitan a perdernos en caminos inciertos. Me entusiasma volver a subirme a una locomotora ferroviaria. Ayer despaché carta para Christine y mi madre. Sé que mi padre no quiere saber de mí. Él esperaba que me sumara a las fuerzas de liberación. Se siente decepcionado. No sé si el exilio es peor condena que la cárcel, pero por momentos pienso que sin duda lo es. Tal vez nunca pueda regresar a Irlanda, es por ello que debo concentrar todos mis esfuerzos para que una nueva vida sea posible en Buenos Aires. Christine y yo merecemos tener paz, ser felices.*

*20 de julio de 1926, ciudad de Maracaibo, Venezuela.*

*Todos estos días, apenas termino mis tareas en el barco, me alisto para encontrarme con mi nuevo amigo ferroviario, Fortunato Sánchez. Él es un hombre muy inteligente, humilde y*

*práctico. Sus conocimientos como maquinista me han sorprendido, conoce mucho de su mecánica como también de su historia. Cada máquina provoca un relato sobre su origen y su arribo aquí. En todas partes, los norteamericanos e ingleses han dejado su rastro malvado y saqueador. Venezuela no es la excepción. No me sorprenden en absoluto las historias que me cuentan sobre guerras injustas, mentiras y estafas. Los malos gobiernos, cómplices con los ladrones de siempre. Puedo ver en el rostro de la gente sus sufrimientos y frustraciones. Me he sentido muy cómodo junto a su familia. Ryan ha vuelto a sonreír, y se ha ofrecido a ayudar en la construcción de un galpón que el señor Fortunato quiere levantar. También me he ofrecido para hacerlo, pero no con el mismo fervor que mi amigo. El calor y los mosquitos no son buenos anfitriones para mí, y las tareas extras a ya mi ardua labor en el barco no me generan entusiasmo.*

*24 de julio de 1926, ciudad de Maracaibo, Venezuela.  
El capitán nos reunió y nos informó que debemos quedarnos más tiempo del que habíamos sido informados, ya que esperan una importante carga que trasladaremos hasta el puerto de Santos, en Brasil. Mientras esperamos, recibimos órdenes de abandonar la nave y partir hasta que tengamos novedades. Parece que con toda la tripulación a bordo pierden dinero. Solo quedará el maestro y algunos oficiales junto al capitán. Con Ryan hemos decidido visitar Caracas. Pero primero terminaremos el galpón del señor Fortunato Sánchez.*

*30 de julio de 1926, ciudad de Caracas, Venezuela.  
Llevamos tan solo un día en Caracas. He llegado aquí con fiebre. Las fuerzas me han abandonado. Decidí no salir hoy. Le he pedido a mi amigo Ryan que no se quede aquí conmigo. Deseo que él se recree y me cuente luego lo que ha visto. Ni bien me sienta mejor, lo acompañaré en sus paseos.*

*5 de agosto de 1926, ciudad de Caracas, Venezuela.*

*Estos días he tenido mucha fiebre. Hoy pude levantarme y dar unos pasos por la habitación, aún mareado y con mucho dolor de cabeza. Ryan no se ha movido de mi lado, el pobre ha tenido que lidiar conmigo. Terminé internado en este modesto hospital. Parece que me ha tomado una extraña fiebre provocada por mosquitos, pero afortunadamente sanaré. El médico nos contó que estas picaduras pueden ser letales. Durante dos noches febriles, volví a soñar con la niña, la que aparece en mis sueños cada vez que algo grave me acontece. Esta vez pude ver muy bien su rostro. Al cerrar los ojos y evocar aquel sueño, vuelve a ser patente su mirada. Su piel cobriza, su rostro indígena. Sus ojos rasgados son verdes, intensamente verdes. Como en los sueños anteriores, sigue hablándome en un idioma desconocido, pero yo comprendo lo que me dice. Luego de soñarla, empecé a sanar. Quise compartir esta experiencia con Ryan, pero comenzó a burlarse. Me aseguró que todo era parte de las pesadillas producidas por la enfermedad, que nada tiene que ver la niña de mis sueños con mi curación.*

*8 de agosto de 1926, ciudad de Caracas, Venezuela.*

*Mañana me dan el alta. Estoy ansioso por salir a la calle. Llevo encerrado aquí una semana, y como llegué enfermo, no he podido conocer nada. Debo ir lento y de a poco, estoy muy débil aún. Hoy llueve como en el diluvio bíblico. El cielo rezonga con truenos y relámpagos que iluminan de manera fugaz la bella ciudad. El gentío se ha refugiado en sus casas. Yo miro desde el corredor de este modesto hospital el patio interior, y desde mi ventana que da a la acera, el devenir de la calle.*

*Pienso en Christine. Deseo tenerla conmigo, amarla, abrazarla. ¡Lo que daría por verla al piano, por arrimarme despacio y silenciosamente para acariciar su cuello, su largo y bello cuello! Me pregunto qué hora será allí, en Dublín. ¿Qué estará haciendo Christine?*

*Durante todos esos meses de viaje no he dejado un día de pensar en ella. Me arrepiento de haber acallado tanta pasión dentro de mí, de no haber vencido su inmovible frialdad con ternura. Quizás fui muy torpe y hubo demasiado orgullo en mí.*

*11 de agosto de 1926, ciudad de Caracas, Venezuela.  
Esta mañana Ryan y yo nos hemos despedido, ha decidido probar suerte en Caracas. Conoció a un joven vasco, muy entusiasta, que le ha propuesto asociarse para instalar una pequeña imprenta. Lo extrañaré.  
Me encuentro en la estación ferroviaria a punto de partir hacia Maracaibo. Mi corazón está inusitadamente acelerado, creo que es la ansiedad del viaje. Este viaje que se ha dilatado y que me ha ayudado a entender este continente. Los miedos que me invadían se han ido esfumando de a poco. Intento cada día darme esperanzas. Me he escrito con mi tío, parece entusiasmado por recibirme. Todo irá bien, lo presiento.*

# CUARTA PARTE

## 22.

### ¿Asumir la identidad del enemigo?

Liam O'Sullivan llegó a Buenos Aires en el comienzo de la primavera de 1927. Encontró una bella ciudad, un joven país, en el que todo estaba por hacerse. No conocía personalmente a su tío paterno, ya que este había partido de Irlanda hacía ya mucho tiempo. Había visto alguna imagen suya junto con las escuetas cartas que le enviaba a Niall, su hermano mayor. Apenas pisó su casa, en la que se alojaría por un tiempo, Liam se enteró de que su tío Patrick O'Sullivan se hacía llamar Lord George Husprum y que se había casado con una adinerada criolla de alta alcurnia, una mujer cuya juventud se iba marchitando, pero que había sido cortejada por casi todos los solteros de la oligarquía porteña. Ninguno de ellos consiguió conquistar su corazón. A mi abuela la divertía contarme esta historia, tan extraña para la época y el lugar.

El día que ambos se conocieron, María Isabel Alvear Rosas se dio cuenta inmediatamente de que Lord Husprum era un fraude y de que su pregonada fama de portador de sangre azul, como sus historias de aventuras, eran invenciones, puras fantochadas. Él era, sin duda alguna, un seductor, pero también un mentiroso, un cazador de fortunas, que con tal de hacerse de riqueza hubiera contraído matrimonio hasta con una ancianita decrepita. María Isabel buscó la manera de rechazarlo, pero Lord Husprum se mostraba muy ingenioso y aparecía en los momentos más inesperados con alguna propuesta tentadora que la obligaba a salir de su encierro y disfrutar del convite. Hicieron cabalgatas por lugares de ensueños y se bañaron en los esteros. Hasta llegó a conseguir un aeroplano para volar con ella por encima del mar.

Siempre se le ocurría alguna idea brillante, y María Isabel aceptaba complacida.

Las señoritas de la sociedad porteña suspiraban pensando en él. Su sonrisa perfecta, con un suave rictus en sus labios, demarcaba una boca varonil y determinante. De estatura elegante, con una espalda ancha y brazos fuertes, un cabello intensamente rubio y ojos profundamente azules, tenía a todas las mujeres cautivas, pero él solo se propuso seducir y matrimoniarse con una: la más adinerada de todas. La señorita María Isabel Alvear Rosas, por supuesto, era el blanco de envidias y celos. Nadie podía imaginar el verdadero ser que se escondía tras la apariencia amable y fascinante de Patrick O'Sullivan, que disfrutaba solo del amor fugaz de los burdeles y consideraba a las mujeres como un mal menor en la vida. Una necesidad ineludible le urgía desde sus entrañas. Aullaba en los cuerpos femeninos el desespero de sus miedos y el desarraigo de su alma, convencido de que al tener sexo los exorcizaba; al menos, por fugaces momentos, lograba sentirse libre y en paz.

Ella también escondía un secreto, ocultaba la naturaleza de su verdadero amor: Marie Le Duvont, una jovencita francesa, huérfana. La guerra le había arrebatado todo: su madre, su padre y su hermanito habían perecido bajo los escombros durante un bombardeo, en los suburbios de París. Casi una niña, debió valerse por sí misma. Tras muchos avatares y desesperos, decidió embarcarse rumbo a América. Su intención inicial era llegar a la Guayana Francesa, pero el destino le tejió un futuro distinto y decidió llevarla por otras geografías. Marie abordó el buque equivocado y terminó en el Río de la Plata. Estuvo unos meses en una estancia uruguaya, trabajando como institutriz de tres niñas caprichosas, hijas de una prima de María Isabel.

María Isabel Alvear Rosas permaneció unos días en la estancia, los suficientes para enamorarse por completo de Marie. Cuando llegó el momento de partir, prometió obsequiarle a su prima un lujoso automóvil. Solo los hombres adinerados poseían uno; las mujeres no, así que la prima se sintió tentada con la idea. A cambio, María Isabel le pidió que le permitiese llevarse como ama de llaves

a la joven Marie. La prima aceptó encantada; reemplazó rápidamente a su institutriz por otra mujer ya no tan joven, inglesa y con muy buenas referencias.

Nunca más volvieron a separarse. Pero bajo la vigilante mirada de la madre de María Isabel, no les resultaba fácil vivir juntas. Fue por ello que María Isabel decidió investigar a Lord Husprum, intuía que este hombre podía ser la llave de su libertad. Cuando tuvo en sus manos las pruebas irrefutables de que a todas luces era un fraude, sin rodeos ni parsimonia, decidió proponerle un trato.

Una tarde como tantas otras en las que Lord Husprum llegaba a la casa de los Alvear Rosas con regalos para María Isabel, ella lo recibió con un particular entusiasmo, algo que sorprendió al desairado pretendiente. Le provocó ilusión. De manera ridícula, creyó que el cambio de actitud en ella se debía al nuevo perfume que llevaba puesto.

—Señorita María Isabel —dijo Husprum—, qué resplandeciente y feliz se la ve hoy.

—Puede ser el amor —respondió ella sugerente, encendiendo de entusiasmo el ego de aquel hombre—. ¿Qué le parece si salimos a caminar por el jardín? Hay unas bellas flores africanas que deseo mostrarle.

Y dejando sus tazas de té aún llenas sobre la mesa del salón, salieron de la casa para pasear por el jardín.

—Señorita María Isabel, ¿ha pensado en mi propuesta matrimonial? —preguntó Husprum decidido.

—Lord Husprum, no solo lo he pensado, sino que he trabajado en ella —dijo María Isabel con mirada pícara, y sonrió al ver la expresión desconcertada de él.

—No entiendo lo que quiere decirme...

—Si voy a casarme, debo saber muy bien con quién lo haré. Señor Patrick O'Sullivan, ¿no cree usted que en un matrimonio no puede haber mentiras?

Al escuchar su verdadero nombre, el falso Husprum palideció. Cuando logró reponerse, se atrevió a preguntar:

—¿Cómo lo supo?

—Eso no importa, señor O’Sullivan —dijo ella—. Sé todo sobre usted. Por ejemplo, que es de una humilde familia irlandesa de las afueras de Belfast y que intercambia correspondencia regularmente con su hermano mayor, que vive en Dublín. Pero no se preocupe, soy discreta. Soy de ese tipo de mujer que sabe guardar secretos. Soy, le diría, hasta misteriosa como un océano insondable.

Él, ya muy serio y nervioso, preguntó:

—¿Qué propuesta tiene para mí?

—Estoy enamorada de una persona con la que jamás podré casarme. Jamás podremos vivir en libertad nuestro amor. Esa persona también me ama y aceptará cualquier estrategia que nos impida separarnos. Aceptaré casarme con usted a cambio de mi libertad. No diré nada sobre su verdadera identidad, siempre y cuando usted no diga nada sobre mi relación secreta.

Controlando su irritación, el falso Husprum emitió un suspiro largo, y respondió:

—Sigo sin entender, señorita María Isabel. ¿Usted pretende, una vez casados, traer a otro hombre a la casa? ¿Cómo hará para que sus padres no se opongan?

—Es que no amo a un hombre. Mi amor ya vive conmigo, ella y yo hace tiempo que convivimos.

Tras oír semejante confesión, Husprum quedó petrificado. Buscando, de alguna manera, verificar lo que había escuchado, exclamó:

—¿Usted ama a una mujer! ¿Alguien más lo sabe?

—No —respondió ella cortante, y agregó con un tono firme y seco—: Señor Patrick O’Sullivan, no hagamos de esto un drama. Usted no me ama y yo a usted, tampoco. Usted quiere mi fortuna y yo quiero mi libertad. Si ambos nos proponemos respetar los acuerdos, cada uno obtendrá lo que busca. Además, usted no tiene alternativas: está en bancarrota, sin un centavo, y con los acreedores detrás de usted.

Tras un largo silencio en que la mirada de él parecía vacía, de pronto recobró fuerza y mirándola a los ojos, le dijo:

—Está bien, acepto las condiciones, pero deberá firmarme un contrato prenupcial en el que, si usted me abandona, me asegure la

mitad de su fortuna.

María Isabel rio a carcajadas, y meneando la cabeza dijo:

—Es usted más inescrupuloso y estafador de lo que creí. Tengo pruebas de más de una estafa cometidas en Irlanda, Inglaterra y Bélgica. Imagino lo felices que estarían sus víctimas, todos prominentes comerciantes, de saber dónde se encuentra el estafador. Créame, no podrá conmigo. Yo estableceré las cláusulas, usted solo firmará.

Acordaron juntos la fecha de la boda, fue el acontecimiento social del año. Ella estaba radiante y feliz, y él, aliviado y seguro. La ceremonia nupcial se llevó a cabo en la catedral porteña. Una boda largamente recordada. Pero aquel día fue uno de los más tristes para *mademoiselle* Marie. Sin embargo, había depositado toda su confianza en María Isabel; sabía que ella nunca la traicionaría y que todo cuanto hacía era para que ambas pudieran permanecer unidas. Decidió enviarle un mensaje contundente para recordarle cuánto la amaba: sentada en medio de los invitados, inesperadamente se puso de pie y comenzó a cantar con una voz colmada de fuerza y pasión, de dulzura y devoción. Fue un canto de amor que arrancó lágrimas en los concurrentes, un canto que casi provoca un escándalo. La novia, que se hallaba vestida de blanco ante el altar, giró dándole la espalda al cura, y caminó como hipnotizada hasta Marie. La abrazó con mucho fervor, y le susurró al oído: «Jamás dejaré de amarte, nunca». Y regresó hasta el altar para dar el sí.

El hecho de que su tío cambiara de nombre y se hiciera llamar Lord Husprum era para Liam un indicador de perturbación mental o bien de perversa astucia. Lord Husprum había dejado de frecuentar prostíbulos, pero tenía una amante a la que visitaba con regularidad. La burguesía de Buenos Aires lo sabía. Las conductas inapropiadas de Lord Husprum incomodaban a su sobrino. Pero a pesar de sus excentricidades, de los chismes que circulaban sobre él, Liam lo veía sensible y atento con su esposa, amable con la peonada y generoso con sus amigos. Los escuchaba reír y hablar hasta altas horas de la noche en la habitación de María Isabel, luego la puerta se abría despacito y se cerraba. Escuchaba los pasos de su tío,

indeciso y silencioso, bajando la escalera y que salía a la calle. Era una rutina nocturna, de cada jornada.

Una noche su tío fue a buscarlo hasta su dormitorio y lo invitó a tomar unos tragos. Le explicó que Buenos Aires era más bella por las noches, sobre todo cuando se acercaba el verano. En la calle, el aire olía a jazmines y magnolias. El perfume intenso desvaneció en ambos hombres los pensamientos angustiantes y de pronto se sintieron libres y felices.

Entraron en un bar del centro de la ciudad. Un cuarteto de tango improvisaba melodías de moda, el hombre del bandoneón cerraba los ojos para acariciar y hacer llorar su instrumento con una larga nota de nostalgia arrabalera. Tomaron *whisky*, fumaron habanos, y conversaron sobre su tierra, la familia, y el futuro. Ya avanzada la noche y sintiéndose en una intimidad cómoda con él, Liam aprovechó para interrogarlo sobre la nueva identidad que se había construido; quiso conocer el porqué.

—Tío, ¿por qué se vino para Argentina?

—Tenía que irme de allí. Unos negocios que había montado no salieron como esperaba, y mi vida corría peligro. Deseaba llegar al fin del mundo y empezar de nuevo. No podía traer mi pasado aquí, eso lo hubiera arruinado todo, ¿lo entiendes? Todo debía ser nuevo. Los argentinos son muy graciosos: aman Europa, quieren parecerse en todo. Lo que me hace sentir lástima por ellos es la devoción que tienen por las lacras inglesas. Es inconcebible que aún sintiendo el desprecio de los ingleses sean tan complacientes. Pensé que tal vez haciéndome pasar por uno de ellos, un lord, extravagante y aventurero, las puertas de este rico país se me abrirían. ¿Y sabes, sobrino? Así ha sido —dijo y rio estruendosamente.

—No me parece gracioso —dijo Liam, mirándolo con desilusión—. Es triste y decepcionante que niegue a su pueblo, tío. Entiendo que deba cambiar su nombre, pero ¿toda su identidad? ¿Asumir la identidad del enemigo?

—¿Quién es el enemigo, muchacho? ¿Los ingleses? No has entendido nada. Nuestro enemigo es la victimización. Nos encanta ser los pobrecitos, los sufridos. Pensamos que así Dios nos recompensará con un supuesto paraíso. Si no fueran los ingleses,

otros serían los que se aprovecharían de nuestra estúpida inocencia cristiana. Nos resignamos a todo, creyendo que es el destino que Dios ha decidido para nosotros. Mi dios es el dinero, sobrino, y aprovecho todas las oportunidades que se me presentan para tenerlo. No me resignaré jamás a la pobreza, no soy como tu padre.

—¿Y su esposa, tío? ¿Ella sabe la verdad? —inquirió Liam.

—Claro que lo sabe —respondió el tío con un destello de tristeza—. Nunca podría ocultarle nada a ella. Primero, porque es la persona más inteligente y astuta que he conocido, y en segundo lugar, porque me hallo perdidamente enamorado de ella —confesó, y sus ojos se humedecieron.

—Me alegra, tío, que ame tanto a su esposa. Ella seguramente lo ama mucho también —dijo Liam, queriendo conspirar hacia la alegría.

Patrick O’Sullivan levantó la mirada, y haciéndole la más triste revelación, respondió:

—No, muchacho, ella no me ama. Creo que tal vez me quiere, porque he visto iluminarse de alegría su rostro al verme llegar, pero no más que ese fraternal sentimiento he podido cultivar en su corazón. Ella no me desea como yo la deseo, nunca me amará como yo la amo. Su corazón le pertenece a otra persona, y he visto su mirada cuando está cerca de ella. Noto cómo el deseo se apodera de su cuerpo y su piel. Nunca podrá amarme mientras esa persona esté a su lado. Yo solo soy el hermano divertido que le hubiera gustado tener.

Un amargo silencio se apoderó de ambos. Liam recordó a Christine y a John, pensó que quizás su tío era una proyección de la vida matrimonial que le esperaba. De pronto, el *whisky*, el humo, las voces, la música, perturbaron sus pensamientos, y todo comenzó a girar ante sus ojos. Muy mareado, le dijo a su tío:

—Iré a caminar. —Se levantó torpemente de la silla en la que estaba sentado, y mirando a su alrededor, buscó la puerta de salida.

La brisa pura del río entró a bocanadas en sus pulmones, y esto lo mareó aún más. Liam sintió que el aire porteño le devolvía el dolor de la nostalgia que había decidido superar. Borracho, llamó a Christine a gritos. Se encendieron algunas luces de las casas.

Alarmados por los chillidos, sus moradores se despertaron seguramente sobresaltados. El estómago revuelto lo obligó a apoyarse contra la pared de un negocio, y vomitó. Más aliviado, siguió caminando por las calles adoquinadas y desiertas. Hasta que de nuevo detuvo la marcha: no podía con su cuerpo.

Su tío salió a buscarlo, y lo halló sentado en el borde de una vereda. Lo convenció para que regresaran a la casa. En el confortable auto de su tío, Liam fue recuperándose de a poco. Ahora se hallaba más lúcido y liviano. Se sentía protegido como cuando de niño su padre lo acompañaba.

La gran casona se levantaba arrogante en un barrio arbolado, en cercanías del centro de la ciudad y no muy lejos del Río de la Plata. Los suegros de su tío se la habían obsequiado cuando se casó con María Isabel Alvear Rosas. Los padres de la novia se habían resignado a la soltería de su hija mayor, por lo que la repentina aparición de este supuesto lord inglés, pidiendo la mano de la muchacha, les resultó un milagro, sobre todo para su suegra, que jamás dejó de rezar pidiendo un buen marido para María Isabel.

Liam durmió hasta pasado el mediodía. Cuando despertó, su tío ya no estaba. Había partido hacia la costa a supervisar una de sus estancias. Liam salió al jardín, y se encontró con María Isabel y Marie, quienes cortaban flores y podaban árboles. Al verlo, María Isabel alzó su mano para saludarlo, haciéndole gestos para que se acercara.

—Buen día, Liam. ¿Ha dormido bien?

—Sí, gracias —respondió cortésmente él.

—¿Ya le han dado de comer? —consultó María Isabel.

—Sí, tía, muchas gracias por preguntar. Es usted muy amable.

—Me alegra —dijo ella con una amplia sonrisa.

Era la única persona de la casa que hablaba perfectamente inglés, así que era con la única que Liam podía conversar largo rato. Practicaba su español con la servidumbre, pero notaba que ellos se reían, seguramente porque su pronunciación era muy mala.

Compartió con las mujeres un buen rato, y luego decidió salir a caminar.

Se deslizó por la ciudad y se perdió en ella. Reflexivo y triste, llegó hasta la orilla del río. Allí se detuvo, contemplándolo durante largo rato. Solo, frente a ese río que parecía un mar, tan ancho, tan grande, se sintió pequeñito, insignificante. Reconoció una vez más su inmensa soledad, se sintió perdido. «Sí, estoy perdido», se dijo. Absorto en su pensamiento, vio aparecer la luna cuando aún el sol se hallaba en el cielo, ocultándose con pereza. Y un sentimiento de arrepentimiento inundó su pecho. «He sido imprudente», pensó. «Han sido una falta de respeto hacia mi tío los cuestionamientos que le he hecho. Él es un amable anfitrión. Después de todo, ¿quién soy yo para juzgarlo? ¿Cómo me atreví a reprocharle su conducta?» Pensó en su padre, en la desilusión que tendría con aquel hijo ingrato, su único hijo, que en vez de sumar su fuerza para luchar, había huido cobardemente. Sí, definitivamente era un cobarde. Se sintió muy arrepentido y avergonzado, pero ya nada podía hacer. Estaba tan lejos de su hogar, de los que amaba. Ahora debía concentrarse en iniciar una nueva vida allí y traer pronto a Christine y a sus padres.

Llegó justo a la hora de cenar. La cena fue alegre, y su tía le ofreció trabajo en una de las estancias de su padre. María Isabel le resultaba una mujer muy culta e interesante. Había cierta magia en ella, que lograba inyectar de buen humor la atmósfera familiar. Era generosa con los suyos. Detestaba la zalamería y la obsecuencia. Era reservada con su vida, y desconfiada de las personas nuevas que se le acercaban. Sin embargo, supo ver en Liam al hombre que era: íntegro, sin especulaciones, honesto, un joven que solo le pedía a la vida otra oportunidad.

## 23.

### La fertilidad de una tierra generosa

A las pocas semanas del inicio de 1927, Liam se hallaba administrando la estancia La Herradura, a unos cien kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, al sur de la provincia. La Herradura abarcaba veinticinco mil hectáreas de tierra fértil y húmeda. Una pampa llena de abundancia para que los animales pastasen. Vertientes y humedales emergían burbujeantes en la fertilidad de una tierra generosa.

Liam cumplió responsablemente su labor durante un año; sin embargo, no lograba hallarse en su trabajo, no se sentía cómodo como patrón. Al principio, por su mal manejo del castellano, le costó comunicarse con los empleados. Su subordinado más inmediato era un capataz de origen escocés, que hacía ya unos diez años que trabajaba para ellos. Era bilingüe, se hacía llamar «el Escocés», restándole importancia a su nombre. La peonada se dirigía a él como «don Escocés», pero Liam decidió llamarlo por su nombre: Gregory Mackern. Gregory lo fue instruyendo en todas las tareas que debía supervisar. Aquella estancia contaba con unas cincuenta y siete personas, enfocadas en distintas faenas. Su principal producción era la ganadería, aunque también cultivaban trigo.

Su tío iba en pocas ocasiones al lugar. Prefería permanecer en la estancia más grande, en las cercanías del mar, donde pasaba casi todos sus días. A veces, llevaba a María Isabel; solo en esas ocasiones ella iba sin *mademoiselle* Marie. Desde hacía un tiempo, María Isabel quería ser madre, pero no lograba quedar embarazada. *Mademoiselle* Marie no soportaba sus escapes a la estancia sin ella. Antes de cada salida, la joven se encerraba en su habitación a llorar,

y esto angustiaba y fastidiaba mucho a María Isabel, quien para consolarla, le decía:

—Marie, quiero un hijo para que juntas lo cuidemos. Un bebé nos traerá una felicidad plena, estaremos completas. —Y la abrazaba, llenando de besos su cara mojada por las lágrimas.

*Mademoiselle* Marie le confesaba:

—No puedo imaginarla con él, me lastima pensarla en sus brazos. Creo que él le gusta...

María Isabel reía y le reprochaba dulcemente que fuera tan celosa. Intentaba calmarla recordándole que ella era la única persona por la cual vivía y moría de amor. Cuando Marie se mostraba más serena, por fin partía para estar con su marido. Por momentos se sentía confundida, tal vez amaba a ambos. Él, ante su esposa, se quitaba la máscara de lord Husprum y era el auténtico Patrick O'Sullivan. Cuando estaba con ella, lo único que le importaba era hacerla feliz. A veces recordaban la noche de bodas y reían a carcajadas. Aquella vez él intentó torpemente desvirgarla y solo consiguió una bofetada. Desafiante, ella lo miró a los ojos con pura determinación, y en un inglés perfecto le dijo:

—Yo a usted no lo quiero, no me gusta. Desprecio su olor, su piel, su cuerpo. Me casé porque no soportaba más estar encarcelada bajo la vigilante mirada de mis padres. Ya se lo he dicho: solo he comprado mi libertad. Nada le pido, usted puede disfrutar de todo lo que ha conseguido con este falso matrimonio. No me interesa lo que haga con su tiempo, con su cuerpo, con sus sentimientos. Le aseguro que seré implacable en mi reclamo: mi libertad. Solo eso exijo, no quiero nada más que mi libertad. De ahora en más, finjamos que somos felices. Seamos discretos, resguardemos las apariencias, y resguardaremos nuestras vidas.

En esa ocasión, su flamante marido la miró anonadado. Nació en él una profunda admiración por ella, por su carácter, por su determinación e inteligencia; esos fueron los atributos que lo enamoraron. Con el tiempo, en ella también mudaron sus sentimientos, pero prefería no analizarlos ni etiquetarlos; simplemente los disfrutaba tanto como disfrutaba de su amada Marie. Lord Husprum, por su parte, intentaba disimular los celos y el

desprecio que sentía por *mademoiselle* Marie. Casi nunca le dirigía la palabra cuando él llegaba a la casa, y ella se escondía en su habitación para eludirlo, aunque para la cena María Isabel ordenaba que ambos estuvieran a su lado. Solo ella era capaz de romper el clima incómodo y hostil con su buen humor y sus ocurrentes relatos, que despertaban en lord Husprum al narrador hábil y gracioso que en verdad era, capaz de inventar historias disparatadas pero verosímiles. *Mademoiselle* Marie no podía evitar reír, y ese era el mejor de los regalos para María Isabel.

Empujada por las historias tristes de la vida de Marie, María Isabel se sintió abocada a ayudar a las víctimas de la guerra; sobre todo a las niñas. El oleaje migratorio en aquel entonces era considerable. Pero el deseo de la maternidad se apoderó de su ser con tanta fuerza que la frustración de no poder quedar embarazada la fue perturbando y volviéndola irascible. De todos modos, no perdía la esperanza y disfrutaba de sus íntimos encuentros con su marido.

Antes de que se difuminara la noche con los primeros trazos de claridad del nuevo día, Liam ya estaba entre la peonada, asignando tareas a los jornaleros, como también a los empleados. Todas las tardes usaba unas horas para aprender castellano. Escribía regularmente a su esposa y a sus padres. Cuando se sintió listo para traer a Christine, recibió un telegrama de ella en el que le contaba que Niall O'Sullivan había fallecido y que Sarah se hallaba internada, muy enferma. Ella cuidaría de su suegra; ni bien mejorara, le avisaría para organizar el viaje de ambas a Argentina.

Aquella noticia lo desanimó y angustió mucho. Liam envió todo el dinero que había reunido para que su esposa lo utilizara en los gastos del funeral de su padre y las necesidades hospitalarias de su madre. A partir de entonces, inexplicablemente, la venida de ellas se fue dilatando, cada vez parecía más lejana. Gracias a los giros de él, ambas mujeres vivían bien y hasta pudieron restaurar la casa.

Contra el mito de enemistad entre nuera y suegra, vivían juntas y parecían quererse mucho; se respetaban y se cuidaban entre sí.

Tras dos años con su tío, Liam decidió dejar la estancia y ofrecerse para entrar al ferrocarril. Había escuchado que los ingleses empleaban personal con el propósito de extender el ferrocarril a la Patagonia. Era el lugar que ansiaba conocer desde niño, y su espíritu ferroviario volvió a habitarlo dándole esperanza y entusiasmo. El tío comprendió y aceptó su decisión, movió contactos y logró que lo emplearan de manera inmediata. Liam partió el 20 de febrero de 1929, ansioso y feliz, al lugar de sus sueños, la Patagonia. Por fin llegaría a la tierra anhelada.

## 24.

### El hombre más idóneo

El día en que Liam O'Sullivan puso sus pies en la provincia de Chubut, faltaba poco para que finalizara el verano. Pirenrayen no presintió que aquello iba a cambiar por completo su vida. Ya habían transcurrido casi ocho años desde su viudez. Su hijo Kawel se había convertido en un niño muy independiente, seguro y curioso. En aquel tiempo ñi chaw, mi padre, tendría unos diez años.

Fresia Coliman se hallaba muy ancianita, empezaba a perder su vista; una tela blancuzca, como si fuera una fina cortina, lentamente bajaba por una de sus pupilas oscureciéndole el mundo. Es por ello que había decidido no atender más a los enfermos, dedicaba sus días al hilado y al tejido. Con ayuda de Kawel, había armado un gran telar en el que se había propuesto tejer una manta para su nieta; llevaba años haciéndola, siempre encontraba una excusa para desarmarla y volver a tejerla, como si sus días fueran a terminarse al acabar el tejido. Tal vez aquella labor en verdad era un conjuro para extender su existencia. Fresia se divertía mucho con las ocurrencias de su bisnieto, que era muy cariñoso con la ancianita y obedecía todos sus mandatos; no así con su ñuke, a quien contestaba y a veces desobedecía.

Cuando Liam O'Sullivan bajaba su equipaje del Ford T que lo había traído hasta el casco de la estancia donde se alojaría hasta tanto estuvieran listas las primeras viviendas ferroviarias, a unos pocos kilómetros de allí, Fresia jugaba con Kawel, mientras Pirenrayen tostaba el trigo en una fuente de hierro que colgaba suspendida por encima del fuego. Ella mecía cada tanto la fuente, y las cadenas viejas y oxidadas rechinaban molestas por el vaivén.

Doña Fresia se acercó al fuego y, con la mirada perdida en la llama, sin sacar sus ojos de allí, le dijo a su nieta:

—Anoche tuve un pewma, hija, que me dejó preocupada...

—¿Qué soñó, abuela? —preguntó Pirenrayen—. ¿Era malo?

En la profundidad de la noche, había venido hasta Fresia una mariposa azul.

—Tomé una oruga en mis manos, la puse cerca del fuego —comenzó a relatar Fresia—. Parecía que iba a morir, sentí pena por ella. Me puse a llorar, mojé con mis lágrimas a la oruga, y ella se fue descascarando. De a poquito se desprendía de su envoltorio, hasta que quedó toda peladita, y vi crecerle sus alitas azules, bien brillosas. ¡Qué bonita se veía! Me dio alegría ver que aleteaba. Y voló. Pero a medida que volaba, crecía y crecía, hasta no caber dentro de la casa. Cada aleteo de ella me golpeaba, sentía el dolor en todo mi cuerpo y escapaba de mi ruka, en medio de mucha oscuridad.

—¡Qué extraño sueño, abuela! ¡Me asusta! ¿Qué significa?

—Un tiempo de dolor llegará hasta aquí, vendrán esos días como oruga. No notamos su presencia, pero ya está aquí. Necesitarán de nuestros cuidados las personas que más lo sufrirán. Luego aleteará con fuerza la maldad, pero no podrá vencernos.

—Chuchu, ¿cómo podemos defendernos?

—Hijita, los espíritus de nuestros ancestros nos hablan a través de los sueños, nos anuncian lo que vendrá para que seamos fuertes, pero solo cuando llegue el momento nos dirán qué hacer. Es por eso que debemos saber escuchar.

—Seguro mi Linkoyan nos protegerá. Yo le pido cada día que nos cuide... ¿Ve, abuela? Allí está otra vez, como cada día, cuidándonos —dijo Pirenrayen y señaló hacia un peuco enorme, que tenía por costumbre llegar al atardecer hasta allí y posarse sobre un ciprés solitario que crecía frente a la casa. Partía cada día en el amanecer y regresaba siempre en el ocaso de cada jornada.

Doña Fresia guardó su sueño en el cofre de la memoria, nunca olvidaba sus sueños.

Liam O'Sullivan puso sus pies andariegos en nuestra Puelmapu en el otoño de 1929. Su primer destino fue Patagones, allí asumió el

cargo de superintendente. Su tarea era supervisar los talleres mecánicos donde se depositaban las locomotoras. Se sintió absorto ante tanta inmensidad vaciada de gente, de ruidos mecánicos. La vasta planicie ocre se abría ante sus ojos como una infinita llanura. Pese a la invasión ganadera, aún se conservaban ciertos espacios con abundantes y altos pastizales. Las sierras ondulantes se levantaban cada tanto sobre esa planicie. El viento azotaba los coirones y barría la tierra arrastrando la hojarasca.

Sus grandes ojos verdes escudriñaron el horizonte. Se sentía protagonista de algo histórico: el progreso, que silbando avanzaba sobre rieles. Esta era la Patagonia, la mítica Patagonia de la que había escuchado hablar desde niño a través de los relatos de viajeros y sobre la que había leído en sus libros de aventura. Pero ¿dónde estaban los nativos? ¿Serían gigantes como decían los libros? No tardaría mucho tiempo en conocer la verdad y el destino de aquellas naciones originarias, que ya no señoreaban con orgullo sobre sus territorios ancestrales, sino que habían sido reducidas a la servidumbre, en estancias y en casas de familias de la naciente burguesía patagónica. Muchos inmigrantes con pasaporte otomano se instalaban en aquellos remotos rincones; se dedicaban a comerciar, a vender todo lo que pudieran y a comprar, por menos que nada, tierras y animales. Llegaban pobres y en poco tiempo se hacían ricos. A ese fenómeno económico y social se le llamó «hacerse la Patagonia», como antes había sido «hacerse la América».

Liam se dedicó a explorar la zona. Disfrutaba del clima y, a pesar de que el viento patagónico parecía soplar furioso, barriendo con el buen ánimo de los escasos pobladores, se sentía muy a gusto. A veces el frío le mordía los ojos, arrancándole lágrimas; las manos se volvían ásperas, y sus mejillas, rojizas. Su cabello levemente ondulado, de color fuego, se despeinaba con frecuencia. Consiguió un Ford T con el que solía recorrer los lugares alejados, guiándose por los caminos trazados por las huellas de los carros de buey. Y se dispuso a organizar las cuadrillas de obreros que tenía a cargo, para colocar los rieles. El tren llegaría hasta la localidad de Ingeniero Jacobacci, en la provincia de Río Negro. A pesar de las muchas

dificultades, Liam se proponía ser parte del grupo de hacedores que lograría llevar el ferrocarril hasta el extremo sur.

Sus primeros días en Patagones fueron apacibles. Allí conoció por primera vez a algunos mapuches. Nuestra gente en aquel tiempo era silenciosa y reservada, no les gustaba conversar con los wingkas. Sabían que eso, tarde o temprano, les traería muchos problemas. La historia y el tiempo llenó nuestro destino de desconfianza. Su primer invierno patagónico resultó benevolente, sin muchos inconvenientes pero, a pesar de que convivía en una enorme casa con dos ingenieros ingleses con los que tenía un trato amable y correcto, Liam se sentía muy solo. Anhelaba que llegara pronto la primavera para poder emprender con ahínco los trabajos más importantes en la obra ferroviaria. A veces veía pasar por las calles del pueblo a algunas familias mapuches, montadas en sus caballos, que llegaban al pueblo a comprar víveres y vender cueros y lanas. Le llamaban la atención sus rostros: la piel cobriza, sus facciones duras, la mirada ausente. El porte digno, la actitud esquiva. Los observaba y se formulaba muchas preguntas.

Al llegar la primavera, se sintió renovado, lozano, lleno de vitalidad. En aquellos días, recibió un telegrama en el que le informaban que debía formar una cuadrilla de cincuenta hombres para iniciar trabajos en la línea sur. Se comunicó con Buenos Aires para pedir detalles respecto de la orden recibida, y le dijeron que hablara con el gerente de la estancia y el comisario para organizar todo. Liam pensó que era una recomendación absurda. ¿En qué podría ayudar el gerente de la estancia y el comisario?, concluyó. Desobedeció las órdenes y pidió ayuda a Carlos Cabrera, quien era el único personal administrativo con el que contaba la compañía en aquel lugar. El hombre se comprometió a hacer circular la noticia de que la compañía tomaría jornaleros por una paga diaria. En la puerta de su oficina, colgó un cartel que decía: «Se necesitan peones. Presentarse aquí por la mañana, de 9 a 13 horas».

Al día siguiente, y el posterior también, nadie se presentó. Liam decidió consultar a su ayudante:

—¿Qué pasa? ¿No les gusta trabajar?

—Lo que no les gusta, jefe, es trabajar y que no les paguen — respondió Cabrera.

Liam sonrió y dijo:

—Pero eso es ridículo. Estamos proponiéndoles trabajo por el que por supuesto pagaremos.

Cabrera carraspeó, y con cierta timidez le dijo a su jefe:

—Perdone, jefe, que me meta, pero la compañía nunca paga.

Liam lo miró azorado.

—No entiendo. ¿Cómo nunca paga? ¿Y la gente que trabaja para nosotros acaso no cobra?

—Le sugiero que hable con el comisario, él va explicarle todo.

Liam se levantó decidido, se colocó su abrigo y salió a caminar por las calles embarradas y con restos de nieve de una primavera aún húmeda y helada.

La comisaría era un edificio modesto. Tenía una oficina que el comisario compartía con el cabo, y un calabozo; en una esquina, un fogón devoraba grandes trozos de leña, y en el rincón opuesto, en una pequeña salamandra chirriaba una pava con agua para el mate.

Liam entró pausado.

—Buen día —dijo en su castellano agringado—. ¿Está el comisario?

El cabo se acercó a la pava, retiró la tapa, probó el agua con la yema del dedo índice y respondió sin apuro:

—No.

—¿Vendrá? —preguntó Liam.

El cabo dijo sí con la cabeza, y se sirvió su primer mate.

—¿Quiere esperarlo? —preguntó—. Pase y siéntese, ya debe estar por venir. ¿Quiere un mate? —agregó.

Liam aceptó, y se quemó la boca al chupar. El cabo rio, pero se disculpó enseguida.

—Perdone, no le dije que el agua hirvió.

Cuando llegó el comisario, vio a Liam sentado, tomando mate y conversando con el cabo.

—Usted debe ser Sullivan —dijo estirando la mano para saludar.

Liam respondió el saludo y corrigió:

—O'Sullivan es mi apellido.

—Sí, claro. Y dígame, Sullivan, ¿por qué se demoró tanto en venir?

Liam se sintió confundido, y preguntó:

—¿Usted me estaba esperando?

—Claro que sí, la compañía me avisó que necesitaban unos cincuenta hombres para la cuadrilla.

—Sí —dijo Liam.

—Bien, las cosas acá funcionan así: usted me da a mí todo el dinero que piensan destinar a la paga de los cincuenta hombres y yo me encargo de que los tenga.

—¡Pero si le doy el presupuesto a usted, ya no podré pagar a los cincuenta jornaleros!

El comisario volvió a reír, pero esta vez su carcajada fue acompañada por la del cabo.

—Veo que sus jefes no le han informado. Usted me paga y yo pongo los hombres, soy el contratista. No tiene por qué preocuparse. Dígame, ¿ya habló con el gerente de la estancia?

Liam negó con la cabeza. El comisario continuó hablando:

—No se preocupe, yo hablaré con él. ¿Para cuándo necesita los cincuenta hombres?

Liam lo miró dubitativo y dijo:

—Lo más pronto posible.

Y ahí acabó la conversación. Liam salió de la comisaría con más interrogantes que cuando había entrado en ella, pero decidió esperar los resultados de ese compromiso, aunque intuía que algo no estaba bien.

Al día siguiente, tal cual se lo había prometido, el comisario apareció en la oficina de la compañía con el cabo y los cincuenta hombres. Los reclutados se veían harapientos y algunos muy golpeados. Pelo chuzo, piel cobriza, manos grandes y sufridas. Escasos de ropa. Muy pocos hablaban castellano. Liam se impresionó. Volteó hacia el comisario, quien había dispuesto a todos los hombres en fila frente a él, como un general ante su pelotón, y le preguntó de dónde venían esos hombres. Él respondió secamente:

—¡Qué importa de dónde vienen! Usted me pidió cincuenta hombres y aquí los tiene.

—Están maltratados y golpeados. ¿Los sacó de la cárcel?

—Usted es diferente a los otros gringos que han venido. No me gusta que me cuestione.

Liam lo miró indignado, y llamó a Cabrera.

—Cabrera, necesito que me traduzca. ¿Usted sabe hablar el idioma de los indios? —le preguntó.

Sin dejar de observar al comisario, Cabrera titubeó, pero finalmente afirmó con la cabeza.

—Voy a contratarlos por día. Trabajarán desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, y al final de cada día les pagaré. Quien esté interesado que pase a mi oficina.

Al escuchar este anuncio, el comisario se encolerizó.

—Quiero mi paga —dijo.

—No se la daré, no se lo merece. Son ellos los que trabajarán. Ya imagino cómo ha logrado juntarlos y traerlos hasta aquí.

—¡No me venga con mierdas! Hicimos un trato y tiene que cumplir.

Liam se acercó al comisario, que era unos veinte centímetros más bajo, y poniéndose casi encima de él le advirtió:

—No me diga lo que tengo que hacer, yo no soy su empleado.

El comisario y el cabo se retiraron, pero la mayoría de los hombres se quedó. Liam O'Sullivan, imaginando que el comisario buscaría la manera de reducirle el personal, prohibió el consumo de alcohol, acondicionó un galpón con literas al que calefaccionó con varias estufas, y organizó junto con Cabrera cuatro comidas diarias. Él dormía con la peonada, de este modo vigilaba todo cuanto acontecía.

Los trabajos avanzaron con rapidez: las vías del ferrocarril emergían brillantes en el paisaje árido. Había buen ánimo en todos, menos en el comisario y en la patronal, que al enterarse del altercado no aceptó sus razones para desobedecer órdenes. Así que cuando ya había entrado el verano, enviaron a otro hombre para reemplazar a Liam y lo transfirieron a Chubut.

Había escuchado hablar de ese lugar. Se decía que era una región en la que vivían muchos indígenas y también una inmensa colonia galesa. Los ingleses con los que había convivido los

primeros días de su llegada se lo describieron como un paraíso en la tierra. Altas cumbres coronadas de nieve, de las que bajaban cascadas y vertientes; un frondoso bosque prístino, lleno de abundante comida; sabrosos frutos desconocidos, diversos animales, lagos enormes que parecían anchos ríos, pero también una zona despoblada, llena de dificultades, y con indios rebeldes que cada tanto hacían escaramuzas. Liam sintió curiosidad y deseo de conocer aquel apartado lugar. Los ingleses lo trasladaban, un poco para castigarlo por no obedecer las órdenes que se le habían dado, y otro poco por considerarlo el hombre más idóneo para llevar la extensión ferroviaria hacia aquel territorio. Había conseguido la aprobación de la empresa para llevarse con él a Cabrera, que se desplazó con su esposa y sus dos hijos.

Las extensiones de los tramos ferroviarios fueron asumidas por el Estado argentino, con lo cual los ingleses, sin ningún tipo de costo, podían concretar su idea de transportar en vagones los productos que exportarían a Europa. La tarea de supervisar toda la obra en el lugar le correspondería a Liam O'Sullivan. Le asignaron una enorme casa que compartía con otros dos intendentes supervisores, ambos ingleses. En las frías y silenciosas noches en las que la naturaleza parecía enmudecer, estos forasteros se ponían a beber *brandy* contemplando el fuego. Compartían sus impresiones sobre la cotidianidad; en las conversaciones, la economía y la política eran temas recurrentes. Una noche uno de los ingenieros le dijo a Liam:

—Este país es nuestra mejor colonia, no nos cuesta ni un centavo mantenerla y nos ofrece todo. Es sorprendente lo complacientes y predispuestas que se muestran las autoridades argentinas a la hora de hacer negocios. Creo que si les ofreciéramos darles el estatus de colonia británica lo aceptarían gustosos.

Los hombres rieron; sin embargo, Liam se mostró meditabundo y serio. Desde el principio, su actitud había sido diferente. Como la compañía no terminaba de confiar en la responsabilidad de los funcionarios argentinos por considerarlos ineptos y necesitaba organizar la estructura que conformaría el corredor de las maquinarias, la contratación del personal y el abastecimiento para

instalar el campamento de trabajadores que extendería las vías del tren, solicitó al gobierno argentino más mano de obra y resolvió poner al mando de ese trabajo a Liam O'Sullivan.

Los ingenieros ingleses permanecían poco tiempo en un lugar, viajaban mucho por el país visitando la obras y a sus supervisores, por lo que fue breve la convivencia entre Liam y los ingenieros ingleses. También debían viajar regularmente a su patria para informar a la Corona sobre los avances comerciales que llevaban aquí, además de informar todo cuanto veían y escuchaban, sobre todo aquello que fuera considerado información estratégica.

El verano se esfumó pronto, y el otoño llegó lluvioso, frío. La soledad volvió a estrujar el espíritu de Liam. Había ansiedad en su corazón, y también nostalgia. Se dispuso a conseguir una casa a la que pronto pudiera traer a su esposa. Le escribió entusiasmado contándole sobre su nuevo trabajo, e intentó transmitirle su impresión respecto a la Patagonia. Al mes, recibió noticias de allá: su suegra se encontraba muy enferma, y Christine estaba abocada a su cuidado, llena de angustia por su malograda salud. Por otro lado, le contaba que Sarah se hallaba muy bien. Dentro del mismo sobre, Liam encontró una carta de su madre. Por el momento, ambas sugerían esperar antes de viajar hacia Argentina. Eso lo desanimó un poco.

## 25.

### Nada bueno nace del miedo

El invierno le resultó larguísimo y aburrido. Su trabajo, más tedioso aún, se trataba de llenar planillas y revisar números, ya que el trabajo de control real recaía en el personal técnico. El frío era intenso, pero su casa permanecía cálida. La empresa le proporcionaba leña, carne y víveres. Su condición era privilegiada y, aunque lo intuía así, no había podido comprobarlo hasta que una huelga de los obreros durante la primavera, estación en la que debían retomar el trabajo, le mostró la cruda realidad de la peonada.

Los ingleses se sentían desilusionados con el Estado argentino por la adquisición de trenes de trocha angosta. Aseguraban que el ferrocarril no serviría para el transporte de ganado y demás productos. Se negaban a colaborar con el gobierno para avanzar en el trabajo, reclamando que eso no era lo acordado y, a su vez, el gobierno, presionado, no terminaba de decidir qué hacer, por lo que suspendió el envío de víveres y dinero, que por supuesto ya era escaso. Entre tanto, centenares de trabajadores en condiciones extremadamente precarias, sin comida, sin abrigo y mal vestidos, decidieron revelarse contra aquel trato inhumano e iniciaron una huelga. La inmensa mayoría de aquellos trabajadores eran puelches de Argentina y nguleches de Chile, es decir, todos mapuches que habían sido obligados a trabajar en condiciones de esclavitud, aplicándoseles la ley de la vagancia si se negaban. Nuestros wentru, hombres, no hablaban castellano; apenas algunas palabras, lo imprescindible para hacerse entender. Los obreros se amotinaron en el casco de la estancia principal, por donde debía pasar el ferrocarril, y tomaron control de la casa. Había entre ellos algunos anarquistas de origen español e italiano que simpatizaron con

nuestra gente, aunque los wentru se relacionaban con mucha prudencia.

Antes creíamos que la maldad y la ambición anidaban bajo la piel blanca, temíamos y desconfiábamos de todos los blancos. «Wingkas» los llamábamos. El tiempo y la convivencia con ellos nos hizo descubrir que la maldad no es una cuestión de color de piel. Que en la vida nada es blanco o negro, que hay matices, y que los corazones son multicolores y guardan la esencia de la humanidad, a veces perdida en las situaciones límite. Mi abuela decía que el piwke mapu, el corazón de la tierra, es el que late con la vida en todas sus formas. Liam era portador de un corazón así.

Llegó a su destino laboral en medio de la revuelta, y fue testigo de cómo el ejército disolvía a tiros los reclamos. Unos días más tarde, vio retornar a la faena a los huelguistas que se hallaban nuevamente trabajando sin ningún tipo de mejoras laborales. Liam se sentía avergonzado de ser parte del personal jerárquico, ya que sus pares maltrataban, abusaban y esclavizaban a los hombres, sobre todo a los mapuches que allí se encontraban.

Los europeos anarquistas que les mencioné habían llegado a la Patagonia huyendo de la cacería que llevaba adelante el gobierno argentino en las principales ciudades del joven país. Ellos identificaban entre los mapuches el temperamento y la fuerza para revelarse, pero el principal obstáculo para coordinar una acción conjunta era el poco manejo del castellano que nuestra gente tenía. Eso era lo que impedía una insurrección exitosa. Uno de ellos, al que llamaban «Tano», un anarquista fervoroso, se preguntaba cómo liderar una revuelta si la inmensa mayoría de los obreros mapuches no entendían nada sobre sus prédicas. Sin embargo, no se dio por vencido. Aprovechaba cada oportunidad para inyectar en sus compañeros cualquier tipo de iniciativa que pudiera conspirar de manera coordinada hacia una rebelión.

Varios factores contribuyeron a un segundo levantamiento. Uno fundamental fue la llegada de Liam O'Sullivan como supervisor, quien traía consigo a Cabrera, que dominaba el mapudungun, siendo además hispanoparlante. Todas las noches, el Tano reunía a los hombres en el mismo galpón en el que dormían. Alrededor del

fuego, compartían un poco de agua ardiente para sobrellevar el frío. Siempre lograban ocultar alguna petaca de la vigilante mirada de Liam, y mientras circulaba la bebida, reían y conversaban. Ese era el momento en que el Tano, ayudado por Cabrera, explicaba sus ideas anarquistas.

Cabrera se escabullía de su casa poco antes de la medianoche. Su esposa sufría sus escapadas, pero nada decía. Creía que tal vez alguna otra mujer, en esas huidas tan sospechosas, lo recibía en su cama. Ella era muy sumisa y tímida. Jamás se hubiera animado a reprocharle nada a su marido. Elena Lauro, o Tita, como la llamaban todos, era campesina, la quinta hija de ocho hermanos que vivían en el sur de Tucumán. Se habían conocido con Cabrera a través de uno de sus hermanos. Tita era una joven callada y hacendosa, de piel muy blanca y ojos café. Ya tenían dos hijos, y Cabrera nunca le había hecho faltar nada. Ella lo amaba sin reproches, sin preguntas; guardaba sus dudas y miedos en su corazón.

El otro factor de la rebelión fue el hambre. Las raciones de comida se habían terminado. El jefe de obra percibió la rabia que provoca el vacío en el estómago, esa bestia que gruñe adentro de los cuerpos hambrientos y provoca el deseo de devorar lo que sea. Entonces decidió designar a tres hombres, a los cuales les dio armas para ir de cacería, y de este modo resolver la alimentación del personal. Consultó su idea con O'Sullivan y obtuvo su aprobación. Cabrera y Liam estaban por retornar a la oficina, que se encontraba a diez kilómetros de allí, cuando algo inesperado sucedió.

Los cazadores habían partido muy temprano y el resto de los obreros trabajaba con sus últimas reservas de energía. Eran los últimos destellos del verano, bajo un sol abrazador. Se hallaban colocando los rieles, y habían tenido que construir un túnel, abierto a pura dinamita. De pronto, un inusitado derrumbe se desencadenó frente a ellos. Rocas gigantes se desprendieron rabiosas desde las laderas y aplastaron a algunos de los obreros. Al escuchar el estruendo de los cerros, los cazadores volvieron al campamento y hallaron a dos parientes y otro obrero muertos. Uno de los capataces, demostrando indolencia y desprecio, ordenó a los

hombres continuar su trabajo; ya sacarían al día siguiente los cuerpos. Quitó las presas recién cazadas de las manos de los hombres y ordenó al cocinero que preparase la comida. Uno de los cazadores indicó en mapudungun a su gente que le ayudaran a rescatar los cuerpos y todos se dieron a la tarea de quitar las rocas, incluso Cabrera. Liam se sumó a los hombres para quitar las pesadas rocas y, mientras todos se esforzaban en ayudar, el capataz, al sentirse ignorado, enfrentó al cazador y quiso pegarle.

—Mierda, ¿qué he dicho? ¿Acaso no me escuchó? —le gritó.

El cazador, lleno de ira e indignación, se le tiró encima y empezó a golpearlo sin compasión. Los vigilantes comenzaron a disparar contra aquel hombre. Liam gritó que no dispararan, pero los guardias no lo obedecieron y uno de ellos disparó con tan acertada puntería que mató al cazador. Allí mismo, los otros mapuches que habían ido de cacería, teniendo aún las armas en sus manos, dispararon contra los guardias. De ese modo dio comienzo un enfrentamiento que se prolongó desde las primeras horas de la tarde hasta bien entrada la noche. A medida que los obreros iban reduciendo a los guardias, rescataban sus armas para defenderse. Mi gente recuerda que hubo muchos heridos y muertos.

Liam O'Sullivan decidió ayudar a los peones. Envió a Cabrera por auxilio al pueblo y él se quedó tratando de salvar vidas. Al ver que uno de los mapuches que más aguerridamente había defendido a sus compañeros gemía tirado a unos pocos metros de él, gravemente herido, decidió socorrerlo. Cuando el más perverso de los capataces advirtió esto, se arrimó hasta él, decidido a rematarlo. Con su cuchillo en mano, se dirigió en dirección al herido, que estaba siendo atendido por Liam. Al verlo venir, Liam reaccionó rápidamente y, trezándose a golpes, logró quitarle el puñal y se lo hundió en el estómago. El capataz murió inmediatamente. Los peones lograron desarmar a muchos de los guardias de la empresa británica. El jefe de obra fue testigo del crimen que cometió Liam y, en medio de la balacera, empuñó su arma y disparó contra él justo cuando Liam huía cargando a uno de los heridos. Sintió el impacto de una bala atravesando su pierna, otra rozó su hombro y

finalmente un tercer disparo entró en su brazo izquierdo. Liam se desplomó sobre el suelo, y el agresor huyó.

Liam O'Sullivan sentía cómo la sangre salía de su cuerpo a borbotones. Creyó que era su final, que la vida se le escapaba en esa lejana tierra, pero despertó varios días después en una humilde ruka, donde la dulce voz de una mujer entonaba un canto jamás antes escuchado por él.

Los sobrevivientes, incluidos los anarquistas europeos, huyeron a caballo hacia la cordillera, llevando a los heridos en ancas. Cabrera no pudo reclutar a nadie para que colaborara en el traslado de los heridos. El comisario, que solo contaba con un cabo y un ayudante, no se animó a ir. Se comunicó con sus superiores para pedir refuerzos, y estos llamaron al ejército. Al regresar al lugar del enfrentamiento, Cabrera buscó a su jefe entre los heridos y los muertos. Pero los cuerpos diseminados eran sobre todo de los guardias. Cabrera supo enseguida que Liam estaba en serios problemas, tal vez secuestrado por los obreros o bien herido.

Al siguiente día, organizaron un rastrillaje en su búsqueda. Mientras tanto, los heridos eran trasladados a caballo por algunos mapuches; otros caminaban y varios lograron llegar hasta la cordillera, al lof mapuche más cercano. Fueron directo a la ruka de Pirenrayen, y le rogaron a doña Fresia Coliman y a su nieta que atendieran a los heridos. Ambas mujeres se comprometieron a intentar salvar esas vidas y, tras varias noches de desvelo, lo lograron. Uno de esos hombres era Liam O'Sullivan, que había perdido mucha sangre. La infección se había extendido por toda la pierna. Pirenrayen discutió con los hombres que lo habían traído:

—Pariente, ¿por qué me traen a este wingka? ¿Acaso no saben cuánto he sufrido por culpa de los wingkas? Hombres como él se llevaron a mi marido y ahora ustedes quieren que yo lo cure. ¿Por qué me castigan así?

Entonces el hombre al que Liam había ayudado habló de esta manera:

—Lamngen, tu pena es mía y tu dolor es mi dolor, pero este hombre nada tiene que ver con los wingkas que se llevaron al peñi Linkoyan. Este hombre me ayudó y salvó mi vida. Tenemos que

ayudarlo también. No puedo obligarla a que lo haga, pero ¿acaso seremos igual a nuestro enemigo? Ellos no entienden de reciprocidad, ni de respeto por la vida. Usted sí, lamngen; usted tiene kimun, sabiduría.

Nada respondió Pirenrayen. Quitó la ropa de Liam O'Sullivan y limpió las heridas, extrajo las balas, revisó la pierna infectada. Temió que, de no parar la infección, tendría que amputarla. Salió en busca de plantas medicinales y unas gredas especiales que había sobre el cerro. Las molió y mezcló con plantas medicinales, preparando un lawen que le dio de beber al enfermo. Limpiaba sus heridas, las desinfectaba con agua ardiente, y les aplicaba una cataplasma con plantas cicatrizantes y unguento hecho a base de cera de abejas y piel de lagartija disecada y molida.

Por momentos, él recobraba la conciencia de su corporalidad, pero pronto el dolor y la fiebre lo sumía en el mundo de los sueños. Se soñaba otra vez siendo niño, y ese sueño se parecía a aquel que había tenido cuando era pequeño, pero esta vez se veía corriendo desnudo por la Patagonia, asustado llamando a su madre y a su padre, sin obtener respuesta. Perdido y solo en la inmensidad asfixiante, empezó a llorar. En ese instante, una niña indígena de bellos ojos rasgados se le apareció mirándolo con ternura. Él la reconoció, ya había soñado con ella muchas veces. Ella tomó su mano y lo elevó por el aire hacia el cielo. Cuando él la miró, ella ya no era una niña, sino un pájaro gigante. Al verlo, identificó al pájaro. Era un cóndor. La mano de la niña se había convertido en garra. Desesperado, intentó soltarse, pero ella lo sostuvo con firmeza, y lo llevó hasta un bello lago. Allí lo acostó sobre el prado de suaves hierbas y flores multicolores. Un arcoíris muy brillante cubría el cielo. Ella volvió a ser una niña. Tomó una vasija y la llenó de agua. Le mojó la frente y le dio de beber agua muy fresca, que recorría su cuerpo como un haz de luz.

Liam se sintió mejor, mientras la niña le acariciaba el cabello. Habitado por una profunda paz, se durmió escuchando el bello canto de una sirena que emergió del lago, a la que la niña saludó con una sonrisa. Despertó ya sin fiebre y con menos dolor. Al abrir sus ojos, descubrió que el canto no provenía de un sueño, sino de

una mujer que se encontraba frente a él cantando, refrescando su frente con compresas empapadas en agua helada. Ella llamó a Fresia al verle abrir los ojos. La anciana lo examinó y le dijo a su nieta:

—Ha bajado la fiebre, vivirá. Tiene la luz de los vivos alrededor de su cuerpo.

Durante varios días, Liam permaneció semiinconsciente: la realidad se confundía con el mundo de los sueños. Tardó en sanar, y de por vida padeció una leve cojera en la pierna izquierda. Como él, todos los obreros que llegaron en busca de ayuda fueron sanados y, al poco tiempo, partieron en diferentes direcciones buscando su destino. A Fresia no le gustaba aquel sujeto. Ni bien el enfermo recobró el ánimo, le encargó a su nieta que lo cuidara y le recomendó que, apenas tuviera la fuerza suficiente, le pidiera que se marchase.

Fresia leyó la orina del forastero y sentenció:

—Tiene el corazón cobarde. Nada bueno nace del miedo. El miedo es una enfermedad del wingka.

Por su parte, Pirenrayen veía en Liam el rostro del enemigo, la piel y el color de quienes le habían arrebatado lo que más amaba en su vida: Linkoyan. Kawel, su hijo, era ajeno a prejuicios y especulaciones; se abría amoroso al mundo, con ganas de aprender y divertirse al mismo tiempo. Era un niño abrigado por el amor, alegre y lleno de preguntas. Liam era un sujeto curioso, que lo hacía reír y le expandía sus horizontes.

En aquellos años, el Estado argentino había levantado escuelas rancho en muchas comunidades mapuches, introduciendo su colonización dentro de los territorios. Lo único bueno de eso era que los libraba de los internados, aunque eran pocas las escuelitas. Kawel asistía durante la tarde a una que se había levantado en el centro del lof, en un predio comunitario. El maestro era un norteco venido de Santa Fe; un hombre de recio carácter, de pocas palabras y duros silencios. Kawel aprendió a leer y a escribir en la escuela, y tenía un buen manejo del castellano.

Liam no podía caminar con rapidez, su pierna herida estaba muy débil aún. Pirenrayen le limpiaba la herida todos los días y cambiaba

su vendaje. Era una tarea matutina que realizaba automáticamente, junto con las tareas domésticas diarias. Ella no le hablaba, apenas lo miraba. Si él preguntaba o decía algo en su precario castellano, ella lo ignoraba; ni siquiera al oírlo hablar lo miraba. Eso inquietaba mucho a Liam, pues sentía que era una carga para esa mujer desconocida que le había salvado la vida. Por ello ansiaba reponerse pronto, antes de que el otoño dejara paso al invierno.

Lo que más ansiaba en el día era jugar con Kawel. El niño se levantaba temprano en la mañana, y debía esperar hasta después de ser curado el enfermo para ir a saludarlo. Así que cuando veía a su madre regresar del galpón donde habían montado con simpleza y mucho ingenio una habitación cálida para el huésped, Kawel corría alegre hasta el aposento de Liam. Allí se encontraban para contarse sus sueños o desvelos. Kawel le había hecho un bastón con la rama de un ciprés, y así Liam podía afirmarse y caminar. A cambio, Liam le había fabricado un tren con varios vagones. Le costó juntar la cantidad de latas suficientes, algo que resultaba tan simple en Irlanda y era tan difícil de obtener en la Puelmapu. Kawel, que nunca había visto un tren, no comprendió qué clase de regalo era ese; lo recibió desencantado. Se lo mostró a su madre y a la abuela Fresia, ellas tampoco conocían aquel raro juguete. Lo guardó agradecido y se fue a jugar con su cabrito guacho.

Por las mañanas, Kawel hacía pequeñas caminatas con el enfermo. Le daba la mano y lo acompañaba hasta la ruka, donde Pirenrayen los esperaba con el desayuno. Ella los escuchaba hablar en castellano. Liam le pedía al niño que le compartiera palabras en mapudungun. Toda vez que Liam se equivocaba y pronunciaba mal las palabras, Kawel reía a carcajadas; su madre los escuchaba y reía también. Liam había aprendido a tomar mate; lo preparaba muy bien, y le cebaba en silencio a Pirenrayen mientras ella cocinaba o tejía. Al regresar de la escuela, Kawel buscaba a su amigo para jugar.

Una mañana, como tantas otras, Pirenrayen fue a curar al enfermo. Lo encontró listo, esperándola.

—Mari mari küme fachiantü, señora —saludó a su enfermera en mapudungun y completó la frase en castellano.

Pirenrayen sonrió sorprendida, y le respondió:

—Mari mari kúme fachiantü, wingka.

Él sonrió feliz, como si hubiera descubierto los códigos secretos de algún papiro antiguo que, de ahora en más, lograría descifrar. Aquel día anotó en su diario:

*Mayo de 1930. Llevo dos meses recuperándome de mis heridas. Mi brazo y hombro resultaron levemente lastimados, pero mi pierna sufrió la explosión de una letal bala, que prácticamente me hubiera dejado cojo si no fuera por una mujer mapuche curandera que, con sus conocimientos de hierbas medicinales, me está ayudando a sanar. Pirenrayen es su nombre. Hoy pude por primera vez hacerla sonreír.*

Aquella joven mujer de rostro apenado no le parecía físicamente atractiva, pero sí enigmática. Había algo en ella que la diferenciaba de las mujeres mapuches que había visto en Patagones y, por supuesto, en nada se parecía a las mujeres criollas que había conocido en Buenos Aires. Ella pertenecía a un mundo absolutamente extraño para él. Pirenrayen era silenciosa, ágil. Tenía una dulce voz para cantar y, aunque sus cantos le resultaban guturales y extraños, lograban conmoverlo; parecía entonar con tristeza la evocación de un tiempo mejor, arrancado junto con su libertad. Era más bien baja, rellenita; de cadera ancha y piernas macetudas, firmes y fuertes para andar la mapu. Su cabello era intensamente negro como la noche y largo como un tul de novia; se extendía por debajo de su cadera, liso y suave. Ella lo recogía con dos trenzas de colores. Vestía un chamal largo y florido, sobre el cual colocaba su kupan negro. El kupan es una manta rectangular de lana muy fina; suele ser negro y va ceñido con un trariwe, una larga faja de varios colores.

Pirenrayen olía a flores silvestres y plantas medicinales. A Liam le encantaba sentir su aroma, buscaba estar cerca de ella. Había algo más que su perfume silvestre, que lo atraía como un hechizo: era la calidez de su silencio, que parecía mecer en la paz a todo su

entorno, y el modo en que se iluminaban sus ojos cuando abrazaba y acariciaba a su hijo. Veía en ella a una madre joven, cariñosa, atenta y, a su vez, rigurosa. Kawel era un niño puro, libre e imaginativo. Liam se sintió parte de un círculo de afectos donde el amor era simple poesía cotidiana.

Liam se sintió cautivado por la curiosidad que le despertaba mi abuela. La veía alejarse al caer la tarde, caminando hacia un ciprés añejo y gigante que se hallaba a cien metros de la casa. Hasta allí llegaba un pájaro grande, un peuco que se posaba en las ramas más bajas, muy cerca de ella. Pirenrayen pasaba largas horas hablando con aquel peuco. Dialogaba más con los animales y plantas que con los humanos. Lejos de parecerle una locura, a Liam eso le resultaba curioso y fascinante. Cuando la noche se acercaba a hurtadillas y sus dedos frescos rozaban disimuladamente el paisaje, ella retornaba. Así era todos los días. Él se preguntaba sobre ese misterio: «Una mujer que habla con un pájaro, ¿qué le dirá?». En su continente sería vista como una bruja. Él no le temía a mi abuela, ya que había crecido con relatos sobre mujeres chamanas en su tierra, que eran adivinas y sanadoras, las cuales fueron quemadas por la Inquisición. Todas las sacerdotisas gaélicas fueron perseguidas y asesinadas por la Iglesia colonizadora de la época. Así que se sentía afortunado al conocer a una de esas mujeres en esta parte del mundo.

Liam se sentía comprometido a aliviar como pudiera a aquella mujer, a ayudarla en sus tareas. Traía agua del arroyo, hachaba leña, y le enseñó a Pirenrayen a hacer pan en un horno que él mismo armó con barro y piedras. Hasta ese momento, mi abuela solo sabía cocinar rescoldos.

Una mañana de un sábado llegó el Galensho, había adquirido un camioncito muy ruidoso, con el que ahora, ayudado por dos de sus hijos, recorría las comunidades vendiendo víveres y otros artículos. No venía solo. Fue muy grata la sorpresa de Liam al ver a su asistente con él: Carlos Cabrera lo acompañaba. El Galensho

acostumbraba a traerle algún regalito a doña Fresia y cuando la ancianita le agradecía, él recordaba cómo ella le había salvado la vida. Roig Evans había escuchado sobre el gringo que había llegado herido en busca de Pirenrayen, y sintió curiosidad por conocerlo. En aquellos días, Carlos Cabrera fue hasta su tienda de ramos generales para preguntarle si era posible acompañarlo. Evans aceptó inmediatamente, y así emprendieron el viaje.

Roig Evans saludó amablemente en inglés. Liam se sintió feliz de poder hablar en su idioma. Así comenzó una amistad que duró hasta el final de sus días. Cabrera le informó a Liam que el guardia que había sido testigo lo había acusado del crimen, y que la compañía decidió, por extrañas razones, dudar de la verdad de este hombre. Sin embargo, ya habían reemplazado su puesto por un joven recién llegado de la capital. Esa novedad lo angustió. Nada podía hacer en su situación: su pierna apenas iba cobrando firmeza. Estaba confinado en ese pedacito aislado de la cordillera, recuperándose de a poco de sus heridas. Heridas que no solo estaban en su cuerpo, sino también en su alma.

Liam había escrito varias cartas a su esposa. Le preguntó a Evans si él podía enviarlas. El Galensho asintió. Así pudo Liam tener una comunicación espaciosa, pero fluida con su familia. Decidió no angustiar a su esposa y a su madre con las novedades de los últimos acontecimientos. A través de Roig Evans, pudo entender ese curioso mundo en el que se hallaba; encontró en él un confidente, un amigo que jamás lo juzgaría, aunque muchas veces disientiría con sus decisiones.

El Galensho amaba mucho a Pirenrayen, para él era como una hija. La había visto crecer, y afirmaba que era una mujer destinada a resplandecer con su sabiduría. Desde niña, había demostrado su curiosidad por el mundo que la rodeaba; prestaba atención y escuchaba a las ancianas y ancianos con humildad. Era generosa y muy bien dispuesta para el trabajo, y disfrutaba ayudando a otras personas.

Roig Evans conoció los días de felicidad de Pirenrayen con Linkoyan, incluso había asistido al mafün. Vio tristemente empozarse en el rostro juvenil de ella un tenue trazo de amargura.

La pena se le había atragantado en su espíritu con la muerte de Linkoyan.

El Galensho hablaba con su esposa sobre el destino incierto de Pirenrayen y el de todo su pueblo mapuche. Él sabía que no tardarían en venir por lo que les quedaba de territorio. «¿Qué pasará entonces? ¿A dónde irá toda esta gente?», se preguntaba. Experimentaba la contradicción de la culpa y de la calma, sabía que ser blanco y europeo era un privilegio que le permitiría quedarse; aunque su esposa era mapuche, no iban a ser molestados. Pero ¿qué sentido tendría quedarse? No soportaría ver el destierro de los que ahora consideraba como sus hermanos.

Liam fue evolucionando en el manejo del mapudungun, mantenía pequeñas conversaciones con Pirenrayen. Su pierna sanaba cada día, y ya deambulaba con bastante independencia por la casa y sus alrededores, aún con la ayuda del bastón.

Una mañana, Pirenrayen despertó con una fiebre que había raído sus fuerzas; sintió que todo su cuerpo era un río de dolencias. Quiso incorporarse y no lo logró. Kawel llamó a Fresia, y ella tocó su frente, palpó sus muslos y su estómago. Preocupada, le pidió a Kawel que fuera a buscar al gringo; le pediría que se quedara con su nieta mientras ellos iban en busca de la medicina necesaria.

Liam se vistió apresurado y acudió cojeando hasta la pequeña casa. Se sentó al lado de Pirenrayen, y le aplicaba paños embebidos en agua fría sobre la frente. A la media tarde, ella le pidió que la ayudara a subir al wingkul, el cerro más cercano a su casa. Cubriendo su desnudez, envuelta con un ulkilla, un poncho femenino largo que la arropaba entera, emprendieron el ascenso.

Ella parecía envejecida. Se movía lentamente y, a cada paso, soltaba un quejido; el dolor la aprisionaba. Liam le ofreció su brazo para que se apoyara, y ella aceptó. Caminaron lentamente, como si Pirenrayen arrastrara su ser. Él la animaba, también Liam sentía la angustia del dolor de ella. Le recordaba a su propio cuerpo, a sus heridas. Se sentía impotente. Su corazón estaba lleno de gratitud hacia aquella mujer, y ahora ella lo necesitaba y él sin saber qué hacer.

Era el cerro más bajo; sin embargo, llegar a la cima les llevó poco más de una hora, cuando habitualmente ella lo subía corriendo en minutos, rezongando con las chivas. Al llegar, un tibio sol invernal los recibió. Pirenrayen empezó a hablar en su milenarior lenguaje de la tierra. Cantó y, mientras lo hacía, la habitaba una renovada fuerza que parecía exorcizar desde su garganta a los wessa newen, aquellas fuerzas malas que se enfrascan en los espíritus de los que sanan. Temblaba, sentía agujas clavándose en su corazón, en sus rodillas, en sus brazos.

Una brisa que fue adquiriendo poder hasta convertirse en gigantes ráfagas de viento llegó convocada por su canto. Situada en la cima, se abrazó al viento. Extendiendo todo su ser, abriendo los brazos, ofrendó su cuerpo para ser venteado. Solo el kurruf, el viento, barrería las fuerzas malignas, limpiándola, despojándola de toda enfermedad. La mujer y el viento en un abrazo íntimo y eterno. Su cuerpo desnudo, sanándose ante la mirada de Liam. Venteaba su cuerpo aquella mujer, venteando su espíritu. Cerró los ojos y sintió que una delgada piel invisible se desprendía de ella. Respiraba profundamente, como tragándose el viento en bocanadas.

Fue un ritual nunca visto antes por él. El kurruf y la lawentuchefe. El viento palpaba su piel, arrancándole las invisibles mortajas de dolor; acariciaba sus cabellos, sacudía sus muslos, refrescaba sus mejillas. El viento entraba por todo su cuerpo limpiando hasta los rincones de su alma. Liam observaba magnetizado. Ante sus ojos, una metamorfosis se iba produciendo en el cuerpo de aquella mujer-medicina: su espalda se erguía, los huesos fortalecidos le devolvían al cuerpo la postura segura de quien está decidida a vivir y mira el horizonte con altivez y dignidad. Liam quería entender y abarcar aquel misterioso conocimiento: una pequeña mujer hablando con el viento. Pensó: «En Irlanda, nadie me creería si les contara que el viento puede ser una eficaz medicina». Se sintió sorprendido y extasiado. Aquella mujer era sabia, misteriosa, enigmática. Quiso conocer más sobre ella y aquel día se decidió a ganar su confianza.

Al regresar Fresia con Kawel, hallaron a Pirenrayen sana y alegre. Mientras las mujeres conversaban sobre lo sucedido, Liam

una vez más se sintió excluido de la conversación por no entender el mapudungun en profundidad, así que le pidió a su pequeño amigo que le contara qué habían hablado su bisabuela y su madre.

—Mi ñuke dijo que la última persona que ella atendió tenía un mal muy poderoso que lo estaba matando de a poco. Al quitar del cuerpo enfermo el mal, sanó a la persona, pero ese wesha newen se le pegó a mi ñuke en todo su cuerpo. Son espíritus muy malos y fuertes, que buscan dónde posarse. Mi ñuke pidió ayuda al peuco...

Liam lo interrumpió:

—¿Quién es el peuco?

—Ese pájaro con el que habla mi mamá.

Liam recordó haberlo visto llegar esa mañana, llamó su atención porque diariamente venía solo en los atardeceres. Pero ese día había llegado muy temprano a golpear la ventana que daba hacia el rincón de la casita donde se hallaba acostada Pirenrayen. Le había parecido escucharla hablar con aquel ave, pero creyó que quizás eran solo los gemidos de dolor que salían involuntariamente de ella. Ahora, a través del relato del niño, todo tenía sentido.

—El peuco le dijo a mi ñuke lo que debía hacer, y así lo hizo. Por eso ha sanado.

## 26.

### Fulguroso portal de deseos

Antes de que el gallo cantara, las mujeres de la casa daban inicio al día. Su primer acto era conectarse con los espíritus y las fuerzas de la naturaleza; en una pequeña e íntima ceremonia, realizaban un ngellipun, en el que saludaban el nuevo día y pedían sabiduría. A pesar de que el invierno había llegado, Liam seguía durmiendo en el galpón; al escucharlas, se levantaba con mayor rapidez. Saludaba y, de inmediato, iba hasta el leñero a hachar mucha leña, como si fuera una rutina de ejercicios. Luego se sumaba a la ronda de mates alrededor del fuego, se servía unas tortas fritas calentitas y conversaba animadamente, a media lengua y con muchos gestos. Las mujeres se reían mucho con él. Kawel estimaba mucho a Liam; compartían juntos cacerías, cabalgatas y aventuras. El irlandés ya no necesitaba de su bastón, aunque a veces se quejaba del dolor en su pierna; entonces Pirenrayen le aplicaba cataplasma de arcilla y nalca.

El invierno le impidió a Liam partir. Las nevadas se sucedieron una tras otra, intensas, enmudeciendo la tierra, acallando con su fría humedad las voces de la mapu. El sol aparecía desabrigado, coronando de brillo la nevada; los cielos se volvían rojizos, y el ocaso empañaba de nostalgia la memoria. Al mirar el firmamento, Liam sentía ganas de llorar. Emulando su destino, sabía que más temprano que tarde debía partir, pero algo le impedía tomar la decisión. Algo similar le acontecía a Pirenrayen, que se negaba a pedirle que se fuera, tal cual se lo había encomendado Fresia.

Pirenrayen y Fresia decidieron que era mejor invitarlo a dormir dentro de su ruka; se lo propusieron, y Liam aceptó gustoso. Le tendieron un catre al lado del de Kawel. Cuando la comida

escaseaba, Liam y Kawel salían a cazar. Los días de encierro les permitieron conocerse, hablar, escuchar los relatos de su lejana tierra. Ese invierno los ojos de Fresia se volvieron blancos como la nieve. Kawel le preguntó a su madre si al llegar la primavera la nieve se iría de los ojos de Fresia. Su ñuke le respondió:

—No creo que la abuela vuelva a ver. Esta es una nieve eterna, como las que se quedan para siempre en las ancianas y en las altas cordilleras.

—Ñuke, ¿por qué Liam tiene el bosque en sus ojos? —siguió preguntando Kawel, sin dejar de observar a Liam.

—Y usted, hijito, ¿por qué tiene a la mapu en los suyos? —respondió Pirenrayen, y todos rieron. Luego agregó cariñosamente —: Porque así es la vida, porque así es la tierra, llena de colores y de variedad.

Fresia asintió con la cabeza. Liam miró a Pirenrayen a los ojos, y vio en ella un color lumínico que irradiaba desde lo profundo de su ser, y la halló hermosa. Alrededor del fuego, Liam contaba historias del mar, de su gente, de su vida; sin embargo, hablaba poco o nada de su familia.

Tras el invierno, la primavera llegó, y la naturaleza renovó sus fuerzas. Los animales parían y esto multiplicaba el trabajo de todos, ya que debían estar atentos a las pariciones para ayudar a las vacas y a las ovejas.

Una mañana, Roig Evans vino a traer una carta para Liam. Era de Christine, él la leyó ansioso. Le contaba que se encontraba bien, aunque los tiempos eran muy difíciles y la guerra había dejado mucha hambruna. Le preguntaba si ya estaba instalado como para que ella pudiera venir a vivir con él. Esa carta lo inundó de ansiedad. Pero se había comprometido a permanecer allí hasta el arreo de los animales a la veranada; luego partiría. Sentía que así devolvía un poco de la amabilidad y hospitalidad que había recibido de esa familia.

Roig Evans aprovechó la ocasión e invitó a todos al mafün de su hijo menor, que iba a celebrarse al final de la primavera. Todos asistieron. Pirenrayen se encontró allí con Chekeken. Tras largo tiempo de no verse, se abrazaron emocionadas. Era un momento muy especial: las familias dispersas volvían a verse; la alegría los habitaba, llenándolos de risas, abrazos, relatos. Se anoticiaban sobre el destino de hermanos, sobrinos e, incluso, hijos.

En ese mafün, Pirenrayen se enteró de las intenciones del gobierno de desalojarlos de las reservas pastoriles a las que habían accedido tras los desalojos de sus territorios de origen, y en las que se hallaban incómodamente reducidos. Cada día los hilos metálicos ceñían más los territorios. Uno de los longkos contó en el mafün que unos funcionarios provenientes de Buenos Aires les habían informado que debían firmar un acuerdo para ceder sus tierras al ferrocarril. Pirenrayen quedó preocupada por esta noticia, y coincidió con el longko en que se debía llamar urgente a los pu lof, las comunidades, para celebrar un futa trawun, un gran parlamento.

El verano, cálido y colorido, llegó más temprano que de costumbre, y Liam ayudó en el arreo de los animales a la veranada, ese bello lugar que de niña Pirenrayen disfrutaba tanto. Era un frondoso bosque que estaba arriba, en la cordillera. Un espacio comunitario, donde todas las familias del lof llegaban con sus puntas de animales, y compartían muchos momentos juntas. El verano no solo era trabajo, también festividad.

Las jornadas allí eran arduas. El sol derretía la nieve, que bajaba intensa y aumentaba el caudal de arroyos, lagos y ríos. La improvisada casita se levantaba muy cerca de un enorme lago que albergaba flamencos rosados, y también los huala, unos patitos negros, pequeños, que hoy casi han desaparecido por la cacería y la contaminación de las empresas.

Una calurosa tarde fueron a refrescarse todos al lafken, lago. Allí se encontraron con otras familias que reían y jugaban. Niños, adultos, ancianos; todos estaban desnudos. Esa visión al principio

impactó a Liam: sus prejuicios católicos aún anidaban en su conciencia civilizatoria, la desnudez era algo perturbador para él. Todos lo llamaban a sumarse. Él se negaba, hasta que los pichikeches, los niños, que se encontraban jugando en la orilla, salieron del agua y lo empujaron hasta el lago. Lo tiraron al agua, entre risas y gritos.

Liam disfrutó de aquello. Se quitó la ropa empapada, despojándose con ella de su vergüenza, y empezó a nadar. Recordó sus veranos en Dublín, nadando en el río con sus amigos. Se sintió libre, liviano, como si el peso de toda su vida se hundiera en las profundidades de ese enorme lago. Absorto en ese sublime momento, no se percató de que Pirenrayen ya había salido del agua. Al ver que no estaba bañándose, la buscó con su mirada en la orilla; deseaba estar cerca de ella. Como no la vio, decidió salir del agua. Estrujó su ropa, y se puso su calzoncillo largo y mojado. Puso el resto de las prendas a secar sobre grandes piedras, que estaban calientes por el sol.

Liam caminó por la orilla del lago, hacia el poniente. Gramillas espinudas se clavaban despiadadas en la planta de sus pies. En voz baja, rezongaba contra ellas, sin dejar de mirar por dónde pisaba. Hasta que de pronto alzó la mirada y vio a Pirenrayen desnuda, secándose al sol sobre una gran roca. Su piel brillaba, sus ojos estaban cerrados, su largo cabello negro caía suavemente desparramándose sobre la piedra. Quedó embrujado, no atinó a hacer nada. Parecía petrificado. Ajena a su presencia, sin intuir la mirada que se posaba sobre su cuerpo, Pirenrayen se entregó a las caricias del sol, que la abrazaba, depositando las yemas de sus dedos fulgurosos sobre su piel. Pirenrayen sentía que el sol encendía con mayor fuerza sus pechos, y ese extraño calor la excitó. Un impulso irrefrenable la llevó a colocar su mano en su pecho. Comenzó a acariciarse, como si hubiese tomado las manos del sol y las condujera sobre las partes sensibles de su andrógina geografía, disfrutando esa intimidad entre Antü y ella. Recorrió con su mano todo su cuerpo, sintiendo su piel caliente y húmeda. Bajó hasta su pelvis, y allí se detuvo, tocándose tímidamente al principio. Pero luego exploró hasta dentro de ella misma, en su profundidad

de mujer, hasta estallar en gemidos de placer. El sol iluminaba con un brillo especial el fluido blancuzco que se deslizaba entre sus muslos. Se sintió amada por el sol, acariciada, contenida y agradecida.

Se levantó, y se bañó bajo las aguas de una cascada que descendía, estrepitosa, de las cumbres nevadas. Liam la vio alejarse. Se sintió avergonzado de haber invadido clandestinamente ese momento que solo le pertenecía a ella. A partir de ese instante, un deseo intenso se apoderó de él; la sola cercanía de Pirenrayen lo perturbaba. Liam descubrió que la sonrisa de ella era encantadora, que cuando su mirada se perdía en el horizonte era conducida por indescifrables pensamientos. Liam quería conocer cada reducto de esos pensamientos, hubiera querido saberse en ellos. Le gustaba escucharla cantar, y ahora entendía su canto. En varias oportunidades, mientras tomaban mate alrededor del fuego, sus miradas se cruzaron. Liam no podía evitar penetrarla con sus ojos, pero Pirenrayen desviaba la vista, fingiendo no darse cuenta de lo que él sentía. Había rozado en más de una oportunidad su mano cuando le recibía el mate o el plato de comida.

Al terminar el verano, regresaron a la invernada con todos los animales. Cuando las primeras brisas del viento otoñal retornaron a la tierra, Fresia le dijo a Pirenrayen que ya era tiempo de que el forastero partiera. Mientras conversaban sobre ese asunto, escucharon los gritos de Liam, que llegó hasta ellas, con Kawel en los brazos. El niño estaba convulsionando. Desesperadas, ellas lo pusieron sobre el piso, en una improvisada cama. El niño echaba espuma por la boca, y no paraba de temblar. Liam recordó un episodio similar con un hombre envenenado, había visto cómo hacerlo vomitar. Le dieron leche, y lograron expulsar el veneno de su estómago; el hombre se salvó.

Liam levantó a Kawel y le introdujo un dedo en la boca, lo obligó a vomitar. Le indicó a Pirenrayen que le trajera leche, y se la dio a beber. Apenas tragaba, volvía a provocarle el vómito. Y así hizo varias veces, hasta que el niño expulsó todo el veneno de su cuerpo. Pirenrayen preparó lawen, una medicina, para el niño. Mientras tanto, Liam tenía en sus brazos a Kawel, que lucía como

un moribundo. Pero lentamente se fue calmando, hasta que desaparecieron sus temblores. Su respiración se fue normalizando y se durmió apacible. Habían batallado contra la muerte y lograron vencerla.

Angustiadas, Fresia y Pirenrayen se preguntaban qué clase de veneno era ese, quién y por qué lo había traído hasta ellos. Kawel estaba muy débil para hablar. Esperarían a que mejorara y pudiera narrar lo acontecido, recién ahí podrían tomar precauciones. Un largo silencio se produjo en la casita. Liam abrazaba al niño, sentado en sus rodillas, cerca del fuego, deseando que pronto despertara sano y salvo. Sentía su corazón latir con menos dificultad. Pirenrayen trajo un tazón con medicina y le pidió ayuda a Liam para dársela de a poco a Kawel. Mientras lograban que el niño tragara el lawen. El brebaje no sabía nada bien, estaba tibio, y él lo sorbía con dificultad. Cuando hubo acabado de tomarlo, se durmió.

Pirenrayen acomodó a su hijo en el catre y lo arropó. Se quedó a su lado acariciándole la frente. Unas lágrimas cayeron por sus mejillas, mientras Liam, en silencio, alimentaba el fuego. Doña Fresia reflexionó en voz alta:

—Fueron los wingkas, han envenenado nuestro pozo. Yo lo envié por agua al pozo, no quería que fuera a buscarla al arroyo porque es más lejos. Siempre se entretiene y tarda en regresar. Los wingkas quieren echarnos de aquí, de nuestra mapu. ¿Hasta dónde llegará su maldad? ¿Cuál será el límite de su ambición? Nada entienden. ¿Cómo pueden ser capaces de envenenar el agua, que es sagrada? ¡Los ñengko, los guardianes del agua, los castigarán! ¿Será que así terminarán con nosotros? ¿Tomarán todo lo que quieren, arrancándonos la vida?

Liam se sintió avergonzado y triste por ser parte de esa civilización despiadada y cruel, que sembraba muerte, que despojaba. Rezó en silencio pidiendo a su Dios por la salud del niño.

Kawel despertó al día siguiente muy cansado. Su ñuke le dio a beber un poco más de su lawen, y el niño tomó el remedio y volvió a dormirse. Liam lo mantuvo a su lado, le acariciaba el cabello. Pirenrayen observó la ternura del hombre; le llegó el amor que lo unía a Kawel, su pequeño hijo. Entonces se sintió menos sola frente

a esa nueva embestida de angustias que cada tanto la vida le traía, desafiante y a veces cruel. Sus pupilas se tiñeron de amor.

Una de esas noches en que ambos se desvelaban cuidando a Kawel, Pirenrayen llegó a descubrir del todo lo que albergaban los ojos de Liam. Por momentos, él le hablaba bajo, en susurros, para no despertar al niño. El fuego los iluminaba con ráfagas de luz. Pirenrayen se sentía vulnerada, desesperada, frente a la posibilidad de perder a su amado hijo. En un momento en que sus ojos se inundaron de lágrimas, Liam la miró con amor y la abrazó. Ella se dejó cobijar por esos fuertes brazos que la rodearon, y lloró como jamás lo había hecho delante de nadie. Pirenrayen y Liam se miraron. Los dos estaban anhelantes de caricias, de besos, de abrazos. Se entregaron sin frenos.

Fresia dormía al otro lado del patio, en su pieza de barro y paja. Kawel navegaba en el mundo de los sueños. El único testigo de esa pasión naciente fue el fogón, fulguroso portal de deseos. Tantos pensamientos y deseos liberados a la luz de su cálida presencia. Esa noche otoñal, fría y estrellada, Pirenrayen extendió sobre el piso de tierra una gruesa manta de telar. Se tendieron sobre ella desnudos, y se taparon con un quillango de cuero de guanaco, el mismo que tantas noches los había abrigado a ella y a Linkoyan, para amarse y luego dormir abrazados.

## Últimas noches de amor furtivo

Mi abuela decía que los irlandeses tienen el mar en su sangre, y que los océanos habitan su corazón, por eso viven sus sentimientos con turbulencias, y también con instantes de remanso. Los mapuches, en cambio, somos habitados por el espíritu de la tierra, la mapu; con su fuerza telúrica, habla a través de nosotros, despierta nuestros sentidos adormecidos como un volcán en erupción. El mar y la tierra pueden amarse, pero no hay fertilidad en ese amor. El mar besa con sus labios la tierra y la convierte en arena gris y mustia. Así se hallaron, así fue el amor entre el ferroviario irlandés y la mujer-medicina mapuche.

Liam encontraba todo tipo de excusas para no partir. Pirenrayen esperaba que la noche viniese sigilosa. Cuando todos dormían, se despertaba la pasión; se amaban e inventaban caricias. Él descubrió cuánto le gustaba a ella que la rozara con su barba desde el hombro hacia el cuello: Pirenrayen experimentaba un cosquilleo erótico que la estremecía entre el placer y la risa. Ella supo cuáles eran los besos y las caricias en los que Liam se perdía, abriendo todos sus sentidos, entregado a la exploración de su cuerpo en los labios de ella, mujer apasionada y tierna.

Cuando Fresia se encontraba dolorida o decaída, Pirenrayen la invitaba a dormir en su ruka. La anciana se acostaba a orillas del fogón, y su nieta la cuidaba. Esas noches, extrañaba la compañía de Liam. Pensaba en él; se reía en silencio recordando sus besos, sus caricias, su cuerpo. Él daba vueltas y vueltas sin poder dormir, porque necesitaba el calor de ella. Antes del amanecer, silenciosa, Pirenrayen salía de su casa y corría hacia el galpón. El ladrido de los perros la delataba. Pirenrayen los retaba susurrando para

callarlos, pero ellos ladraban igual, indiscretos. Cuando Liam la escuchaba, su corazón saltaba de ansiedad. Ella entraba en su cama, y él la abrazaba, la llenaba de besos, agradecido de su entrega cotidiana. Era usual que Liam acariciara y apretara las manos pequeñas y regordetas de Pirenrayen.

Algunas veces salían juntos a buscar medicina. Montada en pelo en su alazán, ella galopaba veloz por las tierras aún sin alambres. Detrás, él intentaba alcanzarla, pero siempre era ella la que se dejaba atrapar. Jugaban como niños. Liam se le arribaba al galope. Ella lo miraba y le sonreía feliz. Le extendía su mano y él intentaba rozarla; cuando parecía que lo lograría, ella taconeaba con fuerza su alazán y volaba como el viento. Luego se detenía a esperarlo a orillas de la laguna y allí se amaban con una mezcla de desespero y ternura.

Una vez más, cuando llegó el wiñoy tripantü, la nueva salida del sol, Pirenrayen le dijo a Liam:

—He pensado que deberíamos vivir juntos. Ya no quiero escaparme a su cama por las noches o esperar que usted venga a la mía. No entiendo por qué debemos escondernos para amarnos.

Liam le respondió:

—En mi cultura, cuando dos personas se aman y son libres se casan. Así viven su amor sin tener que esconderse, pero yo nunca podré casarme con usted porque ya estoy casado.

—¿Qué es casado? ¿Qué significa? ¿Es algo malo?

—Es usted tan bella cuando pregunta —respondió Liam, riendo.

—No se ría de mí, nada sé de sus costumbres.

—Jamás podría reírme de usted, solo puedo admirarla y amarla como la amo —dijo, y luego la abrazó y la besó con pasión.

—Entonces vivamos juntos —dijo ella con entusiasmo.

—No es tan fácil para mí —dijo él, mientras seguía abrazándola—. Hay otra mujer, se llama Christine. Es mi esposa, me uní a ella ante Dios. Vivíamos juntos en Irlanda, antes de que viniera a esta tierra. Ella espera que yo la traiga aquí.

Al escuchar esta confesión, Pirenrayen se alegró.

—¡Entonces tráigala! Será muy feliz aquí, con nosotros. Ella será su primera esposa y yo, su segunda esposa. Seremos hermanas.

—No, Pirenrayen. En mi país, los hombres podemos tener solo una esposa.

—No entiendo las costumbres de los wingkas. ¿Por qué se empeñan en ser infelices? —dijo, y se marchó. Liam se quedó cabizbajo y pensativo.

Por varias noches, Pirenrayen se rehusó a recibirlo en su cama; tampoco fue hasta la suya. Casi no le hablaba, esto atormentaba a Liam. El día de la ceremonia del wiñoy tripantü, ella partió con Kawel y su abuela; lo dejó solo. Nada reprochó Liam. Pensaba que, si no era invitado, no debía asistir. Se sentía un intruso en el mundo de ella, aunque ya lo sentía tan cercano como propio. Asumía que nunca iba dejar de ser ante ellos un simple forastero. Kawel fue a despedirse mientras Liam daba de comer a las vacas en el corral.

—Liam, usted tendría que venir con nosotros... ¡Le va a gustar! Todos debemos ir a recibir al sol.

—Yo lo recibiré, amigo mío. Aquí haré mi propia fogata. Tengo la pifilka que me regaló.

—Ahora debería venir con nosotros para tocarla en la ceremonia. ¿Vio qué bien suena? —preguntó como afirmando.

Liam hubiera querido confesarle que se moría de ganas de ir, pero que su madre no estaba de acuerdo con que asistiera porque él no aceptaba vivir con ella. La amaba, pero se hallaba confundido y, sobre todo, no podía renunciar a su pasado y quedarse para siempre allí.

Esos días fueron eternos para Liam. El campo le parecía enorme y vacío, la soledad le resultó amarga. La noche anterior al regreso de Pirenrayen, Liam la soñó. Cabalgaban juntos atravesando un río diáfano, en él había peces de colores centelleantes. Ella iba en el mismo caballo, sentada por delante. Él la abrazaba, mientras sostenía las riendas con firmeza. Olía su cabello suelto, sentía el calor de su espalda pegada a su pecho. Una brisa tibia cosquilleaba su piel. Cuando estaban por terminar de cruzar el río, apareció Christine en la orilla, llamándolo. Su grito agitó la corriente y el río se tornó turbio y bravío. El caballo relinchó inquieto y temeroso. Liam quiso sostener a Pirenrayen, pero el caballo se paró en sus dos patas traseras y corcoveó con tanta furia que ella fue sacudida hacia

las aguas. Él se tiró al río, nadó buscándola, pero no la halló, y cuando sus fuerzas lo abandonaron, creyendo que perecería ahogado, una mano lo rescató de la aguas. Era Christine. Al salir del agua, ya no se hallaba en la Patagonia, sino en Dublín. «¿Dónde está Pirenrayen?», le preguntó a Christine. Asombrada, ella respondió: «No sé de quién me habla». Él insistió: «¿Y la mujer que venía conmigo?». Ella respondió: «Nunca vino con nadie, porque nunca se fue». En ese punto del sueño, despertó.

Ese día, al verlos llegar, su corazón dio un salto de alegría y alivio. Kawel se adelantó hasta él, al galope.

—¡Liam, Liam! —gritaba el niño mientras se aproximaba, elevando su mano en un saludo.

—Amigo, qué bueno que ya estés aquí —le dijo mientras el niño desensillaba.

Kawel extendió su manito y Liam se la estrechó. Luego se abrazaron como si se tratara de dos viejos amigos que se reencontraban.

—¡Le traje carne de potro, y una sorpresa!

—¿Qué sorpresa será? ¿Puedo saberlo ahora?

Kawel extrajo de la alforja una pipa de madera de alerce, la había visto en el almacén de Roig Evans. El niño había cumplido con un encargo que le encomendó el Galensho y este, a cambio, le pagó con la pipa. Liam se emocionó con el gesto del niño. Lo abrazó largo rato. Luego entraron juntos a la cocina en la que el fuego tenía a punto la pava con agua hirviendo. Le sirvió un té al niño. Mientras ellos conversaban, llegaron doña Fresia y su nieta. Al verla entrar a la cocina, Liam debió contenerse; deseaba abrazar a Pirenrayen, contarle cuánto la había extrañado y que no podía ser feliz sin ella.

Ya la rabia se había disuelto en el apasionado corazón de ella. Pirenrayen también lo había extrañado y anhelado. Hasta se había arrepentido de imponerle que se quedara para cuidar la casa y atender a los animales. Bien sabía ella que eso no era necesario, pero la indignación y el frenesí la habían cegado.

Esa noche se amaron con toda la ternura y la pasión que podían sentir. Él había tomado una decisión: se estaba despidiendo. Ella lloraba mientras se fundían bajo el abrigo y la complicidad del

quillango. Aunque Liam no se lo había dicho, Pirenrayen lo sabía. Eran esas las últimas noches de amor furtivo. Ella quería recordar su barba, sus ojos, su boca, su nariz, su mentón, su mirada. Por ello, lo observaba a la luz del fogón, con detenimiento, como guardando en su memoria el rostro del ser amado.

Una semana después, Liam partió rumbo al poblado; allí se organizaría para viajar a Buenos Aires a reclamar su puesto laboral. El día que él se marchó, Pirenrayen lo siguió en su matungo y nuevamente lo desafió a galopar juntos. Él se arrimó como siempre cuando ella extendió su mano; pensó que, como las veces anteriores, apenas la rozara, ella taconearía su caballo y volvería a correr como el viento. Pero esa vez ella se dejó alcanzar, y sus dedos se acariciaron. Liam la miró con dolor; no quería dejarla, pero no encontraba la fuerza ni el valor para quedarse. Ella se detuvo un momento, y él continuó su camino.

Mi abuela me dijo que ese día empezó a nevar, que el frío era intenso, pero ella estaba allí sin poder moverse, clavada en la tierra, viendo la imagen de él perderse tras los cerros. Lloró y las lágrimas parecían cristalizarse. No había lawen para su pena, ni ningún brebaje mágico que diera paz a su corazón. Al poco tiempo de la partida de Liam, Pirenrayen supo que estaba embarazada.

Liam llegó al poblado, y desde allí fue directo a la casa de Carlos Cabrera. Necesitaba tener las últimas novedades de la empresa, estaba decidido a recuperar su trabajo.

Cabrera se alegró al verlo. Liam entró en la casa, que estaba abrigadita y cálida. Tita estaba panzona, tenía ya siete meses de embarazo, esperaba a su tercer hijo. Ella preguntó por Pirenrayen, por la salud de Fresia, y por Kawel. Liam respondió con simpleza, aunque el solo hecho de pensar en ellos le provocaba un dolor mudo, intenso y punzante en el medio del pecho. Tomó mate, se puso al día con las novedades, y se despidió amable. Pensaba alojarse esa noche en lo de su amigo Roig Evans; allí dejaría su caballo, aquel que le regalara el hombre mapuche que había

salvado de las manos del guardia en la revuelta. Quería mucho a ese caballo.

Cuando salió de la casita de Cabrera, Tita le comentó a su esposo:

—Se ve mal don Liam. Parece como apenao. ¿Qué le andará pasando?

—Andará preocupado por la muerte que hizo, y por su trabajo. Cuando vuelva de Buenos Aires, seguro traerá buenas noticias.

Cabrera apreciaba mucho a Liam, lo consideraba un buen hombre, y un buen jefe. El joven que ahora estaba en el puesto de O'Sullivan era arrogante y maltratador. Un ciudadano que odiaba la Patagonia, y esperaba ser trasladado pronto a alguna importante ciudad.

Cuando Roig Evans vio entrar a su amigo, se encontraba detrás del mostrador de su comercio, despachando a los clientes; sus hijos estaban trabajando a la par de él. Se sorprendió al verlo solo; Liam había ido en dos oportunidades, siempre acompañando a Pirenrayen. Al Galensho le gustaba que fueran una pareja, notaba en ambos mucho amor y respeto. Se saludaron con alegría.

Liam se alojó varios días en la casa de Roig. En la intimidad, siempre conversaban en inglés. Eso le permitía a Liam ser más preciso en sus palabras, podía contarle a Evans muchas cosas sobre las que jamás hablaría con nadie. Hablaron sobre diferentes temas, y pudo confesarle todo lo que sentía por Pirenrayen, pero también las imposibilidades de vivir con ella. Una de esas noches, tras la cena, se quedaron solos conversando, mientras fumaban y tomaban un vino.

—Amigo, creo que Pirenrayen ya ha tenido suficiente dolor con la pérdida de su marido. La conozco desde pequeña, también a Linkoyan. Ellos eran inseparables. Fue muy duro para ella enviudar, con Kawel tan niño. Y ahora su abuela ciega. Me afecta pensar que usted también será un dolor más en su vida. Pobre mi Pirenrayen... Mereciendo felicidad, solo recibe penas.

—Nunca quise dañarla, ni quiero ser una pena más en la vida de ella. Simplemente las cosas sucedieron así, y créame, yo también estoy sufriendo. Usted no tiene idea de cuánto amo a esa mujer. A toda esa familia. Extrañaré mucho a Kawel, incluso a doña Fresia, que sé muy bien que nunca me quiso.

—Es que esa ancianita ve más allá de nuestro alcance, tal vez anticipó lo que hoy está sucediendo.

—Tengo que volver a Buenos Aires y enfrentar mi destino. Si soy juzgado por la muerte del guardia, asumiré mi culpa. Me pesa como un buey en mi espalda esa muerte, pero sé que me hubiera pesado más la muerte de un inocente. Defendí al inocente del poder malvado del guardia. Ese hombre estaba allí herido, en las manos de Dios estaba su vida. Ningún hombre tiene derecho a arrebatar la vida de un moribundo que no puede defenderse, y el guardia, sin compasión alguna, quiso apuñalarlo. Sé que he pecado, porque yo arranqué la vida de un hombre por defender la vida de otro.

—Amigo, el mayor de los pecados no está en la lista de los diez mandamientos, y créame que usted nunca lo cometerá.

Liam, mirándolo con expresión de desconcierto, preguntó:

—¿Cuál es ese pecado?

—La indiferencia. Madre de todos los crímenes.

Pirenrayen no sabía cómo decirle a su abuela que estaba embarazada, y que amaba al gringo que tantas veces habían criticado juntas, y hasta se habían burlado de él. Una tarde, mientras ambas hilaban, observaba cómo su abuela se valía del tacto para hilar y hacer rodar el huso bailarín que iba convirtiendo en finas hebras la lana cruda. Concentrada en su silenciosa tarea, creyó oportuno contarle las novedades. Sin rodeos, le confesó:

—Abuela, estoy embarazada.

—Lo sé, hija. Esperaba que usted me lo dijera. También la he escuchado llorar por las noches, desde que él se fue. Saben hacer eso los hombres... Le hacen un hijo a la mujer y, ni bien se enteran, se escapan sin importarles nada.

—Pero él no lo sabe, no quise decirle.

—¿Y por qué no le dijo, hijita? Hizo mal, usted tenía que decirle.

—Porque él ya había decidido irse, no quiere vivir conmigo. Si le contaba que esperaba un hijo, tal vez se hubiera quedado, pero no por amor, sino por obligación. Y yo no necesito ningún hombre a mi lado que se quede por compasión. Yo podré criar a este niño...

—Niña —la interrumpió Fresia—. Es una niña, ya se ha anunciado. Me ha venido a saludar en sueños. Será una hermosa niña.

Pirenrayen escuchó en silencio, y lloró, abrazada a su abuela.

—No sé por qué lloro tanto, abuela —dijo Pirenrayen, como disculpándose.

Fresia tomó su mano, y acariciándola le respondió:

—Hija, usted llora porque el espíritu de ese nuevo ser está envolviendo su corazón. Dos úteros albergan a nuestros hijos: uno en el vientre, para crecer, y otro en el corazón, para sentir.

El vientre de Pirenrayen fue creciendo. Ni bien se supo en la zona que ella estaba embarazada, nadie dudó de quién era el padre.

## Que sea un buen vivir el nuestro

El invierno de 1931 trajo consigo muchos acontecimientos. Uno de ellos fue la llegada de Christine, Sarah y John. Al fallecer Niall O'Sullivan, Sarah decidió que no quería quedarse en Dublín; las últimas cartas de su hijo eran alentadoras, parecía feliz con su nuevo trabajo. Liam nunca le había confesado a su madre, ni a su esposa, todo lo que había sucedido con él después de la revuelta. Temía angustiarlas innecesariamente.

Ellas habían ahorrado para poder viajar. John había irrumpido inesperadamente en sus vidas y, al verlas tan solas, comenzó a ayudarlas en todo lo que estaba a su alcance. En varias oportunidades, les había comentado su deseo de viajar hasta Argentina para visitar a Liam, y tal vez probar suerte en ese joven país. Su presencia influyó en la decisión definitiva de partir, pero los tres esperaron la llegada de la primavera para concretarlo.

Sarah tuvo un viaje difícil, con mareos e indisposición casi constantes. Permaneció mucho tiempo en su camarote. Christine y John se encontraban en la cubierta para respirar el aire marítimo y conversar. John observaba a Christine, atraído por su belleza. Le gustaba ver cómo el viento sacudía los bucles dorados que caían sobre su frente. Cuando el día estaba frío, la punta de la nariz se le tornaba rosa, y sus ojos adquirían un brillo húmedo que confería una belleza angelical al azul de sus pupilas. Él seguía ejerciendo en ella un poder de seducción que la asustaba; por ello, aunque había confianza, no lograban desvanecer la fina capa de tensión que los distanciaba. Cuando en el intercambio de miradas el silencio se imponía entre ellos, temían caer en la insistente tentación de darse un beso.

En uno de esos tantos silencios, John le confesó:

—¡Qué afortunado es mi amigo Liam! La mujer más bella del mundo atraviesa el océano para estar a su lado. Yo no tengo esa suerte.

—No debe hablar así. Liam es su amigo, y es mi esposo. No quiero volver al pasado, pero usted bien sabe que no se trata de suerte. Usted podría haber estado en el lugar de Liam, pero eligió otro camino diferente del mío.

—Sí, es verdad. Nunca me perdonaré ese terrible error, ya no puedo repararlo.

—Por favor, John, ya no me hable así. Me lastima.

—Lo siento, Christine. Es difícil estar cerca de usted y tener que reprimir mi deseo de abrazarla, de besarla.

John tomó las temblorosas manos de Christine y las besó con pasión.

—Por favor, no vuelva a hacerlo nunca más —dijo al retirar sus manos.

Se fue asustada a su camarote, y lo dejó solo en la cubierta. A partir de ese instante, Christine intentó poner distancia con John, aunque le resultaba difícil: aún lo amaba.

Mientras estaba alojado en la casa de Roig, Liam se enteró a través de una carta de su tío del viaje de su esposa y su madre hacia Argentina. Trató de imaginarse junto a Pirenrayen, recibiendo a su madre en la cordillera patagónica, pero no pudo armonizar en su mente la idea. Eran dos mundos tan diferentes, imposibles de unir. Él no pertenecía a esa tierra y a ese pueblo. Y aunque ese amor había sido feliz y maravilloso mientras había durado, tuvo la certeza de que solo se trataba de un sueño. Despertar a la realidad le recordaba sus responsabilidades como esposo y como hijo. Su padre ya no estaba en este mundo. Él había amado mucho a su padre, lo entristecía no haber estado a su lado para despedirse, para decirle cuánto lo había querido, y cuánto lo admiraba. Su verdadera vida estaba junto a ellas. Esa fue la razón por la que se

despidió de inmediato de Roig y, sin dudarlo, fue al encuentro de su madre y su esposa.

Liam llegó a su destino casi un mes después de haber salido de la cordillera, el viaje estuvo cargado de imprevistos. Una vez en la ciudad, se dirigió a la mansión de su tío. Fue enorme su alegría cuando al entrar en la casa vio en la sala a Christine. La abrazó con desespero, hubiera querido llorar en sus brazos. Ella representaba el aroma y el calor de su vida anterior. A Christine le costó reconocerlo, con esa barba tan tupida y la cabellera larga, atada en una trenza. Sintió cierta extraña impresión, pero cuando él la abrazó, ella se llenó de ternura. Su madre lloró al abrazarlo. Fue reconfortante el reencuentro con Christine y con su madre. También estaba allí su amigo John, Liam se sorprendió al verlo. Ambos se alegraron de reencontrarse, se descubrieron cambiados. Tras la primera sorpresa, también ellos se estrecharon en un abrazo.

Mientras tanto, en la Puelwillimapu, doña Severina Acuipil le pidió a su esposo que la llevara hasta la casa de Pirenrayen; Tita, la esposa de Cabrera, la acompañaría. Habían reunido ropa de bebé, y algunas mermeladas hechas por ellas. Pirenrayen y Fresia se sintieron muy felices al recibirlas. Hablaron y se rieron mucho. Sin embargo, el destello de amargura no se quitaba de los ojos de Pirenrayen. Severina, que la conocía desde pequeña, pudo advertirlo; cariñosamente le preguntó:

—¿Está descansando bien, Pirenrayen? Se la ve agotada.

—Sí, descanso bien, doña Severina. Alguna que otra noche me desvelo. Creo que es la panza, la bebé no para de moverse.

—¿Don Liam? ¿Ha escrito? ¿Qué dice?

A Pirenrayen no le gustó la pregunta, pero vio también mucho interés en la mirada de Severina por saber cómo se estaba comportando Liam. Era muy amigo de su esposo y ella le tenía gran aprecio.

—No sé nada de él.

Al notar que se había entristecido, Tita cambió de tema y anunció:

—Con Carlos queremos regalarle una cama. No será grande, pero tampoco muy pequeña. Es para que esté más cómoda para amantar a su hijo.

—Mañun, doña Tita, pero no creo que sea necesario. Nunca la necesité. Siempre he dormido así, en el catre. ¿Sabe? Es una niña la que llevo dentro. Mi abuela la soñó. Cuéntele, abuela, su sueño —dijo casi gritando, porque la sordera que desde hacía un tiempo aquejaba a Fresia no permitía otro modo para el diálogo.

Entonces la abuela contó el sueño, y al finalizar su relato, dijo:

—Ando preocupada por esa criatura, mucha tristeza tiene mi nieta. Toda esa pena se la está pasando a la niña. Sería bueno que ustedes me ayuden a juntar ayelawen. Es una flor que sale en las pampitas orillando la laguna, amarillita es, muy buena para curar las penas. La Pirenrayen no puede ir, porque no es bueno que una embarazada ande cerca de las lagunas.

Severina y Tita se ofrecieron gustosas, y quedaron en salir el mismo domingo en que iban a traer la cama, para campear la flor. Por el olfato y el tacto, Fresia se daría cuenta de si era la que buscaba. Hacía mucho que no salía a buscar medicina, y extrañaba mucho esas salidas. Esperó expectante que llegara el domingo.

Liam se encontraba nervioso y angustiado. El telegrama de su amigo Roig lo había dejado sorprendido y desorientado. Nunca se sintió tan perdido como en aquellos días. De pronto ya no sabía qué era lo correcto. Iba a ser padre, tendría un hijo de la mujer que tanto amaba. Pero no imaginaba cómo decírselo a Christine. Por la preocupación, su temperamento adquirió los rasgos de un misántropo. Pasados unos días, resolvió hablarlo con su tío.

La mañana en que se acercó a él para contarle su situación, halló a su tío en su oficina, atiborrado de papeles y apurado porque a la tarde debía partir a una de las estancias y quería dejar todo organizado durante su ausencia.

—Qué sorpresa, sobrino, que vengas a verme hasta aquí —dijo sonriendo el tío, sabiendo que Liam no era muy afecto al aire de las

oficinas, ni a los ruidos del centro de la ciudad.

—Necesito de su consejo, tío.

—Si estás preocupado por aquel asunto del guardia, en la revuelta del sur, María Isabel ya lo ha resuelto —se anticipó su tío—. Es muy amiga del juez que intervino en la causa, y le explicó que fue en defensa propia. Además ya han archivado la causa. Los ingleses tenían que dar demasiadas explicaciones, hubo muchas irregularidades. Hay unos socialistas haciendo preguntas que los incomodan. Así que debes estar tranquilo. Solo concéntrate en recuperar tu trabajo, en eso también te ayudaremos.

—No es eso de lo que vine a hablar, aunque le agradezco a usted y a mi tía todo lo que hacen por mí. Es otro asunto, muy privado.

Al escuchar esto, Lord Husprum se preocupó.

—Bien, te escucho.

—Todo este tiempo en que me he ausentado, estuve viviendo con los mapuches.

—Sí, lo sé.

—Allí conocí a una mujer joven que me curó y cuidó de mí. Nos enamoramos, y ahora ella está embarazada. No sé qué hacer...

Lord Husprum soltó una carcajada, y luego dijo:

—Muchacho, creí que me ibas a confesar algo serio. Una india... ¿A qué hombre puede importarle el destino de una india? Las mujeres no son temas de preocupación, muchacho. Solo olvídala.

—Pero no puedo vivir con esta mentira. ¡Es un hijo! ¿Cómo puedo olvidarlo?

—Sobrino, una verdad dicha de modo irresponsable puede afectar la armónica vida que las mentiras necesarias construyeron. La verdad y la mentira son hermanas siamesas, viven juntas, y ambas son necesarias en esta vida. No desprecies la divina mano dadora. Ten mucho cuidado con lo que vayas a hacer. Aquí está tu esposa, ha gastado lo poco que tenía para llegar a tu lado. ¿Quién si no tú, sobrino, deberá hacerse cargo de ella y darle una vida decente. Ella es una mujer hermosa, cualquier hombre se sentiría afortunado al compartir la vida con una mujer como Christine. Muchacho, si te hace sentir mejor, envíale dinero a esa mujer para cubrir la necesidades de tu hijo. Seguro ella lo apreciará.

Liam no dijo nada más. Agradeció a su tío, y salió del edificio, abatido. Se preguntó qué esperaba acaso de su tío, e inmediatamente supo la respuesta: nada. Solo necesitaba compartir con alguien sus angustias.

Para la audiencia con el gerente del ferrocarril, faltaban varios días. Los nervios le crispaban las manos, no lograba conciliar el sueño. Él y Christine dormían en habitaciones separadas, pero una noche de tormenta y truenos, Christine golpeó a su puerta y le pidió permiso para dormir con él. Temía mucho a los truenos; quería descansar, pero no lograba conciliar el sueño. Liam la aceptó en su cama. Se abrazaron tímidamente, como dos amantes que se acuestan juntos por primera vez. Ella lo besó, y se pegó a su cuerpo; él devolvió el beso. Liam se sentía reconfortado con la tibieza de su cuerpo, con las caricias y los besos. Entonces ella avanzó más con sus caricias, posó su mano en el sexo de él, pero Liam se la quitó, y le dijo:

—Duerma, es muy tarde, mañana tengo mucho por hacer.

Christine pensó que quizás él llevaba mucho tiempo, demasiado tal vez, sin tener sexo. Hacía varios años que se habían tenido que separar; quizás debido a ello, su marido se mostraba poco predispuesto. ¿Había perdido la costumbre? La situación se repitió un par de veces, y él la rechazó en cada oportunidad. A veces, ella lloraba en soledad, sin saber que Liam también padecía el mismo pesar. Pirenrayen estaba impregnada en su piel, en su modo de amar, en su vuelo de éxtasis; con ella había aprendido un mundo de caricias y sonidos que le llenaban el alma. Sin ella se sentía vacío, pero también se sabía un cobarde. Necesitaba olvidarla porque debía volver a su vida anterior. Christine era parte de su verdadera vida, Pirenrayen fue parte de su aventura. Liam tenía la certeza del dolor que eso le infligía a Pirenrayen, que además ahora esperaba un hijo suyo, pero tampoco estaba dispuesto a abandonar a Christine, que sufriría mucho si lo hacía. No hubiera sido justo para ella. Pirenrayen era fuerte. Liam no tenía dudas de que lo superaría.

Pero, en cambio, la bella Christine era frágil, insegura; viviendo en un país ajeno, sin su familia, sin sus afectos. Solo él estaba allí, y por él había atravesado el mundo.

Por fin llegó el día de la entrevista con las autoridades ferroviarias, estaría en la reunión el gerente de la empresa. Liam se preparó unos días antes: se cortó el cabello, afeitó su larga barba, volvió a vestir sus trajes europeos. Nada quedaba del Liam libre y salvaje. Se presentó ante los funcionarios ingleses ferroviarios, quienes lo recibieron con cortesía. Lo escucharon, lo interrogaron y no solo lo aceptaron nuevamente dentro de la empresa, sino que además lo premiaron con un ascenso. Se convirtió en supervisor de los ramales. Él arengó a favor de los obreros, pero por supuesto nada de eso les importaba a sus superiores. El hecho de premiarlo con un ascenso respondía fundamentalmente a la necesidad de pactar su silencio. Liam sabía demasiado, la coyuntura no era la mejor para la empresa; así que resultaba más fácil tenerlo dentro que fuera.

Liam destinó una parte de su sueldo para Pirenrayen. Le escribía a menudo, y prometía ir pronto a verla. Roig Evans era su cartero, él la visitaba con cierta regularidad. Pirenrayen guardaba la carta, pero rechazaba el dinero, y se lo daba a Roig Evans para que se lo devolviera a Liam. Mientras el Galensho le leía la carta, ella trataba de disimular su emoción. Habría querido saber leer, para escudriñar una y otra vez, a través de sus cartas, lo que en verdad sentía Liam. No perdía la esperanza de que llegara cualquier día, en el momento menos pensado.

La cama que Cabrera y Tita le regalaron a Pirenrayen ocupaba gran parte del reducido espacio de la casita. Quisieron también darle un colchón, pero ella no aceptó, y se dio a la tarea de armarlo ella misma. Estaba más animada a medida que se acercaba la fecha del parto. Se hacía baños con las flores de la alegría, y también las

tomaba en ayuno por las mañanas para florecer y fortalecer su espíritu. Kawel y ella le hablaban mucho a la niña. Kawel decía:

—Cuando nazca mi hermanita, sabrá que soy yo al escucharme. Por eso le hablo siempre.

Un día, antes de terminar el colchón, Pirenrayen fue hasta el ciprés. Caía la tarde y, como siempre, llegó el peuco. Ella le cantó, luego le habló durante largo tiempo, se arrodilló ante él y le rogó que la entendiera, que no tuviera celos, ni tristeza, ni rabia, pues él siempre iba a estar en su corazón. Le dijo:

—Linkoyan, le pido que mi hija nazca bien, que nos ayude a ser felices, que no haya penas ni disgustos, que sea un buen vivir el nuestro.

Y mientras hablaba, las lágrimas, abundantes como un torrente de agua, caían cual catarata sobre su rostro. Le ofrendaba todo lo que al difunto Linkoyan le gustaba comer y beber. Al terminar, dejó la vasija vacía bajo el árbol. Se levantó de allí renovada, sintiendo que había sido escuchada y que algo bueno iba a suceder.

## 29.

### Un puntito oscuro a la distancia

Finalmente, Liam regresó en la primavera de 1931. Se habían reiniciado los trabajos de extensión de las vías, y se iban a construir los talleres mecánicos en los que se establecería el control y reparación de todas las máquinas de la zona sur. Liam debía permanecer un mes supervisando y verificando el funcionamiento de todo.

Llegó al poblado en una camioneta de la empresa. Fue directo a saludar a su asistente Carlos Cabrera. Tita ya había tenido a su nuevo bebé, se alegraron al verlo. Los hombres tomaron mate. Tita cebaba en silencio, mientras servía pan con mermelada. Hablaron mucho los hombres; de asuntos laborales, del clima, de la gente. Tita moría de ganas de contarle sobre Pirenrayen, pero Liam no preguntaba ni comentaba nada al respecto. Ya había transcurrido más de una hora cuando Liam anunció que iba a saludar a su amigo Roig y que seguro allí se alojaría. Se despidió de todos, y salió a la calle.

Las flores coloreaban el pueblo, el cielo era azul jade, el viento aún era fresco pero suave, amainado por la aproximación del verano. Todavía en la cima de la cordillera se veía la nieve, como un encanecido cabello de las ancianas montañas. Mientras caminaba, un revoltijo de emociones y sensaciones cosquilleaban su corazón: la alegría de sentir otra vez el aire y el olor de la Patagonia, la cercanía de la mujer que tanto amaba, la esperanza de reparar de algún modo su desplante. Quizás ella lo perdonaría, y lo recibiría llena de amor. ¿Cómo se vería embarazada?, se preguntó, y quiso imaginarla.

Liam entró al almacén de Evans. Solo se hallaban sus hijos atendiendo a la clientela. Ellos lo saludaron con simpatía. Liam con una sonrisa preguntó:

—¿Y su padre?

—Ha salido con la mamá —respondió uno de ellos.

—Pase —dijo amablemente el menor de ellos—. No tardarán.

Y así fue. Cuando llegaron, la sorpresa y la algarabía resultaron enormes. Hicieron un asado para celebrar su llegada. Roig puso sobre la mesa una botella de vino, del mejor. Llenaron la mesa de chacinados, queso y pan, mientras asaban la carne. Comieron y bebieron con alegría.

Pasada la medianoche, ya estaban muy borrachos, porque a la primera botella le siguió una damajuana de vino clerical. A Severina Acupil no le gustaba cuando los hombres se juntaban a tomar, su marido borracho comenzaba a hablar en inglés; ella sentía que se burlaba de ella, no lo entendía. Así que se enojaba. Los dejó en la cocina, y se fue a dormir. Al principio, Liam no sintió ganas de preguntar por Pirenrayen, pero la borrachera ablandó su corazón.

—Dígame, amigo —le dijo Liam al Galensho—. ¿Cómo está ella?

—Panzona —dijo riendo, y luego añadió—: No estuvo bien que la abandone así. Ella es una gran mujer.

—No tuve alternativa. Ella no me dijo que estaba embarazada.

—Pero nunca es tarde cuando la dicha es buena, mi amigo —contestó sonriendo el Galensho.

—Quiero verla —dijo con un tono casi desesperado Liam.

—Y vamos, amigo —invitó Evans.

—Mañana, mañana, amigo. Ahora todo da vueltas en mi cabeza. Quiero dormir.

A lo lejos, los perros ladraban en la calle; los gatos se peleaban en el tejado, y un gallo somnoliento cantaba en el silencio taciturno del pueblo. Ambos se fueron a dormir con el propósito de partir temprano al día siguiente.

Escucharon desde la casa el ruidoso camioncito de Roig Evans. Kawel salió a mirar.

—Ahí viene el Galensho, mamá —dijo el niño.

—Bueno, hijo, que llegue nomás —respondió Pirenrayen.

—Qué raro que ha venido tan temprano —comentó Fresia.

Ellas recién habían comenzado el día. Pirenrayen estaba peinando su largo cabello. Escuchó a los perros ladrar, y a su hijo hablar con Roig Evans. Entró Kawel con el Galensho, saludó el recién llegado, y le dijo a Pirenrayen:

—Hay una persona en el camión que pregunta por usted, quiere consultarle algo.

Pirenrayen pensó que se trataba de algún enfermo; así solían llegar hasta su casa, de hecho. Roig Evans, en innumerables ocasiones, había transportado hasta allí a mujeres y hombres en grave estado, que Pirenrayen lograba salvar. Aún con su cabello suelto, salió de la casa.

La mañana era luminosa, un viento perfumado hacía bailar las hojas. Pirenrayen caminó hacia el camión. Liam la vio venir como una mágica visión. Su vientre se notaba abultado; su cabello suelto, largo, flameaba como seda. Al acercarse, logró identificarlo. Una excitación de felicidad le ahogó la voz y apresuró el paso. Liam descendió apresuradamente del vehículo, y fue a su encuentro. Se miraron, se abrazaron y se besaron con toda la pasión y el amor con que podían manifestar lo que sentían. Él quiso explicarle por qué se había ido, quiso disculparse, pero ella no lo dejó continuar.

Acariciando su rostro y penetrando sus ojos con dulzura, le expresó:

—No necesito tantas palabras. Sé quién es usted, sé quién soy y, sobre todo, sé lo que sentimos.

Él sonrió, y miró su panza: era grande y redonda. Acarició su vientre, y la volvió a abrazar.

—Jamás amé a ninguna mujer como la amo a usted —le susurró al oído—. Créame, mi corazón vivirá en el suyo, aunque yo no pueda vivir aquí con usted.

Desde ese día se alojó en la casa con Pirenrayen, Kawel estaba muy contento con su retorno. Solo Fresia se sentía incómoda con su presencia, pero no quería contrariar a su nieta. Tras tantos meses de pena, la sentía feliz. Le gustaba percibirla así.

Liam se propuso construir una casa de barro y piedra más grande, con dos habitaciones y varias ventanas; algo que no era común allí. Así que intercalaba las horas de su trabajo con las de constructor. Contrató a dos hombres para que lo ayudaran. Antes de regresar a Buenos Aires, la casa estuvo terminada. Pirenrayen aceptó que él estaría en su vida así, como a retacitos. El amor era para ella una manta que la abrigaba en el frío de la soledad; una manta que se tejía a retacitos, con cada momento intensamente vivido, momentos que constituían la fuerza de los recuerdos, en los hilos de la memoria. Liam estaba feliz. Por primera vez se sentía parte de una familia, de una comunidad; se sentía expandido en ese ser que venía, se sentía amado verdaderamente por la mujer que él amaba. Sin embargo, no dejó de pensar en Christine. Ni bien pudo, regresó a la ciudad. Había prolongado su estadía, dos meses permaneció allí.

La mañana en que debía partir, pasó un buen rato en la cama, abrazando y acariciando el vientre de Pirenrayen; podía sentir cómo su hija se movía adentro de ella.

Liam la miró a los ojos y sentenció suspirando:

—¡Cuánto la extrañaré! A mi regreso le haré un horno de barro para el pan.

—Yo lo esperaré con nuestra hija en mis brazos.

Él la abrazó más fuerte aún, y besó su frente, luego se vistió y salió por leña al patio. Pirenrayen se quedó un poco más en la cama, se sentía pesada. Entró Kawel, quien desde la llegada de Liam dormía del otro lado del patio, en la pieza de doña Fresia. Pirenrayen le había pedido que se mudara para cuidar de la abuela, quien por la noche se levantaba varias veces para saciar sus riñones. La ceguera le había traído más de una caída.

El niño hizo fuego, y puso la pava. Ella, fiacosa, se sentó en la cama, y empezó a vestirse con la misma parsimonia con que lo hacía cuando era pequeña. Lavó su cara, peinó su cabello, y

cuando entró Liam con la leña cortada, ella estaba preparando el pan con queso y mermelada, para servirlo mientras los mates circulaban entre los tres. Doña Fresia hacía rato que se había despertado, pero no le gustaba compartir con Liam; desde su llegada, encontró mil excusas para recluirse en su habitación.

Poco antes del mediodía, Liam se marchó en su matungo hacia el poblado. Debía llegar hasta la estación más cercana, y de allí viajar hasta Buenos Aires, en diferentes medios. Pirenrayen se quedó inmóvil en el patio, viéndolo perderse y reaparecer por el ondulante paisaje, hasta que ya no fue más que un puntito oscuro a la distancia. No hubo lágrimas esta vez: tenía la certeza de que regresaría.

## A los hombres se les permite olvidar

Mientras todo eso acontecía en la vida de mi familia, en Buenos Aires, Christine había hallado en María Isabel y Marie a dos amigas. Se ocupaban de llevarla a las reuniones sociales, cenas y salidas campestres, una vida burguesa que jamás hubiera tenido en Irlanda. Ella lo disfrutaba, pero a Sarah le disgustaba; a veces prefería no acompañarla. Eso incomodaba a Christine, que en más de una oportunidad, para complacerla, terminaba desistiendo de salir y se quedaba en la casa con su suegra. Esa obligación la fue envolviendo como una mortaja de la que deseaba escapar, pero en pocas ocasiones lo conseguía.

Liam, completamente ajeno a la soledad y tristeza experimentada por su esposa, aprovechaba cada viaje por el país para alejarse de su aburrida casa y de lo que él llamaba su «cárcel marital»; su amigo John lo acompañó varias veces. Christine advertía los cambios producidos en su marido, pero se sentía perdida. No podía entender lo que le sucedía, sentía que él era un desconocido con el que había contraído matrimonio hasta que la muerte los separara. María Isabel y *mademoiselle* Dumont intentaban animarla. Le enseñaron español, y a preparar platos tradicionales; se divertían juntas en la cocina.

Liam había logrado mudarse de la casa de su tío a una bella casona que el ferrocarril había construido para el personal jerárquico, pero a Christine no le gustaba la idea de vivir en una casa que no fuera de ellos. Por esa razón, no se esmeraba en embellecerla, y pasaba casi todas las tardes en la casa de María Isabel. Christine no maliciaba sobre la relación que sus amigas tenían entre sí; pensaba que las mujeres eran muy unidas, casi

como hermanas. Desconocía los rumores que circulaban sobre tan estrecha y extraña relación entre una mujer casada y una señorita en edad de merecer, que no mostraba ningún interés por los hombres que la pretendían. Pero a Sarah no le gustaba María Isabel. No tenía motivos personales, ni razones concretas para rechazarla; sin embargo, su actitud anticlerical la consternaba. La había oído burlarse de Christine, por no faltar jamás a misa. Le pareció un chiste de muy mal gusto burlarse de la fe de las personas. Decía que era católica, pero jamás pisaba la iglesia. María Isabel nunca se enteró de los recelos de Sarah, apenas tenía tiempo para distraer a Christine de sus preocupaciones. Estaba muy ocupada en montar una fundación para niños huérfanos.

María Isabel quiso regalarle una casa a Christine. Al saberlo, Liam se encolerizó. Christine le reclamó:

—¿Por qué no acepta este obsequio de su tía, que tanta falta nos hace? ¿Acaso cree que usted me podrá ofrecer algo mejor que esa hermosa casa?

Liam, irritado, la miró con expresión de burla y le respondió:

—Entonces debió casarse con ella, ya que puede ofrecerle mejores cosas que yo.

Salió a la calle dando un portazo, y se perdió en la noche brumosa de una Buenos Aires fría y solitaria. Casi todas las noches, Liam tenía una excusa para dar un portazo y volver muy tarde, cuando Christine ya estaba dormida. En una de aquellas ocasiones, Liam estaba tan borracho que su amigo John debió cargarlo y llevarlo hasta su casa. Christine decidió no molestar al personal que dormía, y le pidió a John que la ayudara a subir hasta la habitación a su marido. Lo metieron en la cama sin quitarle la ropa, John se encargó de sacarle tan solo los zapatos. Christine le ofreció un té y él aceptó. Bajaron hasta la cocina, y mientras se calentaba el agua, se sentaron a conversar:

—Se ve cansada y triste estos últimos días, ¿puedo ayudarla en algo?

Christine sonrió avergonzada.

—Es su imaginación —respondió. Y enseguida agregó—: Estoy bien, no se preocupe.

—Siempre me preocuparé por usted, no me pida que no lo haga. Es imposible que no la piense cada día.

La tetera chirrió avisando que ya estaba lista. Tomaron su té, en medio de un incómodo silencio que espesaba el aire. Ella se sentía frágil, y deseosa de ternura; él ardía de pasión. Christine puso sus manos sobre la mesa; John extendió las suyas para tocarla, acarició la yemas de sus dedos, subió explorando el dorso de sus manos. Ella lo miraba embelesada. John se paró y se arrodilló ante ella, que seguía sentada, boquiabierta. Entre sorprendida y asustada, no atinó a nada; solo a dejarse besar sus manos. Él se sentó en su regazo, y ella tiernamente acarició su cabellera. John levantó el rostro para mirarla, y encontró los ojos de Christine, brillantes de lágrimas y deseos. La besó con ternura, dominando su férvido deseo. De pronto, un ruido en la sala los alertó. Recomponiéndose del trance amoroso, John se irguió con premura, y fue hasta la sala, donde halló a Sarah, que en bata y con una linterna se dirigía a la cocina pensando que habían entrado ladrones. Esa fue la única vez que John y Christine se entregaron, incipientemente, pero pesaron más sus miedos y sus normas morales. Aunque ambos se sabían enamorados.

Sin mayores cambios en la vida de este país, comenzó un nuevo año. Pirenrayen ya se encontraba en fecha de parto. Observaba continuamente la luna, partera lumínica, alumbradora de todos los partos, de todas las vidas.

El Galensho vino a visitarlos, habían transcurrido varias semanas desde su última visita. Severina, que lo acompañaba, quedó sorprendida del abultado vientre de Pirenrayen.

—Será un bebé muy grande, tiene la panza muy baja hoy — aseguró preocupada, y extendiendo su mano, midió con la palma los centímetros que había bajado la panza.

Fueron a ver la nueva casa. Quedaba a unos cuantos metros de donde se hallaban.

—Es grande y luminosa —dijo el Galensho—. En el camión tengo la cocina que le envió Liam.

—Cuando llegue Kawel de la escuela, le puede ayudar a bajarla, debe ser pesada.

—Sí, es bien pesada.

Regresaron a la ruka. Allí el Galensho se sentó en el banco de madera de las visitas, al que Pirenrayen le había tejido una manta pequeña de telar con vivos colores. Vio cómo ponía presurosa la pava tiznada en el fogón. Su esposa se sentó frente a él; de reojo miraba a Fresia, que hilaba con habilidad. Su tacto había reemplazado a sus ojos.

Era el mes de febrero, día de mucho calor. Cuando estaba preparando el mate, Pirenrayen sintió un líquido tibio bajando por sus piernas, supo que había llegado el momento de dar a luz. Con discreción, se acercó a Severina y le dijo:

—Doña Severina, ya viene el bebé, estoy empapada.

Le pidieron a Roig Evans que las dejara solas. Por su ceguera, Fresia ya no atendía partos, pero decidió quedarse para ir aconsejando qué hacer. Doña Severina se ofreció a ayudar, y ofició como partera bajo estrictas indicaciones: cortó el cordón umbilical, limpió a la bebé, y retiró la placenta, también despedida con dolor de la parturienta.

Cuando Kawel llegó de la escuela, el Galensho le dio la noticia: su madre estaba tratando de sacar de su vientre a su hermana. Kawel tenía ya doce años, se estaba convirtiendo en un joven robusto y alto. Visitaba a menudo a su otra abuela, Chekeken, quien lo consentía en todo. Chekeken ya no podía levantarse de la cama; moría lentamente, cada vez más gigante, y también más amorosa. Kawel tenía pensado ir a verla ese día, pero al saber que su hermana ya estaba por nacer, se quedó.

Ayudó a Evans a colocar la cocina de hierro fundido, que funcionaba a leña, en la nueva casa. Estaba fascinado con esa novedad. Colocaron los caños, y una vez instalada, la estrenaron. En eso estaban Roig y Kawel cuando escucharon el llanto de la niña. Pirenrayen sufrió bastante para lograr sacarla a la vida, pero cuando salió, su llanto fue fuerte como un trankal, un trueno.

—Esta niña parece que trae mucha fuerza en su llanto —dijo Fresia Coliman, y rieron.

—Será muy fuerte —vaticinó Pirenrayen, entre sollozos de dolor y alegría, y le besó la cabecita aún ensangrentada.

Pirenrayen estaba agotada. Su trabajo de parto había durado muchas horas, desde la media tarde hasta bien entrada la noche. La llamaron Wanguelen, estrella, porque nació en una noche estrellada. Pero cariñosamente acortaban su nombre y le decían «Wang». Era regordeta, larga, y estaba hambrienta. Pirenrayen le pidió a su abuela que enterrara la placenta en el árbol sagrado, para que la niña estuviera cuidada. Y la ancianita lo hizo ese mismo día, ayudada por Kawel.

Por fin Wang ya estaba entre los brazos de su madre, alimentándose con desespero. Succionaba con fuerza y los pechos de Pirenrayen se llenaban de abundante leche.

—Mi niña, usted es mi estrella —le susurró Pirenrayen—. Desde mi vientre, iluminó las noches más tristes y oscuras. Usted es mi luz, para que no haya oscuridad en mí. Iñce poyeimi ñi puñen moyo. La amo, mi beba.

Sarah atendió al cartero, traía un telegrama dirigido a Liam O’Sullivan. Sabía que no correspondía, pero lo abrió y lo leyó. Estaba escrito en inglés y decía: «Ha nacido su hija. Madre y niña se encuentran bien. Roig Evans». Sarah palideció al leer esa noticia. Cuando al rato su hijo entró en el comedor, fue hacia él.

—Llegó esto para usted —dijo, y le entregó el telegrama.

—Está abierto, ¿lo ha leído?

—Desafortunadamente sí, lo he leído. Me gustaría que me explicara...

Liam volvió a sentirse inseguro frente a su madre, como cuando era niño y hacía algo que estaba mal.

—Conocí en la Patagonia a una mujer, nos enamoramos, y tengo una hija con ella.

—¿Y Christine lo sabe?

—Por supuesto que no, nunca se lo diría. Y prefiero que usted se olvide de esto.

—Ah, claro. Este mundo es así. El olvido es parte de las sanas costumbres, ¿no? —dijo irónica, y continuó—: A los hombres se les permite olvidar. A veces olvidan a retazos, fragmentos del pasado se hacen añicos en las frágiles memorias del presente. Es de hombre civilizado olvidar lo que se ha hecho mal, haber tenido un pasado incómodo, y borrarlo de su mente, de su corazón, como si jamás esa vida se hubiera dado, como si todo fuera parte de un desdibujado suceso de ensoñación o de pesadilla. Nosotras las mujeres no tenemos ese privilegio. Nuestros errores se recuerdan para enseñar a otras. Debemos ser castas e inmaculadas. Las mujeres «con pasado» son condenadas a perpetuidad en los labios chismosos de la sociedad. Claro, hijo, usted puede olvidar, pero yo no. No olvidaré esta noticia. Me pregunto dónde está mi Liam, el que yo eduqué, al que enseñé a decir la verdad, y sobre todo a respetar. ¿Dónde está ese hijo? Porque a este hombre que tengo enfrente lo desconozco. En buena hora que Niall no está ya entre nosotros, no me gustaría que viera en lo que se ha convertido su hijo —dijo, y se retiró llorando del comedor. Liam se quedó allí impávido, mirando la lluvia estival que comenzaba a caer.

## 31.

### Su hogar estaba allí, en Puelmapu

El día en que Wanguelen nació, encontraron muerta a Chekeken. Murió mientras dormía. Lloró mucho Pirenrayen al saber la noticia, no solo porque amaba a Chekeken, sino porque además no pudo despedirse. La celebración del wiñoy tripantü fue la última ocasión en la que se vieron, y en esos días Pirenrayen se encontraba ensimismada y triste por su relación incierta con Liam. Sintió la partida de Chekeken como un mal augurio. No pudo asistir al funeral, eso la entristeció aún más. En mi pueblo, creemos que los bebés son portadores de espíritus frágiles, y que en un funeral pueden ser afectados por los espíritus que bajan a encaminar al muerto hacia la wenu mapu. Por eso, embarazadas y bebés no deben andar en los entierros.

Aunque Fresia los animaba, aquellos días fueron difíciles, apesadumbrados, para Kawel y Pirenrayen. El niño sentía la partida de su abuela. La beba lloraba desconsoladamente de hambre, contribuyendo aún más a la atmósfera de tensión y tristeza que reinaba en la casa. Dicen que por el susto o la pena las madres se secan, y la leche deja de salir de sus pechos; algo así le había sucedido a mi abuela, que hizo llamar a Tita para que la aconsejara.

Esta vez Tita vino con su sobrina, una niña de unos trece o catorce años. Su nombre era Ambrosia. Estaba recién llegada al pueblo; venía en busca de un trabajo, de la oportunidad de una mejor vida. Era la cuarta hija de ocho hermanos; sus padres, un matrimonio campesino de Tucumán, trabajaban de sol a sol en los cañaverales. La madre de Ambrosia era la hermana mayor de Tita, y le había pedido a ella que por favor se trajera a la niña para la

Patagonia; sabía que, si no la sacaba del lugar, los patrones la violarían como ya le había sucedido a la mayor de sus hijas.

A Tita le quedaba algo de leche en sus pechos; amantaba aún a su último hijo, que ya había cumplido los dos años. Puso a Wang en su seno. Al principio, la beba lloraba con tanta desesperación que no encontraba el pezón para succionar, pero finalmente lo logró, y fue calmándose hasta saciarse y dormir.

—Le traje a mi sobrina para que la ayude —le dijo Tita a su amiga—. No es necesario que le pague, con que le dé techo y comida será suficiente. Es muy hacendosa y rápida para aprender. Será una buena ayuda para usted. Prefiero que esté en el campo y no en el pueblo. Va creciendo y los hombres en el pueblo son muy atrevidos y ella, muy inocente.

Así llegó Ambrosia a la vida de Pirenrayen, ambas llegarían a quererse mucho.

La niña siempre andaba alegre; era ágil para el trabajo, de risa fácil, pero Fresia se quejaba porque le gustaba dormir mucho. Ambrosia alivió varias de las tareas que debía realizar diariamente Pirenrayen, sobre todo la atención a Fresia. Ahora ella podía liberarse de eso para atender mejor a Wang. Volvió la leche a su cuerpo, y la paz a su alma.

El que se sentía atribulado por un maravilloso y dulce torbellino de sensaciones era Kawel. Se volvía torpe y tímido cuando Ambrosia estaba cerca. Desde su llegada, Kawel casi no salía de la casa. Pirenrayen lo retaba porque descuidaba las tareas del campo; él era el responsable de pastar los animales, y ayudar en el sembradío. Rezongando, salía a asumir sus tareas. A veces, cuando Ambrosia no tenía nada que hacer, preguntaba:

—Ñuke, ¿la Ambrosia puede acompañarme?

—Bueno, si la Ambrosia quiere...

—Sí, tía, yo quiero —respondía Ambrosia. Cariñosamente la llamaba «tía» a mi abuela, es una costumbre que aún perdura entre mi gente.

Kawel y Ambrosia jugaban, y conversaban mucho. Él le iba enseñando todo lo que sabía de su tierra y sus costumbres. Ella compartía las historias de su lugar, los nombres de animales que no

había por acá. A veces a Ambrosia se le escapaba alguna lagrimita recordando a su mamá, entonces Kawel la animaba con algún chiste, o invitándola a jugar. Sobre todo les gustaba cabalgar al galope por el lof, que entonces no tenía alambres. La estancia inglesa avanzaba con sus hilos metálicos de poder, pero no lograba consumir sus ambiciones; siempre mi gente conseguía ponerle un freno a su avaricia.

El verano se esfumó sin la presencia de Liam. Solo llegaban sus cartas, y el dinero que regularmente enviaba, aunque Pirenrayen lo devolvía. Lo que ella desconocía era que, a pedido de Liam, Roig Evans depositaba ese dinero en un banco, para que cuando ella necesitara algo, ese dinero estuviera disponible.

Para Liam fue un verano difícil. Quiso rearmar su hogar, fortalecer los lazos con Christine, pero Sarah casi no le hablaba. Había tedio y cansancio en él, así que les propuso a las mujeres ir unos días a la playa. Partieron a la estancia de María Isabel, la que tanto le agradaba a su tío. Quedaba muy cerca de una pequeña ciudad balnearia, Mar del Plata, y el casco de la estancia tenía vista al mar. Liam delegó en su amigo John Walton las tareas que tenía pendientes en el norte. Su amistad había cambiado; se apreciaban, pero lejos estaban de ser esa clase de amigos a quienes se les confía los más íntimos temores y los más profundos secretos. Pasaban buenos momentos juntos, tal vez los únicos en que Liam se relajaba y reía, como en el pasado. Pero era una amistad sostenida fundamentalmente por la nostalgia, más que por la complicidad del presente.

Durante sus viajes, acompañando a Liam como su asistente, o en otros solo, John Walton conoció las inequidades del gobierno, las paupérrimas condiciones de vida de los trabajadores y sus familias. En el campo, como en la ciudad, había hambre, pobreza y explotación. Él se preguntaba por qué el pueblo no se levantaba y no se rebelaba contra tanta opresión. Liam, en cambio, había dejado

de preguntarse cuando fue testigo de la masacre. Sabía que cuando se siembra muerte se cosecha miedo.

Liam, Christine y Sarah se instalaron en la estancia, que se hallaba ocupada solo por el personal de servicio. Lord Husprum, María Isabel y *mademoiselle* Marie se encontraban de viaje por los Estados Unidos; habían ido a cerrar negocios y a entregarse al placer.

Afuera el calor era agobiante; adentro, la casa era un refugio de frescura. Se acomodaron en las habitaciones. Liam cariñosamente le pidió a Christine que durante esos días compartieran la cama. Ella sonrió complacida. Deseaba un hijo, imaginó que tal vez esa era una oportunidad para intentar quedar embarazada.

Salieron a caminar por la playa. Había una quietud absoluta en el paisaje; cada tanto se oía el graznido de una gaviota, y el canto del mar bamboleándose suave. Sarah no soportaba el calor, y se quedó en la casa. Quizá solo fue una excusa para dejar a solas a la pareja. Sufría por la conducta de su hijo, se avergonzaba; una y otra vez se repetía a sí misma que Christine no merecía que él la tratara así.

Liam se quitó el calzado.

—La arena está caliente —se quejó riéndose—, cocinaré mis pies. Venga, entremos al agua —le dijo sonriendo a su esposa.

Ella dudó, pero se quitó parte de la ropa; solo se quedó con la enagua y el sostén. Entró al mar y sintió la frescura de su abrazo.

—¡Está deliciosa! —le dijo a su marido.

Nadaron un poco. Salieron del agua renovados, y se tiraron en la arena. Liam se le acercó hasta quedar pegado a su cuerpo. La contempló en su totalidad, fue como volver a descubrirla: la vio hermosa. Acarició sus manos, su cabello, y la besó. Sus besos sabían a sal, y su piel estaba arenosa. Se sintió inundado de deseo, pero cuando él quiso quitarle las prendas mojadas, adheridas a su piel, ella lo detuvo.

—No, Liam —dijo—. Por favor, soy su esposa. Esto no está bien. Esperemos la noche, aquí podría vernos alguien.

Regresaron a la casa, hablando y riendo. Christine recordaría esos días de verano como los más felices de su vida. Ambos se pusieron a la tarea de hacer un hijo. Entre el placer y la obligación,

agotaron sus fuerzas en cada intento. Pero la naturaleza les negaba la simiente que ellos anhelaban. Terminaron los días de descanso, y también el verano. Retornaron a su rutina, y otra vez las preocupaciones gobernaron los pensamientos de ambos, impregnados de dudas y miedos sus corazones.

Sarah se decidió, y aceptó el pedido de María Isabel de ayudar en la fundación que ella había creado. La fundación contaba con un orfanato, y decidió crear también una escuela de arte. Sabiendo que Sarah era maestra, le pidió que la ayudara en la dirección de la escuela. Y Christine impartió clases de piano allí.

Antes de las primeras nevadas de mayo, la empresa envió nuevamente a Liam al sur. Cuando supo de su viaje, salió de compras. Tras muchos años, entró nuevamente a una juguetería, la primera en estas tierras. Allí compró una muñeca de porcelana, con vestido de canesú y sobrefalda de tul. También algo para Kawel, aunque ya no era tan niño. A Pirenrayen le compró chocolates en una tienda. Se sentía emocionado y feliz. Un pensamiento extraño se le cruzó por la mente: se dio cuenta de que en el sur era libre; de que allí era, sin tapujos y enredos, el verdadero Liam, mientras que en Buenos Aires se convertía en una vaga representación de sí mismo. Definitivamente, su hogar estaba allí, en Puelmapu, junto a Pirenrayen, Kawel, Fresia y ahora también junto su hija.

Al día siguiente, ya en el tren, en la soledad de su camarote, recordó a su amigo Pat O'Donnell, quien había escapado con una joven indígena en Panamá. Envidió su libertad. Ahora lo entendía; aquella vez, en cambio, había considerado una locura esa decisión. Al igual que él, Pat O'Donnell había encontrado en aquellas exóticas tierras el amor y la libertad.

Un mediodía otoñal, Liam volvió a pisar la casa de Pirenrayen. Ya no iba con su matungo, ni lo llevaba su amigo Roig Evans; ahora manejaba una camioneta nueva de la empresa. Pirenrayen se

encontraba cocinando tortas fritas, se asomó para ver quién venía y lo vio llegar. Sintió alegría, pero disimuló. Haciéndose la indiferente, no salió a recibirlo. Kawel no se encontraba, Wang dormía sobre la cama, y Fresia andaba por la huerta con Ambrosia, quien se había convertido en su lazarillo.

—Mari mari poyen —dijo Liam apenas entró en la cocina, en un mapudungun con acento gringo.

Pirenrayen se acercó, lo abrazó y le reprochó al oído:

—Tardó demasiado, ya casi me había olvidado de usted. — Señaló a la bebé, y dijo con ternura—: Allí está nuestra hija.

Él se acercó y rozó con sus dedos su carita.

—Es la niña más hermosa que he visto —dijo, y su mirada quedó cautiva de ella.

Liam se quedó allí, tomándole la diminuta manito, mientras veía cómo Pirenrayen extraía las tortas fritas, aún chirriantes, que pescaba de la grasa caliente. Al terminar, puso la fuente llena sobre la pequeña mesa que había construido Liam con la ayuda de Kawel. Preparó el mate, y sentados alrededor de la niña conversaron sobre las novedades. Liam sentía que ahora sí había llegado a su hogar. Cuando el almuerzo estuvo listo, como si hubieran olfateado la comida, llegaron todos los ausentes. Liam aprovechó para repartir los regalos. Colocó la muñeca en la cama con Wang.

En los días siguientes, se mudaron a la nueva casa. Wanguelen llenó de alegría sus vidas, crecía fuerte y feliz. Su papá pasaba el otoño y la primavera con ella, y el invierno y el verano con su otra familia. Le talló un caballito de madera.

Por otro lado, Liam palpaba los avances ferroviarios: el tren estaba cada vez más cerca del poblado. Se empeñaba en aumentar el rendimiento de los trabajos, a veces mal hechos, y esto los obligaba a retroceder. Los meses que pasaba en el sur, optimizaba su tiempo responsablemente; trabajaba empeñándose en cumplir los objetivos que se imponía a sí mismo. Cabrera estaba a la par de él en todo. Ayudándolo incluso en labores que no le correspondían. Al final de cada jornada, ambos se iban a sus hogares. Ya en la casa, Liam se dejaba inundar de amor y ternura por su hijita; solía llevarla en sus brazos, mientras caminaba con Pirenrayen en busca

de plantas medicinales. Desde que se habían mudado a la nueva casa, Fresa aparecía poco. Se la veía cada vez más ancianita; la ceguera la desanimaba, las fuerzas la iban abandonando. Pirenrayen no quería que partiera, sentía que aún la necesitaba.

# QUINTA PARTE

## Nada de aquí nos llevamos

Los años fueron pasando con la misma rapidez con que se arrancan las hojas de un calendario. Christine y Liam ya casi habían perdido el hábito de compartir la cama. Cada tanto se encontraban en ella para amarse y tratar de tener un hijo. Ambos visitaron los mejores médicos, pero la empresa resultaba imposible. Tras severos estudios, le dijeron a Christine que jamás podría ser madre. La noticia la sumió en una depresión.

Una noche de desvelo, en agosto de 1935, Sarah y su hijo se encontraron en la cocina. Ella preparó té para ambos, y sentados frente a frente, hablaron de sus inquietudes y preocupaciones.

—Quiero conocerla —le dijo Sarah.

Liam no supo qué responderle.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Sarah.

—Tres años.

—¿Cómo se llama?

—Wanguelen.

—¿Cómo? No entendí...

—Wanguelen —repitió Liam, cada vez más incómodo y serio.

—¡Qué nombre tan raro!

—Es mapuche, significa «estrella».

—Hijo, quiero conocerla.

—Madre, por favor... Es complicado. No creo que sea posible.

—Soy su abuela, tengo derecho a conocerla y a que me conozca. Hijo, ¿cuánto tiempo más cree que estaré aquí? No sería justo que me vaya de este mundo sabiendo que tengo una nieta a la que no pude conocer.

—Veré qué puedo hacer para que la conozcas.

—Gracias, hijo —dijo, y tomó su mano. Luego agregó—: ¿Quiere galletitas de chocolate para acompañar su té?

Sin esperar la respuesta, Sarah le guiñó un ojo, y puso las galletitas sobre la mesa. Esa noche madre e hijo se fueron a dormir tarde, en paz, reconfortados por la dulzura de un amor inconmensurable y eterno.

Esa misma noche de desvelo en la que Liam conversaba con su madre, Pirenrayen no podía dormir. Había recibido la visita del longko Mankiñ, quien había ido en busca de lawen, y a invitarla a un trawun para resolver qué actitud tomar ante la amenaza del gobierno de sacarlos de sus tierras. «Pronto pasará el ferrocarril por nuestras tierras —le dijo—. Dicen que debemos irnos.» Pero el trawun debió posponerse por un temporal de nieve. Fue tan intensa la nevada que muchos animales murieron.

Ese invierno, Ambrosia y Kawel decidieron vivir juntos. Kawel le pidió permiso a su ñuke para mudarse con Ambrosia a la ruka, la misma en la que había crecido, hecha por las manos de su difunto padre. Estaba ajeada y maltrecha, pero él quería cada una de sus paredes. Esa ruka era el museo de su niñez, el santuario de su memoria. Decidieron mejorarla y convertirla en su hogar.

Fresia no aceptó mudarse a la nueva casa que Liam le había construido a Pirenrayen. Se sentía a gusto en su pequeña casita de una sola habitación. Su nieta iba varias veces al día a visitarla junto con Wanguelen. Fresia amaba a la pequeña, le recordaba mucho a Pirenrayen cuando era niña. Tenía tres años, pero hablaba clarito, era bilingüe.

Wanguelen llegó muy arropada a la casita de su bisabuela. El trayecto era corto, pero la nieve estaba alta. Tras muchos días de incesante nevada, esa jornada había sol. Terminaba agosto. Septiembre llegaría renovando las fuerzas de la vida, época de brotes y pariciones. Aquel día Fresia se hallaba con inusitado vigor. No puedo calcular la edad exacta, pero imagino, por lo que contaba mi abuela, que Fresia tendría más de noventa años.

—Hijita, ayúdeme, quiero carnear una gallina para hacerme una cazuela —le dijo Fresia a Pirenrayen.

—Claro, chuchu —respondió bien predispuesta.

Rápidamente, Pirenrayen buscó entre las gallinas que deambulaban libres por el estrecho gallinero, salvaguardadas de la nevazón, concentradas en la única tarea que les importaba: devorar el maíz. Así, a una de ellas le llegó su inevitable destino, a la más tiernita. La tomó en sus brazos y le retorció el pescuezo, y a los minutos ya se hallaba conversando tranquilamente con su abuela, mientras la desplumaba. Aquel último verano Fresia y Wang estuvieron muy unidas.

Wang era muy traviesa y alegre, le gustaba correr tras los pollitos hasta lograr atrapar a uno. Lo acomodaba suavemente en sus manos, lo acariciaba un rato y luego lo dejaba ir. Su bisabuela, Fresia, le había regalado una chivita guacha a la que le había puesto de nombre Pichi, que en mapudungun quiere decir «pequeña». Era una chivita debilucha y muy chiquita, que la cabra había abandonado sin razón alguna, cosas de cabra. Wang estaba muy atenta a Pichi: se encargaba de su comida, ayudaba a su abuelita a darle el biberón.

Una y otra vez, todos los días se presentaba el mismo escándalo cuando Pirenrayen debía peinarla: Wang lloriqueaba y chillaba, a veces incluso huía, y su madre, rezongando y exhortándola, corría tras ella. Pero cuando su padre estaba visitándolas, la pequeña se dejaba atrapar por él. Liam la sobornaba con trocitos de chocolate que solía esconder para la ocasión. Wang era alta para su edad; su piel era terrosa; sus ojos, penetrantes, verdes tal cual los de su padre; su cabello, azabache, brillante como el día, largo y lacio. Pirenrayen le cepillaba el cabello y se lo recogía en dos largas trenzas. «La sangre mapuche es muy fuerte», solía decir Liam al observar que su hija solo había heredado de él el color de sus ojos y su pequeña nariz.

Aquel día de invierno comieron cazuela hasta el hartazgo. Wang jugó con Fresia, arrancándole carcajadas a la ancianita. Por la tarde, ya casi oscureciendo, la dejaron descansar, y regresaron a su casa.

Fresia dormía cuando alguien golpeó a su puerta. Grande fue su sorpresa al ver tras ella a Kalfurayen.

—Hija, ¿cómo llegó hasta aquí? —le preguntó sorprendida a la joven.

—Usted me llamó —respondió Kalfurayen con ternura—. ¿No lo recuerda? Me costó caminar hasta aquí... La nieve no me permitía reconocer el lugar, todo está muy cambiado.

Fresia respondió apenada:

—Sí, hija, todo ha cambiado mucho desde que usted vivía aquí.

Kalfurayen le respondió:

—No se apene, ñuke, vengo a buscarla. Es tiempo de que descanse. Además, hay mucho por hacer allá también. Vamos —le dijo Kalfurayen, y tomó la mano de Fresia.

Cuando Fresia avanzó unos pasos, sintió el frío helado del invierno. La nieve estaba aún alta, pero ella parecía deslizarse sin problemas. Caminó de la mano de su hija, que la guiaba y ayudaba en la travesía de la noche. De pronto divisaron un palenque con dos caballos amarrados, eran fuertes y bellos. Uno, blanco y luminoso. En el otro, oscuro y brillante, estaba montado su esposo Ñankuray. Fresia sintió cosquillitas de felicidad al verlo. Lo encontró rejuvenecido. Él la ayudó a montarse con él, y ella se abrazó fuertemente a su cintura.

Empezaron a cabalgar. Fresia se sentía liviana, sin dolores. De pronto comenzaron a elevarse. Entonces ella vio cómo se alejaba su pequeña ruka, su huerta, su corral, su vida. Todo irradiaba una luz brillante que parecía querer enceguecerla otra vez. Y así los tres galoparon hasta las estrellas; Fresia, su amado esposo y su caballo. Y así se fue a la wenu mapu doña Fresia Coliman, mi tatarabuela.

Luego de que Kawel encontrara el cuerpo de Fresia enterrado en la nieve, Wang le preguntó a su madre si la abuelita iba a despertar para jugar con ella. La pequeña había sido una muy buena compañera de Fresia, su lazarillo. De la tristeza, Pirenrayen no pudo responderle. Lloró por su partida, pero mientras preparaba su cuerpo para el funeral, eligió recordar los mejores momentos con ella, para que su espíritu no se elevara triste, empapado en llanto.

Hacía tiempo que Pirenrayen anticipaba su ausencia. Los ojos de su abuela se habían cubierto de una gruesa nube blanca. Los grandes, verdes y rasgados ojos de Wanguelen la miraban fijo, con mucha curiosidad. Pirenrayen recordó una tarde de otoño, sentadas las tres mujeres a orillas del arroyo, entibiando sus cuerpos al sol. Mientras ella lavaba la ropa, Wanguelen no paraba de hacerle preguntas a Fresia:

—Abuelita, ¿por qué tus ojos son blancos?

—Me parece, hijita, que mis ancestros creen que ya he visto demasiado, que es ya suficiente —respondió Fresia—. Y me mandaron dos nubes blancas para que yo descanse de mirar. Primero vino una nube chiquita, y fue creciendo, y llamó a la otra. Así las dos se quedaron a vivir en mis ojos.

Wang preguntó:

—¿Y te duele, abuelita?

—No, hijita. Más me dolía lo que mis ojos veían antes. Ahora mis ojos solo ven el pasado; los recuerdos de mi gente, de mis hijos, del longko Ñankuray. Todo el tiempo los veo, pero todo se ha vuelto amarillo, como viejo.

En aquellos días, Fresia vio a Ñankuray cerca del árbol sagrado. Lo vio llegar en su matungo oscuro, apearse, y apoyarse en el árbol, con las riendas del caballo en sus manos. Él le sonreía contento, y ella supo que había llegado el momento de acompañarlo. Preparó lo poco que tenía y fue repartiéndolo entre los suyos, hasta Liam recibió como obsequio un cuchillo de mango de plata tallada que Fresia había heredado de su primer marido. Compartió con su nieta todos los consejos guardados en su corazón, y con sus bisnietos, todas las memorias que las pocas noches de fogón previas a su partida le permitieron.

El día que Fresia murió una fina lluvia abrazó la tierra, la nieve fue derritiéndose con ella. Ambrosia había hecho muchas tortas fritas para compartir con los que llegaban al funeral. Kawel fue el mensajero: llevó la noticia a toda su gente, a la velocidad del viento. Roig Evans envió un telegrama a Liam, y este no demoró ni un minuto en partir rumbo al sur. Quería despedir a esa anciana de la que tanto había aprendido. Sabía que ella no lo apreciaba mucho,

pero en sus últimos días Fresia había terminado por aceptar la relación que Liam tenía con Pirenrayen. Sobre todo, Liam quería estar con la mujer que tanto amaba. Presintiendo su pena, deseaba ya estar allí, abrazándola, tomando en sus manos las suyas, acariciándolas. Pensaba en su hijita, que seguramente también estaría triste. Cavilando todo eso, la ansiedad y la desesperación se apoderó de él.

La extensión del ferrocarril había avanzado por el territorio, pero aún estaba muy lejos de llegar hasta el poblado donde se hallaba el lof. El invierno dificultaba el camino, cada obstáculo aplazaba su llegada. El tren se detuvo antes de arribar a su destino final, la nieve entorpecía el avance. Una cuadrilla de obreros se había adelantado para limpiar las vías, pero como el carro vial en el que se movían había volcado, estaba allí cortando el paso.

Los pasajeros descendieron quejándose. Liam se adelantó hasta la máquina y habló con el maquinista.

—Dígame, ¿qué anda pasando?

Al principio, el hombre no le prestó atención, pero cuando Liam le mostró su carnet de conductor, comenzó a darle las explicaciones del caso. El maquinista le indicó que al frenar se había llevado por delante el carro vial, al que llamaban «zorra de vía» o «zorra de rieles», el cual había sido abandonado por los obreros desde hacía varios días. Supo también que el tren demoraría mucho tiempo hasta completar el trayecto, porque se esperaba el relevo de la máquina, que como estaba averiada debía ir al taller. Liam se desesperó y pidió que le trajeran una zorrita, que sí estaba disponible, y con bastante rapidez se la hicieron llegar. Se montó en ella, y partió.

Hizo muchos kilómetros en la dresina de accionamiento manual, sus brazos estaban agotados. Cuando creía que se desvanecería por el cansancio, un viento blanco descendió con furia de la montaña. No se veía nada. Temblaba de frío, a pesar del continuo movimiento de sus brazos para avanzar con la dresina sobre las vías. Liam creyó que moriría allí, en el intento desesperado por llegar al funeral. Entonces una idea se le cruzó por su mente: esa ceguera blanca que el viento producía al arrastrar la nieve no era

sino la mirada condenadora de Fresia. «¡Es ella!», se dijo convencido, y comenzó a hablarle en mapudungun, pidiéndole ayuda para llegar, disculpándose con ella:

—Abuela Fresia, perdóneme por todo el dolor infringido a su nieta, perdóneme por mi corazón cobarde. Este corazón está lleno de miedos, lo sé, pero también de mucho amor, tanto que aquí me ve, tratando de llegar a su funeral. Ayúdeme, Pirenrayen me necesita a su lado, y mi hijita también.

Lloró tras decir esto, y sus lágrimas fueron de mucha amargura. Al terminar de hablar y de llorar, el viento amainó hasta desaparecer, el cielo se despejó, y a lo lejos vio acercarse un bulto negro. Cuando ya estaba cerca, supo que se trataba de dos hombres a caballo. Al verlo, le ofrecieron ayuda. Liam pudo acercarse en ancas hasta un pueblo, y allí contrató una camioneta que lo llevó a su destino. Nunca olvidó aquel episodio, y a partir de ese momento creyó que el viento blanco acontece cuando los ciegos nos miran.

Por fin Liam logró llegar hasta los brazos de Pirenrayen. Fue un abrazo largo y fuerte, y ella lloró mojando la solapa de su abrigo. Pirenrayen le entregó el cuchillo que su abuela le había dejado destinado como regalo. Liam se puso el makun, el poncho tejido que Pirenrayen le había obsequiado, y un trailonko, una vincha hecha por Fresia especialmente para él; la colocó en su cabeza y se sumó al funeral.

El funeral fue muy concurrido: unas trescientas personas asistieron a los cuatro días de eluwün. Vinieron a rendir su gratitud a esta anciana que, mientras estuvo en este mundo, sanó cuerpos y espíritus. Le sustrajo a la muerte tantas vidas como pudo. Agradecidas por alargarles la existencia, esas personas cantaron y le ofrendaron su gratitud. Hubo música, danzas orillando el fuego, cantos mánticos que golpearon las puertas cósmicas para que Fresia entrara allí fortalecida por el amor de los suyos. Mi pueblo sabe que, al partir de esta mapu, nada de aquí nos llevamos; solo las fuerzas espirituales con que hemos sembrado nuestro andar, y los afectos, que son energía adicional para cabalgar por las estrellas, y llegar hasta el sol y más allá.

Pirenrayen estaba triste, pero su consuelo fue el buen morir de su abuela: su camino a la wenu mapu había sido armónico. Liam no se movió de su lado, se mostró cariñoso y comprensivo con ella. Pensó que, si la vida arrancaba de su lado a Pirenrayen o a su hija, no lo podría soportar; las amaba profundamente, y también a Kawel. Sin embargo, no podía abandonarlo todo para quedarse definitivamente allí. Tras el funeral, Liam solo permaneció un tiempo con ellos, hasta entrada la primavera.

## No lograba encontrar la paz

Kawel estaba preparando su mafün con Ambrosia, sería en el verano. Ya tenía diecisiete años; era un joven fuerte, inteligente y muy trabajador. Wang cumpliría pronto cuatro años, y su padre decidió que era tiempo de que se conocieran con Sarah. Así que regresó entusiasmado a Buenos Aires, a proponerle a su madre que lo acompañase al mafün de Kawel.

En Buenos Aires, Sarah y Christine se hallaban atareadas por sus responsabilidades en la fundación. La primavera de 1935 se presentaba aromática y fecunda, contrastaba la vitalidad de la atmósfera con el sentimiento acongojado de Christine. Había pensado en la posibilidad de adoptar, pero no sabía cómo plantearse a su marido; anhelaba tanto ser madre, y sufría mucho por la imposibilidad. Los niños y las niñas a los que les enseñaba música le devolvían todas las tardes la alegría y el buen ánimo, ella era muy dulce y dedicada con ellos. Al retornar Liam a su casa, Christine se esmeró en darle una cálida bienvenida; preparó una cena especial, y se embelleció para su marido.

Sarah dispuso la mesa. Christine había elaborado la comida ayudada por la servidumbre, que estaba alborotada por la llegada del patrón. En silencio, Liam saboreaba los manjares preparados por su esposa. Ella le contó que había habido protestas en Buenos Aires por las consecuencias del pacto Roca-Runciman, celebrado dos años antes, y que el tío Patrick había dicho con sorna que los británicos habían logrado llevar al país a acuerdos humillantes que ni en sus colonias hubieran instrumentado. Lord Husprum jamás hablaba de política con las mujeres; fue María Isabel quien, en verdad, le había dicho lo que pensaba su marido.

Patrick O'Sullivan, tal cual su verdadero nombre, era un ser contradictorio: por un lado, se aseguraba los privilegios de la política cárnica, de la que eran principales beneficiarios los hacendados y empresarios británicos; por el otro, detestaba a esa élite inglesa que seguía humillándolo con ciertos gestos comerciales que le hacían notar que él no era miembro de esa casta. Hacía buenos negocios; sin embargo, no ganaba lo mismo que sus pares británicos. Unos meses atrás, María Isabel le había pedido a su marido que la acompañase a la velada por la creación del Banco Central de la República Argentina. Esa noche, durante la celebración, había podido comprobar el desdén con que algunos funcionarios ingleses trataban a su esposo y también percibió ciertas tensiones políticas. Les preocupaba la aparición de un sujeto llamado Lisandro de la Torre, que denunciaba la corrupción y las desventajas de los acuerdos comerciales con los británicos, y que también asistía a las reuniones de la oligarquía; entre música clásica y sabrosos bocadillos, ese diminuto país decidía el destino de muchos. María Isabel no tardaría demasiado en conocer a Lisandro de la Torre, y sumarse a sus proclamas.

Toda vez que Liam llegaba de sus viajes por el sur o el norte del país tardaba unos días en ambientarse a su casa, y a su vida. Recorría en su mente el camino espiralado, ondulante y ocre que lo llevaba a su otro hogar, en Puelmapu. Tenía un trato amable con los sirvientes, y era amoroso con su esposa y madre, pero no lograba encontrar la paz, y respiraba aliviado cuando llegaban a sus manos telegramas en los que le ordenaban tareas en otras provincias.

Al tiempo de haber regresado Liam, Christine se animó a proponerle que adoptasen un niño. Ante la perplejidad de su marido, la rabia y la indignación la llevó a transmitirle todos los reproches acumulados en silencio.

—Me siento muy sola aquí. Usted ya no me presta atención, ya casi no me mira. No hablamos. Deambula por la casa como si estuviera ausente. A veces, a la noche, lo escucho hablar en el idioma de los indios. Quiero acercarme a usted para acompañarlo, apoyarlo, pero ya no sé cómo hacerlo. Míreme, Liam —dijo, y clavó

su mirada en los ojos de él, como un puñal lacerante que atraviesa los túneles del alma—. Dígame, ¿aún me ama?

—¡Claro que sí, cómo se atreve a dudarlo! Estoy bajo mucha presión en mi trabajo...

—Ambos sabemos que eso no es verdad. Usted no me ama —lo interrumpió Christine, y bajando el tono de su voz confesó—: Creo que ya no sé lo que siento, estoy tan cansada.

Las lágrimas rodaron silenciosas por las mejillas de Christine. Liam no soportó verla derrumbada, la abrazó y llenó de caricias y besos su rostro.

—Tiene usted razón, he sido un egoísta.

Un incómodo silencio se impuso entre ambos. Liam hubiera querido decirle la verdad. Creía que ella la intuía, pero no quería confirmarla. Además, ¿cuál era realmente la verdad? Él también la amaba y quería una vida con ella.

Liam y Christine se abrazaron un largo rato. Ella sintió un alivio en su espíritu que le arrancó un suspiro, él volvió a besar su frente y le pidió:

—Acompáñeme al norte, a nuestro regreso hablamos. Tendré una respuesta a su pedido.

Ella aceptó gustosa, partirían a la semana siguiente. Liam sabía que no podía descuidar más su relación con Christine y que eso suponía dejar a Pirenrayen, pero en su vida también estaba su hija. Además, recordaba muy bien la promesa que le había hecho a su madre de que haría lo posible para que ambas se conocieran.

Fue enviado al norte, debían terminar las obras para el inmediato traslado de las cosechas de algodón y azúcar. Los ingenios, en su mayoría, pertenecían a los gobernadores de Salta, Tucumán y Jujuy, que presionaban indignados por el retraso. Liam llevó a Christine al mejor hotel de San Miguel de Tucumán, allí se alojaron. Esa fue la última vez que le pidió a John que cuidara de ella durante su ausencia, ignoraba cuánto tiempo le llevaría la comisión que se le había asignado.

Tardó un mes en regresar. Debieron soportar varios transbordos, y el calor era asediante. Liam tomaba nota de la ejecución de las obras durante el viaje, observaba con curiosidad los paisajes que

atravesaban entre silbatos y vapor. Las pequeñas estaciones de pintorescos poblados se llenaban de aromas y sonidos que le dibujaban una sonrisa y les devolvían el brillo a sus tristes ojos verdes. A veces, alguna mujer trigueña, de largas trenzas negras, le recordaba a su amada Pirenrayen; entonces el dolor, la pena y la vergüenza volvían a nublarle la vista, a hostigar sus pensamientos. Sin embargo, siempre lograba escaparse de esa tortura. Se aferraba al presente con Christine, a esa mundanidad llena de detalles; también lograba orientar sus pensamientos hacia los deberes y tareas pendientes. Por las noches, los pliegues de su memoria se desenrollaban como largos papiros, y su mente se llenaba de imágenes. La pequeña Wang aparecía tierna con su enorme sonrisa, diciéndole: «Papi, papi, vamos a jugar». Se veía con ella, rodando a carcajadas sobre la hierba verde de la solana de un mediodía primaveral. Los recuerdos punzantes se clavaban como estacas en su corazón. La única manera de sobrevivir a esas taciturnas y oscuras noches de su alma era imaginando su retorno. No, no podía abandonarlas, pero tampoco dejar a Christine.

## 34.

### El ritual del regreso

El viento estival de 1936 trajo consigo una terrible noticia: María Isabel había muerto en un accidente aéreo, fuera de su país. Sus padres, ya muy ancianos, no podían sobreponerse de tan fatal hecho. Era su única hija. Dejaron en manos de su yerno los arreglos para el funeral. Lord Husprum se sentía perdido, deambulaba por un estrecho pasillo de soledad e incertidumbre; una soledad tan vacía y profunda como un desierto arenoso, en el que caminar ya es un gran desafío. María Isabel Alvear Rosas fue la única mujer a la que él amó. Aceptó ser el segundo en su corazón, nunca le cuestionó nada, y no daba un paso sin su consejo. María Isabel era la receptora de sus confesiones, la guardiana de las más íntimas verdades de su ser, la amiga, la cómplice, la compañera.

*Mademoiselle* Marie había sido testigo de la tragedia. Ellas se encontraban en Brasil, disfrutando unos días de vacaciones. María Isabel había decidido aprender a pilotear un aeroplano, llevaba casi una semana tomando clases y lograba conducirse muy bien en el aire. El día del accidente Marie la saludaba entusiasmada desde la playa. De pronto, algo produjo que una de las alas ardiera; María Isabel perdió el control y el aeroplano cayó al mar.

Cuando lograron rescatar su cuerpo de la nave, vieron cómo sus miembros inferiores estaban calcinados. *Mademoiselle* Marie llegó en el mismo vuelo que el ataúd. Su mirada estaba perdida, gris; su palidez contribuía a la visión fantasmagórica que tantas veces vio Lord Husprum en ella. Por primera vez, la rivalidad entre ellos se desvaneció y se abrazaron ahogados en llanto; por primera vez, también se necesitaron. Sin María Isabel, se sentían los seres más vulnerables. Ambos se dieron a la tarea de llevar adelante el funeral

al que asistieron embajadores, altos funcionarios, intelectuales, y las familias más adineradas de la sociedad. Aquellas mismas mujeres que la habían criticado y condenado por su práctica indecorosa ahora lloraban y la despedían acongojadas. No faltaron tampoco las que, interesadas por el viudo, se apresuraban a ofrecerle consuelo.

Las ofrendas florales fueron cuantiosas. Un sacerdote leyó la Biblia emocionado; Lord Husprum y *mademoiselle* Marie se miraron con complicidad, hasta hubieran querido reír al imaginarse a Isabel allí. Ella, que detestaba a la Iglesia. Liam y Christine estaban apesadumbrados. Christine acompañó a *mademoiselle* Marie todo el tiempo, imaginaba el dolor que la pérdida de María Isabel le estaría provocando. Antes de enterrar el cajón, Marie cantó. Muy pocos conocían sus atributos como cantante, su voz y melodía sumieron a todos en una atmósfera celestial y límpida de amor. Alguien dijo: «Esa voz no es humana, es un ángel». Y finalmente, ese gesto le hizo comprender a Lord Husprum por qué María Isabel había amado tanto a esa joven. Se dijo que alguien que canta así no es de este mundo.

A la semana siguiente del entierro, el jardinero halló el cuerpo de *mademoiselle* Marie colgado del sauce llorón. Se fue como era: silenciosa y discreta.

Aquel verano Liam no se animaba a dejar solo a su tío, que estaba muy deprimido y ahogaba su dolor en el *whisky*. Aprovechando que debía supervisar los avances ferroviarios, decidió llevarlo con él al sur, para que Pirenrayen lo atendiese, y enviar a Christine unos meses con su familia. Sarah se quedó para acompañar a su hijo y a su cuñado. Ese viaje fue reparador para los tres. Liam extrañaba mucho a Pirenrayen y a su hija; se escribían, pero poco sabía de cómo estaban las cosas por allí.

El otoño de 1936 mostró los primeros indicios de lo que sobrevendría más tarde. Los administradores ferroviarios estaban presionados para terminar muy pronto las obras, y un solo obstáculo se presentaba ante ellos: los mapuches. Las vías debían atravesar

los territorios de nuestro pueblo, organizados en reducciones llamadas «reserva pastoril aborigen». El día que Liam, su madre y su tío llegaron al poblado, se habían reunido allí, en las oficinas de la Sociedad Rural, algunos hacendados y gerentes de las estancias más grandes de la zona para analizar la situación. Estaban dispuestos a todo para hacerse de las tierras fértiles que aún quedaban en manos de nuestra gente mapuche. Liam estuvo obligado a asistir a aquella reunión. Se sentía consternado por las expresiones racistas y despreciativas con que se referían a nuestro pueblo, pero sabía que no era conveniente mostrarse susceptible, ya que deseaba saber hasta dónde llegarían.

Los pu lof también se organizaban, sabían que no tardarían mucho en intentar el arrebato de sus tierras. La excusa perfecta se la daría la Compañía de Tierras Inglesas, exigiendo al gobierno confiscar las tierras de las comunidades mapuches para que el tren pudiera transitar por allí con libertad y seguridad.

Sarah y su cuñado se alojaron en un hotel sencillo, el único que había en el pueblito. Liam quiso ir a lo de su amigo Roig Evans. Invitó a su madre y a su tío a caminar por el pueblo, y fueron saludando a algunos amigos. Entre las casas que visitaron, estuvo la de Carlos Cabrera. Tita estaba emocionada con la llegada de Sarah, aunque la comunicación era escasa porque Sarah manejaba un castellano básico y por momentos le resultaba incomprendible. A Tita le pareció una mujer bella y amable.

Roig Evans hizo preparar un almuerzo especial para agasajarlos. Fue memorable para Sarah ese encuentro: quedó impactada por la carismática personalidad del anfitrión, y lo arisca y fría que resultó la anfitriona. A Severina Acuipil no le gustó el entusiasmo desbordante de su marido frente a esa desconocida. Permaneció callada hasta que los invitados salieron de la casa.

El día en que Sarah, Lord Husprum y Liam partieron para el lof de Pirenrayen, comenzaban las escarchas a laminar de cristal el suelo. Sarah sintió cómo el frío cacheteaba su rostro, marcándole la nariz y las mejillas de un rosado intenso. Lejos de molestarle, ese clima le recordaba con candidez a su Irlanda. Todo el paisaje se fue transformando en un bello verdor. Liam conducía silencioso,

mientras su madre contemplaba por la ventanilla la exuberante naturaleza, que se iba abriendo ante ellos a medida que avanzaban. Lord Husprum lloraba en silencio, sus lágrimas parecían gotas de cristal congeladas.

—¡Qué bello es todo esto, hijo! Ahora entiendo por qué le gusta tanto la Patagonia.

—Cuando conozca a Wang, verá que no se puede pedirle más a la vida.

La llegada fue anticipada por los ladridos de los perros, que alterados anunciaban visitas. Wang escuchó el sonido del motor de la camioneta de su papá y salió corriendo de la casa para recibirlo. Cuando hubo frenado y descendido del vehículo, la pequeña se le arrojó a los brazos, y se aferró a él con todas sus fuerzas.

—Veo que me ha extrañado mucho, hijita —dijo Liam sonriendo—. Yo también la extrañé demasiado.

Se abrazaron en silencio. A él le gustaba sentirla, olerla; era el ritual del regreso, que repetía cada vez. Sarah y Lord Husprum los observaban en silencio. La niña descubrió de pronto la mirada de ellos, y se avergonzó. Ocultó su rostro en el pecho de su papá, que la tenía alzada y se divertía mucho con la timidez de su hijita.

—Voy a presentarlos —dijo Liam—. Este hombre es mi tío Patrick.

Lord Husprum tomó la pequeña manito de la niña, y la besó. Eso hizo reír a la pequeña. Liam continuó:

—Ella es mi madre. Su nombre es Sarah, y es su abuela.

Wang negó con la cabeza, y dijo:

—Ella no es mi abuela. Mi abuelita es Fresia y murió, ¿no lo recuerdas?

—Sí, hija, lo recuerdo, pero Sarah también es su abuela y vino de lejos para conocerla.

Entonces la bajó de sus brazos, y la condujo hacia su abuela. La niña la observó detenidamente. Temerosa, extendió su pequeña manito regordeta para saludarla. Sarah aprovechó la cercanía para acariciar su cabecita. Luego entraron en la casa de Pirenrayen. Liam la abrazó largamente, y la besó en la frente con efusividad. Sarah se

sorprendió ante la actitud de su hijo, nunca lo había visto así con Christine.

Pirenrayen les dio la bienvenida con un largo *pentukun*, que Liam tradujo. El *pentukun* es una oratoria llena de bonitas palabras, profundas y sentidas; es el saludo mapuche protocolar. La recién llegada también se presentó, y agradeció el recibimiento. Sarah estaba sorprendida del manejo del *mapudungun* que tenía Liam. Le resultaba extraño escuchar a su hijo hablar tan bien la lengua de nuestro pueblo. Y su comportamiento era tan diferente allí. Parecía feliz y espontáneo.

Al día siguiente, al alba, Pirenrayen atendió a Lord Husprum, que contó con lujo de detalles todo su sufrimiento. Liam ofició de traductor. Sobre todo, refirió la trágica historia de amor de María Isabel y *mademoiselle* Marie. Su relato causó un gran impacto en mi abuela. Varias veces me contó esa historia, tal vez porque quería que no olvidara a dónde puede conducir la pasión.

Sarah fue ganándose de a poco la confianza y el cariño de Wanguelen, y su estadía se prolongó por dos meses. Durante ese tiempo, no hubo un solo día que no se reuniera con su nieta. Le enseñó a pintar con acuarelas, a escribir palabras en inglés y a entonar canciones. Wanguelen le enseñó muchas cosas a su abuela: a reconocer frutos y nidos, también palabras en *mapudungun* y en español. La niña jugaba todo el tiempo con los animalitos, y le encantaba trepar a los árboles. Sarah temía que la audacia de la niña la llevara a accidentarse. Wang aprendió a quererla y le demostró qué maravillosos pueden ser los abrazos de los niños para sanar el alma.

Al llegar el invierno, Liam y Sarah regresaron a Buenos Aires. Sarah no solo se sentía colmada por lo que hasta entonces había sido un sentimiento desconocido, el amor de abuela; también le pareció cautivante el poder y la sabiduría de Pirenrayen. En esos días, fue testigo de la sanación que producía su medicina en las personas. Procesos milagrosos se originaban con plantas y piedras molidas. Acunó en su mente y en su corazón una idea: tal vez Pirenrayen podía sanar el útero estéril de Christine.

Al finalizar el invierno, Christine retornó rejuvenecida y feliz. Lord Husprum le pidió que dirigiera la fundación, y esa tarea la colmó de ilusiones. Era un desafío que le permitiría hacer lo que siempre había querido: enseñar y aplicar todas las ideas que pudieran ser útiles para la educación de los niños. Pero a pesar de que la dirección de la fundación renovó sus fuerzas, y los proyectos educativos con los niños huérfanos le provocaban alegría, en el corazón de Christine había aún cierta rancia amargura, que no le permitía vivir en paz. Liam se negaba a volver a tratar el tema de la adopción. Decidió buscar apoyo en su suegra, tenía la certeza de que nunca le negaría su ayuda.

Una tarde de lluvia primaveral, sola frente al piano, tocaba concentrada en su pena, en su soledad. Era un domingo de ausencias y silencios. Amargamente abstraída, no escuchó entrar a su suegra. Sus lágrimas caían gruesas sobre las teclas. Sarah la contempló en silencio, sintiendo su corazón estrujarse, compungido. Christine recostó su cabeza sobre el piano. Sarah se acercó lentamente y acarició su cabellera:

—Christine, Christine —dijo maternalmente—. No llore, que mi vida se vuelve turbia y triste con sus lágrimas. Hija, me siento responsable de sus desdichas. Dígame qué la haría feliz, por favor.

Christine levantó la cabeza y, mirándola a los ojos, respondió:

—Un hijo, madre. Quiero un hijo —dijo, y se abrazó a la cintura de Sarah llorando como una niña desconsolada.

Sarah tomó una silla y se sentó frente a ella. Con mucha dulzura preguntó:

—¿Le ha pedido ayuda a la Virgen María?

—Sí, madre, y a cada santo. Rezo todo el tiempo. He probado todo, pero no logro quedar embarazada. Después de tantos intentos, y al ver que no me embarazo, me he sometido a estudios médicos. Los profesionales me han dicho que no tengo nada anormal. Le he pedido a Liam que se haga los estudios, pero él se niega. Dice que es fértil y no necesita que ningún doctor lo examine. Liam asegura que soy yo la del problema, tal vez él nunca podrá darme un hijo y eso es lo que más deseo en la vida.

Sarah hubiera querido contarle el secreto de su hijo, confesarle que Liam estaba seguro de su fertilidad por haber sido padre de una niña, pero ella le había dado su palabra: a cambio de conocer a su nieta, nunca lo revelaría. Allá, en la Patagonia, todos conocían la historia de Liam y Pirenrayen. Le costaba creer que el Liam inseguro y tierno se había convertido en un hombre lleno de misterios, aventuras, secretos, de inexpugnable carácter. Solo atinó a decirle:

—Christine, le ruego que no desespere. Dios es justo y nos mira, él sabe de su carga, y créame, hija, que muy pronto dará respuesta a sus rezos. Además, creo poder ayudarla.

Christine, que seguía llorando, la miró atónita.

—¿Cómo piensa ayudarme, madre? —preguntó casi con desesperación.

—Cuando estuve en la Patagonia, supe de una mujer india que cura todas las enfermedades, incluso los úteros estériles de las mujeres blancas. Habitualmente, las mujeres mapuches tienen muchos hijos y no necesitan esa medicina. Pude observar la larga fila de enfermos que esperaban verla. Incluso hablé con algunos de ellos, y me dijeron que sus conocimientos son milagrosos. Creo que debería intentarlo, la llevaré hasta allí si usted me lo permite.

—Madre, debería informarle esto a mi marido, pedirle su apoyo para realizar el viaje. Sé cuánto estima él a los mapuches, y cree mucho en su medicina.

—No creo que sea oportuno contarle. Liam conoce perfectamente a esa mujer y por algún motivo no se la ha mencionado, tal vez no considere que sea una buena idea.

—¿Por qué consideraría que es algo malo? Usted nunca me propondría hacer algo peligroso, ¿o sí?

—Por supuesto que no, jamás la pondría en riesgo. Hágalo, no se arrepentirá. Estaré a su lado todo el tiempo, ya verá que de ese modo cumplirá su sueño. Lo único que deseo en esta vida es verlos felices.

Christine la miró con ojos de amor, gratitud y esperanza. Pero Sarah evitó mirarla: temía que en sus ojos descubriera la verdad, el secreto de su hijo guardado en su corazón. Controló las riendas de su conciencia. La amaba como a una hija y no quería lastimarla,

pero no iba a quebrantar la promesa que le había hecho a Liam. Sarah había decidido regresar a Chubut, pero esperaría que Christine estuviera fortalecida antes de partir.

Esta vez no fue necesario que Liam la acompañara. Organizó su viaje con la ayuda de su cuñado, quien había decidido comprar tierras en el sur y asentarse allí para iniciar una nueva vida. Sarah era ese tipo de mujer atenta y cuidadosa de sus afectos, procuraba contener y ayudar en todo lo que estaba a su alcance. Tras la dolorosa viudez de su cuñado, había sido ella quien se había encargado de alimentarlo, suministrarle su medicina, sacarlo a caminar, esconderle cuanta botella de *whisky* encontraba y, sobre todo, animarlo a continuar su vida. Él, por su parte, se sentía profundamente agradecido; había encontrado en ella a una hermana mayor, de esas que vienen a reemplazar a las madres cuando la orfandad nos despoja de los cuidados y, sobre todo, de la ternura.

## 35.

### A punto de confesar la verdad

La primavera estaba por culminar. El verdor era intenso en la montaña; las flores seducían escandalosas con sus brillantes colores, emergían sobre la alfombra verde perfumando el aire. Lord Husprum sentía disminuir las penas ante tan maravillosa visión, y Sarah organizaba pequeños planes que harían muy feliz a Wang. Las ganas de abrazarla, de verla reír, de jugar con ella, le dibujaban una sonrisa en su rostro distendido, apenas surcado por tenues arrugas que le conferían un aire de joven anciana.

Entre tanto, Liam se encontraba en Buenos Aires, donde celebraría la Navidad con su esposa y sus amigos. Volvería al sur unas semanas más tarde, ya que había prometido llevar a la playa a Christine. Viajarían a Uruguay, donde ella se quedaría visitando a la prima de la fallecida María Isabel.

Lord Husprum no perdió tiempo en hacer buenos negocios: compró un extenso campo en el valle de la cordillera. Por su parte, Sarah llegó acompañada por Tita. Por la mañana, Wang había recogido flores con la ayuda de Ambrosia, las había ordenado por tamaño y las había puesto en una jarra que su madre usaba para asearse las manos. La pequeña estalló de alegría al ver llegar a su abuela, venía cargada de regalos. Un ajuar de vestidos, blusas, zapatos y abrigos para la niña habían sido trasladados en un baúl de madera. También hubo regalos para Pirenrayen, que consistieron en vajillas cuidadosamente transportadas hasta allí, y un abrigo de muy buena calidad, que Pirenrayen nunca usaría. Wang recibió además una gran muñeca, libros con dibujos de muchos colores, lienzos y acuarelas. A Kawel y a Ambrosia les dio presentes como

anticipo de su casamiento, y a Tita, unos zapatos de charol inútiles para el lugar, pero que ella estrenó ni bien se los obsequió Sarah.

Varios días antes, Tita le había hecho saber a su amiga Pirenrayen los deseos de Sarah de permanecer allí un tiempo. La madre de Liam se instaló en la modesta casa que su hijo había levantado; tenía las comodidades que el lugar podía ofrecer, era la mejor casa en ese lof. Pirenrayen, con la ayuda de Kawel y Ambrosia, le había preparado la habitación donde descansaría.

Sarah disfrutaba cada segundo allí; su mayor deleite era escuchar a su nieta, se divertía con sus ocurrencias. Cada día se despertaba al primer canto del gallo, se levantaba inmediatamente y se sumaba a la faena diaria: ayudaba a dar el maíz a las gallinas, cargaba el agua del aljibe, traía la leña que Pirenrayen hachaba; siempre asistida por Wang, que le ofrecía su pequeño mundo con alegría. La niña le enseñaba mapudungun a su abuela, y Sarah escribía las palabras en un cuaderno que Wang encontraba muy bonito por tener en la tapa la reproducción de un cuadro de Georges Seurat, uno de los pintores preferidos de Sarah.

Para el mafün se carnearían vacunos, yeguarizos y corderos. Sarah estaba entusiasmada y sentía curiosidad por presenciar un casamiento mapuche. Aprendía mucho con Pirenrayen y Wanguelen, pero no con la rapidez con la que su nieta asimilaba todo lo que ella le enseñaba.

La siembra había sido exitosa ese año. Pirenrayen estaba muy ocupada con las tareas previas a la fiesta de unión de su hijo; además, cada día llegaban hasta ella muchas personas esperando ser sanadas. La presencia de Sarah aliviaba mucho las labores de Pirenrayen, pero se comunicaban poco, aunque ambas se respetaban y tenían una relación amable. Había en Sarah cierto exacerbado respeto por Pirenrayen, que bien podría confundirse con el temor. La madre de Liam buscaba el momento oportuno para hablarle de Christine.

Una novecita tibia, salpicada de estrellas, las dos mujeres y la niña se encontraban en el patio, sentadas alrededor de un fogón en el que Pirenrayen tostaba el trigo. Se sentía una hermosa paz, y también alegría. Al costado de la enorme bandeja donde el trigo se

bronceaba al ritmo del vaivén de su asadora, Sarah cocinaba un estofado con una pequeña fogata. Ensayaba su mapudungun, y madre e hija reían a carcajadas. Sarah se divertía con eso. Se le ocurrió pedirle a su nieta que tradujera lo que necesitaba hablar con Pirenrayen.

—Wang, ¿puedes traducir a tu madre lo que voy a decir?

—Sí, abuela —contestó la niña con entusiasmo.

—Muy bien, muchas gracias. Pirenrayen —dijo pronunciando perfectamente el nombre de la mujer-medicina—, he notado que usted tiene poderes milagrosos, que sana a todo aquel que necesita ser curado, que nada pide a cambio y se entrega a sus pacientes con amor y humildad. Yo necesito su medicina, pero no es para mí, es para una joven amiga a la que estimo mucho. Ella no puede quedar embarazada, y sufre porque su mayor deseo es tener un hijo. Está muy sola en este país, toda su familia quedó en Europa. Su esposo viaja mucho, la deja sola largo tiempo. ¿Podrá ayudarla? Por favor... —dijo suplicante.

Pirenrayen comprendió la angustia de aquella mujer; conocía muy bien la soledad, la espera del hombre al que se ama y se deja ir una y otra vez. Se la imaginaba como a ella, mirando el horizonte, pendiente de verlo aparecer. Por suerte, en su caso, ella tenía a Wang, que era fruto de ese amor, una partecita de ese hombre al que ella amaba con pasión. En cambio, esa desconocida de la que hablaba Sarah no tenía a nadie; solo podía superar semejante soledad con un hijo. Todo esto pensó la lawentuchefe Pirenrayen, y aceptó el pedido de Sarah.

Wang tradujo a ambas hasta quedar agotada, sintió sueño y se durmió sin cenar. Pirenrayen la cargó en sus brazos y la llevó a la cama. Allí se detuvo para contemplarla, le rozó la mejilla suavemente con sus dedos, y se sintió muy afortunada. Pronto vendría Liam y ella volvería a sentirse completa.

En Buenos Aires comenzaron a circular rumores sobre un importante operativo en la Patagonia que empezaría a programarse

al terminar el verano. Liam no fue oficialmente notificado sobre esto, pero tuvo indicios de que algo perverso se tramaba. Él no les resultaba confiable a los empresarios ingleses ni a los funcionarios argentinos, así que se cuidaban de que cierta información le llegara. Se alojó en su mente una duda, y esa duda se convirtió en preocupación, hasta mutar en una intuición angustiante.

Se le ordenó que sus vacaciones fueran cortas, ya que se lo precisaba pronto en Chubut. La compañía se había propuesto terminar la totalidad de los talleres ferroviarios para avanzar hasta terminar las vías. Había, sin embargo, un obstáculo del que nada se decía y que por supuesto Liam O'Sullivan conocía muy bien: las comunidades mapuches no estaban de acuerdo con ceder importantes lotes de su ya reducida tierra a la compañía inglesa, quien bajo la excusa del avance ferroviario las reclamaba al Estado.

Liam tomó sus vacaciones en medio de todos estos rumores: era muy posible que los pu lof de la zona fueran desalojados. Intentó abstraerse de sus temibles pensamientos y entregarse de lleno a descansar con su esposa, a disfrutar de la playa como aquella vez que había logrado reencontrarse con el deseo en una playa desértica, pero no pudo. Extrañaba casi con desespero a Pirenrayen y a Wang, algo dentro de él le decía que estaban en peligro. Esa semana solos, Liam se sintió asfixiado, y Christine, desconcertada y dolida por su actitud fría y distante. Creyeron que al visitar a la prima de María Isabel estarían mejor, pero no fue así. Ambos se sintieron aliviados cuando Liam recibió un telegrama en el cual se le ordenaba que regresara urgente a Buenos Aires. Christine se quedó con la prima de María Isabel gran parte del verano.

Al retornar a las oficinas de la compañía, lo convocaron a una reunión muy importante con el gerente de la empresa, a la que asistió con cierta desconfianza. Una vez allí, descubrió que además se encontraba un consejo de funcionarios y altos mandos del Ejército. Todos estos hombres estaban sentados alrededor de una larga mesa, sobre la que yacían, un poco maltratados, enormes mapas de la zona cordillerana de Chubut.

Tras los saludos de rigor, el gerente se dirigió a los presentes en inglés, y la reunión se llevó a cabo enteramente en ese idioma. Los

funcionarios argentinos no se quejaron; por el contrario, mostraron sus habilidades angloparlantes. El gerente se puso de pie, y abrió la reunión.

—Daré la palabra a quien será el hacedor de nuestros sueños, el ingeniero Smith.

Los presentes movieron afirmativamente sus cabezas, sonriendo con agrado. Smith comenzó su disertación explicativa, sobre cada detalle de los ramales que se abrirían en la Patagonia y también sobre los que ya estaban funcionando. En uno de los mapas, se detallaba la distribución de cada reserva pastoril aborígen. En acaso el más grande, aparecía el trazado de las vías con el que se pretendía unir los océanos Atlántico y Pacífico. Una dificultad interfería en el proyecto: un pueblo asentado milenariamente allí, que parecía no entender que ya nada podía exigir. Un pueblo al que sin dudarlos ellos aniquilarían. Pero para lograrlo, necesitaban valerse de información precisa: las ubicaciones de los que ellos llamaban «caciques rebeldes», y necesitaban también detalles de los modos de organización interna. Ese era el motivo por el que habían convocado a Liam O'Sullivan.

Echándose contra el respaldo de su cómodo asiento, el gerente le dijo a Liam:

—Mr O'Sullivan, usted puede sernos de mucha ayuda. Estamos al tanto de sus muy buenas relaciones con los indios.

Liam sentía que su ánimo se crispaba, pero intentó mantener la calma y la compostura.

—Dígame —contestó—, ¿qué necesitan exactamente de mí? Tal vez pueda ayudarlos.

—Tal vez no, Mr O'Sullivan. Usted nos ayudará. Reúna a todos los caciques rebeldes y dígales que será muy conveniente para ellos marcharse antes de mediados de la primavera, ya que para esa época empezaremos los trabajos fuertes allí. Espero que resulte usted muy hábil para persuadirlos, si no nos veremos forzados a actuar —dijo uno de los generales allí presentes.

El gerente le agradeció a Liam su presencia y lo invitó a retirarse, ya que ellos debían continuar en reunión, tratando otros asuntos. Salió de allí con furia e indignación.

Al día siguiente, Liam O'Sullivan partió para Chubut. Había decidido buscar el consejo de la persona que él consideraba más sabia: su amada lawentuchefe. En el ocaso rojizo de una tarde ventosa, llegó hasta el poblado. Encontró a su amigo Roig conversando con Cabrera, en el negocio desolado de clientes; siempre se alegraban al verse. Liam se sumó a los mates. Tras anécdotas y chismes, risas y novedades, Roig lo invitó a pasar a la casa. Severina Acuipil lo recibió contenta.

Los hijos y las hijas de Roig Evans y Severina Acuipil habían partido de su hogar; algunos a estudiar, pero la mayoría ya se había casado. Roig y Severina tenían siete nietos. Ella acomodó la habitación donde se alojaba habitualmente Liam. Supo por su amigo que Pirenrayen los visitaría al día siguiente, la noticia iluminó el rostro de Liam al saber que pronto la vería. Severina le contó la expectativa que había por el mafün de Kawel y Ambrosia, cómo toda la gente ya se preparaba para la gran fiesta. A Liam lo alegraba mucho saber que Kawel era feliz, lo quería como a un hijo.

Sobre la media mañana llegó Pirenrayen a la casa de Roig, debía ver unos pacientes ese día. Cuando sintió el aroma del café en la casa de su amigo, supo que Liam había llegado. El aroma del café evocaba en ella a su amado. Parecía verlo con su tazón mirando el fuego; tras cada sorbo, sus miradas se buscaban en la penumbra de una cocina iluminada por la luz del fuego cómplice, que los invitaba a amarse hasta el amanecer. En público, nunca mostraban sus sentimientos; se saludaban con la misma amabilidad, como si se hubieran visto el día anterior, pero todos notaban cómo sus ojos brillaban diferente, cómo la risa les resultaba fácil, cómo cierta plenitud distendía sus frentes y les daba placidez a sus rostros.

Esa jornada Pirenrayen atendió a mucha gente, se sintió agotada. Por la tarde, él la invitó a caminar. Conversaron, jugaron escondidos del mundo, se bañaron desnudos en el río. Hicieron el amor sin más testigos que el cálido sol, la sábana azul turquesa del wenu mapu los abrazó encapsulando sus sonidos de placer y deseo.

Por la noche, ya en la cama, en la casa de su amigo Roig, Liam pudo contarle a Pirenrayen el peligro que los acechaba.

—Yo hablaré con mi gente —dijo ella—. Usted no diga nada por ahora. No nos quitarán nuestra tierra, no podrán contra nosotros.

Una vez en la casa, Liam disfrutó al ver a su madre e hija tan vinculadas. Sarah era otra con ella. Volvía a ver en su madre a aquella mujer joven, tierna y dulce que alguna vez había sido. Parecía no tener angustias ni ningún pesar en esos días.

Llegó el mafün de Kawel y Ambrosia. La novia estaba vestida de blanco, los ancianos se quejaron porque los apenaba ver cómo las costumbres se perdían y todo estaba cambiando.

—En nuestros tiempos, nunca hubiera podido suceder esto —le dijo una ñaña bien arrugadita a otra—, pero hoy todos quieren ser como los wingkas.

La machi inició la ceremonia, las ofrendas fueron meticulosamente preparadas. Tras el ngellipun, vinieron la fiesta y el baile. Hubo abundante comida y bebida. Se sucedieron los afafan, que son gritos de alegría, por el novio y por la novia.

«Yayayayayaeuuu», gritaban estruendosamente los invitados. Tres días duró el casamiento. Liam se emborrachó tanto en la fiesta que su madre estaba asustada y escandalizada. Pirenrayen, por el contrario, se reía con las ocurrencias de él. Tuvo que llevarlo con la ayuda de Roig Evans y Carlos Cabrera hasta la casa; allí lo dejaron acostado, y los tres volvieron a la fiesta. Cuando todos se fueron, los recién casados se encerraron a descansar y a disfrutar de su unión.

Pocos días después del casamiento, Liam y Sarah partieron hacia Buenos Aires. Liam quería estar allí para recibir a Christine. Pirenrayen nunca preguntaba cómo era su otra vida. Sabía que tenía una esposa, él nunca le mintió. Ella intentó entender su complejo mundo, aunque no lo consiguió.

Llegaron a Buenos Aires un día de ardiente calor. Eso ponía de mal humor a la gente; asfixiada por el sol despiadado, no hallaban qué hacer por un poco de frescor. Pero la casa estaba limpia y

fresca, los caseros esperaban a su patrón con el almuerzo listo. A Liam no le preocupaba el calor, solo pensaba en encarar a sus superiores con la verdad. Se sentía fuerte y decidido. Lo que él ignoraba era que sus jefes no se iban a sorprender por su falta de compromiso, ya lo sabían e incluso eso era parte del plan.

Liam se comunicó con el gerente, le pidió una reunión, y este le indicó que hablara con el ingeniero Smith. Cuando se encontraron Smith y Liam, fueron directamente al tema. Smith se anticipó a decirle que solo venía a escuchar los resultados de sus gestiones.

—¿Cómo le ha ido con los indios? ¿Ya sabe cuándo se irán?

—No, aún no lo sé, porque no les llevé la advertencia. Creo que no será necesario. Aquí traigo un mapa que con mi colaborador y algunos pobladores hemos elaborado. Podemos desviar unos pocos kilómetros la extensión ferroviaria, y no solo estaremos frente a un suelo más llano y mejor, sino que además evitaremos tener conflictos. Son muchas familias asentadas allí. El presidente Roca les cedió esas tierras de manera definitiva.

El ingeniero no lo dejó continuar.

—No estoy aquí para escuchar lo que a usted le parece. Deme ese mapa y analizaremos la situación.

Liam le entregó el mapa con la esperanza de que sus sugerencias fueran aceptadas.

—Ingeniero, ¿me comunicarán lo que decidan?

—Por supuesto que no. Esto no es de su competencia.

A los pocos días, llegó Christine. Sarah se sintió feliz por el reencuentro y por estar otra vez juntas en la casa. Por amor y lealtad a su hijo, experimentaba mucha angustia y tensión por contradecir sus principios, pero necesitaba ayudar a Christine.

—Madre, la extrañé mucho. Créame, me hizo mucha falta. Los recuerdos de María Isabel estaban muy presentes en aquella casa enorme, su prima no dejó de mencionarla. También a Marie. Creo que ahora las conozco un poco más a ambas. Bueno, Sarah,

cuénteme por favor cómo es la Patagonia. El próximo verano seguro los acompañaré —dijo con una amplia sonrisa.

—Nos encantará que venga, hija —respondió Sarah—. El paisaje es acogedor y conmovedor por tanta belleza, todo allí está en estado puro. Respiro el aire y siento que él me respira y me exhala a mí. En esta ocasión me quedé entre los mapuches.

—¿Cómo son ellos, madre?

—Son serios con los afuerinos, y desconfiados, pero cuando entran en confianza son muy amables y cariñosos. Hablan poco castellano. Me he quedado todo el tiempo en la casa de una joven mujer-medicina. La llaman «lawentuchefe», ya te he hablado sobre ella.

—Sí, claro, lo recuerdo. ¿Cuál es su nombre?

—Pirenrayen. Significa «flor de nieve». Ella es una mujer muy libre y con mucho carácter.

—¿Y su esposo? ¿Cómo es?

—Bueno, en realidad es viuda.

—Pobre, debe ser duro para ella.

—Lo ha sido. Eso fue hace mucho, cuando su hijo Kawel era aún muy niño. Ahora es todo un hombre, y ella es fuerte.

—Madre, ¿por qué se quedó con ella? ¿Fue por mí?

—Sí, pero también porque tiene una niña hermosa.

—¿Tiene también una niña? ¿Se ha vuelto a matrimoniar?

—No, ella está sola. Ama a un hombre que no es el correcto para ella, con él ha tenido a esa preciosa niña.

—¿Por qué no es el hombre correcto? ¿Él no la ama?

—Sí, él la ama, de eso no tengo dudas. Los he visto juntos, y me ha conmovido tanto amor, pero él es blanco y no pertenece a su mundo. Además es casado. Nunca debió engañar así a su esposa ni a esa pobre mujer. Imagino que ella ignora la situación de él.

—Algunos hombres son repugnantes, indecentes. ¿A dónde iremos a parar como sociedad con tanta inmoralidad?

—Tal vez ese hombre también es una víctima de su amor. Posiblemente no quiere lastimar a ninguna, pero tampoco ha tenido la fuerza espiritual de nuestro Señor Jesucristo para vencer las tentaciones. Estoy segura de que él sufre su propio calvario.

—No entiendo cómo usted, madre, puede intentar comprender a un pecador y justificarlo.

—Jesús nos enseñó que Dios odia el pecado, pero ama a los pecadores, y les da la posibilidad del arrepentimiento. No seremos nosotras quienes lo juzguemos, no está en nuestras manos. Eso solo lo puede hacer una fuerza divina.

—Tiene usted razón, madre. Me siento aliviada de estar casada con Liam, y de no ser esa pobre mujer.

Sarah guardó silencio, sentía que su conciencia la atacaba ferozmente. Estuvo a punto de confesar la verdad, pero otra vez calló. Nunca existe un momento oportuno para develar una verdad cruel. Christine, bajando el tono de la voz, por si Liam se acercaba inoportuno, preguntó:

—¿Pudo pedirle ayuda para mí?

Sarah asintió con la cabeza, y dijo:

—Me ha dicho que la ayudará. Sé que todo resultará bien. Debemos tener fe y rezar.

—Madre, gracias. Sus noticias me hacen muy feliz.

—Pirenrayen es muy sabia y conoce perfectamente el mundo de las plantas. Tendrás un hijo, lo sé —dijo, y se abrazaron emocionadas.

Mientras veían cómo se ocultaba el sol tras las casas elegantes, en aquel barrio porteño que de a poco comenzaba a cambiar, ambas se sumergieron en sus anhelos y reflexiones. Tejiendo en silencio las mordazas con que se aprende a callar, a no preguntar y, por sobre todas las cosas, a soportar.

## Una pena de un sabor distinto

Comenzando el otoño, Liam volvió a Chubut. Cuando terminaron las obras, y los talleres de reparación y mantenimiento de las locomotoras estuvieron listas para su inauguración, al igual que las instalaciones ferroviarias que servirían como boletería, oficinas y otros menesteres, y un pequeño barrio con hileras de casas ferroviarias, hechas con durmientes, y otras más grandes, construidas con ladrillos, decidió que ya era tiempo de descansar con su hija y Pirenrayen. Hubo un colorido acto, con corte de cinta, y unos músicos de la policía reclutados al azar ejecutando el himno. Liam no se quedó para los festejos; sabía perfectamente cómo continuaría aquello: asado, baile y borrachera. Se dirigió a la casa de Pirenrayen, y permaneció con ella hasta los primeros trazos del invierno.

Kawel había comenzado a trabajar en el ferrocarril como peón en la cuadrilla, bajo el mando de Carlos Cabrera, que lo estimaba mucho, y le aseguró a Liam que el joven era muy cumplidor y trabajador. Ambrosia llevaba adelante su tercer mes de embarazo, y Wang estaba ansiosa porque naciera su sobrinito, para jugar. Liam no quería regresar a Buenos Aires; se sentía tan cómodo allí, colmado de amor por sus mujeres.

Pirenrayen, en cambio, llevaba muchas noches desvelándose por terribles pesadillas que parecían premonitorias; se despertaba agitada y llorando. Entonces Liam la abrazaba y la consolaba con caricias y besos hasta conseguir sumergirla, nuevamente, en la somnolencia dulce de los buenos sueños.

El día que Liam partió para la ciudad, prometía ser uno de tantos; sin embargo, una inexplicable sensación de desconsuelo se

apoderó de ellos. Tanto Pirenrayen como él se sentían embargados por una pena de un sabor distinto. Liam tuvo largo tiempo a su hijita en brazos, en silencio; luego, al despedirse de Pirenrayen, ambos se fusionaron en un interminable abrazo, y ella dejó caer unas lágrimas, que a él le parecieron exageradas.

Acababa el invierno, Liam pronto regresaría al sur. Se hallaba en su oficina cuando vio por la ventana camiones y unidades del ejército. Iba también, rezagado, todo un escuadrón de jóvenes que, a paso sincronizado, marchaba musicalmente por las calles adoquinadas. Los empleados de Liam, arrimados a la ventana, veían aquel extraño espectáculo y hacían comentarios. De pronto, uno de ellos preguntó:

—¿A dónde irán?

—Van al sur, a la Patagonia —dijo otro.

En ese momento, Liam comprendió lo que estaba sucediendo. Sin perder tiempo, salió a la calle, y corrió hasta alcanzar a los soldados.

—¿Sabe usted a dónde va? —le preguntó a uno de ellos.

El joven respondió:

—Nos han dicho que vamos al sur, a la Patagonia.

—¿A qué parte de la Patagonia? —insistió Liam.

—No lo sé, señor —respondió el joven, y continuó su marcha.

Liam se quedó atónito. ¿Cómo saber con certeza lo que acontecía? Atravesó la avenida y fue hacia la oficina del estudio de Smith. Allí se anunció, y debió esperar unos minutos que le parecieron eternos.

Era una mañana templada del mes de septiembre. Cuando Smith lo recibió, Liam preguntó sin pérdida de tiempo si habían considerado su propuesta.

—No —respondió indiferente Smith, y agregó—: Actuaremos, hay que quitarlos de las vías.

—Esas vías aún no están allí. En cambio, ¡sí están esas vidas! Smith lo miró fastidiado, y respondió:

—¿Ya terminó? Tengo mucho trabajo, e imagino que también usted, Mr O’Sullivan. Así que si me permite continuar, le estaré agradecido.

Liam se retiró desahuciado. Se comunicó con algunas personas vinculadas al ejército, que había conocido en los tiempos en los que asistía a las fiestas que celebraba María Isabel. A través de ellos, supo que aquellos hombres habían sido enviados a Chubut, al Regimiento de Infantería de Montaña de la ciudad de Esquel. Allí se organizaría la invasión y el desalojo de las comunidades.

En la fría madrugada de una primavera tardía de 1937, Pirenrayen se hallaba aún en su cama junto a su niña. Esa noche se había acostado muy tarde, preparando medicina para una mujer del poblado que buscaba tener otro hijo, pero que por extraños motivos su útero no retenía los embarazos. De pronto, escucharon los ladridos de los perros y muchos tiros. Ambas saltaron de la cama y, a medio vestir, salieron a ver qué sucedía. Se encontraron con centenares de soldados prendiendo fuego las casas y los sembradíos. Pirenrayen entró en su ruka, se abrigó velozmente, y vistió a Wanguelen.

No tardaron nada en llegar los soldados. Pirenrayen, con su hija en brazos, montó en pelo su caballo y escaparon. Las balas silbaban en sus oídos, y la voracidad del fuego ensordecía con su crepitar. Wanguelen iba en ancas, aferrada con fuerza a la cintura de su madre. Se encaminaron por la huella que llevaba a la veranada. Pirenrayen notó que muchos ya se habían escapado, ella estaba rezagada. Apuró su paso.

En el sendero, se encontró con todos sus parientes, e incluso con su hijo Kawel, quien había madrugado debido a que el rebaño estaba pariendo. Ambrosia lloraba desesperada. Se cuidaban unos a otros. La subida era peligrosa, no les permitía galopar. El ejército los persiguió con perros que se encarnizaron con la piel de mi gente. Hubo heridos de balas, pero también muchos por mordeduras.

Aquel fatídico día el ejército mató a la pequeña Wanguelen, un disparo atravesó sus pulmones. Pirenrayen sintió un gemido y que sus manitos, entrelazadas a su cintura, se soltaron, y la sintió desplomarse en el suelo y rodar en el empinado sendero. Desesperada, se apeó de su caballo y descendió corriendo. La levantó en sus brazos, derramando lágrimas sobre el cuerpecito inerte de su amada hija. Montó su caballo cargando el cuerpo de la niña, y empezó a subir por la huella. Pensó que tal vez podía sanarla, revivirla.

Los otros no supieron de lo sucedido, iban adelante. Al llegar a un claro, todos descansaron, escondidos, lejos de los soldados. Se apearon y esperaron a sus seres queridos, que iban llegando de a poco, trayendo novedades de los que se habían retrasado. Vieron venir a Pirenrayen al trote. Algo no estaba bien. Ella empezó a gritar, se sintió invadida por una profunda angustia. Descendió de su caballo con su niña en brazos, la colocó sobre el suelo, pero ella ya estaba muerta. Un grito desgarrador emergió tronando desde su corazón a la garganta. Kawel se apeó, y corrió hacia su madre; extendió sus brazos, tomó a su hermanita, gritó llorando su dolor. Todas las personas que allí se hallaban se abrazaron y lloraron junto con ellos, no solo por el dolor que atravesaba a Pirenrayen y a su hijo, sino por la desesperanza, la pena encallada en sus corazones, cansados de tantas injusticias que parecían no tener fin.

Aquel día Pirenrayen tuvo a su hija en sus brazos hasta el anochecer. Se quedó dormida, vencida por la tristeza y el llanto. Unas cuantas fogatas habían sido encendidas para abrigarse del frío. Lo habían perdido todo de un momento a otro. El Estado, una vez más, les arrancaba la paz y la esperanza, la oportunidad de ser y estar en sus tierras, seguir reproduciendo sus vidas como mapuches. Parecía un derecho inalcanzable.

Durante largos días, continuaron su ascenso hacia la veranada; sin comida, sin agua y con frío. Perdieron todos sus animales. Pero todo ello no era tan duro como el desahucio de sus almas, que lentificaba sus pasos. Sentían que sus cuerpos se petrificaban y cada paso hacia adelante exigía una enorme energía para caminar. Esas huellas pisadas por los pies que caminan el futuro, venciendo

el dolor y la desesperanza, son profundas, son imborrables. No son meros rastros humanos. Son marcas de los territorios con memoria, son las huellas indelebles de los pueblos que se niegan a morir. Mi abuela lo sabía y, con los años, convirtió esas huellas en senderos de reafirmación, en memoriales intangibles que justificarían el retorno a nuestra mapu.

Llegaron hasta la veranada, allí se instalaron. Mi abuela y mi padre enterraron a mí tía. Todos tenían algún familiar al que debían despedir para siempre de la wente mapu. No hubo funerales, apenas cavar y enterrar, como algo inevitable. Mi abuela, entre lágrimas y taniel, despidió cantando a su hijita; su voz se quebraba en quejidos y el aire se escapaba de sus pulmones, ahogándola en su llanto. Toda la gente permaneció a su lado, sin decir palabra, derramando lágrimas silenciosas.

«¿Hacia dónde huir? ¿Hasta cuándo deberemos escapar?», pensó mi abuela. Levantaron un chenke. Así lo soñó Pirenrayen, y así le ordenó a Kawel que hiciera. Ese montículo pétreo que se erigía, como tumba, resguardaría por siempre los restos de lo que había sido su niña amada. Su única hija mujer.

A los pocos días, se supo que aquel brutal desalojo había sido consumado para avanzar hacia el progreso; así justificaban los diarios de la época semejante atrocidad. El ferrocarril inglés se expandía, al igual que se expandía el dominio de los británicos sobre la tierra que alguna vez había sido el territorio de mi pueblo mapuche.

Algunos mapuches comentaban que seguro Liam lo sabía y nada dijo. «Es un traidor», acusaron. Este rumor se fue instalando como verdad, y pronto ya nadie del lof tuvo dudas: se trataba de una traición, él los había entregado. Se invitó a un trawun a Pirenrayen y a Kawel, en el que se pidió que confesaran la verdad, si Liam había sido parte de esa trampa de los wingkas. Las miradas de todos eran acusatorias, ya nadie confiaba en él. Pirenrayen se negó a ir, pero habló con su hijo para que fuera su mensajero: todas las sospechas y acusaciones no le correspondían a Liam, sino a ella.

—Yo sabía vagamente lo que tramaban —le contó—, pues Liam recibió órdenes de sus jefes para que reuniera a todos los lof y

pidiera que abandonáramos la mapu. Yo decidí que no nos fuéramos, y que no era bueno traer miedos. Consulté a los puju, y tuve una visión: éramos ancianos y estábamos en nuestra tierra celebrando kamarikun. Pensé entonces que nunca nos echarían, que eran amenazas como tantas otras veces para que nos fuéramos calladitos como cobardes —dijo, y lloró con gran amargura.

Su hijo la abrazó, prometiendo decir todo.

—Me equivoqué —decía una y otra vez.

Kawel se presentó en el xawun, la asamblea para nosotros. Allí estaban todos; no solo la gente de su lof, sino también los otros lof desalojados. Contó tal cual lo que su madre le dijo; además se ofreció a ir ante las autoridades wingkas para advertirles que, si volvían, esta vez se defenderían. Tal vez eso ayudaría a gestionar el inmediato retorno de los pu lof a su invernada. Todos estuvieron de acuerdo. Propuso también que se armara una delegación compuesta por longkos y werken. Tras el verano irían, ahora debían recuperar sus animales y construir sus casas.

Se preparó para bajar al pueblo. Debía hablar con Cabrera, ya que no podría cumplir con su trabajo de ferroviario; ahora debía abocarse a levantar la casa para él y Ambrosia, y mejorar la que su madre tenía allí.

Carlos Cabrera era un buen hombre, estaba muy conmovido con lo sucedido. Mucha gente del pueblo se sintió indignada con los desalojos y ayudó como podía a las víctimas. Cabrera decidió darle licencia, y una vez acomodado en su nueva tierra, tendría su trabajo esperándolo.

Mi padre y Cabrera fueron muy buenos amigos. Con los años, Cabrera se sintió orgulloso de mi padre. Aseguraba que, gracias a él, mi padre había llegado a ser un gran sindicalista ferroviario. Algo de verdad había en esa afirmación.

Los días posteriores al desalojo fueron interminables para mi abuela. Pirenrayen sintió que un velo de su amor se rasgaba en su espíritu y que el frío invernal se había empozado en sus huesos, y

en su corazón. Ese hombre al que tanto amaba, y al que le había dado tanto, se convertía en el motivo de tanta desdicha y despojo. Hubiera querido no conocerlo, decirle a él y a todos los wingkas que se fueran, echarlos como ahora ellos eran echados. Sentía que ya no tenía fuerzas para volver a empezar, que ni juntos superarían tanto dolor, pero no podía hablar; el silencio había pialado y estaqueado todas las palabras. Había enmudecido tras el entierro de su hija. El día que partió Liam, supo en lo profundo de su corazón que no era su hombre el que partía, sino su vida, que ya nada resultaría como antes. Recordó el pewma de su finada abuela, la oruga que se había convertido en mariposa; pensó que su tiempo juntos había sido como el tiempo de la mariposa, hermoso pero fugaz. Ella le entregó su rokiñ, con el pan aún caliente, pan que Liam le había enseñado a amasar, y el charqui, que para Liam nadie lo preparaba mejor que su compañera. Él quiso besarla, pero ella decidió abrazarlo de modo largo e interminable, como si con ese abrazo se pudiera detener el tiempo.

Qué irónica y cruel es la vida, cuando nos entrega todo y luego nos lo arrebatada, demostrándonos lo efímero de nuestra existencia. Mi abuela y Liam sentían tenerlo todo, nada más necesitaban para disfrutar de la plenitud y la prosperidad que armonizan. Sin embargo, ese mundo opuesto, el del poder, que no busca la prosperidad de los muchos, sino la abundancia de los pocos, impuso su voluntad, devorándose los proyectos y sueños de quienes labraban con sudor y sacrificio un buen vivir para ellos y las generaciones venideras.

La compañía triunfante organizó su retorno para continuar con la extensión ferroviaria. Ahora casi todas las tierras de la reserva aborígen por donde pasarían las vías estaban bajo su control, y en algunos casos, bajo su propiedad.

## Bajo la sombra del gran coihué

Su amigo Roig le comunicó a Liam, mediante telegrama, el fallecimiento de su hija Wanguelen. Liam O'Sullivan palideció al leer la trágica noticia. Salió raudamente de la oficina y, en estado de *shock*, sin consciencia del aquí y del ahora, se dejó llevar por un imán invisible hacia la costa del río; se sentó con su mirada perdida en la inmensidad del Río de la Plata. Recordó los momentos con su hija; su risa; sus manitos regordetas, esas que tanto amaba Liam. Lloró en soledad, con toda la amargura con que se abren las compuertas del corazón para liberar todas las lágrimas aprisionadas, esas que no permitimos que salgan. No supo cuántas horas estuvo allí pero, de pronto, dos jóvenes en bicicleta que orillaban el río hablando y riendo lo despertaron de su desgarradora somnolencia.

Al llegar a su casa, buscó a su madre; se hallaba en el jardín. Sin decir una palabra, le entregó con discreción el telegrama. Christine los observaba desde arriba, en su habitación. Sarah, espantada, se llevó una mano a la boca. Abrazó a su hijo, y ambos rompieron en llanto. Luego subió a su habitación, y durante tres días no quiso comer ni hablar; solo quería estar sola.

Liam partió al día siguiente de saber la noticia. Volvía a Puelmapu con su corazón destrozado. Roig y Tita le pidieron ayuda por el terrible estado en que se hallaba Pirenrayen.

Cuando ambos se volvieron a encontrar, Liam O'Sullivan no se imaginaba cuánto había sufrido y cambiado mi abuela. Ni bien enterró a su hija, mi abuela dejó de comer. Su mirada perdida en el vacío la refugiaba de las palabras que no quería pronunciar; enmudeció su voz, y acalló su espíritu. Una pena lacerante la

desbordaba, la consumía. Se le caía el pelo cuando lo cepillaba; dejó de peinarse, de higienizarse. Solo deseaba partir de este mundo. No quería que la visitaran; aunque su hijo iba a verla diariamente, desesperado de que estuviera así. La vacuidad del mundo, que ajeno al dolor seguía su marcha, ensanchaba su soledad.

—Ñuke, por favor vuelva, no se deje morir. Yo la necesito —le rogaba Kawel, y se quebraba su voz en un silencioso llanto que no le permitía continuar.

Permanecía sentado a su lado, viendo morir de a poco a su madre, desmoronado por la impotencia. Severina se quedó algunos días con ella, se turnaban con Tita para cuidarla. Parientes y amigos la visitaban, sufrían al verla así. La piel de mi abuela se secaba, deshidratada por tantas lágrimas. Al dormir, su hijita venía a sus sueños; le acariciaba el cabello, y le susurraba palabras dulces al oído. Al despertar, volvía a recordar lo sucedido, y nuevamente regresaban el dolor y el llanto.

La casita de la veranada, donde habían sido tan felices, se encontraba llena de recuerdos. Cuando Pirenrayen tomaba fuerza para impulsar su cuerpo y conseguía levantarse, aunque más no fuera para saciar sus necesidades físicas, afuera de la casa se topaba con los recuerdos. Parecía oír la risa de su hija en el patio, jugando con su padre, y diciéndole: «Mami, mami, míreme», mientras se mecía en la hamaca que su padre había hecho para ella. Allí estaba ahora triste y gris aquella hamaca vacía... El viento traía las voces de su hija, de Liam, e incluso la de ella misma, jugando, riendo, cantando. Entonces sus piernas debilitadas dejaban de sostenerla, y se desplomaba en el suelo crujiente de hojas secas. Varias veces Ambrosia, Kawel o algún otro la rescataban, desmayada en el suelo de gélida soledad.

Roig Evans acompañó a su amigo hasta la veranada donde se habían asentado los sobrevivientes del desalojo. Pirenrayen vivía en la casita en la que Liam y ella empezaron a amarse. Había sido derruida por el grisáceo pincel del tiempo. Allí todos los veranos subían a pastar los animales. Liam fue feliz entre el frondoso bosque, jugando con su hija, enseñándole a trepar árboles,

buscando nidos, mirando nubes tirados sobre la hierba felpuda. Al volver, todos los recuerdos se arremolinaron dolorosos, se clavaron como agujones en su espíritu.

Los perros salieron a los ladridos hacia su encuentro. Ya cerca, reconociéndolo, movían la cola festejando su llegada. Severina Acupil se encontraba cuidando a Pirenrayen. Salió a ver quiénes eran los que llegaban, y divisó a su marido que, montado en su viejo tobiano, venía con Liam. Tardaron varios años en hacer caminos para los vehículos, solo se podía acceder allí a caballo.

Al entrar en la vivienda, la penumbra golpeó a Liam con más oscuridad, en contraste con la claridad de afuera. Fue acostumbrando su vista al espacio, y pudo ver a Pirenrayen acostada, enrollada como una niña. Se acercó hasta su catre, y quitó de su rostro parte de la manta con que se cubría. Dormía profundamente. La vio envejecida, más delgada, ya que se había sometido a un ayuno de más de treinta días. Sus amigas la bañaban y la peinaban, pero no lograban hacerla comer; apenas permitía que le ofrecieran agua. Liam lloró al verla así. Le dijo a Roig y a Severina que él cuidaría de Pirenrayen, que si lo deseaban podían volver a su casa. Ellos aceptaron. Lo abrazaron y se fueron apenados.

Liam se propuso salvarla. Limpió y ordenó la casita, hachó bastante leña para alimentar constantemente el fuego, calentó agua. En un barril de madera enorme, puso agua tibia con flores, como alguna vez había visto que Pirenrayen hacía. Hubiera querido conocer más secretos de su medicina para salvar a su lawentuchefe. Agregó perfumes y el jabón que su madre había dejado en un pequeño baúl de madera, traído el pasado verano. Retiró la manta con la que se tapaba Pirenrayen, y ella abrió los ojos, pero los volvió a cerrar. La desvistió sin que ella ofreciera resistencia, la levantó en sus brazos y delicadamente la colocó dentro del agua. En ese momento, pareció reconocerlo, pero creyéndolo una visión, le dijo:

—¿Por qué viene a molestar mi muerte? Espíritu del wenumapu, tráeme la visión de mi niña, no la del hombre que me ha abandonado.

—Mi amor, soy yo, Liam —respondió él con extrema ternura—. No quiero abandonarla jamás. Estaré aquí, ya no me iré.

Entre dormida y con escasas fuerzas, Pirenrayen insistió:

—Usted no es Liam. Él está lejos. Siempre nos deja, siempre se va.

Él se quedó callado. Lavó su cuerpo, su cabello. La sacó de la improvisada tina, y la llevó envuelta al catre. Allí la secó, la arropó, y volvió a cubrirla con la manta. Mientras preparaba un caldo, le hablaba; le prometía estar a su lado y le contaba todas las cosas que harían juntos en ese lugar.

—Tome un poco de mi sopa, mi hermosa lawentuchefe. Solo un poco, por favor —le suplicaba Liam.

Ella cerraba aún más los labios herméticos, para evitar que la cuchara entrara en un descuido.

Así transcurrieron los días, y la salud de Pirenrayen empeoraba. Liam rezaba sobre el chenke de su hijita; pedía por la recuperación de Pirenrayen, y para que la niña lo perdonara. «Debí estar aquí», se repetía. Muchas lunas debieron pasar para que el tiempo aplacara la pena de Pirenrayen. Esa espera fue una eternidad.

Una mañana en la que Liam se encontraba armando un gallinero, llegó el peuco hasta la casa. Golpeó la ventana con fuerza una y otra vez, insistentemente, hasta que logró despertar a Pirenrayen. Ella levantó con esfuerzo sus párpados y, al abrir sus ojos, se topó con las pupilas fijas del pájaro, que la observaba a través del vidrio. Con gran esfuerzo, lo reprendió:

—Linkoyan, ¿a qué ha venido? Déjeme morir en paz, así por fin nos encontraremos. Solo así podré estar con mi hija, con mi abuela, con usted, y por fin seré feliz... Déjeme, Linkoyan. ¡Váyase! —le ordenó al ave.

Pero el peuco continuó golpeando la pequeña ventana. Fastidiada con ese molesto ruido que quebraba el sagrado silencio, se levantó furiosa y, con sus escasas fuerzas, salió al patio semidesnuda. Había bajado mucho de peso; parecía tan pequeña y

liviana que de lejos cualquiera hubiera pensado que era una ancianita, con su cabellera encanecida y desgredada.

Pirenrayen levantó la vista y vio en su patio un coihué gigante, robusto, garboso. «¿Cuándo brotó?», se preguntó. En el momento que la curiosidad la inundaba, contempló fijamente su tupida copa, y luego fue bajando la mirada hasta que se encontró con la de su abuela Fresia. Allí, bajo la sombra del gran coihué, estaban todos sus seres amados, sus muertos y sus muertas: la abuela, su hija, Linkoyan. Pirenrayen se arrojó sobre el coihué para abrazarlos, y sintió la tibieza de sus cuerpos. Su piel se erizó de felicidad cuando Wang la abrazó y la tomó de su mano. ¡Qué enorme y reparadora felicidad la inundó al volver a sentir la pequeña y cálida manito de su hija! Con los ojos humedecidos por la emoción, Pirenrayen preguntó, esbozando una suave y delicada sonrisa:

—¿Han venido a buscarme?

—No —respondieron ellos.

Acariciándole la mejilla, su abuela Fresia le habló:

—Aún no es su tiempo, hija. Debe quedarse y vencer. Una nieta tendrá. Ella debe recibir todo lo que a usted le he enseñado, ella terminará lo que hemos empezado. Ella contará nuestra historia. Aquí tiene, hija —dijo Fresia, y extendió sus brazos. Abrió sus manos, que contenían flores de amancay—. Sus pétalos le servirán para sanar su corazón herido, hágase un brebaje y báñese con él.

Afanado en el trabajo, Liam no había visto salir de la casa a Pirenrayen. La encontró cuando retornaba, parada en el patio, hablando sola, y con un ramo de flores de amancay en la mano. Había cubierto su desnudez con una manta. Él la alzó en sus brazos, y entró en la casa.

Desde aquella aparición, mi abuela volvió a la vida; al principio, debió alimentarse de a poco. Nunca dejó de bañarse con flores de amancay. Liam estaba tan agradecido; no sabía si en verdad había sido Wanguelen quien había escuchado sus ruegos, o Dios. No importaba. Todos los días dejaba flores en el chenke y también rezaba.

Habían pasado varias semanas desde la última visita de su hijo. Kawel y Ambrosia regresaron y encontraron a Pirenrayen aseada, peinada, almorzando a orillas del fogón. Quedaron pasmados ante semejante mejoría. Ella les contó lo sucedido, y les mostró el árbol. El coihué, testigo mudo de lo ocurrido, estaba allí como una milagrosa aparición. Pirenrayen les anunció que el vientre de Ambrosia, mi madre, guardaba la vida de una niña.

—Le pondrán Llankaray —les ordenó.

Así, antes de nacer, mi nombre estaba elegido. Nací el verano de 1938. Tras mi nacimiento, mi abuela recobró la vitalidad y la energía que siempre había tenido, pero esta vez había más poder en su medicina. Casi todos los días tenía visiones, anticipaba todo el tiempo las pequeñas y grandes cosas que sucederían. Por ejemplo, unos segundos antes de que un plato se cayera de la repisa, ella decía: «Cuidado con el plato blanco, se va a caer». Cuando los presentes miraban hacia la repisa, eso ocurría. O decía: «Pongan la manta sobre el asiento, que pronto llegará el Galensho». Y al cabo de una hora, llegaba Roig Evans. Crecí obedeciendo sus consejos y creyendo en sus vaticinios.

Liam quiso quedarse a vivir para siempre con ella, pero mi abuela no se lo permitió. Había ocurrido algo en su corazón, como cuando el cristal, al menor movimiento, se derrumba y se hace añicos. Así se sentía Pirenrayen: ahora tenía un corazón de cristal, ya no quería seguir amando a un corazón cobarde.

La entendió. Liam decidió regresar a Buenos Aires. Amargado, sin decir nada, montó su caballo y partió. Ella, conmovida, montó el suyo y salió al galope tras él. Pronto lo alcanzó. Como en aquellas carreras lúdicas y amorosas de sus primeros tiempos, extendió la mano para que él la tomara. Liam se emocionó con aquel gesto, y la rozó suavemente. Se miraron con amor, y mi abuela se alejó hasta perderse de vista. Liam sintió que su garganta ardía como apuñalada. El llanto fue incontrolable y comenzaron a caer, silenciosas, las lágrimas por sus mejillas, mojándole la cara. Esa fue su despedida. Ambos intuyeron que jamás volverían a estar juntos, a pesar de que se amaban tanto. Más allá de su piel, incluso de los sentidos de sus cuerpos, existía un mundo de sensaciones y

certezas en las que subyacían verdades que se volvieron predictivas. Otros tiempos, otros senderos se abrían para ambos. Ella también lloró. Acababa de despedirse del hombre al que tanto había amado, y con el que creyó que compartiría su vida.

## Como la tierra, que siempre vuelve a retoñar

El gerente de la empresa ferroviaria castigó a Liam: lo bajaron de escalafón, y pasó a ser un empleado administrativo. Sus jornadas le resultaban aburridas y tediosas. Las pocas salidas con su tío eran los únicos momentos en que su rostro se relajaba, y hasta podía reír. El resto del tiempo, su mirada apesadumbrada y su actitud de ermitaño incomodaban a quienes lo rodeaban. Su tío lo desconocía; le aseguraba a Christine que el contacto frecuente con los mapuches había repercutido negativamente en el carácter de su sobrino.

En aquel tiempo en que Liam O'Sullivan se perdía entre papeles amarillentos, monocordes, mi abuela Pirenrayen acompañaba mi crecimiento. Estuvo junto a mí cuando di mis primeros pasos, cuando me salieron los dientitos, y cuando pronuncié las primeras palabras. Sé que mi presencia llenaba de alegría sus días. Mi madre se alegraba de ver tan animada a su suegra, era un alivio contar con Pirenrayen para mi cuidado. El abuelazgo ofició en Pirenrayen como un bálsamo de miel para su amargado corazón. Sin saberlo, yo fui la medicina más poderosa para sanar sus heridas.

Sarah continuó viajando al sur, donde se estableció definitivamente en el año 1939. Ya no quiso regresar a la ciudad. Se propuso hacer un diccionario de mapudungun e inglés; le gustaba visitar a Pirenrayen, y hablarle a su nieta, en el chenke. Pirenrayen nunca le preguntaba por Liam, y Sarah respetó su silencio. Ambas hablaban más, tal vez porque Sarah manejaba muchas más palabras del mapudungun, o porque también mi abuela había

terminado por aprender el castellano, o «castilla», como llamaba ella al idioma español. Sarah se quedaba en el poblado durante toda la primavera y todo el verano. Su cuñado le había comprado una chacra; allí había construido una gran casa para ella, con frutales, rosas y una huerta. Ella amaba este lugar, el pueblito levantado al pie de las montañas, entre la estepa descolorida y la verde cordillera, por el que corría sonoro el río Chubut, atravesándolo. Sentía que, en verdad, la Patagonia era su hogar.

En el poblado la querían mucho; siempre estaba rodeada de niños, atenta a las necesidades de los más humildes. Sus días en el sur eran repartidos entre su chacra y el lof donde vivía Pirenrayen; le gustaba acompañarla a buscar las plantas medicinales. La estimulaba respirar el aire fresco de la Patagonia; sentir el frío de ráfagas ligeras cacheteándole la cara, el vaivén danzarín de los coirones sacudidos por el viento, el molle elevándose espinudo. Qué placidez le recorría el cuerpo, abrazándole el alma de soles tibios y aromas embriagantes. Había aprendido que al caminar al lado de Pirenrayen la palabra era incómoda, y el silencio necesario. No siempre mi abuela la invitaba a recorrer la mapu en busca de lawen. Sarah pensaba que tal vez las plantas, las flores y los árboles le hablaban a Pirenrayen en la soledad, que quizás ese era el verdadero poder de una lawentuchefe.

Pirenrayen y el longko Mankiñ se habían hecho muy amigos; a menudo se visitaban, y se contaban las novedades. El longko había quedado viudo en aquellos días del desalojo del 37, extrañaba mucho a su compañera. Era sabio y generoso. Estaba ya muy anciano; sabía que pronto se reuniría con su esposa, y por ello preparaba a su hijo como futuro longko. El nombre del hijo era Victoriano Mankiñ. Él encabezaba la resistencia contra el avance ferroviario sobre nuestras tierras.

Un domingo soleado de los últimos días invernales de 1939, se celebró un parlamento en el que todos los lof se hicieron presentes. Se rumoreaba que el rewe iba a ser cercado por la compañía, y que

ya no permitirían que se realizaran nuestras ceremonias. El verano se acercaba y con él, el tiempo de las ofrendas y el compromiso de renovar los votos de armonía con la mapu.

Así habló el longko Mankiñ:

—El wingka no quiere comprender que la tierra tiene su propio orden. La mapu tiene sus ngen, sus guardianes, que no viven en cualquier lugar. Esas fuerzas se alojan donde pueden estar tranquilas, hacia allí debemos dirigirnos para hablarles. Ellas nos escuchan, porque saben que nos sacrificamos para estar allí, cantándoles, hablándoles, alimentando el fuego y la palabra. El cosmos tiene sus normas. En esos espacios sagrados, bajan los espíritus de nuestros ancestros. Es por ello que no debemos entregar ese lugar, donde realizamos nuestras ceremonias para hablar con la mapu. Porque la única ley que vale es la que establece la naturaleza, porque ella es la madre de toda vida. ¿Acaso el niño puede imponerse a la voluntad de sus padres? Somos insignificantes criaturas frente al orden cósmico, pero el wingka cree que podrá salirse con la suya. Los ríos siempre regresarán a su cauce. Las montañas han estado aquí desde siempre; de ellas brotan la vida, el agua, el bosque, la nieve. Los volcanes son los pillañ, que todo lo vigilan. Debemos hacer bien las cosas, no hay que temerle al wingka. Debemos respetar lo que se nos ha enseñado, aunque eso nos cueste la vida. Los territorios guardan nuestra voz. Las montañas y los cerros reconocen nuestros espíritus, se alegran cuando volvemos, se entristecen cuando partimos. Se enfurecen si los despreciamos, y se defienden si los agredimos. No temamos, que nos irá bien. Los antiguos nos guiarán, debemos defender el rewe. ¡Vamos a ganar! ¡Marici weu!

—finalizó su discurso con el histórico grito de nuestro pueblo mapuche, que significa «diez veces venceremos».

Desde los tiempos del longko Naweltripay, nuestro lof levantaba sus ceremonias en aquel lugar. Era un valle fértil, rodeado por cerros ocres; un mallín inmenso, una gran pampa, que era protegida por todas las familias. Nadie echaba allí los animales a pastar. Cuando fueron desalojados de los fértiles valles donde luego se asentaron los galeses, mi tatarabuelo obtuvo el permiso para bajar

todos los veranos a hacer su ceremonia en aquel lugar. El gobierno sabía que la resistencia iba a ser dura: mi gente no iba a entregar ese leufün, nuestro espacio ceremonial.

Pero el tren ya había llegado al poblado, ahí había detenido su marcha, y debían construir más vías. Desde la inauguración de la estación, todo cambió para aquel pequeño pueblo cordillerano. El ferrocarril trajo consigo trabajadores de todas las geografías del país. Las mujeres más humildes se amontonaban en la estación ofreciendo a los pasajeros pan casero y tortas fritas. Muchas se casaron con ferroviarios venidos de otras partes. Había alegría. El tren unió poblados, dinamizó la economía. En aquel pequeño pueblo olvidado de la Patagonia, nada más importante ocurría que la llegada del tren; era el acontecimiento social de aquellos días. La Trochita, el viejo tren patagónico, gritaba con voz de soprano, anunciando partidas y llegadas. Su silbato retumbaba y despertaba al pueblo, interrumpiendo la siesta.

Cuando yo, su primogénita, apenas había cumplido un año y tres meses, mi madre, que aún me amamantaba, recibió la señal de otro embarazo. Pirenrayen soñó que caminaba por un escarpado sendero que se abría como un largo y angosto pasillo, entre grandes y altas bardas rojizas. Sintió el ruido de un trueno, y al subir hasta la cima del cerro, marcadas por el sendero, halló dos piedras preciosas: una brillaba como el sol, entre dorada y blanquecina; la otra era azul brillante, más pequeña, pero fuerte y refulgente. Se agachó para tomarlas, pero un ventarrón la obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrió, las piedras ya no estaban. Buscó desesperada, y hurgó en la tierra hasta que las encontró, una al lado de la otra. Levantó la azul, luego la dorada, y las guardó.

Mi abuela despertó feliz, y fue a contarles su sueño a Kawel y Ambrosia, mis padres. Cuando terminó de relatarlo, le dijo a su nuera:

—Dos vidas tiene en su vientre, hija. Momentos difíciles pasará en el embarazo, pero nacerán bien. Niña y niño son —predijo, y

luego miró a mi padre y agregó—: Kawel, hijo, tal como fue anunciado en el pewma su nacimiento, a través de usted una larga y numerosa estirpe se desarrollará. Nuestra simiente se perpetuará sobre la walljampu. Nuestro linaje será como la tierra, que siempre vuelve a retoñar.

Kawel y Ambrosia se mudaron al poblado; ocuparon una casita ferroviaria de durmiente que Cabrera le asignó a mi padre, construida totalmente con quebracho. Kawel había empezado a interesarse en la conducción del tren, estaba cautivado por aquella maquinaria que parecía un caballo de hierro relinchando y exhalando humo. Pirenrayen bajaba a menudo a visitarlos.

El verano de 1940 trajo sequías y calores inusuales. El longko Mankiñ le pidió a Pirenrayen que lo ayudara a levantar kamaruko, para pedir lluvia, bienestar para todos. Mi abuela se comprometió en la organización de la ceremonia, y fueron preparando junto con su lof todo lo necesario para que el kamaruko fuera correcto, y el wenu chaw y el ngen mawün, las fuerzas del cielo y de la lluvia, humedecieran la tierra reverdeciéndola, fertilizándola de vida.

En aquellos días en los que se preparaba la ceremonia, llegó Christine. Había venido a quedarse un tiempo con su suegra, ambas se extrañaban. Liam no quiso acompañarla, sabía que su madre retornaría con Christine a Buenos Aires para visitarlo unas semanas. Los primeros días para Christine fueron sorprendentes y agradables, pero luego la monotonía y la quietud la aburririeron. No podía creer que lo único interesante que el pueblo podía ofrecer fuera un tren.

Todos los jueves, Pirenrayen bajaba al pueblo para atender a sus pacientes. En la casa de Roig Evans, una larga fila de personas la esperaban desde muy temprano. Ella llegaba sonriente y amorosa, y ofrendaba su medicina a todos, sin exclusión. Nada pedía a cambio, aunque muchos, en gratitud, le traían regalos. Christine caminaba por las estrechas calles del pueblo cuando observó la muchedumbre agolpada en el patio de Roig Evans. Al regresar a la chacra, preguntó a su suegra:

—Madre, acabo de ver mucha gente aglutinada en el patio de la casa de Mr Evans... ¿Acaso le ha sucedido algo?

—Todos los jueves una mujer-medicina mapuche baja desde las altas montañas para atender a los enfermos. La llaman «la lawentuchefe», alguna vez le hablé de ella.

—Sí, claro, lo recuerdo. Madre, ¿cree que podría atenderme?

—No lo sé. Han acontecido muchas cosas aquí con los ingleses, ella desconfía de nosotras.

—¡Eso es absurdo! ¡No somos inglesas!

—Christine, ¿acaso no confundimos nosotros a todos los pueblos de aquí? Les decimos «indios» a todos, ni siquiera nos damos la oportunidad de saber cómo se llama cada pueblo. ¿Por qué ellos sí distinguirían a un irlandés de un escocés, o de un inglés? Somos «los wingkas» que vinimos a sus tierras hermosas a vivir, mientras ellos están condenados al despojo y a la muerte. Todos, de algún modo, les hemos hecho daño —dijo Sarah, y volvió a recordar a su nieta, el violento modo en el que había muerto. Sus ojos se humedecieron.

—Lo siento tanto, madre —dijo Christine, avergonzada—. No creí que esto la afectaría tanto. Tiene usted razón, lo lamento.

Sarah abrazó a su nuera, y le confesó lo que pensaba de ella:

—No te preocupes, eres la persona más inocente y buena que he conocido.

Y en esto no se equivocaba: Christine era como una niña adulta, incapaz de percibir la maldad y las mentiras. Enseguida le pidió a Sarah que la acompañase el siguiente jueves a ver a la lawentuchefe. Sarah aceptó no muy convencida, pero era lo menos que podía hacer por su nuera, que tanto anhelaba ser madre.

Cuando llegó el jueves siguiente, Christine madrugó y, sin desayunar, salió con Sarah rumbo a la casa de Roig Evans. Al verlas, el Galensho las hizo pasar, las invitó con un té, y conversaron hasta la llegada de Pirenrayen. Evans abrió la sala de espera, que consistía en una pequeña habitación amueblada solo con dos bancas largas de madera rústica, colocadas una frente a la otra; en el centro de ambas, una salamandra calefaccionaba el lugar. Allí se acomodaban los pacientes; como el lugar era pequeño,

a medida que iban llegando, ya no entraban y se organizaba una fila afuera.

Christine aguardó paciente su turno. Cuando le tocó pasar, el corazón empezó a latirle más rápido y se quedó inmóvil, pero Sarah sostuvo su mano y la obligó a entrar. Al recibirlas, Pirenrayen abrazó a Sarah. Christine la saludó en castellano, y mi abuela le contestó en mapudungun. Como hacía en estos casos, le preguntó si había traído la orina. Sarah le había explicado a su nuera que debía llevar una muestra para que Pirenrayen la observara. Con pudor, Christine extrajo de su elegante bolso un pequeño frasco de vidrio muy bien cerrado, y se lo entregó. Pirenrayen las invitó a sentarse frente a ella. El silencio era tenso, expectante.

La lawentuchefe observó con tal concentración el frasco que parecía que sus ojos pretendían hacerlo explotar con la mirada. De inmediato, la expresión de su rostro se turbó, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin mediar palabra, mi abuela salió de la habitación. Sarah creyó comprender lo que estaba sucediendo, entendía el porqué de sus lágrimas.

Un ruido quebró el silencio, y Roig salió al patio para ver qué había ocurrido. Vio el frasco hecho añicos en el suelo, y la orina absorbida por la tierra seca. Abrazó a Pirenrayen, y le habló con ternura:

—Ya sé quién es esa mujer. Seguramente, ella ignora que han amado al mismo hombre. Estoy seguro de que no ha venido con maldad. Lamngen, ¿quiere que le pida que se marche?

Pirenrayen lo miró con gratitud.

—No, dígame que me espere. Deme un momento —dijo mientras secaba sus lágrimas, y añadió—: Ella también sufre un inmenso dolor. La ayudaré, ella no es responsable de nada de lo que me ha pasado a mí.

Roig obedeció y le pidió a las mujeres que la esperasen. Ya más repuesta, Pirenrayen respiró profundo, se acomodó el pañuelo y las trenzas en la cabeza, y entró con altivez y seriedad. Aún sentadas, Christine y Sarah se miraban sin hacer comentarios. Estaban compungidas y desorientadas.

Pirenrayen le habló a Christine:

—Señora, le daré lawen para su útero. Sanará y tendrá un hijo. Debe beberlo usted y su marido, él debe tomarlo sí o sí. Dígale que ha venido a verme y que yo le pido que la acompañe en su tratamiento, que confíe, que ambos serán muy buenos padres.

Emocionada, Christine la abrazó llorando. Le agradeció y quiso pagarle, pero Pirenrayen no aceptó el dinero. Se despidió de ellas de modo cortante, e invitó a pasar a otro paciente que tenía problemas para caminar.

Los días eran largos y calurosos. Ambas decidieron caminar orillando el río Chubut. Mientras escuchaban el coro de teros escandalosos que despedían con júbilo al sol, Christine abrazaba la botella de medicina contra su pecho, como resguardando un gran tesoro. Experimentaba una renovada alegría, nutrida por una fe ciega en aquella enigmática mujer. Se había sentido descubierta en su más profunda intimidad, y esa idea la avergonzó. «Tal vez ella vio algo dentro de mí, pero me aseguró que seré madre, y que seré una buena madre», pensó. Sí, dentro de esa botella estaba su felicidad. Miró hacia el cielo, y vio las últimas fulguraciones de un sol inmenso y naranja, que teñía de púrpura el agua con destellos de luz.

Aquel día, ajeno a todo, Liam contemplaba en Buenos Aires el lento caminar de un gato blanco, que equilibrando sus pisadas sobre el riel avanzaba despreocupado. Sentado en la estación, junto con la gente, esperaba la llegada del tren. Pero no iba a partir ni a recibir a nadie, solo estaba allí para pensar. Las estaciones de trenes eran su refugio. A veces, cansado por el trajín, se sentaba en una banca de madera, frente a las vías, y se dejaba adormecer por el sol. Entredormido, parecía oír la voz de Pirenrayen diciéndole: «¡Amor, despiértese ya! Mi wentrú no duerme si no es en mis brazos». Y se despertaba para palpar que aquello solo había sido un sueño que le traía los recuerdos de los momentos más hermosos de su vida. Cuando vivía con Pirenrayen, amaba dormirse sentado en la mecedora de madera que había tallado para ella cuando estaba esperando a Wanguelen. Allí solía atraparlo Pirenrayen, lo tomaba

de la mano y se lo llevaba a sestar. Hacían el amor y dormían abrazados un buen rato. Extrañaba tanto su compañía, su aroma, su piel, su voz, su cuerpo.

## El dulce sabor de las victorias colectivas

Liam recibió con alegría a su esposa y a su madre. Invitó a Christine a pasar los últimos días de verano cerca del mar. Ella estaba encantada con la idea, y a poco de su llegada, partieron.

La estancia estaba perfumada con gardenias, lavandas y jacintos. El frescor del aire marítimo ensanchaba sus pulmones de placer, caminaban por la orilla escuchando el estallido del mar sobre las rocas.

Durante la primera noche, Christine le contó a su marido la visita a Pirenrayen. Repitió textualmente las palabras de la lawentuchefe, y puso sobre la mesa la botella de lawen.

—Debemos tomarlo durante tres noches, y cada noche intentaremos hacer un hijo.

Él enmudeció y se mostró nervioso, pero le dijo que estaba de acuerdo. Brindaron por el hijo que vendría, y tomaron de un tirón la medicina que les dio mi abuela. Se miraron esperanzados y, antes de subir a la alcoba, el brebaje restante fue guardado celosamente. A él le pareció exquisita esa novedosa bebida, porque había sido preparada por su amada, porque contenía no solo la cura para la esterilidad de Christine, a quien también amaba, sino el remedio para su alma perturbada por la culpa. Liam pensó que no había rencor en el corazón de Pirenrayen, ya que ofrendaba su poder de sanación para darle a él la oportunidad de ser nuevamente padre.

Durante el mes de abril, supieron que Christine estaba embarazada. Cuando ella le anunció que iba a ser padre, Liam tuvo mucho miedo de no amar a su hijo con la misma profundidad con la que había amado a Wang. Él seguía hablando con ella en sus rezos, y la soñaba a menudo.

Ese otoño, mientras Liam asimilaba la noticia de su pronta paternidad, Pirenrayen se peleaba con los ingleses y las autoridades argentinas, que aseguraban que el predio ceremonial ya no les pertenecía, ya que el Estado lo había cedido a la compañía para que por allí pasara el tren. Roig Evans se ofreció a interceder ante el gerente. Su nombre era Mr Wilson; era oriundo de Birmingham, una ciudad que Roig Evans conocía muy bien. Eso los acercaba, era tema de conversación entre ellos toda vez que se cruzaban en el pueblo. El Galensho fue directo a verlo.

—Mr Wilson, ¿cómo está usted?

—Hola, Mr Evans. Aquí me ve, muy bien, aunque un poco atareado. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias. Vine a verlo porque estoy preocupado por la situación con la comunidad mapuche... Ellos han realizado desde siempre la ceremonia en aquella pampa mallinosa, cerca de la vertiente. Me dice el longko Mankiñ que usted ha alambrado esas parcelas, y que no les permite entrar. ¿Por qué? ¿Con qué derecho han alambrado? ¡Sabe perfectamente que esa tierra no les pertenece!

—Mr Evans, todo nos pertenece. Usted debería entenderlo. Los salvajes no entienden nada sobre la propiedad privada, pero usted es un hombre culto, europeo... No tiene caso que se preocupe por ellos.

—Esto no es justo. ¡Lo denunciaré a las autoridades!

—Mr Evans, nosotros somos la autoridad en la Patagonia, en Gales y en el mundo —dijo muy convencido, y mirando hacia el patio central del casco de la estancia, preguntó—: Dígame, Mr Evans, ¿qué bandera ve flameando allí? Es nuestra bandera, la bandera británica. Aquí la autoridad somos nosotros, y hemos decidido alambra esa tierra. Es un desperdicio que usen un cuadro tan fértil solo una vez al año, para ritos paganos. Hasta me parece ridículo que no lo entienda. Ahora, si me permite, tengo que seguir con mis cosas.

Furioso, Roig Evans regresó al pueblo, y fue directo a hablar con el comisario y el juez de paz, a quienes conocía muy bien. Encontró

al juez y al comisario jugando al truco. El juez de paz, con una sonrisa amistosa, le dio la bienvenida.

—¿Cómo anda, mi amigo Evans? ¿Qué lo trae por aquí?

El Galensho le estrechó la mano a ambos y, sin rodeos, les hizo saber su preocupación y la charla que acababa de tener con el encargado de la compañía.

—Querido amigo, no podemos hacer nada —le respondió el comisario—. Son órdenes de arriba. Si la compañía dice que ese lote es de ellos, ¡es porque es de ellos! Seguro tienen algún papel que lo certifica.

Evans miró al juez y le preguntó:

—¿Es verdad? ¿Tienen la propiedad de ese lote? Usted firmó algún papel...

El juez miró con complicidad al comisario, como buscando que lo ayudara a construir la mentira, y dijo:

—Ese tipo de documentación se maneja en Buenos Aires. No olvide que allí está todo, por ser la capital. Nosotros aquí solo manejamos permisos y asuntos menores.

Evans les advirtió preocupado:

—Hablé con Pirenrayen y con el longko Mankiñ, y me aseguraron que la fecha y el lugar de kamarikun serán los de siempre. Ellos no aceptarán entregar el lote, habrá resistencia.

El juez de paz se levantó de la silla y, descuidando sus cartas, se acercó al Galensho para palmearle la espalda, mientras relativizaba la situación diciendo:

—¡Hombre, no sea exagerado! Los indios van a recular llegado el momento. Además, es asunto de la compañía, no suyo. Déjelo, amigo. Que se arreglen entre los gringos y los indios, nosotros no tenemos nada que ver con eso. Cambiando de tema, ¿ya recibió, don Roig, la grapita que le encargué?

Llegó la fecha del kamarikun, o kamaruko, como le llaman hoy en día. Dicen que eran centenares de personas, casi todos parientes de mi familia; también hubo muchos que, asustados por las

amenazas de los ingleses, no se animaron a participar. Mi padre me contó que, justo cuando estaban ofrendando a la tierra la sangre del caballo oscuro que se iban a comer, llegó la policía con los matones de la estancia de los ingleses. Andaban a caballo y en camiones. Entraron a los tiros al leufün, el predio ceremonial. Mi abuela se interpuso para no dejarlos avanzar hacia donde se hallaba la gente; un policía le dio un culatazo con su rifle, y ella cayó desmayada. Cuando recuperó la conciencia, vio que había heridos y muertos, todos de un solo bando: el nuestro.

Llevaron presos al longko, a mi padre, a mi abuela, e incluso a Roig Evans. El Galensho mandó a buscar a uno de sus hijos, al que era abogado, aunque trabajaba como periodista. Le gustaba más escribir que litigar; casi no tenía experiencia, salvo las pocas veces que se defendió a sí mismo por las detenciones en manifestaciones, y también por andar en borracheras callejeras, con sus amigos. Se llamaba Nahuel Evans. Hacía mucho que se había ido a estudiar a Buenos Aires, y allí se había quedado. Él se hizo cargo de la defensa de todos.

Pirenrayen apreciaba mucho a Nahuel. Tenía diez años cuando él nació. Lo había aupado en sus brazos, cuando era un bebé muy gordo y grandote, con ojos enormes y pardos, y muchas veces hasta lo había cuidado. Tenía una hermosa sonrisa y se le hacían unos hoyuelos en las mejillas. De niño, Nahuel adoraba a Pirenrayen. Era muy pequeño cuando ella se casó con Linkoyan, y no sabía disimular sus celos. A mi abuela le daba mucha ternura el amor que el niño sentía por ella.

Una tarde que caminaban de la mano desde el almacén del Galensho hasta el matadero, él la miró y le dijo:

—Cuando yo sea grande, voy a casarme con usted, y ese Linkoyan andará llorando por ahí, porque usted siempre va a estar conmigo.

Ella largó una sonora carcajada, y se detuvo un momento. Se agachó para estar a su altura y, mirándolo a los ojos, le dijo con un tono lleno de ternura:

—Usted siempre será mi pichimotriley. Ningún hombre en el mundo es más bello que usted.

A mi abuela le gustaba decirle «pichimotriley», que en mapudungun significa «gordito». Cuando Nahuel Evans se fue del pueblo, Pirenrayen era una agraciada joven, que había enviudado demasiado pronto; tenía un niño a su cargo, y lleno de pena su corazón. Él apenas había cumplido catorce años. Confiaba en que lograría su sueño de volver graduado, con mucho dinero, para casarse con ella. Pero la vida tenía otros planes para ambos y el destino trazó muchos desencuentros hasta que por fin los hacía reencontrarse.

Nahuel regresó graduado, pero sin un centavo en el bolsillo. En el pueblo, los familiares de los presos, como así también Severina Acupil, su madre, lo recibieron como a un héroe, y depositaron en él todas sus esperanzas. Su madre lo abrazó llorando, preocupada por su esposo; era la primera vez que Roig Evans era detenido.

Al llegar a la comisaría, grande fue su sorpresa cuando el comisario le informó que los ingleses se habían hecho cargo de los detenidos, alojándolos en los calabozos de su estancia. Nahuel Evans reclamó indignado al comisario por haber permitido esa ilegal maniobra.

—Pero, doctor, ¿que quiere que haga? —le dijo el comisario—. El inspector da órdenes, y yo obedezco.

Inmediatamente, el joven abogado convocó a todo el pueblo a acompañarlo a la estancia para liberar a los detenidos. El inan longko Victoriano Mankiñ encabezó la comitiva hacia la estancia. En el camino, Nahuel refunfuñaba:

—La Patagonia parece una colonia británica. Los deseos de los ingleses son órdenes para sus lacayos argentinos. ¿A dónde irá a parar este país? —se preguntaba lleno de rabia y decepcionado.

Nahuel Evans logró convocar a un nutrido grupo de personas, poco más de un centenar. Se trasladaron en la camioneta de Carlos Cabrera, en el camión del Galensho, y en otros vehículos que fueron ofreciéndose para llevar a la gente; algunos optaron por ir a caballo.

Al llegar a la estancia, vieron que el capataz, secundado por un par de peones, los esperaba en la tranquera. Nahuel se acercó a pie hasta donde se hallaban los hombres de la estancia, y vio que uno de ellos se apeaba y caminaba hacia su encuentro. Cuando

estuvieron frente a frente, el abogado extendió su mano para saludarlo, pero el hombre se negó:

—¿Qué quieren aquí? —preguntó de mala manera, mientras acariciaba el revólver que llevaba ceñido a la cintura.

—Soy Nahuel Evans, el abogado defensor de los detenidos, y vengo a solicitar su inmediata liberación. Es ilegal su arresto. Ellos no han cometido ningún delito, y voy a probarlo ante la justicia argentina, no ante los terratenientes ingleses.

—No entiendo ni mierda lo que me dice. Si sigue aquí molestando, voy a sacarlos a tiros a todos.

Nahuel Evans era un hombre muy alto, gordo, fornido, con fuertes brazos, capaz de voltear un toro con sus propias manos. Sumado a ello, su temperamento era pasional e irascible. Pretender amenazarlo fue una muy mala idea.

El abogado no le dio ni tiempo a reaccionar al torpe capataz: lo desplomó de un tremendo puñetazo. Los peones, asustados, tiraron unos cuantos tiros al cielo, pero los que estaban allí congregados sumaban más de un centenar y estaban decididos a todo, hartos de los abusos que cometían los ingleses y los funcionarios argentinos. Entraron corriendo como malón en la propiedad y, junto con el abogado, fueron derecho a la casa patronal. Allí los esperaba el gerente, que sabía de la llegada del comité porque uno de sus peones le había avisado.

Mr Wilson se apersonó en el pórtico de la casa, miró pasmado a la gente y preguntó:

—Díganme, ¿qué necesitan?

Nahuel Evans avanzó unos pasos, y se presentó tal cual lo había hecho ante el capataz:

—Vengo por los detenidos, entre los que se encuentra también mi padre.

—Su padre, señor Evans... —comenzó a decir el gerente con voz de falsete. Solo se dignaba a hablar en inglés, a pesar de que manejaba perfectamente el castellano, pero el abogado no le dejó terminar la frase.

—Llámeme doctor, doctor Evans.

—Bien, como usted quiera. Como le decía, doctor Evans, su padre no está detenido. En realidad, fue un error de la peonada haberlo traído hasta aquí. En cuanto lo vi, me disculpé con él, y le he pedido que regrese a su casa, pero él se niega a irse si no liberamos al resto. Como usted comprenderá, esto no es posible.

—No, no lo comprendo. Hasta donde he podido ver, no hay orden de arresto librada por ningún juez.

—Se equivoca, doctor, sí la hay —dijo, y envió a su secretario a que trajera la orden que se encontraba en su despacho.

Ni bien la tuvo en sus manos, el abogado la leyó.

—¡Esto es una fantochada, no es una orden! —dijo Nahuel Evans, furioso—. Es tan solo una carta enviada por su amigo el juez, autorizándolo a reprimir y accionar en el caso de que sea necesario. ¡Esto es improcedente! Todos ellos estaban desarmados, realizando una ceremonia mapuche que lleva siglos levantándose allí, y ustedes los atacaron.

Mientras los dos hombres discutían en inglés, el resto estaba impaciente: no entendían nada de aquella conversación gringa, así que le pidieron a Nahuel Evans que tradujera todo lo que se estaba diciendo. Primero tuvo que traducir al mapudungun, y luego al castellano. Decidieron que no se irían hasta que no entregaran libres a sus familiares. Entre los detenidos, no solo había mapuches; muchos vecinos del poblado habían sido invitados y habían colaborado con gusto en la realización de la ceremonia, ya que también se veían afectados por la sequía.

Es curioso cómo los opresores siempre logran instituir en la memoria de los oprimidos solo las batallas en las que ellos vencieron; las vuelven narraciones épicas, y construyen la desmemoria para arrancar el dulce sabor de las victorias colectivas de los pueblos. Aquella gesta fue gloriosa, digna de ser narrada, y guardada en un cofre especial de los recuerdos. Ambrosia, mi madre, junto a Tita y Severina, tomaron la delantera. Tras ellas, más de cien familiares entraron en la mansión de la estancia y lograron el control de ella. El gerente admitió que esta vez la correlación de fuerza le jugaba en contra, y terminó por aceptar la entrega de los prisioneros. Ordenó que trajeran a los detenidos.

El capataz estaba furioso, aún le sangraba la nariz por el golpe. —¡Gringo cagón! —dijo entre dientes y por lo bajo, y luego le gritó a un joven que se hallaba cerca de uno de los galpones—: A ver, che... ¡Andá a los calabozos y traé a esa chusma!

El joven obedeció y, al rato, aparecieron todos engrillados, con los tobillos y muñecas lastimados. Algunos apenas podían caminar por los golpes que habían recibido, y olían muy mal ya que se habían visto obligados a evacuar sus necesidades encima. Todos lloraron al verlos en esas condiciones. ¡Tanta humillación, tanto sufrimiento!

Nahuel Evans solicitó al hombrecillo inglés que les quitara las cadenas, y el hombre obedeció. En la mirada consternada de los demás, Wilson se vio a sí mismo entre la repugnancia y la vergüenza. Subsumido en un desesperante deseo de escapar de semejante acto abyecto del que había formado parte, el gerente los liberó. Se sintió aliviado de que por fin hubiera terminado esa situación, pero, a su vez, estaba seguro de que, si le ordenaban volver a hacerlo, obedecería sin dudar.

Los ingleses pretendían tratarnos como a animales, el Estado argentino también. Pero aún los animales poseen una dignidad que los conduce a honrar la vida defendiéndose; son capaces de matar o morir en el intento de no ser cazados. Los mapuches somos iguales a los animales: nunca podrán cazarnos a todos, siempre habrá alguno que escape y se multiplique por diez, como el marici weu.

Aquel día todos se fueron a sus casas compungidos, el sabor de la victoria se volvió amargo por el sufrimiento de sus seres amados. El viento revoloteó húmedo, y la comitiva se fue dispersando entre senderos casi invisibles, que se abrían sobre la alfombra espinuda y salvaje de una tierra seca y amarillenta. Solo habían querido pedir lluvia y les llovieron inequidades y penas. Pirenrayen aspiró profundo el aire húmedo, contempló las nubes y les aseguró a su hijo y a su nuera que al día siguiente llovería, y así ocurrió.

Pirenrayen y Nahuel Evans se vieron aquel día, pero no se reconocieron. Los hombres más jóvenes de los diferentes lof se organizaron y en la noche desalambraron el predio del rewe. Esa

liberación fortaleció el ánimo de las comunidades y, sobre todo, a Pirenrayen.

40.

## Nuestro suelo sagrado

La noticia de la derrota inglesa no tardó en llegar a las oficinas de Buenos Aires. Liam supo los detalles por su amigo Roig Evans, quien le envió una carta contándole todo. La misión había fracasado, lo único que quedaba era intentar adelantar lo más pronto posible las obras ferroviarias.

Una mañana lo citaron a una reunión con carácter de urgente; allí se encontraban sus jefes y funcionarios nacionales. La opinión de todos era coincidente: las obras debían empezar de inmediato, no permitirían que un puñado de mapuches detuviese el progreso. Afectaron a Liam a la comitiva que partiría a la Patagonia, su labor era oficiar de traductor y mediador.

Comenzaba el mes de mayo cuando finalmente Liam O'Sullivan fue enviado a la Puelwillimapu, Chubut. Los funcionarios argentinos e ingleses decidieron constituirse en el epicentro del conflicto, para lograr algún acuerdo que permitiese retomar las obras ferroviarias. Él aceptó ir porque sabía que, valiéndose del mapudungun, podría decirles toda la verdad a los mapuches; traduciría lo que los ingleses quisieran comunicar, pero añadiría lo que seguramente ellos ocultarían. Estaba decidido a conspirar a favor de los mapuches para que no fueran despojados del rewe. Se lo debía a las comunidades, pero sobre todo se lo debía a Pirenrayen. No soportaba pensarse como parte de ese engranaje colonial infame que, escudado en la misión de traer la modernidad y el progreso, cometía todo tipo de inequidades e injusticias. Esas banderas que representaban el progreso destilaban sangre.

La comitiva compuesta por funcionarios de tierra, transporte y seguridad, y los asesores del gobierno acompañaron a los

responsables de las obras; todos ellos importantes funcionarios de la empresa británica. Se invitó a las autoridades mapuches a una reunión.

Llegaron todos los longkos, werken, pillañ cushe, y demás miembros de los pu lof a escuchar y manifestar su opinión. Allí se encontraron Nahuel Evans y Pirenrayen. Tras largos años de no verse, se abrazaron felices por el reencuentro. Él la reconoció enseguida: estaba un poco encanecida, más delgada, pero aún así no había cambiado mucho a como la recordaba. Los años empezaban incipientemente a trazarles líneas de arrugas sobre los párpados y las mejillas. Ella, en cambio, no lo reconoció hasta que Ambrosia, mi madre, le dijo:

—¡Allí está Nahuel Evans!

Entonces, al virar su mirada, se topó con la misma mirada de niño travieso que a ella le gustaba mucho.

—¡Pichimotriley! —le gritó, y abrió sus brazos para recibirlo.

Él la abrazo con amor y alegría. Nahuel Evans era todo un hombre, un gran hombre.

Era una tarde ventosa y ocre cuando llegaron los emisarios del gobierno. Los árboles desnudaban su follaje, sacudidos sin piedad por el kurruf. Los hombres venidos desde Buenos Aires observaban temerosos la creciente convocatoria a la reunión. Aquel salón escolar se iba llenando cada vez más; la gente se mostraba hostil, pero reservada.

Cuando se hubo ocupado hasta el último de los espacios, dio comienzo la reunión. El más joven de aquellos funcionarios se puso de pie con arrogancia, y tomó la palabra:

—Los hemos mandado a llamar para anunciarles que traeremos el ferrocarril a estas tierras. La compañía necesita obreros, hombres fuertes que contribuyan a terminar rápido la obra. El ferrocarril traerá el progreso a estas tierras, todos se beneficiarán.

Los presentes lo observaban callados. Nadie decía nada. Tras unos segundos de incómodo silencio, el joven funcionario le pidió a Liam que se acercara y tradujera. Pirenrayen, que estaba sentada en la primera fila, sintió que su corazón galopaba al ver a Liam

sentado junto a aquellos que querían arrebatárles su lugar sagrado. Un amargo sabor se asentó en su boca, se sintió traicionada.

Liam O'Sullivan se presentó y habló solo en mapudungun, explicó que el único motivo por el que había aceptado estar allí era para decir la verdad.

—Ellos vienen a ustedes con falsas promesas —explicó—. Quieren quedarse con el leufu. Sé lo que significa para ustedes, y quiero ayudarlos.

Al terminar de hablar Liam, uno de los ingleses se presentó:

—Soy el ingeniero Smith, estoy aquí para ver la geografía del lugar y su relieve. Serán necesarios muchos hombres en el trabajo. La empresa pagará muy bien a quienes se ofrezcan a ayudar. Pero necesitamos que ustedes colaboren con el futuro de este país, que será el futuro de sus hijos. Ya hemos sabido lo que pasó durante el verano. Se les notificó que el lote 12 ya no les pertenece, ahora es propiedad de la compañía. Allí habrá una estación ferroviaria, justo donde ustedes quieren seguir realizando sus ritos. Necesitamos la vertiente que está allí, ¿comprenden? —preguntó como si hablara con niños.

Tras las palabras del ingeniero, uno de los longkos se puso de pie y, con una voz grave y carrasposa, se presentó en mapudungun. Luego de hablar en nuestro idioma, con el interludio de una incómoda tos, posó su mirada detenidamente por los presentes y preguntó a los visitantes:

—¿Desde cuándo el gobierno wingka viene hasta nuestras tierras a informarnos, a preguntarnos, a escucharnos? Si nos han llamado hoy, aquí, es porque algo más tienen en sus pensamientos. Estamos acostumbrados al engaño. ¿Ese kawel de fierro va a pasar por nuestras tierras? Siempre hay alguna razón para quitarnos nuestro territorio. Ahora digan la verdad: ¿a qué vinieron?

Fue entonces que todas las voces adormecidas despertaron como si se tratara de un enjambre. Todos y todas se formulaban la misma pregunta. Pirenrayen se puso de pie, se acercó a los funcionarios del gobierno, los miró y, con vehemencia, les hizo recordar los acontecimientos surgidos con posterioridad a cada visita del gobierno.

—Ustedes vienen con mentiras y engaños. Así han sido desde que nuestro pueblo tiene memoria. Vinieron a tomar todo lo que nuestra walljamapu, libre y generosa, nos daba. Todo lo quieren para ustedes, nada quieren compartir. Cuando les recordamos que son intrusos, ustedes nos responden que nos han traído la civilización. Me pregunto qué es civilización. Sus escuelas nos quitan nuestra sabiduría, arrancan nuestra memoria, debilitan nuestro espíritu, y ustedes dicen que eso es educación. Mi madre fue violada en su escuela wingka, ustedes mataron a mi ñuke. Las tierras están alambradas, sus animales vigilados. Si comemos por el hambre alguna de sus vacas, nos encierran y nos acusan de ladrones. Ahora quieren que su tren pase por nuestras tierras, y pretenden arrancarnos nuestro suelo sagrado, el de los sueños. Si les permitimos que nos arrebaten nuestro leufu, nuestro río, estarán arrancando nuestras vidas, y la de los hijos de mis hijos. No creo en sus promesas, porque su corazón está lleno de mentiras.

Luego Pirenrayen volteó mirando a su gente y los exhortó así:

—Pu longko ka pu lamngen, no se dejen engañar otra vez.  
¡Weichan feulá, weichan!

—¿Qué dice? —le preguntó nervioso el joven funcionario a Liam.

—Longkos, hermanos y hermanas, no se dejen engañar. ¡A luchar ahora, a luchar! —tradujo Liam, mientras veía cómo Pirenrayen avanzaba hacia la entrada con la evidente intención de retirarse del recinto.

Liam O’Sullivan y Nahuel Evans coincidieron en su impulso; como si hubieran sincronizado sus movimientos, llegaron juntos hasta Pirenrayen para pedirle que se quedara. El abogado vio en los ojos de mi abuela el amor y el dolor unidos. Comprendió al instante que sobraba; decidió pegar la vuelta y volver al salón. Pirenrayen se dejó acompañar por Liam hasta el patio de la escuela, allí conversaron brevemente.

—Pirenrayen, no se enoje así. La ayudaré, verá que esta vez no podrán conseguir lo que buscan. Estaré a su lado para defender su rewe.

—No quiero que usted se quede a mi lado. ¡Quiero que todos se vayan y nos dejen en paz!

—Yo no soy como ellos.

—Ellos le pagan por estar aquí, usted trabaja para ellos. No creo que sea muy distinto.

—Si usted me lo pide, renuncio. Dejo este trabajo y subo a la montaña con usted.

Ella respiró profundo, miró el paisaje y volvió su mirada sobre los ojos de él:

—Créame, no hay un día que no piense en usted, que no lo extrañe, pero aún así jamás permitiría que regresara. El tiempo en el que pudo ser no fue, y ahora ya es tarde.

En eso, salió Smith a llamarlo.

—Vaya, lo llama su gente.

—Ustedes son mi gente. ¿Cómo tengo que demostrárselos?

Kawel, mi padre, se acercó a ellos; llegaba tarde a la asamblea. Abrazó a Liam, se saludaron con alegría. Kawel preguntó a su madre, mi abuela:

—¿No va a entrar, ñuke?

—No, ya escuché demasiado.

Pirenrayen montó su caballo, y subió a la montaña; necesitaba estar en su casa para pensar. Liam la vio alejarse y regresó al salón, acompañado de Kawel. Se sentía perdido y vencido. Con aquella mujer habían experimento el cielo, y ahora solo se encontraban en el infierno.

Aquel trawun se dispersó ni bien Pirenrayen se marchó. Los longkos y las autoridades mapuches ordenaron no firmar, y la mayoría se fue con un sabor amargo. Sin embargo, los ingleses decidieron tentar de a uno a los longkos, visitándolos en sus casas, y ofreciéndoles dinero y vacas para que firmaran. Siempre hubo yanaconas, traidores, en nuestro pueblo, y en todos los pueblos del mundo. Por eso un puñado de mapuches, entre los que se hallaba el inan longko Victoriano Mankiñ, quien había iniciado la resistencia, firmó legitimando la usurpación de los ingleses a nuestro leufu. Aquella traición fue como una puñalada para Pirenrayen, y para el padre del longko Mankiñ, pero mi abuela y todas las comunidades conocerían esa verdad unos meses después.

Tras el trawun, Nahuel Evans fue en busca de Pirenrayen a su casa. Ya era tarde, el sol de mayo se perdía pronto. Cuando los perros anunciaron visitas, ella salió preocupada al patio, pensando que a esas horas solo una mala noticia podía presentarse. Grande fue su sorpresa al ver a su querido Pichimotriley.

—Pichimotriley, ¿qué lo trae tan tarde por aquí?

—Usted me trae por aquí, no he dejado de pensarla.

Ella sonrió coqueta y lo invitó a pasar. Conversaron mucho, se hizo la noche y los encontró riendo recordando la niñez, y los viejos tiempo de paz y alegría. Ella cocinó un estofado, él destapó un vino que había llevado. La noche desplegó sobre el cielo un velo sedoso de estrellas, y trajo de su mano a kuyen, una enorme luna llena. Apoy kuyen, la llamamos nosotros. Su luz se confundía con el día, su claridad despistaba a los seres nocturnos.

Nahuel se arrimó cerquita de Pirenrayen e, intempestivamente, la besó. Ella sintió un dulce sabor de vino en los labios, y respondió con un largo beso profundo y húmedo. Luego vinieron los abrazos, las caricias, las frases de amor en él guardadas durante largos años. Ella extendió su manta marital, la misma de añejo telar con que había amado a Linkoyan, y luego a Liam. Ahora, los tiempos virulentos le traían un nuevo amor.

Aquella noche Liam O'Sullivan se desveló, no lograba conciliar el sueño. Estaba preocupado por los acontecimientos que inevitablemente vendrían; además, no dejaba de pensar que estaba tan cerca de Pirenrayen y, sin embargo, la sentía tan alejada de él.

A la mañana siguiente, regresó a Buenos Aires. No volvió a la Patagonia hasta que su hijo nació. Todos los meses, a través de Roig Evans, seguía enviándole rigurosamente una carta y dinero a Pirenrayen. Como las veces anteriores, el Galensho le entregaba el sobre con el dinero, y ella se lo devolvía sin abrirlo. Era casi un ritual. Se había acumulado un buen capital en la cuenta bancaria que Roig Evans había abierto para Pirenrayen. Mi abuela no supo que tenía esos ahorros hasta que los acontecimientos la llevaron a

necesitar recaudar una importante cantidad de dinero, entonces el Galensho le confesó que era poseedora de una cuenta.

Liam acompañó los últimos días del embarazo de su esposa, estaba animado y expectante. Hasta que, finalmente, llegó el momento del alumbramiento. El hospital olía a cloro; el silencio mortuorio invadía los pasillos, en cuyas paredes blancas colgaban cuadros prohibiendo hablar en voz alta. Liam estaba junto a Sarah, sentados en un banco largo de madera lustrada, viendo el ir y venir del personal. Llevaban horas allí, y aún esperarían un poco más antes de escuchar el llanto del recién nacido. Cuando el médico se acercó para felicitarlo y anunciarle que todo había salido bien, su madre lo abrazó llena de felicidad, como cuando era niño. Entraron juntos a conocer al bebé, que dormía junto a la madre. Liam lo halló hermoso, aunque medio morado; el esfuerzo del pequeño para nacer había sido grande.

Le pusieron de nombre Martin Niall O'Sullivan. Con el tiempo, todo el mundo lo llamaría Martín, al modo español. Al mes, fue bautizado en la catedral e hicieron venir a John Walton desde Santiago del Estero para que fuese su padrino. Hubo una gran celebración a la manera criolla; con asado, abundante comida y bebida. Liam estaba feliz. John se emocionó al verlo así, volvía a sentirlo como en los viejos tiempos en Dublín. Y Christine se había embellecido aún más con la maternidad.

John trajo con él a su esposa, una joven mestiza muy bella, campesina, con la que ya tenía dos hijos. Se quedaron compartiendo unas semanas, luego regresaron a su hogar. Esa fue la última vez que John vio a su amigo. Liam se despidió de él en la estación, contento, pero antes Christine lo despidió en la casa. El amor entre ellos continuaba intacto, pero ninguno dijo nada. Bastaba que se mirasen a los ojos para que se encendiera la llama. Se abrazaron intentando poner en ese abrazo el alma.

Tal como lo imaginaba Christine, muy pronto Liam volvió a sus largas ausencias, viajando por el país, sobre todo a la Patagonia.

Cuando se hallaba en la casa, ella se sentía aliviada; prestaba atención al niño, y la mimaba a ella con pequeñas atenciones. Sin embargo, en ocasiones se volvía ensimismado y silencioso.

Christine sentía que había una parte de él de la cual ella estaba completamente excluida. Pero aunque Liam le hubiera ofrecido la llave para acceder a sus pensamientos, ella no se hubiera animado a usarla. Intuía que él ocultaba una verdad, y que eso podía destruir la vida que llevaba y que tanto le había costado crear.

Christine le hablaba sobre los chismes sociales, las novedades escatológicas del bebé, los muebles que deseaba comprar, o las vidrieras elegantes que iban surgiendo y que traían algo de buen gusto a la ciudad. Entonces Liam doblaba el diario que tenía en sus manos, terminaba su café, y la miraba como un recién llegado que observa para conocer o comprender lo que está pasando. Esa mirada de aburrimiento, de desconcierto, de ausencia la lastimaba, la hacía sentir miserable. Por eso se dedicó por completo al niño, hizo de la maternidad el único propósito de su vida. Pero cuando su soledad se agigantó en ella, a pesar de la felicidad que le daba su hijo, retomó su labor en la fundación de María Isabel, quien, a pesar de su ausencia, seguía brindándole inspiración. Su recuerdo estaba muy presente en su memoria, al igual que el de *mademoiselle* Marie.

Sarah decidió acompañar los primeros años de vida de su nieto, pero extrañaba el sur, la chacra, su casa, a Pirenrayen y su gente. Era muy dulce con el bebé, y se enternecía al verlo crecer.

## 41.

### El idioma del amor

El comienzo del año 1942 trajo para Pirenrayen su unión definitiva con Nahuel Evans. No se casaron ni celebraron. Simplemente las visitas del abogado a lo de mi abuela fueron tan asiduas que él decidió permanecer a su lado. No le preguntó si podía quedarse, tampoco le hizo ninguna propuesta. Ella no pidió nada. Se querían, les gustaba estar juntos, y se necesitaban.

Él recorría las comunidades junto a Pirenrayen, para conocer en profundidad los problemas de su gente, y buscar juntos soluciones. Eso hacía que cada tanto Nahuel Evans viajara a la ciudad de Buenos Aires, llevando sus artículos. Era mejor periodista que abogado, ya lo dije. Siempre andaba preocupado por los que estaban condenados a sufrir. Era un anarquista implacable. Esos días en los que él se ausentaba Pirenrayen me los dedicaba a mí, a sus pacientes y a su tierra. Nunca le preocupó si él veía a otras mujeres, jamás le preguntaba. Y no le hacía reproches, a pesar de que se rumoreaba que era mujeriego, y que había más de una mujer dispuesta a recibirlo a escondidas en su cama. Él llegaba a sus brazos deseoso de no alejarse de aquella maternal y pasional mujer.

Nahuel Evans amó mucho a mi abuela, a pesar de saber que él nunca sería el único amor de ella. Sentía muchos celos de Liam, porque intuía que Pirenrayen lo amaba más que a nadie.

Yo iba creciendo, sintiendo el amor de mis padres y, sobre todo, el de mi abuela. Ella tenía por costumbre caminar conmigo por la montaña buscando lawen; también solíamos ir a un lago que estaba no muy lejos de nuestras casas, allí pasábamos el día mojándonos en el agua. Aun siendo invierno, ella se bañaba en las heladas aguas del lago; me aseguraba que eso nos fortalecía. Si veíamos

una cascada, le hacíamos una rogativa: le hablábamos por largo rato y luego nos poníamos debajo para que nos mojara enteras. Yo reía mucho con esas ocurrencias de mi abuela. Ahora comprendo que no eran ocurrencias, sino sabiduría. Le gustaba contarme historias; abría su corazón compartiéndome sus sentimientos, tal vez porque sabía que una niña tan pequeña no opinaría ni la juzgaría. Creo que fui la única persona que conoció un poco los profundos océanos de su corazón. Siempre estaba acompañada del peuco; ella me enseñó a saludarlo, me explicaba que esa ave era mi abuelo, que estaba siempre cuidándonos.

Mi abuela Pirenrayen me enseñó a cocinar. Yo era más un estorbo que una hábil ayudante, pero ella se reía mucho conmigo, me tenía mucha paciencia. Mi ñuke apenas podía con los mellizos, así que pasaba más tiempo con mi chuchu, abuela, que con mis padres. Nahuel Evans era muy bueno conmigo, me traía chocolates y golosinas de la tienda de su padre. Siempre estaba de buen humor, se la pasaba jugando con mi abuela y conmigo. Ella cocinaba con esmero sus platos preferidos, él honraba su cocina comiendo lo que comerían cuatro hombres. Nahuel siempre me pareció un gigante. Cuando me alzaba en sus brazos, me sentía elevada al cielo; un hormigueo de cosquillas invadía en mi corazón. Me gustaba tanto que me alzara y me diera vueltas en círculos que le rogaba que lo hiciera a cada a rato. A veces terminaba vomitando; entonces mi abuela se enfurecía con él, y lo reprendía para que ya no hiciera eso. Él, como un niño, se excusaba con ella echándome la culpa.

Nahuel ganaba poco dinero. Escribía artículos en inglés para diarios del exterior que se mostraban interesados en acercar a sus lectores el fantástico mundo indígena de la Patagonia. Pero su principal labor periodística no era rentada; por el contrrio, él pagaba para ayudar a sostener los periódicos de ideología anarquista. Le gustaba discutir sus ideas con Pirenrayen, incluso le leía algunos de sus artículos. Ella comprendía perfectamente el castellano, pero detestaba hablarlo; lo pronunciaba muy mal, y entendía algo de inglés porque Liam se había esforzado en enseñarle. En la

cotidianidad, Nahuel solo hablaba en mapudungun con ella. Era el idioma de su madre, era el idioma del amor.

Durante los últimos años de la Década Infame, se consumaron muchos desalojos. Nahuel Evans y mi abuela casi no tenían descanso, viajaban a las demás comunidades todo el tiempo, por los diferentes atropellos que se cometían contra nuestra gente. Aquí nada cambiaba: los ingleses seguían siendo amos y señores en nuestros territorios, y nosotros, cada vez más reducidos y amontonados. Había hambre. El invierno de 1942 nevó tanto que miles de animales perecieron. Ya no teníamos invernadas, todas las tierras bajas estaban en manos de la compañía.

Las autoridades mapuches, entre las que se hallaba Pirenrayen, resolvieron viajar a Buenos Aires para hablar con el presidente o algún funcionario muy cercano, y solicitarle que les devolvieran la invernada comunitaria. Al abogado Evans le parecía un disparate aquella idea. Aseguraba conocer muy bien a los funcionarios civiles y militares vinculados con el poder, que de ningún modo se iban a interesar por ellos; todo lo contrario, era riesgoso. Tal vez hasta podían interpretarlo como una provocación. Sin embargo, se ofreció a acompañarlos; creía que de todas maneras podría serles útil.

Mi abuela discutía mucho con Nahuel Evans, pero eran muy unidos. Ella me decía que nunca se había sentido tan cuidada como con ese hombre. Ella, que siempre cuidó de todos nosotros, se permitía ser cuidada por Pichimotriley.

Se organizaron juntando dinero para el viaje, redactaron el petitorio, y partieron en los primeros días de octubre. Aquel fue un viaje que todos recordaríamos por siempre. Yo, porque a pesar de ser muy pequeña, extrañé mucho a mi abuela y también a mi papá, quien fue parte de la comitiva. Y también extrañé a Pichimotriley, como llamaba cariñosamente mi abuela a Nahuel Evans. Nadie más que ella tenía permitido nombrarlo así. Cuando yo lo hacía, él me corría hasta atraparme y me hacía cosquillas en todas partes. Bromeaba diciéndome que me cortaría la lengua si lo llamaba

Pichimotriley, y yo creía que me moriría de la risa. Lo llegué a querer mucho, como a un segundo padre.

Tardaron una semana en llegar a Buenos Aires. Partieron desde el poblado en un camión, y viajaron hasta Jacobacci, y de allí fueron en tren hasta Constitución. Fue la primera y única vez que mi abuela salió de su lugar. Conoció el ferrocarril; solo lo había visto en el pueblo, escuchado llegar y partir, pero no sabía de qué se trataba, hasta que viajó en él. Sus pensamientos respecto al ferrocarril cambiaron, el rechazo rotundo se convirtió en admiración. Mi abuela pensó en lo que significaba, para todos los pueblos, saberse acercados por un tren. Fue un viaje muy divertido, no faltaron las risas y las anécdotas.

Nahuel Evans, a pesar de sus magros ingresos, era muy generoso con su dinero; le gustaba invitar a la buena comida y los buenos vinos. Durante el viaje, comieron siempre en el coche comedor. Mi abuela se quejaba porque no se sentía muy cómoda allí; la comida le sabía desabrida, le faltaba cilantro y ají. A su hombre le parecían muy divertidas sus observaciones, y a ella le irritaba que él se riera tanto.

—¿Por qué se burla de mí? —le preguntaba rabiosa Pirenrayen.

Él, tomándola de la mano, le respondía:

—Pero mujer, no me río de usted. Al contrario, me hace feliz que usted sea así, tan única. —Y la miraba con tanto amor que se esfumaba en ella todo el enojo.

Al llegar a Buenos Aires, se alojaron en una pensión muy humilde, en pleno corazón del barrio de Montserrat. Los transeúntes los miraban asombrados: Pirenrayen vestía toda su joyería mapuche, y su negro y largo küpan. El resto andaba con botas y sombrero, como así también con su makun, indumentarias extrañas para la metrópoli. El calor primaveral de la ciudad los sofocaba.

Nahuel Evans comenzó inmediatamente a golpear puertas para conseguir contactos, a fin de obtener una entrevista con altos funcionarios, cercanos al presidente. Mientras esperaban alguna buena noticia, los amigos de Nahuel Evans les mostraban la ciudad. A mi abuela lo que más le impactó fue el Río de la Plata, ella decía que era un río con espíritu de mar. Era enorme, parecía no tener fin,

con sus aguas grises y sus olas gigantescas. Mi abuela conocía el mar solo por relatos, y ese río se parecía mucho a la descripción que Liam hacía cada vez que evocaba sus recuerdos en el mar.

Mientras recorría la ciudad, mi abuela pensó en Liam; tantas veces había intentado imaginarlo andando por sus calles, pero no lograba hacerlo porque no conocía cómo era aquel mundo. Ahora era ella quien caminaba las mismas veredas que quizás él había pisado. Se preguntó dónde viviría. Ahí la gente no dejaba huellas, todo estaba adoquinado; se amontonaban unos con otros, como grandes pajareras. «¡Qué manera tan extraña de vivir!», pensó. No entendía cómo Liam O'Sullivan había preferido ese feo mundo monocromo y gris, al intenso colorido de sus montañas.

El abogado consiguió una reunión con alguien; no era cercano al presidente, pero era la primera puerta en abrirse, y había que aprovecharla. Si bien Argentina se había mantenido neutral ante la Segunda Guerra Mundial, las presiones de los británicos por un lado, y las de los alemanes por el otro, generaban un susceptible escenario; no era el momento más oportuno para presentar una demanda como la que ellos querían hacer.

Un coronel del Ejército los recibió en su despacho, se encontraba con algunos de sus asesores. Amable y sencillo, escuchó las preocupaciones de los longkos y se mostró muy interesado en los detalles sobre los abusos y la hostilidad de los ingleses hacia nuestra gente. La reunión les dio esperanza a todos, ya que ese hombre se había comprometido a reunirse con los responsables de la compañía, para constituir una mesa de negociación que permitiera a los lof mapuches volver a poner sus animales en la invernada comunitaria, que ahora estaba en manos de los ingleses. El coronel les pidió que permanecieran unos días más por la ciudad, pues él intentaría armar una reunión. Debían esperar. El único que no confiaba en él era el abogado Nahuel Evans.

Liam O'Sullivan solía tomar nota de los hechos que lo conmovían. Sé por ello que, en otra parte de la ciudad, en la zona de Recoleta,

uno de esos días tomaba un café mientras hojeaba el diario. Un título en un pequeño recuadro llamó su atención: «Los últimos indios argentinos visitan Buenos Aires». Se detuvo en una foto en la que se hallaban todos los longkos que él conocía, en la que también llegó a distinguir a Pirenrayen y a Kawel. El asombro fue inmenso, y una extraña sensación de ansiedad y alegría le recorrió el cuerpo, agitándole el alma.

Al día siguiente, recibió un llamado de la compañía para pedirle que asistiera a una reunión en el despacho del coronel. Aceptó intrigado, e intuyó que tal reunión tenía que ver con la visita de los mapuches a Buenos Aires. Cuando colgó el teléfono, vio por la ventana que daba al jardín a Christine, que cargaba en brazos a su hijo Martin. Sonrió con ternura. Nuevamente asaltó su memoria el recuerdo de Wang, la mañana en la que la estrechó contra su pecho por primera vez. Exorcizó las imágenes que le laceraban el corazón con la imagen del aquí y ahora, viendo a su hijo sano y feliz. Salió al jardín, le dio un beso a su esposa, y tomó al bebé en sus brazos. Ese niño era la única persona que le untaba de miel su amargada vida. A veces, se exasperaba con Christine por sofocar al niño con demasiados controles. Pero luego se arrepentía de hacerle reproches, entendía su sentir después de tantos esfuerzos para ser madre.

Aunque detestaba recorrer negocios con ella, se había comprometido a llevarla de compras esa tarde. Su esposa se tomaba todo el tiempo del mundo para elegir lo que buscaba. Se probaba vestidos que luego no compraba; preguntaba por modelos y colores que aún no se conseguían, pues la moda europea tardaba en llegar aquí. Ella vivía añorando su país. Él se quedó en el auto, esperando a que ella terminara de comprar. Su hijo dormía plácidamente en un pituco moisés, en el asiento de atrás.

El calor lo obligó a descender del vehículo. Encendió un cigarrillo y esperó a la sombra, recostado contra su auto, exhalando lentamente el humo. Y de pronto, en dirección a él, vio venir caminando por la vereda, en grupo, a Pirenrayen, Kawel, el abogado aquel que le caía tan mal, y los longkos de los lof de Chubut. Fue enorme la sorpresa de todos. Los hombres lo saludaron

afectuosamente; menos Evans, que se mostró distante y frío. Pirenrayen se sintió perturbada por la coincidencia, pero era inevitable que al verlo la alegría la tomara por asalto. Él la miraba con ojos de ternero degollado. Hablaron sobre el propósito de su visita a Buenos Aires y de la reunión con el coronel. Liam les contó que había recibido una llamada esa mañana anunciándole la reunión que tendrían en esos días.

—Seguro se comunicarán con ustedes para confirmar día y hora exacta —dijo Liam—. Creo que todo se solucionará. La compañía no está haciendo uso de la invernada, finalmente se ha atrasado el tendido ferroviario que atravesará esa tierra. Pienso que hasta que no termine la guerra no se arriesgarán a continuar el ferrocarril. No habrá inconveniente para que ustedes regresen allí con sus animales.

Pirenrayen, mirándolo a los ojos, le respondió:

—Los pensamientos y las intenciones de ellos pueden ser engañosos, al igual que sus palabras. Volveremos a la invernada con acuerdo o sin acuerdo. Esa tierra es nuestra y vamos a recuperarla. ¡Wingkas ladrones! —exclamó.

Se hizo un incómodo silencio, hasta que Kawel intervino:

—Mi ñuke tiene razón, don Liam. La estamos pasando mal por allá. No tenemos lugar para el pastaje de nuestros animales, flacos los ha agarrado el invierno, y ha quedado la tendalada con el nevazón.

En eso, llegó Christine. Liam se quedó aturdido y avergonzado, y se vio obligado a presentarles a su esposa. Ella saludó a todos. Las mujeres se reconocieron. Christine no pudo disimular su sorpresa y exaltación al ver a Pirenrayen.

—Me hace feliz verla —dijo—. He pensado mucho en usted, en cómo darle las gracias por lo que ha hecho por nosotros. Nuestro hijo nos ha devuelto la alegría. Quiero presentárselo.

Christine abrió la puerta del auto y tomó en sus brazos el moisés donde el niño dormía.

—Veo que no le fallé, mi medicina es poderosa —dijo Pirenrayen, y mirando a Liam agregó—: Ustedes han cumplido su parte.

—Sí —dijo Christine con timidez—. Gracias.

Todos se sintieron extraños, pero se despidieron con cortesía. Liam no había sabido cómo comportarse, su esposa había notado su perturbación. Lo que más la entristeció fue reconocer en su mirada los mismos destellos de luz que alguna vez habían tenido esos ojos hacia ella. Ahora, al ver su reacción, entendió todo. Comprendió por qué aquella vez que había buscado la ayuda de ella, la lawentuchefe salió llorando de la habitación. No solo se conocían; concluyó que tenían, o habían tenido, un romance.

Al llegar a la casa, sentados en la sala, ella no pudo más, y rompió el silencio:

—Sé que usted ama a esa mujer.

Liam la miró pasmado, y dijo:

—No entiendo de qué habla.

—De la mujer mapuche, la que cura. Usted está enamorado de ella.

—¿Ella se lo dijo?

—No, me lo dijo su mirada. Si no fuera por Martin, mi vida sería mucho más infeliz de lo que ya es. Hace tiempo que me he dado cuenta de que usted no me ama. Merezco que me cuente todo, que me diga la verdad.

Liam quiso enojarse, pero no pudo; él también necesitaba terminar con tantas verdades ocultas, así que le contó todo. Ella lloró desconsoladamente.

—Entiendo por lo que usted y ella han pasado. Dios sabe que no tenía idea de esta historia cuando fui a verla. Ella decidió ayudarme, aun sabiendo quién era yo. Ambos estamos en deuda con esa mujer, Dios la bendiga. Pero a usted, no sé si podré perdonarlo.

Liam se desplomó en el sillón y por primera vez lloró ante ella como un niño. Christine se acercó tímidamente, y acarició su cabeza. Lo abrazó mientras dejaba rodar las lágrimas de compasión por aquel hombre que tanto daño había hecho a las mujeres que había amado. Nada volvió a ser lo mismo entre ellos tras esa confesión. Pero existía, sin embargo, la certeza de que ninguno necesitaba volver a mentir o a ocultarse del otro; eran como amigos que superan lo peor.

Pirenrayen seguía despierta. No era el estruendoso ronquido de su compañero lo que le había espantado el sueño, sino el recuerdo de Liam, que otra vez regresaba revolviéndole el dolor. Caminó por la pequeña habitación del hotel, suspirando, y asomándose de a ratos a la ventana para observar los retazos de la taciturna ciudad. Volvió a meterse en la cama. Los ruidos de la calle contribuían al desvelo. Zamarreó dulcemente a su compañero.

—Pichimotriley, Evans —dijo mientras lo sacudía.

Él, aún dormido, preguntó:

—¿Qué pasa, mujer?

—¿Usted me quiere?

Él se enderezó, y terminó por despertarse.

—¿Por qué me pregunta eso a estas horas de la noche?

—¿Y desde cuándo las preguntas salen solo de día?

—Ay, ay, mujer, mujer —dijo él con una sonrisa—. Usted siempre tiene una respuesta para todo. Claro que la quiero, desde que tengo uso de razón la he querido...

Pirenrayen recostó su cabeza en su pecho, y le pidió:

—Abráceme fuerte.

Nahuel Evans la envolvió en sus brazos, y la acarició hasta que se quedó dormida.

La reunión demoró una semana más en concretarse, ya que el coronel debió viajar al interior. Al regresar, se pautó la cita, y acudieron por parte de la compañía el abogado, uno de los gerentes del ferrocarril y Liam O'Sullivan. La reunión fue difícil: nuestra gente reclamaba la restitución del lote, pero la compañía ofrecía el comodato, hasta tanto iniciaran el extendido de las vías. Esto indignó a Pirenrayen, quien tomó la palabra, y Liam tradujo.

—¿Qué clase de conversación es esta? ¡Venimos a reclamar lo que se nos ha robado y el ladrón dice que solo nos prestará lo que es nuestro por el tiempo que él decida! ¿Acaso cree el ladrón que somos niños? ¿Cree que no tenemos memoria? En esa tierra he nacido. Antes de mí, mi madre. Allí hemos habitado desde siempre.

Como las estrellas han poblado el cielo, así mi pueblo ha habitado ese territorio y se ha multiplicado en él. Quiere el weñefe prestarnos lo que a bala y sangre nos quitó.

Se acercó al funcionario inglés y, muy cerquita de su rostro, le dijo:

—¡Weñefe! ¡Ladrón!

El alto funcionario de la compañía se levantó y reprochó al coronel haber traído inoportunamente a esos salvajes a la reunión.

—Bastaba con que la empresa y el gobierno acordaran la manera de resolver el asunto —dijo.

El coronel se puso de pie y llamó al diálogo a las partes.

—Pero hombre, no se enoje tan rápido. Tenga calma, que falta mi opinión. Y usted, señora, tenga confianza, que algo haremos para ayudar a resolver este problema. Primero les confirmo que no van a regresar con las manos vacías, ordené un subsidio para la compra de animales ovinos y caprinos para reponer las pérdidas que han tenido.

Los longkos presentes, aunque insatisfechos, asintieron con la cabeza. Nahuel Evans mantuvo una expresión de indignación en el rostro durante toda la reunión.

—Me pongo a disposición del doctor Evans para cualquier requerimiento —dijo el coronel—. Por ahora, acepten no poner sus animales en el cuadro de la estancia. Están usando aún parte del lote para hacer sus ritos, es muy amable la compañía al permitirles usar ese predio.

—Disculpe, coronel —lo interrumpió Liam—. Las personas aquí presentes han usado ese lugar para sus ceremonias desde siempre. La compañía nunca se declaró dueña de ese espacio hasta el año pasado. Si se efectuó una compra por parte de la compañía, deberían al menos haberles informado a ellos, y eso no sucedió.

—Su función en esta reunión es la de traductor —le recordó a Liam el ingeniero inglés—. Se le aclaró explícitamente que no le correspondía opinar.

Liam se disculpó, pero estaba ofuscado. El doctor Evans propuso finalizar la reunión. Los longkos pidieron un papel escrito y firmado

donde se les asegurara la entrega de los animales prometidos. Todos estaban decepcionados.

Mientras esperaban la redacción del acta, Liam y Pirenrayen quedaron sentados frente a frente en un enorme salón. Allí estaban también algunos de los longkos que, al igual que mi abuela, no sabían escribir. El resto, junto con el abogado, fueron invitados a pasar al despacho del asesor del coronel, donde se redactó el acta que hoy tengo en mi poder.

Liam O'Sullivan contemplaba a mi abuela; la miraba con ternura, con gratitud. Sus ojos tenían la luz de la amorosidad del remanso de un río en el atardecer. Ella notó que algo había cambiado en su ser, imaginó que la verdad había por fin echado luz sobre las sombras en su vida y ahora podía amar sin culpas ni remordimientos a su esposa e hijo. Liam quería agradecerle por ayudarlo a ser padre otra vez, pero no era el momento ni el lugar. Pirenrayen siempre le había parecido una mujer sorprendente, pero jamás había imaginado cuánto ella lo amaba. Ahora lo veía con claridad. Qué mezquino, cobarde e insignificante se sentía. Hasta le daba vergüenza reconocer los celos que lo invadían cuando, a propósito, ese abogado la abrazaba delante de él.

Ella le devolvió la mirada con una sonrisa dulce, comprensiva, como si estuviera adivinando sus pensamientos. Sí, así eran ellos dos. Se conocían y se percibían tan bien y tan profundamente que hasta los pensamientos les eran revelados a través de la mirada.

—La amo —le dijo Liam, de modo apenas audible—. La amo —repitió.

Ella sonrió levemente. Regresaron con el acta, que fue traducida al mapudungun por el abogado Nahuel Evans. A todos les pareció bien, y fue firmada, pero retornaron con la sensación de haber fracasado.

42.

## El viento justiciero

El verano de 1943 los encontré muy ocupados, con pariciones tardías, señaladas y marcaciones. Antes, todos los animales eran orejanos, pero ahora el gobierno exigía marcas diferenciadas entre familias de un mismo lofche.

Aquel verano fue de alegría y paz para mi familia. Yo había crecido y me mandaban a hacer algunas tareas; debía ayudar con la comida para los animales, gallinas y pavos que mi madre criaba. Así que ni bien me daban permiso, me iba con mi abuela; allí jugaba y aprendía muchas cosas con ella. Mi madre ya tenía cuatro hijos: yo, mis dos hermanos mellizos y un varoncito que solo tenía dos meses, al que llamaron Linkoyan, en homenaje a mi abuelo. Recuerdo lo feliz que estaba mi abuela aquel verano. Hicimos chicha de manzana. Como hubo un buen número de animales para marcar, se dio abundante comida a los invitados. Llegó el Galensho con su acordeón, hubo dos guitarristas, y se bailó durante tres días seguidos.

A mi abuela nunca le gustaron los bailes wingkas. No sabía de ritmos ni bailoteos, no era fiestera, pero Nahuel Evans era un buen bailarín, alegre, y el primero en animar las fiestas. Él la convenció de salir al ruedo a bailar. Ella se decidió a acompañarlo. Animados por el vino y la alegría, reían a carcajadas. Mi abuela le pisó muchas veces sin querer los enormes pies, él rezongaba y ella reía. Ese verano fue imborrable para mí. A diferencia de otros recuerdos, este no se ha vuelto amarillento en mi memoria, no es una imagen sepia borrosa. Veo los colores de su ropa, el vestido celeste casi turquesa con flores que llevaba mi abuela; sus largas trenzas entrelazadas con cintas de varios colores, que ella misma había tejido en su telar.

Todo ese año esperaron pacientes la autorización para entrar a la invernada. Nunca llegó. Pirenrayen convocó a un trawun para tratar el tema. El invierno del año anterior no había sido benevolente con ellos. El bosque se iba raleando demasiado porque las vacas se comían los maitenes y cuanto renuevo emergía. Hasta mi padre se impacientó y, tras un año de espera, empezó a dudar. Tantas veces había contenido a su madre diciéndole: «Esperemos, todavía es muy precipitado reclamar. Todos los papeles tardan, vienen de muy lejos. Así son las cosas acá». Pero luego supimos que no nos darían el permiso, y que hasta el rewe les pertenecía, porque Victoriano Mankiñ había firmado los papeles de conformidad.

Mi padre continuaba trabajando en el ferrocarril. Las jornadas eran muy largas: se iba temprano en la mañana y regresaba cuando la noche lo cubría todo. Los fines de semana nos íbamos al campo a ver a mi abuela.

La guerra en Europa seguía expulsando a miles de personas, hambrientas y desesperadas, que llegaban a la Argentina en busca de una oportunidad. Vimos de a poco cómo nuestras tierras se llenaban de gente nueva. Algunos eran respetuosos y amables; otros, viles y oportunistas. Pero malos y buenos ignoraban que las tierras en las que se asentaban, poco tiempo atrás, habían sido parte de nuestro territorio.

La Navidad trajo por primera vez alegría en el ánimo de todos. Liam tenía muchos planes para el año entrante, la presencia de su hijo los colmaba de felicidad. Sin embargo, a veces se sentía desconcertado, insatisfecho. A veces creía que enloquecería. Volvió a su puesto de supervisor, y recorría muchas estaciones de tren, verificando las máquinas, la labor del personal y el funcionamiento en general. A veces, sentado en el banco de la estación, acariciado por el sol, dormía y soñaba con la montaña de Puelmapu, con su hija y Pirenrayen. Entonces el rugido de los hierros, o el silbido del tren, lo sacudían despertándolo de sus nostálgicos sueños.

Liam frenó el tren, miró su reloj, y confirmó una vez más el atraso. Saludó al maquinista y le dijo:

—¿Será que algún día lograremos que en este país los trenes lleguen a tiempo?

—Se hace lo que se puede, jefe —le respondió el maquinista con malos modos, y refunfuñó entre dientes, mientras se alejaba—: Gringo de mierda.

Llegó el relevo del maquinista y del foguista, y subió O'Sullivan a la máquina. Observó satisfecho el buen funcionamiento de la locomotora, hizo algunas preguntas rutinarias al personal, y descendió de la máquina para ir directo a la oficina de la estación. Todos los días la misma rutina. Sentía cómo el automatismo, las obligaciones masticaban su espíritu, tragándolo lentamente. Lejos estaba la Patagonia, Puelmapu, con sus vientos poderosos y su extensa geografía. Él, que había sido tan libre y feliz, ahora estaba preso en una vida citadina que no hubiera querido. Cada tanto, sentía que Pirenrayen lo pensaba desde el sur; volvía a percibir su mirada como si estuviera allí escondida, observándolo.

Llegó abril, y el otoño cubrió con un lienzo de colores ocres, naranjas y rojizos la naturaleza. Volvieron a desnudarse algunos árboles, y a cargarse de frutos algunos arbustos. El viento del sur golpeaba frenético las casitas. Con el mate en la mano, Pirenrayen salió al patio a retar a los perros, que molestaban a las gallinas. En el leñero, Nahuel Evans hachaba la leña ensimismado en sus pensamientos. Acababan de levantarse de la siesta. Ella se acercó a él diciéndole:

—Motriley, vamos a tomar mates juntos. Tengo las tortas fritas calentitas en la fuente.

—Ahí voy, mujer. Ya casi termino —dijo sonriendo.

Pirenrayen lo observó un momento, concentrando su mirada en sus brazos, que tomaban el hacha y la elevaban a las alturas del kalfu wenu, el azul cielo, y la dejaban caer certera sobre la leña dura del yaki. Nahuel acomodó en una carretilla los leños y se encaminó

con ella hasta la cocina. Lavó sus manos en una palangana enlozada blanca; su pintura se había saltado por pequeños golpes dispersos, que parecían dibujarla con rostros espectrales.

Nahuel le había obsequiado una cocina a leña. Mi abuela preparaba mermeladas, y la casita olía a dulces frutales, y a tortas fritas recién hechas. Él aspiró profundamente aquellos aromas y se sintió feliz. En ese momento, pensó que nada más le pediría a la vida. Se sentía completo, la vida le había ofrendado esos instantes de felicidad con aquella mujer a la que amaba y admiraba desde siempre. La abrazó con fuerza, y ella, pequeña, parecía perderse en su enormidad. Nahuel era tan alto y gordo que todos le tenían respeto y admiración; sin embargo, para Pirenrayen él seguía siendo el niño mimado grandote al que llamaba cariñosamente Pichimotriley.

Nahuel se arrimó a la olla con un trapo en la mano, y levantó lentamente la tapa; burbujeante, se cocinaba el calafate mezclado junto con la manzana. A ella le gustaba experimentar, hacía de la cocina una alquimia venturosa y deliciosa. Él quiso poner su dedo adentro de la olla y probar ese sabor que olía tan bien. Ella lo reprendió, golpeando suavemente su mano.

—No me ande estropeando con sus manos sucias mi dulce. ¿Tanto apuro va a tener? ¡Aguante, tenga paciencia, Pichimotriley!

—le dijo haciéndose la enojada, y continuó—: Quería hablarle de un asunto... Se me acabó la paciencia con la compañía y con el wingka militar de Buenos Aires. Nunca nos envió el papel que dijo que nos daría para entrar los animales en nuestra invernada. Este wiñoy tripantü vamos a celebrarlo, como toda la vida, en nuestra invernada comunitaria. Ya no esperaremos que el ladrón nos dé permiso. ¿Dónde se ha visto tanta tontería?

—Mujer, tiene razón —respondió él—. Esperaba que usted se decidiera. Lo que tenemos que hacer es convocar a un trawum y decidir entre todos. ¿Cómo entraríamos?

—Ha venido mi abuela en sueños a decirme que debemos recuperar la invernada, y me ha mostrado cómo debemos hacerlo. Todo saldrá bien.

Así lo hicieron. El 1 de mayo se reunieron todos los pu lof en trawun, y parlamentaron hasta muy tarde, consensuando ingresar con todos los animales el primer día de junio.

En Buenos Aires, los altos mandos del Ejército y los británicos de la compañía estaban totalmente ajenos a lo que acontecía en la Puelwillimapu, tierras del sudeste. Sus preocupaciones estaban concentradas en la Segunda Guerra Mundial, que amenazaba su futuro.

Llegó el día de la recuperación del lote 12. Se reunieron todas las familias de los diferentes lof, cortaron la cadena que se hallaba unida a un candado, abrieron la tranquera y entraron todos los animales. Era el amanecer del 1 de mayo. Pirenrayen y el longko Mankiñ levantaron la ceremonia. Tronaba el kultrun su sonido cósmico, despertando las fuerzas adormecidas de los ancestros. La noche no quería desprenderse de la tierra, el rocío nocturno humedecía los pies descalzos de la gente que ofrendaba a la mapu, cantándole en nuestra milenaria lengua. Pidieron permiso a los pu newen, fuerzas de la mapu, espíritus que en ella y desde ella sostienen la vida.

Mientras rogaban, Pirenrayen sentía que la habitaba una fuerza, que la recorría desde el corazón a la garganta. Explotaba su voz en ruegos y cantos, se expandían sus voces hacia el wenu mapu. El sol brotaba como la hierba, lentamente, renovando la luz. Terminaron la ceremonia y acamparon, listos para resistir, pero nada sucedió. Así fueron pasando los días, y no llegó al lugar funcionario alguno, ni siquiera un policía, tampoco el capataz de la compañía. Construyeron refugios que, de apoco, se transformaron en casas. Pasó el tiempo.

—¡Qué extraño que en todos estos días no ha venido Mr Smith!  
—comentó Nahuel Evans a Pirenrayen. Tras un silencio, agregó, como pensando en voz alta—: Tal vez esto no sea bueno.

Pirenrayen asintió con la cabeza.

—Feley may, así nomás será —dijo ella—. Debemos estar alertas. No hay que confiarse nunca de los wingkas. Son como zorros agazapados en la oscuridad, a la espera de cazarnos en el momento menos pensado.

A los pocos días de haber recuperado la tierra, Pirenrayen fue la primera en levantar una humilde casita en el lote 12 para pasar el invierno. Otras familias, animadas por su ejemplo, también se dispusieron a construir sus rukas. Antes de que comenzaran las primeras nevadas, ayudado por todos, mi padre levantó la suya. Bajaron mucha leña en varios carros tirados por bueyes. Arriba, en la veranada, el invierno se vistió de blanco; la nieve cayó copiosa durante muchos días y noches. Abajo, en la invernada, la nieve fue menos abundante; los animales tenían buena pastura y las familias, comida y abrigo. Suspiró Pirenrayen mirando por la ventana la sábana blanca con la que la tierra se cubría para invernar sus sueños.

—Kume tufachi pukem, es bueno este invierno —dijo Pirenrayen a su compañero.

Él siguió escribiendo un artículo que enviaría a un diario anarquista europeo, en el que opinaba, desde las lejanas tierras del sur, sobre el nazismo y la guerra.

—¿Me dijo algo, mujer? —preguntó distraído Nahuel Evans.

Pirenrayen lo miró curiosa y le preguntó:

—¿Qué magia usa usted para atrapar el sonido de las palabras? ¿Cómo hace para que escuchen sus palabras en el papel tan calladitas? Usted mira el papel y me dice: «Aquí habla de esto o de lo otro», pero yo nada escucho. Solo usted puede escucharlas, y yo debo creerle que esas palabras solo hablan con usted, como solo hablan conmigo los espíritus, que me dicen cómo sanar a los enfermos. Yo a usted le creo, pero no le creo al papel.

Él se quedó perplejo y enseguida estalló en carcajadas. Ella se ofendió. Entonces Nahuel dejó el cuaderno en la mesa, se levantó de la silla y, abrazándola fuerte, le dijo:

—Mujer, no me río de usted, sino de mí, de lo tonto que soy frente a su sabiduría. —Y la besó como un adolescente enamorado.

Liam se quedó todo el invierno junto a su familia. A medida que transcurría el tiempo, disfrutaba cada día más las ocurrencias de su hijo, comía papillas y gateaba, jugaba con él. Había mejorado su trato con Christine y, sobre todo, compartía mucho tiempo con su madre. Se sentía culpable por no haber estado cuando murió su padre; de algún modo, deseaba reparar el dolor que le había provocado a ella tanto abandono. Su tío Patrick O'Sullivan era el destinatario de sus cuidados, y él respondía con muchas atenciones a su sobrino; estaba además muy encariñado con Martin.

Lord Husprum había heredado la totalidad de los bienes de su esposa y de sus suegros, los tres habían fallecido. Como único heredero, sabía que al morir le dejaría todo a Liam. Le molestaba que su sobrino fuera tan poco ambicioso, temía que todo aquello que había construido bajo el personaje de Lord Husprum fuera dilapidado o simplemente descuidado por él. No aceptaba que Liam continuara trabajando en el ferrocarril, ese era un tema de constante discusión. Su sobrino argumentaba que no dejaría algo para lo que había nacido; amaba las locomotoras, conocía perfectamente su funcionamiento, y se capacitaba continuamente para ser un buen supervisor.

Así mismo, muchas de las obras ferroviarias que él supervisaba tanto en el norte como en el sur se hallaban suspendidas por la guerra en Europa. El extendido de las vías del tren que pasaría por la estancia permitiría cargar la lana desde allí. Eso abarataría los gastos de producción y el envío de la materia prima a Inglaterra. Sin embargo, ahora había otras prioridades para los británicos. El nuevo gobierno se mostraba incómodo con los ingleses, ya que estos presionaban a la Argentina para que fijara posición con los aliados. Estados Unidos aprovechaba su ventajosa situación para hacer buenos negocios aquí, es por ello que el gobierno argentino fue profundizando sus vínculos con los norteamericanos. Ese punto neutro permitió que las circunstancias construyeran un mejor escenario para nosotros. Aunque fugaz, a mediados de la década del cuarenta, nuestro destino cambiaría.

Liam O'Sullivan recibió una notificación para que viajara urgente al sur. Se sorprendió por la orden, pero obedeció. Se despidió de su

familia y, cuando se acercó al bebé para besarlo, intempestivamente una pena lo invadió, estrujándole el corazón. Su hijo dormía ajeno a todo. Había en él toda la paz que le faltaba al mundo.

El 19 de septiembre Liam iba en un tren conducido por la locomotora a vapor PS11, que se había fabricado en el año 1930, y había sido traída a la Argentina a finales de la década. Liam amaba esa locomotora, era de las mejores de entonces. Estaban todas las condiciones dadas para un viaje placentero; sin embargo, había algo que lo irritaba, y era el motivo de aquel viaje. Se trataba del transporte de diez vagones cargados de soldados, que iban a Puelmapu con órdenes estrictas de desalojar las tierras que las comunidades mapuches habían recuperado. Claro que no lo supo hasta hablar con uno de los tenientes. Así se enteró de la ocupación del lote 12, de la cual no estaba al tanto. Comprendió por qué el gobierno desplegaba tantos soldados, decidido a devolverles a los ingleses lo que ellos creían que los mapuches les habían arrebatado. Pensó durante el viaje cómo retrasar la llegada a destino. Envió un telegrama a su amigo Roig Evans, que decía: «El lote 12 será desalojado. Va tren con soldados».

Al recibir el telegrama de Liam, Roig Evans se trasladó inmediatamente a la invernada, en busca de su hijo y de Pirenrayen. Allí, al ver las casitas precariamente levantadas, imaginó lo fácil que resultaría el desalojo. Pirenrayen lo vio venir.

—Ahí viene su padre —le dijo a Nahuel Evans.

Pirenrayen le sonrió al verlo, y el Galensho, sin perder tiempo, anunció:

—¡Hay orden de desalojarlos!

Al oír esto, Nahuel salió del interior de la casa.

—¿Cómo lo supo, padre?

Roig sacó de su bolsillo el telegrama y se lo mostró.

—Esto es solo un telegrama, no es la orden de un juez —dijo Nahuel, desdeñando el mensaje de Liam.

Roig guardó el telegrama, y contestó:

—Hijo, vienen por el lote 12. Resistimos o los echarán sin compasión. Ante la duda, propongo que llamen ya a una asamblea y discutan cómo van a defenderse. Yo los apoyaré en todo.

Tras despedir a Roig, Pirenrayen se quedó preocupada, aunque Nahuel le aseguró que todo estaría bien. La tarde se cerró lluviosa. Pirenrayen escuchó la lluvia abrazada al cuerpo de Nahuel, sentía caer las gotas por los agujeros del techo.

—Pichimotriley, este verano vamos a poner un techo nuevo a la casa, así el invierno nos encuentra protegidos.

—Sí, lo voy a hacer —dijo medio dormido Nahuel.

Esa noche no logró dormir, una vez más se sintió inundada por un mal presagio.

Por la mañana, la lluvia escampó. Nahuel Evans preparó su matungo oscuro, tomó unos mates con su mujer y partió al pueblo al tranco, mirando satisfecho el paisaje, absorbiendo el aroma del verdor de los renuevos y de las flores primaverales.

Liam O’Sullivan tampoco pudo dormir esa noche. Una horrible sensación de angustia y temor lo embargaba. Se despertó por un cimbronazo fuerte de la máquina. El tren se había detenido. Fue hasta la locomotora para ver lo que acontecía.

—¿Qué sucede? —preguntó al maquinista.

—Andan fallando los frenos.

Liam juntó a los hombres, y se pusieron a trabajar en la reparación. Los soldados se bajaron en medio de la estepa, caminaron y se pusieron a jugar al fútbol mientras esperaban que el tren retomara su marcha.

En el lote 12, Pirenrayen salió sola hasta el rewe. Allí enterró una piedra que había recibido mediante una aparición. Se la había entregado su abuela Fresia unos días antes de la recuperación de la invernada. Una vez que hubo enterrado la piedra poderosa y brillante, ofrendó muday, tabaco y quinoa, y habló con sus ancestros. Les pidió ayuda a las fuerzas de la mapu. Rogó que los soldados no llegaran, que se hiciera justicia con los que sembraban la muerte. Lloró recordando a su hija, y le pidió a la niña que cuidara

de ellos. Doña Fresia apareció ante ella, sentada en una gran piedra. Pirenrayen se acercó.

—Abuelita, ¿ha venido a buscarme?

—No, hija, he venido a ayudarlos. No podrán echarlos. Todos hemos bajado, todos estamos aquí para protegerlos —dijo, levantó su mano y señaló hacia el río—. Allí está el longko Naweltripay, Kalfurayen, su hija Wanguelen, y centenares a caballo, con lanzas y flechas.

Fresia lloró de alegría y felicidad, una paz inundó su corazón.

—Esta vez nadie de la comunidad morirá ni serán desalojados — le prometió a su nieta.

Confiada, y suspirando aliviada, Pirenrayen regresó a su hogar.

Antes de que los gallos diseminados por el pueblo cantaran, Roig Evans ya se hallaba levantado, tomando café y comiendo pan tostado. Luego preparó su camioneta y el camión, con comida, abrigo, y otras cosas que podían ser útiles ante la represión. En eso estaba cuando llegó su hijo Nahuel, quien vino a caballo al pueblo, tranquilo, como si nunca se hubiera enterado del desalojo.

—¿Cómo puede estar tan tranquilo, hijo? ¿Acaso no le preocupa la venida de los soldados?

—No —respondió secamente Nahuel—. Algo me dice que ese hombre, Liam, miente. Siempre busca excusas para entrometerse en nuestras vidas.

Su padre movió la cabeza enojado, y ambos entraron en la casa a conversar. Nahuel Evans fue directo a buscar la correspondencia; dentro del almacén del Galensho, funcionaba la estafeta postal. Compró a su padre provisiones de comida, y un jabón perfumado para Pirenrayen.

A unos cuantos kilómetros de allí, el tren se acercaba a toda velocidad. Los soldados celebraban la reparación de la locomotora. Sus mandos felicitaban a Liam por su admirable intervención para

solucionar el problema. Todo parecía en orden, cuando de pronto un tornado se originó sin previo aviso, y empezó a empujar con furia los vagones del tren. Liam ignoraba que aquel tornado era, en verdad, el maulen, el viento justiciero, producido por la cabalgata en círculo que realizaban los espíritus, convocados por mi abuela. Montados sobre esos yeguarizos invisibles, estaban mis ancestros, trayendo con fuerza el peso de su justicia, empeñados en restablecer la armonía.

Preocupado, Liam se dirigió a la máquina. Caminó con dificultad, atravesando los vagones. Cuando pudo llegar hasta la locomotora, el maquinista y el foguista estaban en pánico: no podían controlar la máquina, no había manera de disminuir la velocidad. El viento parecía querer amainar, pero de pronto, como traídos por una nube de polvo, centenares de caballos aparecieron frente a ellos obstruyendo las vías.

El tren descarriló a una velocidad letal. La locomotora dobló por una curva de zona de barrancos, y cayó al vacío. Se prendió fuego, y algunos de los vagones quedaron totalmente destrozados. Gran parte de los pasajeros, y la totalidad de los hombres que conducían el tren, murieron. La sangre brotaba de sus cuerpos como un trayenco, una vertiente roja, que recorría su geografía corporal.

Liam fue escupido por la máquina. Podía sentir la humedad pegajosa de la sangre adhiriéndose a su piel. Cerró los ojos, y desapareció el dolor. Cuando volvió a abrirlos, Wanguelen lo estaba observando. Wang se veía lumínica y hermosa.

—Ñi caw, ñi caw, mi padre, mi padre —dijo la niña—. Levántese y venga con nosotros, ¡estamos todos esperándolo!

Liam besó su mejilla y la sintió tibia. Le tendió la mano, y la niña lo ayudó a incorporarse. Una amplia sonrisa de felicidad les iluminó el rostro. Allí estaban todos: Fresia, Kalfurayen, Linkoyan, Chekeken, el longko Naweltripay. Y entre ellos, también se encontraba su padre. Había muchos otros a los que él no conocía. Sus caballos eran luminosos y bellos. Wang se montó en uno, y Liam en otro. Naweltripay hizo un ademán y cabalgaron juntos ascendiendo a la wenu mapu.

En el mismo instante en que los ojos de Liam O'Sullivan se cerraban para siempre, él llegó hasta la casa de Pirenrayen y la halló dándole maíz a las gallinas. Ella lo miró extrañada. Liam se apoyó contra el palenque de los caballos, y mi abuela salió a su encuentro.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó, pero él nada contestó. Ella insistió—: Pase y tomemos unos mates.

Liam le sonrió con ternura, levantó la mano y se marchó. Un viento fuerte sopló en ese mismo momento, y ella entonces comprendió lo que estaba sucediendo. Sus piernas se debilitaron y cayó de rodillas al suelo, llorando desgarrada, furiosa, sufriendo. Así la encontró Nahuel Evans, que al llegar a su casa traía en sus manos un telegrama con las malas noticias.

La noticia de la tragedia sacudió a Buenos Aires. Muchas personas de la alta sociedad le ofrecieron sus condolencias a la viuda. Sarah convenció a Christine para que incineraran y esparcieran las cenizas de su hijo en territorio mapuche. El poblado en pleno esperó la llegada de las cenizas. Cabrera y Kawel organizaron a los ferroviarios para que ese día no se trabajara, y todos acudieran al funeral. La viuda, junto a su suegra, presidieron la misa de despedida, que se llevó a cabo en la estación. Luego subieron al tren para soltar las cenizas entre el tramo de allí y la estación contigua. Hubo discursos emotivos de despedida, y Roig Evans tocó la canción del adiós en su acordeón. Todos se extrañaban de que Pirenrayen no estuviera. Kawel tocó el kul kul. Hubo llantos y aplausos.

Partió el tren como si fuera el último viaje de Liam. En él iban Lord Husprum, Christine con su hijo en brazos, y Sarah, que abrazaba la urna funeraria que guardaba las cenizas de su único hijo. Cuando el tren se hubo alejado de la estación, apareció mi abuela al galope, que corría acompañando el tren. Ella parecía ver allí a su amado, extendiendo su mano, para rozar las yemas de sus dedos como solían hacerlo cuando jugaban.

Sarah la vio acercarse y lloró emocionada. Se levantó y atravesó el vagón hasta el pasillo, donde el viento sacudía su vestido. Abrió la urna de bronce donde estaban depositadas las cenizas, y las dejó

volar, para que finalmente Liam fuera libre en esa tierra y con ese pueblo al que tanto había amado.

# EPÍLOGO

Les he contado la historia de la llegada del tren aquí, y del hombre que puso su esfuerzo para lograrlo. Jóvenes, les he compartido parte de las memorias encofradas en mi mente.

Muchas cosas sucedieron luego. El tren trajo también buenos tiempos, aunque no hubiéramos jamás querido que el costo de ese progreso fuera la muerte de los montes de quebracho que daban agua, sombra y comida. Las tierras arrebatadas a todos los pueblos indígenas. Mi padre luchó por la estatización del ferrocarril, y muchos mapuches se hicieron ferroviarios. Hoy solo hay páramos desérticos, estaciones abandonadas, muerte y soledad. No se encuentra allí el cantar de los pájaros, ni animales correteando, ni árboles para disfrutar de su sombra. Solo hay hierros oxidados y cementos grises. Si eso es la civilización y nosotros somos la barbarie, seamos bárbaros entonces para resguardar lo que queda de vida en nuestra mapu.

Así se construyó el ferrocarril, atravesando con su hierro el alma de las naciones indígenas. Y cuando nos adaptamos a ese kawel de hierro y humo, también a él lo mataron.

Hoy estoy aquí, hablándoles a todos ustedes, que han venido a apoyar nuestra resistencia contra el desalojo. Veo que muchos son jóvenes, que son blancos. Muchas mujeres veo, y mi corazón se alegra, porque otros tiempos son estos. Hay entendimiento entre nosotros. Ustedes reciben también sabiduría, quieren caminar la memoria, asumir la verdad, y establecer la justicia. Yo, Llankaray, les he contado nuestra historia. Ahora solo les digo kume akuimun, ¡bienvenidos!

Tengo mucho más para contarles, pero eso será la próxima vez que nos encontremos. Los recuerdos no nos dejan olvidar el sufrimiento y el esfuerzo de estar vivos. Recordarlo nos dignifica, nos da ánimo, la fuerza para reclamar lo que en verdad merecemos.

## Agradecimientos

Rüme mañun kom pu wenuy ka pu lamngen. Muchas gracias a todos, amigos/as y hermanos/as.

Profundamente agradecida con todas las personas que contribuyeron en la escritura de esta novela. Sin el afecto, compromiso, solidaridad y apoyo de ustedes, jamás hubiera podido hacerla. Gracias por ayudarme en mi deseo de escribir.

A Nicola Sgargi, el inspirador de esta novela.

A mis asesores en la investigación histórica, Lic. Mariano Nagui, Lic. Alexis Papazian, y al historiador irlandés Padraig Fionnlaig.

A Horacio Catena, por donarme la computadora con la que escribí esta novela.

Un reconocimiento a la labor realizada con amorosidad, respeto y, sobre todo, mucha paciencia por Graciela Gliemmo, mi talentosa editora.

Mi gratitud también a Ignacio Iraola y Adriana Fernández, por aceptar publicarme.

A Irma Caupan, Vilma Díaz Zárate, Ignacio Verta, Rosana Cammardella, Mabel Conesa, Jorge Ruiz, Ariel Salsito, Diego Pasmanik, María José Vázquez, Rodolfo Grinmberg, Claudia Cichero, Yuri Grinmberg, Luis Millán, Evis Millán, Jorge Oriola, Ezequiel Jusid, Gabriel Díaz, Cristina Huenteman y Sebastián Salgado.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

